

B.A. SHAPIRO

LA
FALSIFICADORA
DE
ARTE

NOVELA



13

Claire Roth es una artista de Boston que vive en su propio estudio de alquiler, que trabaja reproduciendo obras de arte para un portal web y que imparte clases de pintura de manera voluntaria en un correccional de menores. Ella lucha por abrirse camino en el mundo del arte, donde la consideran una paria a causa de la turbulenta relación con Isaac Cullion, también artista, y de un escándalo.

Su gran oportunidad llega cuando Aiden Markel, un reconocidísimo galerista, se presenta en su estudio y, tras declararse admirador de su obra, le ofrece un trabajo de dudosa legalidad a cambio de una suma importante de dinero y de una exposición en la galería Markel G. para que exhiba su serie original de cuadros sobre ventanas.

Barbara A. Shapiro

La falsificadora de arte



Título original: *The Art Forger*
Barbara A. Shapiro, 2012
Traducción: Mado Martínez, 2018

Revisión: 1.0
22/02/2019

Un pintura es, por encima de todas las cosas, producto de la imaginación del artista; jamás debe ser una copia.

EDGAR DEGAS

21 ANIVERSARIO DEL ATRACO AL GARDNER
El mayor robo de arte de la historia sigue sin resolver

Boston, MA —En la madrugada del 18 de marzo de 1990, dos hombres disfrazados de agentes de policía atacaron y amordazaron a dos vigilantes de seguridad en el Museo Isabella Stewart Gardner, y robaron trece obras de arte valoradas en quinientos millones de dólares en el mercado actual.

El alijo incluía obras maestras de valor incalculable, tales como *Tormenta en el mar de Galilea* de Rembrandt, *El concierto* de Vermeer, y *Después del baño* de Degas. A pesar de las miles de horas de trabajo policial, de la prescripción del delito, y de los cinco millones de dólares de recompensa, las obras de arte no han podido ser recuperadas.

A lo largo de las dos últimas décadas, el FBI ha investigado a conocidos ladrones de arte y sospechosos conectados con el crimen organizado, el terrorismo internacional y la Iglesia católica. Los agentes siguieron pistas a través de Estados Unidos, Europa y Asia. Entre los sospechosos estaba el hijo de un oficial de policía, el IRA, Whitey Bulger y la mafia de Boston, un tratante de antigüedades, un informante de Scotland Yard y un empleado de la casa de subastas de Nueva York. Hasta la fecha no se ha efectuado ningún arresto.

El Museo Gardner pide a todo aquel que pueda ofrecer información sobre el paradero de las obras de arte que se ponga en contacto con la oficina del FBI de Boston.

Boston Globe
17 de marzo de 2011

UNO

RETROCEDO UN PASO Y ESCRUTO LAS PINTURAS. Hay once, aunque tengo cientos, tal vez miles. Mi plan es enseñarle solo las piezas de mi serie de ventanas. O no. Me saco el móvil del bolsillo, miro la hora. Todavía puedo cambiar de idea. Quito *Torre*, un cuadro hiperrealista de los reflejos de los cristales del edificio Hancock, lo sustituyo por *Acera*, una pintura abstracta de la Avenida Commonwealth a través de un ventanal de salón exterior. Luego vuelvo a cambiar el orden.

Llevo trabajando en esta serie de ventanas dos años, durante los cuales he estado explorando la ciudad, cargada con mi cuaderno de dibujo y mi Nikon. Ventanas de iglesia, ventanas reflejantes, halconeras de Boston. Grandes, pequeñas, viejas, rotas, con marcos de metal, con marcos de madera. Ventanas desde el exterior y desde el interior. Me gustan, especialmente en las tardes de invierno, antes de que los que están en el interior perciban que afuera el cielo está oscureciéndose y bajen las persianas.

Coloco *Acera* junto a *Torre*. Ahora hay una docena, un bonito número redondo. Pero ¿está bien? Si hay muchos cuadros se agobiará. Si hay pocos no podrá captar mi amplio abanico, tanto de forma como de estilo. Es tan difícil elegir. Esta es una de las razones por las que las visitas de estudio me ponen tan nerviosa.

¿Y qué pasa con esta visita? Soy una paria en el mundo del arte, apodada la «Gran Farsante». Lo he sido durante casi tres años. Y de repente Aiden Markel, el propietario de la renombrada galería Markel G, está de camino a mi *loft*. Aiden Markel, quien tan solo hace unos meses apenas se dio cuenta de mi presencia cuando pasé por la galería para ver una obra. Y ahora, de repente, se muestra amigable, me hace cumplidos, me pide ver mi último trabajo, dejando su querida galería de la calle Newbury para dejarse caer por el SOWA con el fin de apreciar mis pinturas «*in situ*», como dijo.

Echo un vistazo a los dos cuadros que tengo en los caballetes. *Mujer saliendo del baño*, una mujer desnuda saliendo de la bañera y siendo atendida por una doncella, pintado por Edgar Degas a finales del siglo XIX; esta versión fue pintada por Claire Roth a principios del siglo XXI. El otro está a medio terminar: *El jardín de árboles en flor* de Camille Pissarro, Primavera, Pontoise. Reproducciones.com me paga por pintarlos, y luego los vende *online* como «réplicas perfectas» cuya «procedencia únicamente un historiador del arte podría discernir» por diez veces más de lo

que me pagan a mí. Son mis últimos trabajos.

Vuelvo a mis ventanas, paseo por delante, entorno los ojos, vuelvo a pasearme un poco más. Tendrán que servir. Lanzo una manta mexicana sobre el colchón arrugado de la esquina, recojo los platos sucios que hay desperdigados por el estudio y los tiro al fregadero. Considero por un instante ponerme a fregarlos. Decido no hacerlo. Si lo que quiere Aiden Markel es una experiencia *in situ*, tendrá una *in situ*. Eso sí, relleno un bol con cacahuetes y saco una botella de vino blanco —jamás tinto en una visita de estudio— y un par de vasos.

Me encamino distraídamente hacia la parte delantera del estudio y miro la hilera de ventanas de la avenida Harrison. La misma vista que en *Loft*. Paso un montón de tiempo en este sitio, haciendo como que trabajo en mi último proyecto, pero mayormente soñando despierta, espiando, cayendo en los brazos de la procrastinación. Vivo en un cuarto, y cada una de las ventanas que hay frente a mí se extiende a sesenta centímetros del suelo hasta sesenta centímetros por debajo del techo de cuatro metros y medio.

Este edificio fue en otro tiempo una fábrica —pañuelos de papel, según me contó alguna vez un vejestorio. Pero los vejestorios no son precisamente conocidos por su veracidad, así que podría haber sido de sombreros, tirantes, o no haber sido ni tan siquiera una fábrica. Ahora es una madriguera de estudios de artistas, algunos, como en mi caso, con una cama para quedarse a dormir... Y vivir. De forma ilegal, por supuesto, pero barata.

Según los medios de comunicación, el SOWA —Sur de Washington— es el nuevo distrito de moda al sur del sur del sur de Boston; el norte era la nueva área de moda hace diez años. Pero para mí, y para todos los que pasan algo de tiempo por estos lares, está prácticamente en la cúspide. Almacenes, proyectos, un famoso asilo para gente sin hogar, y unas pistas abandonadas de baloncesto forman la base de un barrio erráticamente cicatrizado con restaurantes caros, galerías de arte, y prístinos edificios residenciales protegidos por seguridad. El rugido de la interestatal 93 es tan constante que suena a silencio. No querría vivir en ningún otro lugar.

Abajo, Aiden Markel gira por la esquina de East Berkeley con su zancada desgarrada y grácil. Incluso a medio bloque de distancia, puedo ver que lleva unos pantalones a medida —yo diría que de lino— y lo que probablemente sea una camisa de quinientos dólares. Estamos a veintinueve grados, a última hora de la tarde veraniega, y el tío parece que acabara de salir de su condominio de Back Bay en una fría mañana de septiembre. Se saca el móvil, echa un vistazo a mi edificio, y toca la pantalla. Me suena el teléfono.

NO HAY ASCENSOR ni aire acondicionado en los pasillos y las escaleras. Cuando llegamos a la cuarta planta, la respiración de Markel es regular y su ropa no está mojada. Está claro que el tipo se machaca en el gimnasio. Eso sin mencionar que no ha parado a tomar aliento desde que le invité a pasar por la puerta. Nadie diría que apenas nos hemos dirigido la palabra en tres años.

—El otro día estaba justo a la vuelta de la esquina —dice Markel, prosiguiendo su monólogo de charla—. Dedham y Harrison. Fui a ver el nuevo proyecto de Pat Hirsi. Le conoces, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—Está trabajando con adoquines. Muy ingenioso.

Empujo la ancha puerta de acero a dos manos.

Markel pone un pie en el umbral, respira profundamente, y cierra los ojos.

—No hay nada como el olor de un artista en plena faena. —Mantiene los ojos cerrados, que no es exactamente como quiero que los tenga; se supone que está aquí para mirar mis cuadros,

enamorarse de ellos, y montarme una exposición individual en la Markel G. Bien. Como si eso fuera a suceder. Aunque ahora mismo, qué pasará y por qué son preguntas cuyas respuestas se me escapan.

—¿Te apetece un vino? —pregunto.

Finalmente abre los ojos y me propina una lenta y cálida sonrisa.

—¿Me acompañas?

No puedo evitar devolverle la sonrisa. No es el clásico atractivo, sus rasgos son demasiado anchos, pero hay algo en la forma en la que se maneja, esos ojos tan abiertos, el hoyuelo de la barbilla, que me atrae. Carisma, supongo. Eso y la historia que compartimos hace tiempo.

—Claro. —Agarro una pila de lienzos que, no sé cómo, he olvidado que estaban amontonados sobre mi cochambroso sofá y los dejo sobre una mesa de café mucho más cochambrosa aún. A veces creo que estoy viviendo una parodia de mí misma: la artista famélica durmiendo en un colchón de su estudio para ahorrarse el alquiler. Es lo que hay.

Markel no se mueve. Se queda mirándome fijamente durante un buen rato, y luego cambia la dirección de su mirada para posarla por encima de mi hombro, con expresión melancólica. Sé que está pensando en Isaac. Probablemente debería decir algo, pero no sé qué. ¿Que lo siento? ¿Que a mí también me duele todavía? ¿Que yo también perdí a un amigo?

Escancio vino en dos vasos de zumo mientras se acomoda en el sofá. No es una hazaña fácil porque está lleno de grumos y demasiado hundido. Debería comprar uno nuevo, o por lo menos uno de segunda mano, pero el casero me acaba de subir el alquiler, y estoy prácticamente en la ruina.

Me siento en la mecedora, delante de él, y me inclino hacia delante.

—Oí que te fue fabulosamente bien con la exposición de tu Jocelyn Gamp.

Toma un sorbo de vino.

—Eran sus piezas fundidas. Vendió todo lo que tenía. Más tres comisiones. Una dama impresionante. Artista impresionante. El Met pidió una visita de estudio.

Me gusta la forma en la que no se arroga ningún mérito. «Vendió» en lugar de «vendí», o incluso en lugar de «vendimos». Extremadamente raro entre los egos descontrolados de la mayoría de representantes artísticos y propietarios de galerías.

—No siempre una exposición logra cobertura en el *New York Times*. —Doy un sorbo.

—Sí, fue un golpe maestro —admite—. Me alegra ver que todavía sigues los tejemanajes del mundillo aunque nosotros no hayamos estado siguiendo los tuyos.

Alzo la vista con una mirada cortante. ¿Qué demonios quiere decir con eso? Pero veo que sus ojos brillan de compasión, tal vez incluso con un poco de culpabilidad.

—El *Desnudo de Naranja* de Isaac se vendió la semana pasada —dice.

Ah. Como todo el mundo sabe, yo fui la modelo que posó para *Desnudo de Naranja*. Por mucho que se trate de un cuadro abstracto, no puede negarse que esa larga e indomable melena roja es mía, como también lo es la palidez de mi piel, o mis ojos marrones. Si no lo hubiera tirado cuando rompimos, el día que saqué todas sus cosas al pasillo, probablemente ahora mismo estaría viviendo en un condominio de Back Bay en lugar de estar de alquiler en un edificio industrial del SOWA. Pero volvemos a lo de siempre, yo no soy del tipo de gente del Back Bay.

—No me digas lo que sacaste por él.

—Te ahorraré ese dolor. Pero la venta me hizo pensar en ti, y en el trato injusto que recibiste.

Lucho porque mi rostro no refleje sorpresa. En los últimos tres años, nadie, excepto unos cuantos colegas del mundo del arte de mi madre —quien nunca entendió realmente nada sobre mí— vio jamás la situación desde mi punto de vista.

—Así que decidí pasarme a ver qué es lo que has estado haciendo últimamente —continúa—. Tal vez pueda ayudar.

Mi corazón brinca ante la oferta, y me levanto de un salto.

—He sacado algunas pinturas de mi última serie. —Señalo hacia los cuadros—. Obviamente, ventanas.

Markel camina hacia las piezas.

—Ventanas —repite, y se aleja para ver toda la docena desde una cierta distancia; luego se acerca a cada una de ellas individualmente.

—Son ventanas urbanas, ventanas de Boston, esquemáticamente, pero en un sentido más multidimensional. No solo la cara pública de la soledad, sino quiénes somos en muchas dimensiones. Desapercibidos desde el interior. O vistos sin saberlo. En el escaparate desde el exterior, gesticulando u olvidando. Separaciones. Reflejos, refracciones.

—Luz —murmura—. Maravillosa luz.

—Eso, sí, también. Sin luz no se puede ver nada. Y aún con ella, todavía hay tanto inobservado. —Las visitas de estudio me hacen hablar como uno de esos pomposos críticos de arte.

—Tu luz es impresionante. Los valores sutiles. Casi como Vermeer. —Señala *Loft*—. Me asombra las diferentes tonalidades de luz desde la ventana que está allá a la izquierda, a través de las de la derecha. —Se acerca un paso—. Cada una ligeramente diferente, y aun así formando parte de un todo luminoso.

Estoy tan encantada con el teatro que está haciendo... Pero compararme con Vermeer, el maestro de la luz...

—¿Cuántas veladuras estás aplicando?

Soy reacia a admitir la verdad. No solo porque son pocos los artistas que hoy en día usan las técnicas de óleo clásicas, sino porque los pocos que lo hacen no se acercan ni por asomo a mi nivel compulsivo en la superposición de capas. Me encojo de hombros.

—¿Ocho? ¿Nueve?

Y me quedo corta.

—Tiene una reminiscencia de la luz cayendo sobre las losas blancas y negras del suelo de *El concierto*. —Se acerca todavía más a *Loft*—. La luz proyectándose fuera del edificio, aquí. Es casi como si estuviera acariciando los diamantes de la valla metálica. —Retrocede, examina las pinturas detenidamente, justo como yo lo estaba haciendo antes—. Me encanta cómo juegas con el estilo clásico y los sujetos contemporáneos, con abstracción. Pero son las piezas de arte realista las que me tienen atrapado. —Señala despectivamente *Acera*—. Los abstractos no tienen tanta fuerza.

—¿No son demasiado EDS? —pregunto—. EDS es «encima del sofá» en la jerga artística, un término derogatorio referido a los cuadros que algunos compran únicamente para que hagan juego con la decoración de su casa.

Markel ríe.

—Ni por asomo. Llevo años intentando convencer a la gente de que el realismo no ha muerto.

Que no hay nada comparable a un gran talento de óleo clásico.

Una oleada de calor me recorre el cuerpo escalando por mis mejillas. Hace tiempo desde la última vez que alguien dijo algo así sobre mí.

—Tengo muchos más —digo, dirigiéndome hacia la estantería de tres niveles que construí para albergar mis libros de arte y mis lienzos, aunque ahora todo son lienzos, y los libros están semiorganizadamente apilados sobre el suelo. Las estanterías están hechas un desastre, claro está, pero es un desastre que conozco íntimamente.

Empiezo a sacar lienzos antes de que él diga que los quiere ver. Cojo la escalera. La necesito para llegar al estante más alto, que es donde guardo la mayoría de mis pinturas realistas. Las que siempre supongo que a nadie le van a interesar.

—¿Eso son algunas de tus reproducciones? —Oigo decir a Markel desde el otro lado de la estancia.

Me giro a mirar por encima de mi hombro.

—Sí. No suelo tener ninguna acabada aquí. Pero el camión está ocupado toda la semana, así que a Degas no lo vienen a recoger hasta el viernes.

—Reproducciones.com. Me encanta el nombre. ¿Viste el artículo del *Globe* del mes pasado? Te dio una buena proyección —duda—, ¿no?

—No del tipo que yo estoy buscando. —Lo que me faltaba: publicidad por falsificar la obra maestra de otro—. Intenté zafarme de la entrevista, pero Repro no lo permitió.

—¿Le va tan bien como anuncian a bombo y platillo?

—Probablemente mejor —dice, aunque realmente no estoy escuchando ni tengo interés alguno en Repro. Estoy demasiado concentrada en sacar mis mejores pinturas, pero no demasiadas. Lo que está buscando es el valor interesante, profundo y translúcido. No muy fuerte. Otra cosa.

—Esto sí que es EDS —dice señalando el Pissarro, que aunque está sin acabar, está obviamente lleno de árboles cubiertos por masas de flores blancas.

—Para los pretenciosos —río.

—Pero pobres —añade.

—No todos tan pobres —digo bajando con tres lienzos bajo el brazo—. Esas cosas se venden por miles de dólares. Decenas de miles para los de mayor tamaño. Desafortunadamente, yo solo me llevo una fracción de eso.

Quito mis pinturas abstractas de la pared. Las reemplazo por las que acabo de escoger. Me vuelvo hacia él, pero todavía está mirando atentamente el falso Degas.

—Eres jodidamente buena en esto.

—Supera a lo de camarera.

Sus ojos no se despegan de la reproducción.

—Ya te digo.

—La obra tardía de Degas no es tan difícil de copiar. No como sus primeros óleos. Esos sí que son una putada —digo, tratando de ser amable cuando en realidad cada parte de mí quiere agarrar a Markel y arrastrarle hacia la otra parte del estudio—. ¿Qué pasa con todas esas capas? Pintar y esperar. Pintar y esperar. Te puedes tirar meses, incluso años.

—¿Y Reproducciones.com te tiene a ti haciendo eso?

—No, nunca. Hacer una pieza así costaría cientos de miles de dólares. —Me acerco hasta llegar a su lado—. Degas es mi especialidad, sus óleos, en particular. De hecho estoy certificada,

vete a saber lo que eso significa, por Repro. Me dieron el certificado después de asistir a un curso obligatorio. —Señalo una pila de libros en la esquina—. Estoy trabajando en la propuesta de un libro sobre él. Germinación cruzada. Esas cosas. Pero no estoy trabajando tan duro como debiera.

Los ojos de Markel permanecieron pegados a la reproducción de Degas.

—A mí me parece que haciendo esto inviertes tu tiempo mejor. ¿Te valoran como te mereces?

—A veces me dan un extra cuando la gente pide un Degas con el requisito de que yo sea la artista. —Me encojo de hombros—. Aunque difícilmente puedes llamar artista a la persona que copia la obra maestra de un artista.

No me contradice, y gesticulo hacia atrás, hacia mi verdadera obra. Le roba un último vistazo a *Mujer saliendo del baño* antes de seguirme.

Permanecemos en silencio, mirando mis ventanas. Yo me obligo a mí misma a eso, a quedarme callada, para dejar que la obra hable por sí sola.

Tras dos minutos que me han parecido veinte, Markel me toca el brazo.

—Siéntate.

Caminamos hacia el sofá y nos sentamos en extremos opuestos. Termina su vino y se sirve otro. Declino su oferta de rellenarme el mío, aun deseando beber más vino, pero temiendo estar demasiado nerviosa como para soportar otro trago.

Markel se aclara la voz, da otro sorbo.

—Claire, me acaban de dar la oportunidad de mi vida. Una oportunidad de hacerlo bien, realmente bien, para mucha gente. Y tú vas a sentir lo mismo cuando yo te la dé a ti. —Hace una pausa—. Aunque creo que la tuya te va a parecer un trato con el diablo.

No tengo ni puñetera idea de lo que está diciendo, pero he captado la palabra «oportunidad» al vuelo.

—¿Y tú eres el diablo?

Niega con la cabeza vigorosamente.

—El diablo es el que me dio a mí esta oportunidad. Aunque no tengo ni idea de quién es. Está en un nivel superior a mí.

—¿Cómo Dante?

Quería hacer un chiste, pero él pondera la cuestión, como un profesor intentando responder a un alumno precoz.

—No, supongo que no me he explicado bien. Los peones son la mejor analogía. Pero los peones listos. Los que pueden capturar a la reina. En cualquier caso, estoy mezclando mis metáforas.

—No tengo ningún problema con el diablo. Soy de esas personas que creen que el cielo tiene que ser un lugar muy aburrido. Pero ser un peón tampoco me ha ido nunca.

Esta vez ríe a carcajada limpia, pero sé que es forzado.

—Vale, nos quedamos con el diablo entonces.

Ya está bien.

—Okey, pero ¿de qué es de lo que estamos hablando?

Clava sus ojos en los míos.

—Algo no demasiado honesto y respetado...

Le sostengo la mirada.

—Creí que habías dicho que se trataba de una oportunidad para hacer bien las cosas.

—El fin es bueno. Pero los medios son un poco turbios. —¿Illegal?

—Hay ilegalidades e ilegalidades.

—¿Y cuál de ellas es esta?

Markel mira a través de la estancia hacia el Degas y el Pissarro.

Ya lo entiendo.

—Oh. —Es lo único que alcanzo a decir.

Toma un sorbo de vino, se relaja en el desvencijado sofá. La parte más incómoda de esta conversación ya ha pasado para él.

Me cruzo de brazos.

—No puedo creer que después de todo lo que ha pasado, lo que me pasó a mí, a ti, a todos vosotros, todavía se os pase por la cabeza pedirme que falsifique un cuadro.

—¿Cuánto te paga Reproducciones.com?

—Me pagan por copiar, no por falsificar.

—Dijiste una fracción. ¿Unos cuantos miles por pintura? ¿Tal vez un poco más?

Normalmente es menos, pero asiento.

—Te pagaré cincuenta mil dólares. Más gastos, por supuesto. Un tercio por adelantado, otro tercio al acabar si estoy satisfecho con el resultado, y el otro tercio tras pasar la prueba de autenticación.

—¿Es por lo que pasó con Isaac?

—Es a pesar de lo que le pasó a Isaac.

Su respuesta me deja estupefacta, y se me debe notar en la cara, porque dice:

—Eres la mejor para el proyecto.

—¿Por encima de todos los artistas que conoces?

De nuevo, atraviesa la estancia con la mirada en dirección a la reproducción de Degas.

—Eres la única en la que puedo confiar para hacerlo.

—¿Cómo sabes que no me iré de la lengua?

—No es tu estilo —dice, lo cual es cierto. La gente que ha estado en el lado equivocado del rumor sabe cuándo mantener el pico cerrado.

—¿Y si te traiciono? Siempre podría ir a la policía.

—No lo harás, no cuando sepas de qué estamos hablando —dice.

—Pues dime.

—Iba en serio cuando dije lo de tus cuadros, Claire. Tienes un talento único. Siempre lo has tenido. Estás fuera del círculo, pero eso no quiere decir que no puedas pintar. —Hace una pausa —. También me gustaría darte una exposición individual en la galería.

Apenas puedo dejar escapar un jadeo.

—En seis, nueve meses —dice—. Cuando hayas acabado este proyecto. ¿Crees que podrías tener listas veinte pinturas para entonces? ¿Realistas? ¿Con muchas veladuras?

Me doy la vuelta para ocultar mi sentimiento de deseo. Mi propia exposición en Markel G. Un sueño imposible.

—Estoy seguro de que puedo conseguir que el reportero del *Times* te dé la misma cobertura que a Jocelyn Gamp —dice.

El *New York Times*. Ventas. Comisiones. El Met pidiendo visitas de estudio. Me duele hasta el corazón.

—Claire, por favor, mírame. —Cuando lo hago, dice—: Te protegeré. Como he dicho, estoy varios niveles por debajo del que realmente sabe, y tú estarás un nivel por debajo de mí.

—¿Dónde está la parte en la que se supone que esto es por el bien de muchos?

—Te contaré todos los detalles cuando te subas al barco. —Si te crees que voy a dar el sí en un asunto tan misterioso...

Markel se pone en pie.

—Piénsalo, ¿vale? Solo te pido eso. —Me pone la mano en el hombro—. Pasaré a verte la semana que viene.

—Eres el diablo en persona, ¿no?

—Si crees que soy el diablo...

Para nada.

DOS

CUANDO MARKEL SE VA, ME TIRO EN EL SOFÁ Y ME QUEDO mirando las tuberías y conductos enredándose las unas con los otros a lo largo del techo, intentando procesar la visita de estudio más rara de toda la historia. Markel G. Mi propia exposición. La dulce posibilidad de reclamar algo de lo que se perdió, todo lo que siempre he querido. ¿Pero una falsificadora? ¿Una farsante? Es lo último que quiero ser.

Eres jodidamente buena en esto.

Salto del sofá, camino frente a los ventanales frontales, y bajo la mirada hacia la avenida Harrison. Miro el *parking* circundando por la valla metálica, viajo hasta la autovía elevada en la distancia, luego voy a mis cuadros de ventanas, alineados en las paredes.

Tienes un talento único. Siempre lo has tenido.

Que le jodan. Que le jodan a él y a todos sus cumplidos y ofertas y sarta de...

Cojo mi mochila y me dirijo al Jake's, el bar donde todo el mundo sabe mi nombre. Desafortunadamente, no solo saben mi nombre, sino que también que hoy tenía la visita de Markel.

Hay ilegalidades e ilegalidades.

Cuando llego al bar, me cuadro de hombros y abro la puerta. Jake's está clara y orgullosamente ubicado en el barrio viejo, nada de esos lujosos sitios sin nimbo de Back Bay. Aquí no hay martinis azules, y las mesas están rayadas por el uso, no envejecidas para darles un toque chic. No hay aparcacoches porque la gente viene caminado desde sus minúsculos apartamentos o estudios. Un neón con el cartel de BUDWEISER cuelga de una ventana estrecha para ahuyentar la última moda.

La mayoría de mis colegas ya están aquí; son las seis, después de todo, la hora de beber. Para continuar con la hora de la comida —perritos calientes, hamburguesas, y BLT que comprende el menú— seguida de otra hora de beber. U horas. Los brazos derechos disparan al aire cada vez que alguno de mis colegas me ve. Es la señal de saludo de nuestra pandilla.

Mike me señala el taburete libre que hay junto a él.

—Aquí. —Es todo lo que me dice mientras se da la vuelta para seguir su conversación con Pequeña. El nombre de Pequeña es Pequeña porque es muy pequeña, tal vez mida un metro y medio, y creo que ya me estoy pasando. Dice que fue ella misma la que se bautizó con el nombre de Pequeña para afrontar el problema de frente, y porque su verdadero nombre es tan étnico que la

etiquetaba. Mike solo es treinta centímetros más alto que ella, pero bastante más inseguro de sí mismo, sin mencionar que es un hombre, y no podría con un autodesprecio tan penetrante como ese.

Me siento en el taburete. Maureen, propietaria y cantinera, abre un botellín de Sam Adams y lo coloca frente a mí. Sabe que quiero una cerveza.

Rik, musculoso, atractivo, y con unas pestañas de canguro que todas las mujeres que conozco codician, me toca por detrás para darme un beso.

—Cuenta, cuenta —demanda.

Rik es el compañero de posgrado que estuvo a mi lado cuando el «asunto Cullion» llegó a la escuela del Museo de Bellas Artes, así como a la escena artística de Boston y Nueva York. Le quiero por eso.

Le devuelvo el beso.

—Hola a ti también.

—Quiero hasta el último detalle. —Rik siempre quiere oír hasta el último detalle.

—Bueno, parece que le ha gustado mi obra, especialmente las pinturas en las que aplico las técnicas... —bajo la voz imitando la voz de tenor de Markel— realismo clásico a la materia del sujeto contemporáneo. Dijo que me llamaría, pero yo creo que me estaba dando largas.

—¿Te ha dicho el gran hombre por qué ha decidido de repente agraciarte con su, ¡oh!, fabulosa presencia?

—Ya te lo dije. Quería ver en qué andaba metida.

—¿Nada sobre *Sir Isaac Cullion*? —Cuando no respondo, Rik añade—: ¿Ni siquiera una minúscula palabrilla solitaria?

Conozco a Rik lo suficiente como para saber que si no le doy algo, no parará hasta sacarme la verdad. Suelto un suspiro dramático.

—Me dijo que ha vendido el *Desnudo de Naranja*. Y que eso le hizo acordarse de mí.

Pequeña se gira hacia nosotros, y Mike me pone la mano en el hombro. Maureen apoya los codos en la barra. Danielle y Alice, quienes están sentadas al otro lado de Rik, dejan de conversar. Todos me miran, expectantes. Hay pocos secretos entre nosotros, especialmente en lo que se refiere a secretos de profesión —y estas, probablemente, son las únicas personas que de hecho creen que Isaac mintió.

—¿No fue bien? —pregunta Mike. A veces le llamamos Mike «la dama de la iglesia» para burlarnos por su estricto sentido del bien y del mal. Le asquearía la oferta de Markel. Le asquearía mucho más saber que no la rechacé abiertamente.

—Supongo que no, aunque tampoco esperaba mucho. —Una mentira que todos reconocen al instante. Todos y cada uno de ellos dijeron lo mismo después de una decepción profesional. Así es como sobrevivimos.

—Un chupito de tequila aquí para mi amiga —pide Mike a Maureen.

Junto a Rik, quien realmente ya no es artista, Mike es el único de nosotros que puede permitirse bebidas propiamente dichas. Es abogado de día, pintor de noche.

Me apuro el chupito nada más ponérmelo en frente. El calor me baja por la garganta hasta el estómago. Correré peligro si Maureen decide invitarme a otro porque, seguramente, en las actuales circunstancias, me lo beberé.

—¿Te ha dicho cuánto sacó por él? —pregunta Pequeña.

Sé que se está refiriendo al *Desnudo de Naranja*.

—Le dije que no quería saberlo.

—Y ya que estamos: ¿sabe alguien si fue Cullion, de hecho, quién lo pintó? —La voz de Danielle se hincha de sarcasmo.

Se hace un silencio sepulcral en el bar; me quedo mirando el vaso vacío de chupito. Sé que no era su intención, ni le haría daño a nadie deliberadamente, pero Danielle se pasa de la raya. No lo ve, pero es así. Es como si se le hubiera perdido el sensor del tacto.

—Claire lo sabe —interviene Rik—. Ella estaba ahí. Y no llevaba ropa.

Le lanzo una mirada agradecida y levanto la mano.

—Presente y tan desnuda como el día que me trajeron al mundo. Puedo dar fe de su autenticidad.

—Nunca debería habérselo devuelto a ese viejo farsante —me dice Rik—. Tú ni siquiera... —Se detiene, frunce el ceño, y todos seguimos el rastro de su mirada—. Bueno, bueno, bueno —dice agriamente—, siempre nos quedará un fabuloso Crystal Mack, el trabajo de nuestra propia artista local. ¿Lo buscamos esta noche por el barrio para pegarle una paliza?

—Oh, cariño —dice Crystal al tiempo que se desliza del taburete para acercarse a Rik—. No seas tonto. —Le besa en ambas mejillas—. ¿Estáis hablando de la venta de *Desnudo de Naranja*? He oído que ha sido una cifra de seis dígitos. —Va muy arreglada, como siempre. Algo ajustado en ese color verde que me hace sentir mareo. Desgraciadamente, a ella le sienta genial. Las rubias puedan vestir el color que les dé la gana.

—Sin duda alguna debido a la belleza de la modelo —Rik me pasa el brazo por los hombros—, más que por la habilidad del artista.

—Eso —me sonríe Crystal dulcemente—, o el poder del escándalo. —A veces Crystal también se pasa de la raya, pero sus ojos están abiertos de par en par.

Maureen me pone un segundo chupito delante.

Le damos la espalda a Crystal y nos ponemos a hablar en grupitos. Crystal pide un *whisky* escocés doble y empieza una animada discusión con Maureen, tratando de hacernos creer que la cantinera no es la única interesada en hablar con ella. Tampoco es que a Crystal le importe eso. Su propósito al venir aquí es sentirse mejor a base de hacernos sentir peor a los demás. Siempre funciona. La buena noticia es que nadie volverá a preguntarme nada sobre Markel con ella de por medio. Lo último que nadie quiere es darle a Crystal más munición.

Sobre las nueve, Rik y yo somos los únicos que quedamos. Todos los demás se han ido a casa, y aunque sabemos que nosotros también deberíamos irnos, nos quedamos al fondo del bar. Los dos chupitos de tequila han hecho su magia en mí: me siento suelta y cómoda, felizmente mareada.

—Todavía tengo opciones —digo.

Aunque no hemos hablado de Markel durante la última hora, Rik sabe exactamente de qué estoy hablando.

—Tienes muchas opciones, Osito Claire. Muchas más de las que tú te crees.

—Eso me dijo Markel, que solo por que me hubieran expulsado del círculo artístico, no quería decir que no supiera pintar.

A Rik se le abrieron los ojos como platos.

—Oh, cariño, ¿eso te ha dicho? ¡Qué gilipollas!

—No, no —digo rápidamente—. No quería decir eso.

—Bueno, ¿y entonces qué diablos quería decir?

—Creo que era un cumplido.

—Un cumplido, un cumplido —dice Rik entre dientes.

—Bueno —cambio de tema— he llegado a la ronda final del concurso *ArtWorld Trans*, y todavía no me han rechazado los del Cambridgeport Show.

—¿Trans qué? —Rik ya no es un artista de estudio, así que no está al día de los últimos concursos y jurados. Aterrizó en un trabajo en el departamento curatorial del Museo Isabella Stewart Gardner nada más graduarse, un gran golpe de suerte, y lleva felizmente trabajando como curador asistente cuatro años. Presume de no echar de menos «el sufrimiento, las puñaladas por la espalda y la pobreza que conlleva ser artista». A veces le creo, otras veces no.

—La obras enviadas tienen que reflejar cualquier cosa que tú creas que significa Trans —explico—. Transpirar, trasplante, trascendente, transfusión, transmutación, transgénero.

—Qué tierno —dice Rik, y apostaría lo que fuera a que ahora mismo está pensando si alguna de las pinturas que tiene guardadas en el armario de su casa encajaría en ese perfil. Parpadea para detener el desfile mental—. ¿Qué has enviado tú?

Me encojo de hombros como si no me importase.

—Algunas pinturas de mi serie de ventanas. Transparente, transición, transposición, translúcido. Pensé que si cada una de las pinturas tenían un montón de Trans, podría sacar algo de ventaja sobre los demás candidatos.

—Parece un buen plan.

—He oído que el año que viene va a ser Réplica, así que he pensado que para entonces enviaré algunas de mis repros como falsificaciones.

—Muy gracioso —dice Rik, y por la forma en la que lo dice está claro que no lo piensa—. ¿Y cómo va eso, por cierto?

—A Markel le gustaron.

Rik se pone más tieso que una escoba.

—¿Qué interés podría tener Aiden Markel en las repros?

—Y yo qué sé, Rik. No puedo leer la mente del tipo. Supongo que estaban ahí.

Rik levanta las manos.

—Perdón. No quería meterme donde no me llaman.

—No, no —digo—. Soy yo la que lo siente. Perdóname.

—No pasa nada —sonríe—. Todos sabemos que no aguantas bien el licor.

Insiste en acompañarme a casa. Está a tan solo unos bloques de su camino, así que accedo. Los hombres tienen que hacer lo que tienen que hacer y chorradas de esas. Pero yo no soy ninguna tonta, sé lo que es vivir en la ciudad. Conozco las reglas. Caminar en medio de la calle o por lo menos por el borde de la acera, estar pendiente de los sonidos del ambiente, nada de auriculares blancos (me roban el iPod), nada de mandar mensajes de texto (estoy distraída), nada de jugar con las aplicaciones (me roban el iPhone). Pero sobre todo, nunca, nunca, nunca des la impresión de estar perdida.

Salimos del Jake's para darnos de frente contra el espeso aire veraniego y echamos a andar acera abajo, pasamos el callejón trasero del ChiRom, el restaurante de fusión asiático-dominicano que actualmente está de moda. Un par de hombres con ropa mugrienta están sentados, más bien apoyados, contra el contenedor de basura, pasándose una botella de *whisky* y riendo a carcajadas.

Un pareja bien vestida se nos acerca, mira hacia el callejón y cruza la calle.

—¿Crees que la visita de Merkal podría tener algo que ver con Isaac? —pregunta Rik.

—Isaac está muerto. —Me sorprende la dureza de mi tono.

Rik para y se gira hacia mí.

—Hey —dice suavemente—. ¿Estás bien?

—¿Por qué todo el mundo piensa que tiene que ser por Isaac? —Chasqueo—. ¿Tan difícil es creer que simplemente podría estar interesado en mi trabajo?

TRES

TRES AÑOS ANTES

—DÉJALO, CLAIRE —DIJO ISAAC—. HE TERMINADO CON ESTO.
—No has terminado con nada. Tan solo estás siendo indulgente contigo mismo.
—Tal vez.

Isaac y yo estábamos echados en la cama de su estudio. No estábamos desnudos, y no habíamos tenido sexo, pero no por culpa mía. Cuando llegué y le encontré tumbado, en mitad de la tarde, usé todas mis armas de mujer para sacarle de su espachurramiento —literal y figuradamente. No tuve éxito en ninguna de las dos cosas. Lo peor es que no era nada nuevo.

Creía que era bipolar, pero ¿cómo estar segura cuando él se negaba a ver a un médico? Yo tampoco pensaba intervenir. Los agobios por la salud de tu pareja eran una responsabilidad más bien propia de una esposa, no de una novia. Pero cuando empezó a destruir su carrera, tuve que tomar cartas en el asunto.

Me obligué a permanecer sentada, e Isaac apoyó la cabeza en mi regazo. Le atusé un mechón rizado de pelo negro. Alzó la vista hacia mí con esos increíbles ojos azules y me tocó la nariz con la punta del dedo, y después la boca. Le besé y coloqué su mano a la altura de mi corazón.

—Isaac —dije—, eres un auténtico grano en el culo.

—¿Pero tengo muchas otras cualidades exquisitas? —preguntó con su profunda voz de chocolate. Una sonrisa provocadora asomó en su rostro, y por mucho que lo intenté, no pude resistirme, acabó contagiándome su luz a mí también.

Lo nuestro lo tenía todo en contra: yo había sido alumna suya, él tenía cuarenta y cuatro frente a mis veintiocho, y él tendía a tener brotes de depresión intercalados con brillantes explosiones de producción artística e irresistible magnetismo. Y encima llevaba tres años separado de su mujer, con un divorcio pendiente, eso sí, pero sin ejecutar. Un viejo cliché. Pero algo totalmente nuevo para mí.

—No trates de seducirme con tus encantos cuando estoy cabreada contigo —dije—. No pienso dejarte hacerlo. Es el Museo de Arte Moderno, pedazo de idiota.

—Y eso es justo lo que es, Claire. Un museo de arte. Ni que estuviéramos curando el cáncer.

—Quitó la mano de mi pecho y me pasó el brazo por la cintura.

—Estás lleno de mierda.

—Y tanto.

—Todavía puedes hacerlo, ¿sabes? —dije—. Tienes dos semanas.

—Doce días, pero ¿quién está contándolos?

—Como si tuvieras que esperar a que se secan dos veladuras. Podrías hacer tres mojados sobre mojado en ese tiempo si te lo propusieras.

—Tú podrías hacer tres mojados sobre mojado —dijo Isaac—. Es cuestión de impulso.

—¿Y dónde ha quedado tu impulso?

—¿En el elevado precio de la gasolina?

—Eso no tiene ningún sentido —dije, dándole un puñetazo en el brazo.

—¿Lo ves? No estoy de humor.

—Karen Sinsheimer cree que puedes hacerlo.

Sinsheimer era la curadora jefe de pintura y escultura del MoMA. Fue la que se fijó en la obra de Isaac en la Markel G y comisionó una de sus pinturas para la exposición «Mapa de pintura y escultura recientes». Un título de esos de palo metido por el culo para una exposición que pretendía destacar lo mejor del talento emergente.

—Karen Sinsheimer vio las pinturas hace un año.

—¿Dónde quieres ir a parar?

—A ningún sitio. —Se inclinó hacia delante, cogió una novela de detectives que había al otro extremo de la mesa, y abrió el libro. Me sonrió ingenuamente—. Hay un montón más ahí —dijo señalando una estantería llena de brillantes libros nuevos—. Sería genial que te leyeras alguno. Así podríamos leer juntos y hablar sobre ello.

No me molesté en responder —sabía de sobra que no era proclive a los misterios— así que me quedé ahí sentada, echando chispas, mientras él pasaba páginas. Sabía que lo que tendría que haber hecho era irme, pero no estaba dispuesta a rendirme tan fácilmente. No es solo porque estuviera locamente enamorada de ese tío, sino porque reconocía, como reconocía muchas otras cosas en él, que tenía un gran talento. Un gran artista de nuestro tiempo. Y si no hacía nada por echarse una mano a sí mismo, iba a perder la mayor oportunidad de su vida.

Lo del MoMA no era moco de pavo. Sinsheimer había recorrido el mundo comisionando obras de artistas de éxito en la última década. A pesar de que el museo todavía no había publicado una lista oficial, los rumores de la calle decían que habría cincuenta pintores y escultores. Eso significaba que Isaac había sido elegido entre los mejores veinticinco pintores del mundo.

—Isaac —dije finalmente, intentando sonar seria—. Hagamos una lluvia de ideas.

—No hace falta. Ya sé quién lo ha hecho.

Le arrebaté el libro de las manos y le expulsé de mi regazo.

—La pieza del MoMA formará parte de tu serie sobre el tiempo, ¿verdad?

—Ese era el plan.

—¿Y ya no?

—Como bien sabes, nada de lo que he intentado ha funcionado.

—¿Por qué?

—Porque todo apesta.

—Pero ¿por qué?

—No empieces, Claire. Es aburrido. Un bodrio, eso es lo que es.

—Tú solo responde la pregunta: ¿por qué apesta?

Se cruzó de brazos.

No pude evitarlo: mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Oh, Saac.

—Está bien, está bien —dijo, sentándose—. ¿Por qué apestan? ¿Por qué apestan? —Miró al vacío en la distancia—. Supongo que apestan porque son demasiado oscuras.

—¿El color o el tema?

—Las dos cosas.

—Bueno, pues pensemos en algunas ideas luminosas.

—Es un tema oscuro.

—No necesariamente.

—El tiempo es un devorador de todas las cosas —entonó en voz grave y ponderada—. Conforme va pasando, la gente va muriendo, los edificios se van derrumbando, las civilizaciones van desapareciendo.

—¿Qué tal una interpretación más optimista? ¿Nacimiento? ¿Rejuvenecimiento de la primavera?

—Rayas de hierro. Manchas de plata. El cobre se vuelve verde.

—Pues no hagas una pintura del tiempo —dije—. Haz otra cosa.

—Tiempo al tiempo. Tiempo y lugar. —Abrió los brazos de par en par—. Tiempo para vivir, tiempo para morir, tiempo para arrojar piedras.

Me costó mantener el tipo.

—¿Tiempo para pintar?

Isaac me envolvió en sus brazos.

—Mi chica —dijo.

—¿Y qué tal el tiempo como la cuarta dimensión? —pregunté vagamente, mientras me recorría la oreja con su lengua.

—Suena interesante —murmuró bajando por mi cuello.

Le aparté.

—¿Sí? ¿Cómo de interesante? ¿Qué ves ahí?

Isaac gruñó.

—Claire...

—Ven aquí a trabajar conmigo. —Me incorporé de un salto y fui hacia un caballete vacío—. ¿Tienes algún lienzo limpio?

—No.

—No seas ridículo.

—Hoy no me apetece pintar.

Me dirigí al cajón grandote que había debajo de una pared de estantería —el estudio de Isaac, a diferencia del mío, había sido diseñado por un arquitecto y construido por un maestro carpintero — y saqué el lienzo más grande. Estaba recortado, imprimado, y listo para empezar a pintar sobre él, así que lo puse en el caballete.

—¿Qué color ves?

—Claire...

—El tiempo como la cuarta dimensión —dije—. Un río fluyendo, en pos del futuro, dejando el pasado atrás, ambos existiendo simultáneamente. ¿Qué color de fondo? —Agarré un bote de trementina y empecé a toquetear sus tubos de pintura—. ¿Ocre oscuro? ¿Siena?

Isaac sacudió la cabeza.

—Veo movimiento —continué—. Un flujo de pintura espesa, siempre fluyendo sobre sí mismo, arriba y abajo, hacia delante y hacia atrás. Mojado sobre mojado. Raspando a través de las capas de pintura para revelar lo que hay debajo, raspando a través de las capas del tiempo. Todo ahí, pero por encima y por debajo lo uno de lo otro, dejando entrever algo, casi visto, algo sobrepasado y oculto por otra capa de tiempo.

Isaac vino hasta el caballete y cogió la trementina de mis manos.

—Es una idea magnífica, pero no va a suceder. Tú tienes voluntad, pero yo no.

—Empecemos juntos —rogué—. Hagamos únicamente el fondo. Veamos a dónde nos lleva, y cómo te afecta. A lo mejor una vez que te metas, sale.

Isaac me besó en la frente.

—Tampoco tengo voluntad para luchar contigo.

Así que empecé a pintar usando los pinceles de Isaac, los óleos de Isaac, las series de Isaac y el estilo de Isaac. Él me corregía en esto y lo otro. Me enseñó a usar su técnica de impasto para poner muestras gruesas de pintura con todo el pincel. A usar los brochazos anchos y poderosos, a hacer que todo mi cuerpo lo respaldara. A aplicar el color húmedo encima del color húmedo y raspar a través de las capas superiores para destapar las capas de debajo.

Era lo opuesto a lo que yo hacía, a la forma en la que yo pintaba, pero me encantaba esa libertad a la hora de pintar, ¡de pintar con Isaac! De ser Isaac. Estuvimos trabajando juntos prácticamente a diario durante una semana, yo pintando e Isaac leyendo, mayormente, o echando una siesta, dándome alguna instrucción ocasional.

—¿Qué te parecería, Saac —pregunté una tarde— si añadiéramos otro estilo de pintura como metáfora de otro nivel temporal?

Se encogió de hombros.

—Ya sabes, como pasar del clásico mojado sobre mojado al mojado sobre mojado contemporáneo. ¿A lo mejor algún flujo representacional en abstracto? —Señalé el lienzo con el pincel—. Como aquí, a través de las capas del tiempo artístico.

Volvió a encogerse de hombros.

Así que diluí su pintura en trementina y procedí a aplicar una serie de finas capas, cambiando la humedad aplicación tras aplicación, secándolas con el secador de pelo que yo me había traído para tenerlo en su cuarto de baño cada vez que viniera a quedarme con él. Al final, el cuadrante inferior derecho estaba cubierto de crecientes sumamente velados, representacionales, y relojes de arena abstractos flotando a través del tiempo.

Cuando acabé el cuadro, Isaac examinó los crecientes entrecerrando los ojos y se quejó aduciendo que eran más de mi estilo que del suyo. Luego estampó su firma y se echó otra siesta.

CUATRO

NO PUEDO DORMIR. ACABO DE TENER UNA PESADILLA EN la que la gente de la Markel G, vestida con amenazantes máscaras de plumas del Mardi Gras, me perseguía. Iba corriendo hacia la habitación trasera, preguntándome cuándo se había trasladado la galería a Nueva Orleans y buscando una salida que no podía encontrar, cuando me di cuenta de que a pesar de que todos los cuadros que había en las paredes eran míos, llevaban el nombre de otra persona en las tarjetitas blancas. Eso me asustó más que los asaltantes.

Son las tres de la mañana. Me rindo. Voy a levantarme. Preparo una taza de café y vagueo frente al ordenador jugando al solitario y revisando mi correo electrónico. La línea del asunto de un mensaje emerge en mi bandeja de entrada: «Ganadores del concurso *ArtWorld* Trans». Mi corazón se dispara y me da un apretón en el estómago. Mierda. Quiero ganar. Necesito ganar. Mi mano duda sobre el teclado. Hago clic y cierro los ojos.

Cuando soy capaz de abrirlos, examino la pantalla de arriba abajo, buscando mi nombre. Ni rastro de Roth. Deslizo la pantalla hasta el final para ver si hay más listas. Pues no, no hay más listas. Un familiar sentimiento de malestar me retuerce por dentro. No sé por qué no he ganado, si por Isaac o si porque mis obras no eran lo bastante buenas. Y no sé cuál de las dos opciones es peor.

ArtWorld es al arte lo que el *New Yorker* es a la literatura, y sus jurados las luminarias del círculo artístico. Luminarias que han estado expulsándome de ese círculo —tal y como Markel dijo acertadamente— desde la muerte de Isaac.

Me deslizo hasta el final de la página para ver quién ha ganado.

—Mierda —digo en voz alta, estrellando mi teléfono móvil contra el sofá. Se pierde por el aire partiéndose en dos sobre el suelo, como cada vez que lo tiro. Así es como se partió en dos la primera vez.

A la porra el móvil. Esto es casi peor que perder. La ganadora es Crystal Mack, la misma que vendió tres cuadros EDS en la exposición «Artistas en plena faena» de Markel G a un puñado de suburbanitas ricachones que no sabrían distinguir una hoja impresa de un óleo original. Crystal, ese falso talento andante con su ropa nueva a la última moda, absorbiendo a todos sus nuevos amigos de moda del Oak Room. Crystal, sí, esa Crystal que ascenderá a un reino completamente nuevo. Borro el correo electrónico y lo elimino de la papelera para asegurarme de que jamás

volveré a verlo.

Que le den, a ella y a sus pasteles derivados.

Pienso en la oferta de Markel e imagino la cara de Crystal si le contara que me ha propuesto hacer una exposición individual en la galería Markel G: incredulidad, seguida de rabia, seguida de crudeza, envidia sofocante. Incluso en su diluida imaginación, tiene que saber que está a años luz de siquiera soñar con la idea de tener su propia exposición individual. Pero yo sí podría tenerla...

Sería estupendo. Los chupitos de tequila correrían por el Jake's. Probablemente durante un mes.

¿Y si lo hiciera? ¿Y si funcionara y Markel y yo hiciéramos algo bueno? ¿Y si consiguiera mi propia exposición? Todas mis ventanas, colgadas orgullosamente de las paredes de la Real Markel G. Y en mitad de todo ello, yo, toda orgullosa. Todas las tarjetitas blancas como *mi* nombre en letras grandes. Montones de puntos rojos marcando las ventas. Sin plumas.

Soy copista profesional, y es cierto que he estudiado y domino las técnicas necesarias para crear ilusión de autenticidad, pero aparte de la *masterclass* de Repro, no soy experta en falsificación, ni en los procedimientos a los que hay que recurrir para engañar a los expertos, ni sé cómo funciona ese mundo. Dudo, y luego googleo «cómo ganan dinero los falsificadores».

El primer artículo se titula «Los falsificadores de arte cobran “rusificando” obras baratas». Aquí dice que las falsificaciones de Shishkin y Malevich son grandiosas porque han sabido transformar los mediocres paisajes europeos del siglo XIX en pinturas rusas. Exactamente, cómo y por qué se hace esto último, no se explica, pero evidentemente, los nuevos ricachones crédulos no pueden conformarse solamente con eso.

Hay una entrada en la historia sobre un tratante de arte llamado Gianfranco Becchina que en 1985 convenció al Museo J. Paul Getty para que le pagase casi diez millones de dólares por una estatua griega falsa que, según él, era del siglo VI después de Cristo. El Getty contrató expertos en antigüedades, geólogos, abogados y autentificadores que usaron todas y cada una de las más refinadas técnicas, desde la microsonda de electrones hasta la espectrometría de masa, para verificar lo que Becchina decía. Los engañó a todos, y el museo comprando la falsificación.

Y ahí estaba también John Myatt, que logró la mayor estafa de la historia del arte del siglo XX al pintar y vender alrededor de doscientas obras «inéditas» de reconocidos artistas muertos. Pero la estafa no es la mejor parte de esta historia. Resulta que tras una corta estancia en la cárcel, Myatt estableció un exitoso negocio de venta de sus falsificaciones como falsificaciones por precios que oscilaban entre los mil y los diez mil dólares. En el año 2005, tuvo una exposición individual en la Air Gallery de Londres, llamada «Falsificaciones genuinas» —un título muy apropiado— que atrajo colas de visitantes.

Probablemente el más brillante de la panda fue Han van Meegeren, un pintor neerlandés frustrado que pasó seis años, en la década de los treinta, formulando los procesos químicos y técnicos necesarios para crear una falsificación con los que llegaría a timar a los tratantes y críticos que habían rechazado reconocer su genialidad pictórica en el pasado. Usó las piezas sueltas de una tostadora para construir un horno en el que horneaba sus cuadros, siendo este uno de los principales procesos en la falsificación de obras antiguas. Tuvo un éxito arrollador. Hizo una fortuna hasta que uno de sus «Vermeer» fue encontrado en un motín nazi de posguerra, y hubo de probar que lo había falsificado para evitar cargos de traición derivados de la venta de un

tesoro nacional al bando enemigo.

Mi favorita, sin embargo, es la historia de Ely Sakhai, un pequeño propietario de una galería de Nueva York que amasó alrededor de tres millones de dólares comprando pinturas en el mercado medio —obras menores de grandes artistas que se venden en la gama de una cifra de cinco dígitos—, contratando artistas para falsificarlas, y vendiéndolas luego como si fueran originales doblando su valor. Las falsificaciones, así como los certificados de autenticidad, fueron a parar a manos de coleccionistas japoneses; mientras que las auténticas fueron vendidas a casas de subastas de Nueva York. Mantuvo el timo durante años, hasta que en mayo del 2002, el propietario de un falso Gauguin decidió vender su versión a través de la casa de subastas Sothesby's, justo al mismo tiempo en el que Ely estaba consignando el original en otra archiconocida casa de subastas: Christie's. Pobre pillín pillado, sin posibilidad de esconderse. Y con semejante negocio entre las manos.

Pero lo más importante que he aprendido en mi búsqueda por los mundos de internet es algo que ya sabía: que no es ningún crimen copiar una pintura —obviamente, así es como yo gano el dinero que declaro a la hacienda pública cada abril—. La parte criminal no llega hasta que la copia es vendida como original. Por lo tanto, el vendedor, y no el copista, es el delincuente.

EN SUS MAPAS y folletos, el MBTA —el metro de Boston— llama a la línea plateada «línea», supongo que para que los viajeros la equiparen con las líneas roja, verde, azul y naranja de la ciudad, todas ellas subterráneas. Vamos, lo que viene siendo un metro. Un nombre muy bonito, sí, una buena estrategia de *marketing*, pero una broma increíblemente molesta para los que la cogemos, porque la línea plateada es un autobús. Un autobús que recorre áreas pobres y minoritarias.

El exnovio de Rik, Dan, que es planificador urbano, dice que en el ámbito del transporte se denomina oficialmente ATR: autobús de tránsito rápido. Me siento en el ATR, en dirección a Beverly Arms. Estamos parados en medio del tráfico, y yo ya estoy sudando al calor de los rayos de sol veraniegos que entran a través de mi ventana. A mí estos no me engañan. Es un autobús, pero de tránsito rápido nada.

Beverly Arms, como la línea plateada, es, en el mejor de los casos, un nombre inapropiado, y en el peor de los casos, de una rencorosa crueldad. Es un nombre dulce y luminoso. A mí me recuerda a mi tía abuela Beverly, en cuyo amplio pecho me encantaba acurrucarme cuando era pequeña. Desgraciadamente, este Beverly es un centro de detención juvenil para chicos que han cometido un crimen por el cual, de haber sido adultos, estarían en prisión. Algún día, allí es donde la mayoría de ellos estarán.

Llevo dando clases de arte aquí —normalmente una vez a la semana— desde hace cinco años. Empecé siendo estudiante, como parte de un servicio comunitario obligatorio, y después de graduarme, me quedé. A los chicos les gusta la clase —y les gusto yo— porque les saca de las tareas rutinarias. A mí me encanta gustarles. Soy una imbécil, eso lo sé.

Beberly Arms tiene el estilo y la calidez de un gulag de la era soviética: bloques de color hormigón interrumpidos por hileras de minúsculas ventanas selladas. La buena noticia es que las ventanas no tienen barrotes. La mala es que la rejilla que las cubre es tan espesa que apenas filtra luz. Para eso, más vale que hubieran puesto barrotes.

Llego, paso los controles de seguridad, como si fuera un hombre con un visado dudoso en un aeropuerto de Oriente Medio. Cuando acabo con esa parte, tengo que responder una serie de

preguntas cuyas respuestas el guardia de turno ya se conoce de memoria, puesto que me ha interrogado cientos de veces, mientras sostiene mi carné de conducir en la mano. Solía tratar de bromear con él al respecto, pero la idea resultó un fracaso, así ahora espero a que me haga cada pregunta y le doy las respuestas que él ya conoce con monótona paciencia. A veces me cuesta mantener el tipo y no partirme de la risa.

—Claire Roth.

—Avenida Harrison, 173, Boston, Massachusetts.

—Profesora de arte.

—Arthur Marcus, Director, Art DYS.

—Green East.

Comprueba sus notas y me mira como si yo también hubiera cometido un crimen.

—GE 107 —ladra.

Es la sala que siempre uso. Tal vez los chicos lo harían mejor si alguien tuviera sentido del humor por aquí.

Me pongo en marcha a través de la serpiente de pasillos que luchan contra un incontable número de puertas gruesas y pesadas. Presiono el botón, alzo la vista y sonrío a la cámara, espero y albergo la esperanza de que quienquiera que sea el que esté hoy al mando de la unidad central no sea un gilipollas. En el pasado, llegaba a esperar hasta diez minutos antes de poder entrar, y no puedo dejar de pensar en la satisfacción que los tíos de la central sienten viendo cómo me apoyo en un pie, y después en otro.

Descubrí, a las malas, que pueden verte y oírte. Una tarde, al principio de empezar a venir aquí, cometí el error de murmurar algo entre dientes sobre el imbécil que no abría la puerta. No fue lo más inteligente. Resulta que el imbécil era una imbécil, el gran y poderoso mago de Oz tras el telón de Beverly Arms, y esa tía nunca olvida a la ligera. Espero que no sea ella la que esté al cargo hoy. Suena el timbre y, aliviada, cruzo la puerta que se cierra de golpe resonando tras de mí. Tras veinte pasos, me detiene otra puerta.

A medida que me encamino hacia el último tramo hasta la GE 107, me gustaría que el gran y poderoso mago de Oz me acompañase. Camino a través de la unidad de aislamiento, los ojos al frente, e intento bloquear los gritos de los chicos enfurecidos que tienen encerrados en celdas alineadas a ambos lados del pasillo. Algunos están desintoxicándose, otros camorreando los unos con los otros a través de las grietas inferiores de sus puertas, continuando las peleas callejeras por las que han acabado aquí.

Todo está pintando de color verde podrido, siempre asociado con las instituciones. ¿Es que los otros colores cuestan más que el verde? ¿Y el amarillo chillón? Cuando empecé a hacer esto, pensé que las paredes eran verdes porque se trataba del bloque verde. Pero no. Resulta que todo el edificio está pintando del color de los vegetales en descomposición. Eso fue lo que me dio la idea mural: tal vez perder algo de verde ayudaría con los chicos. Me dijeron que la tasa de reincidencia está en el setenta y tres por ciento. No hay mucho que perder.

El trato para el mural es que cada muchacho tiene que pintar algo que eche de menos del exterior pintándolo al carboncillo sobre papel de periódico; los bolígrafos y lápices no están permitidos porque tienen puntas afiladas y podrían ser usados como armas. Cuando terminen los dibujos, vamos a proyectarlos en las paredes de la sala, a repasar los bordes, y a proceder a pintarlos. Adiós a los vegetales podridos.

No le digo a los chicos qué dibujar ni emito ningún juicio de valor. Ni siquiera les doy indicaciones sobre la técnica a menos que me lo pidan. Mi teoría es que los muchachos —«jóvenes», como siempre se los llama aquí cuando se refieren a ellos— tienen un montón de arte en su interior y mi trabajo es proporcionarles las herramientas y materiales para estimularlo. Xavier está dibujando cien botes de cerveza, y Christian está haciendo un boceto bastante bueno de una jeringuilla y una bolsita de heroína. Todo lo que pido es que trabajen durante la clase y sean sinceros consigo mismos. Los muchachos no tienen problema con esto último. Están ardiendo de deseo por expresar sus propias verdades privadas.

Los chicos son conducidos a la habitación por una trabajadora social que no había visto antes. Es fácil quemarse y es fácil saber por qué. Hoy solo hay diez chicos. La última vez eran trece. Uno de ellos es nuevo. Faltan cuatro. No pregunto dónde están, así como tampoco pregunto qué han hecho para venir a parar aquí. No quiero saberlo.

Saludo a Jonathan, Xavier, Sean, Johan, Christopher, Reggie, Brian, Christian y Andrés. La mayoría de ellos responde apropiadamente. La trabajadora social nueva, Kimberly Deeny, se presenta y nos presenta a Manuel, de mirada sombría, con el aspecto de llevar una escopeta bajo el brazo, el temple de un niño que rechaza mirarme a los ojos. Yo diría que tiene unos doce años. Coge con aires de contoneo fanfarrón el carboncillo y el papel que Kimberly le ofrece, y luego espera, tratando de ocultar su ansiedad, a que los demás tomen asiento. Pobre del chico nuevo que se siente donde no debería.

Kimberly, quien no tiene ni idea de a quién pertenece cada dibujo, me los pasa para que yo los vaya distribuyendo. Es guapa y joven, con una melena salvaje de pelo cobrizo recogido en un moño; se les escapan algunos mechones alrededor del rostro, un desafortunado *look sexy*. Sus ropas anchas hacen un buen trabajo disimulando su mono cuerpecillo, igual que el moño hace con su melena. Demasiado bonita y demasiado joven para este trabajo. Me pregunto si todavía estará aquí cuando vuelva la semana que viene.

Todos, excepto Manuel y Xavier, empiezan a trabajar. Paso algunos minutos explicando la tarea a Manuel y luego me acuclillo junto al pupitre de Xavier. Mide más de un metro ochenta, delgado pero musculoso. Aunque debe ser una estrella en la pista de baloncesto, tiene una cara y un comportamiento tan dulces que es difícil imaginarle intentando pegar a alguien, o haciendo algo como para acabar aquí. Las apariencias engañan, está claro. Debido a su altura, dirías que tiene, como mínimo, dieciocho años, pero no pasa de los catorce o quince. Una edad demasiado tierna como para echar de menos cien botes de cerveza.

—¿Qué hay, X? —pregunto.

Se encoge de hombros.

Examino su dibujo. Parece como si los botes hubieran sido dibujados por un niño pequeño, pero las etiquetas son bastante intrincadas. Las letras de Budweiser están bocabajo.

—Ya casi lo tienes. ¿Cuántas más necesitas?

—Demasiadas.

—No tienes que hacer cien si no quieres. Solo era una idea.

Xavier vuelve a encogerse de hombros.

—¿No se trata del número?

Baja la mirada hacia el dibujo, menea la cabeza. Estar en cuclillas está haciendo que me duelan los cuádriceps, pero a veces no puedes decir ni hacer nada, salvo esperar. Cuando no

funciona, toco su hombro, algo que supuestamente no debo hacer.

Mira hacia arriba.

—¿Qué? —pregunto.

—Es el color plata.

—¿El color plata?

Señala los botes con el dedo.

—La Bud es plata. Eso es lo que echo de menos, y dijiste que tenía que ser real. Y solo habrá rojo, azul y amarillo.

Tiene su punto. El presupuesto es extremadamente ajustado pero Al, de Suministros Artísticos Al, me hacía descuento si únicamente me llevaba colores primarios. Algo relacionado con el excedente de *stock*. Pensé que podría mezclarlos y tener todos los colores que quisiéramos, pero Xavier tiene razón: no va a ser color plata. Estos chicos siempre te sorprenden.

Una vez más, pienso en la oferta de Markel. Si la aceptara, no tendría que atenerme a la tacaña asignación de artículos del Estado —las clases de arte para delincuentes juveniles no son algo fácil de vender. Tendría dinero, cincuenta mil dólares de los que merecen la pena. Tendría los recursos para aumentar la estrechez de miras del gobierno. O tal vez estoy buscando una excusa para devolverle el golpe al mundo del arte, que tanto me ha perjudicado. Claire Roth, una Han van Meegeren del siglo XXI. Afortunadamente, Markel no sabe nada de los nazis.

—No te preocupes, X. Hallaré la forma de conseguirte el plateado —le apoyo.

Me mira sin comprender. Está claro que no está acostumbrado a obtener lo que necesita.

Tantos buenos usos derivados de las ganancias ilícitas...

CINCO

SUBO LAS CUATRO PLANTAS QUE CONDUCEN A MI ESTUDIO pensando en la pintura de Xavier, en la cara estupefacta de Crystal, en mis cuadros colgando de la Markel G. Markel es una celebridad local, y si algo inmoral se mezclara con su nombre alguna vez, tanto yo como toda la ciudad de Boston, lo sabríamos. Incluso Isaac, quien tendía a ver lo peor de cada persona, confiaba en él.

Llamaré a Markel.

—¿Cómo de bueno es? —pregunto sin más preámbulo. Chasquea.

—Es tan bueno como algo que estoy seguro que has deseado que se hiciera realidad.

—¿Cómo la paz mundial?

—Tal vez no algo tan grandioso, pero a menor escala, sí. —¿Puedes ser algo más preciso?

—No.

No hay más que rascar.

—Dime otra vez a cuánta gente vamos a ayudar.

Cuando dice cientos de miles, tal vez millones, creo que está siendo un poco hiperbólico.

—¿En serio?

Ríe.

—Sé que suena a locura, pero sí, en serio.

Dudo.

—Es tú última llamada, Claire —me recuerda—. Puedo buscar a otra persona si...

—¿Otra persona? Muy bien —le digo—. Me apunto.

Unos días más tarde, recibo un cargamento embalado en una caja de madera. Es enorme, como de tres metros y medio por tres metros y medio. También pesa lo suyo, como si tuviera dentro media docena de lienzos, aunque yo creo que solo hay dos, máximo cuatro, en el interior.

Si únicamente hay tres o cuatro, es como si Markel quisiera que creara un pastiche, una pintura «sin descubrir» que el falsificador compila basándose en las obras pasadas de un artista conocido, como hizo el difunto John Myatt. Pero si hay únicamente dos, entonces estamos ante el paradigma de Ely Sakhai, y una de las pinturas será el original de algún artista consolidado —o una obra menor de alguien más famoso— y el otro lienzo será de la misma época que el original. Después de quitar la pintura del segundo, pintaré mi copia para que la falsificación esté sobre un

lienzo y un marco idéntico y auténtico de la época, y la prueba del carbono catorce para fijar la datación no nos delatará.

Me muero por saber de quién es el trabajo que hay en la caja, pero Markel me dijo que no lo abriera, que estaría aquí en una hora. Me hizo prometérselo. Pero ¿cuánto vale una promesa entre ladrones?

Examino la caja por todos los lados, noto que hay una rotura en el lado superior izquierdo. Subo por la escalera, meto el dedo y estiro un poco. Consigo hacer un agujero redondo de unos dos centímetros y pego el ojo a la obertura. No veo nada, claro está. Agarro un martillo para intentar abrir un poco más de espacio. No queda mucho hueco y la caja entera está grapada con clavos, pero meto el dedo y doblo el tamaño del agujero. Ahora veo un envoltorio de plástico de burbujas.

Casi nunca puedo basar mis repros en originales, porque la mayoría de los McCoys reales están en París o Londres, y Repro no piensa enviarme al otro lado del Atlántico para verlos. Una vez, estaba haciendo un Botticelli para ellos —*Tragedia de Lucrecia*— que estaba en el Museo Gardner, así que tuve que trabajar con ese original. Desafortunadamente, el Gardner es increíblemente estricto, y solo me permitieron dibujar a lápiz y sin posibilidad de usar la cámara. Aun así, la repro salió mejor porque pude trabajar con el original.

La idea de tener una obra de arte de alta calidad en mi estudio me entusiasma y aterroriza a partes iguales. Si fuera una mujer de las que apuestan, diría que Markel está jugando al mismo juego que Ely Sakhai, y la pintura es un trabajo menor que debo falsificar para vendérsela a algún coleccionista como si fuera la original. Me parece rarísimo que Markel se implique en este tipo de asuntos. Es demasiado rico y filantrópico, siempre apoyando a los artistas que luchan por hacerse un hueco, movido por la codicia, eso sí. El vive de eso. Pero como no tengo ni idea de lo que quiere decir cuando habla de hacer «el bien», tampoco estoy en posición de juzgar. No quiero precipitarme.

En verdad, aparte de las interacciones que he tenido con Markel cuando era el agente de Isaac —algunas extremadamente gravosas, por no decir menos— y de los rumores usuales en los medios, no sé mucho más sobre Aiden Markel. Hace una década, en la veintena, era un niño prodigio en el mundo del arte, copaba la escena de Boston, engrandeciéndola al decidir quedarse aquí, en lugar de largarse a Nueva York o París. Representa a muchos artistas de renombre nacional e internacional, cosa que ha sacado a Boston de las aguas estancadas trayéndolo a la luz. Es tan solo seis o siete años mayor que yo, pero tiene tanto éxito que ya me lleva décadas de ventaja.

Dejo caer el martillo, agarro la palanca y contemplo la caja. Vuelvo a subir por la escalera, ensarto la palanca en el agujero y le doy un buen empujón. La caja suelta un chillido casi humano antes de empezar a resquebrajarse. Vuelvo a hacerlo, cojo un poco más de impulso, y el espacio entre las dos piezas de madera se ensancha. Pero veo que voy a tener que quitar la mayoría de los clavos primero, así que regreso a por el martillo.

Mientras me dedico metódicamente a los tomillos, pienso en el dinero que Markel me va a dar. Casi diecisiete mil dólares. Es más dinero del que he tenido en toda mi vida de una tacada. Debo unos veinticinco de los grandes de mis préstamos de estudiante, así que dedicaré una buena parte a saldar eso. Luego pagaré al casero los dos últimos meses y cubriré la cuenta que he ido acumulando en Suministros Artísticos Al. Al y el casero se han portado realmente bien, pero las

historias ingeniosas y autodestructivas no llevan muy lejos a una chica. Además, me estoy quedando sin pigmentos y medios, por no decir sin pinceles, y no hay forma de que Al me preste algo de eso si antes no saldo mi deuda.

Echo un vistazo alrededor del estudio. Una cama de verdad, en lugar de un colchón. Un sofá en el que una persona pueda sentarse sin romperse los discos. Un ordenador que no tarde veinte minutos en arrancar. Un móvil que no esté partido en dos. La lista es interminable.

Suena el teléfono y veo que es Markel. Bajo a abrirle la puerta. Esta vez no está tan parlanchín. Cuando entramos en el estudio, nota de inmediato que he empezado a abrir el cajón, pero no parece sorprendido.

—Así que no podías esperar —dice, sin el menor rastro de irritación.

Me encojo de hombros.

—No he llegado tan lejos.

—Ya veo.

En esta visita no le ofrezco vino, ni frutos secos. Permanecemos frente al torreón de madera durante un buen rato, sin decir nada. Finalmente, Markel dice:

—Tenemos que hablar.

Señalo la mecedora y tomo asiento en el sofá. Junto las manos sobre el regazo y aguardo.

Saca un sobre del bolsillo de su chaqueta y lo pone sobre la mesa que hay entre nosotros. Es bastante grueso.

—Espero que no te importe —dice, como si estuviera hablando del tiempo—, pero está casi todo en efectivo.

Diecisiete mil dólares. Qué mareo.

—Claro que no, sin problema —digo, en lo que espero que sea un tono casual, aunque puedo oírme a mí misma, y no lo es.

Apoya los dos pies sobre el suelo y se inclina hacia mí.

—No quiero que pienses que estoy siendo condescendiente, pero necesito saber que sabrás manejar el dinero.

Pues ahora que lo dice, sí creo que está siendo condescendiente.

—Soy perfectamente capaz de administrar el dinero.

—Basándome en lo que me dijiste sobre tu escala de tarifas —dice, como si no hubiera dicho nada—, te he extendido un cheque por ocho mil dólares a cuenta de la Markel G. Este es el pago oficial por tus servicios, que depositarás en tu cuenta, y declararás a Hacienda. En caso de que algo saliera mal, servirá para demostrar que teníamos un acuerdo de reproducción estándar y te mantendrá alejada de cualquier otra cosa en la que yo esté involucrado. El resto está en efectivo.

Miro el sobre y después retiro la vista rápidamente. Nueve mil dólares en efectivo.

—Tendrás que abrir un par de cuentas en diferentes bancos —prosigue—. No deposites más de unos cuantos miles en cada una para no levantar sospechas. Y tampoco lo gastes en lugares donde la gente te conozca. Usalos en el supermercado o el centro comercial.

—¿Es realmente necesario todo esto?

No soy de tener mucho dinero, jamás lo he tenido, y ya me están empezando a sudar las palmas de las manos.

—Es mi trabajo asegurarme de que no habrá errores —cuenta las siguientes instrucciones con los dedos—. Nada de compras ostentosas, nada de vacaciones caras, ni gestos indisciplinados

como un extravagante regalo a tu madre o pagar la ronda en tu bar favorito.

—No soy una niña —digo, sintiéndome abrumada por su paternalismo—. Entiendo qué es lo que estamos haciendo.

—No. —Se pone en pie—. No creo que lo entiendas.

Me pongo de pie yo también.

—Tal vez ha llegado el momento de que me ilumines.

Camina hacia el cajón de madera y coge la palanca.

—Sigue con los clavos, yo me encargo de hacer palanca.

Lanzo una última mirada al sobre que hay sobre la mesa, y me uno a él. Con más de unos cuantos gruñidos y una buena dosis de sudor, conseguimos sacar las pinturas de su envoltorio. Tal y como me figuraba, solo hay dos. Pero ambas están tan embaladas en tantas capas enrolladas de plástico de burbujas que, para mi decepción, todavía permanecen ocultas a la vista. Los lienzos están sin marco y son de idéntico tamaño, pero no son tan grandes como me esperaba, probablemente de un metro por un metro y medio. Me pregunto cuál de los dos es el valioso.

—Esto no va a ser como el paripé que haces con Reproducciones.com.

—Me imagino que si me has elegido para este proyecto es porque sabes que lo sé.

Por un instante parece sorprendido, y luego visiblemente relajado.

—Lo siento —dice—. Perdóname por ser tan imbécil, pero toda esta aventura está fuera de mi liga.

—¿Y por qué lo haces?

—Ya verás —dice mostrando una sonrisa traviesa—. ¿Tienes tijeras?

Corta la tapa y tiro del plástico de burbujas. En cuestión de minutos, la pintura se desnuda revelándose en todo su esplendor. Reconozco al artista de inmediato, cuando no la obra específica.

—Meissonier —digo. Tiene sentido. Ernest Meissonier era un pintor del segundo o tercer tercio del siglo XIX. Su especialidad eran los sujetos militares retratados con meticuloso realismo. Pintó al óleo, al estilo clásico y, si mal no recuerdo, se consideraba a sí mismo un segundo Rembrandt, aunque nadie más lo hacía. Pero ¿cómo iba un cuadro de Meissonier a hacer feliz a un millón de personas?

—Dicen —me cuenta Markel— que Degas decía que cada cuadro de Meissonier parecía de metal excepto por la armadura.

Río y me acerco a inspeccionar la pintura.

—Hay toneladas de capas aquí. Una falsificación impecable llevará tiempo —comento—. ¿Estás seguro de que el esfuerzo vale la pena?

—Si no lo estuviera... —dice Markel.

Le miro fijamente.

—¿Este es el que voy a pintar encima?

—Lo que vas a hacer es borrarlo, más bien.

¡Obvio! Sé que no puede haber ninguna pintura debajo de lo que voy a crear, porque sería fácilmente detectable con una simple prueba de rayos X. Pero aun así, destruir un Meissonier...

—Es una obra menor, una menudencia, a pesar de su tamaño, y hay algunas dudas sobre su verdadera autoría. Que no te dé lástima.

Cualquier interés que hubiera podido tener por Meissonier se evapora de inmediato, y me giro

hacia el otro lienzo embalado.

—¿De quién es?

Markel pone cara de pillo.

—¿No quieres esperar y sorprenderte?

—No.

—Hay gratificación en la demora.

—Nunca ha sido mi fuerte.

Markel duda.

—¿Quién?

—Degas, por supuesto.

Apenas puedo respirar. Me crie con Degas en el museo durante las clases de dibujo. Y ahora aquí estaba, una de sus obras originales, tocada por el mismísimo Degas en persona, justo en mi propio estudio, a tan solo unos centímetros de mí. Y si Markel me había elegido como falsificadora, tenía que ser porque la obra a falsificar era uno de los óleos de Degas. ¡Porque yo soy experta en Degas!

El corazón me palpita a mil por hora. Voy a tener la gran fortuna de vivir con una obra de Degas, tocarla, respirarla, estudiar hasta el último detalle, hurgar en los secretos del maestro. Es un gran regalo. Tal vez el mejor. Uno que marcará mi trabajo eternamente. Qué bonito. Bonito. Increíblemente bonito. Me quedo sin aliento.

Markel comienza a recortar la tapa cuidadosamente, sujetando el envoltorio de plástico de burbujas. Hay muchas otras capas de envoltorio en este lienzo.

Yo permanezco muda, hipnotizada, incapaz de moverme para ayudarle, incapaz de pensar incluso. *Degas, Degas, Degas* es la única cantinela que mi cerebro puede ejecutar.

Markel opera meticulosamente, mucho más lentamente que cuando desarrolló el Meissonier.

Son desnudos. Creo que tres, tal vez cuatro. Pertenece a la colección de bañistas de Degas. De una época en la que, en contraposición a la mayoría de sus contemporáneos, él se centró en los momentos de la vida ordinaria. Un fognazo de azul, verde, coral. Incluso bajo toda esa capa de envoltorio de burbujas, surge el brillo de los colores de Degas. ¿Qué obra será? Fue tan prolífico durante ese periodo. Pero mi cerebro está congelado ahora mismo. No se me ocurre ni una sola.

Markel desgarró la última capa dejando la pintura a la vista, y a mí, momentáneamente confusa. Lo primero que pienso es que no es un auténtico Degas. No puede ser. Entonces jadeo. No solo es un auténtico Degas, sino uno que ya he visto antes. Muchas veces.

—No —grito, casi a modo de lamento.

Debería haberlo adivinado por el tamaño del lienzo. No es un Degas cualquiera. Es una de sus grandes obras maestras. *Después del baño*, el último de los cinco que dieron nombre a la misma serie, pero sin duda alguna el más famoso.

Y eso es lo de menos. Esta pintura fue arrebatada de las paredes del Museo Isabella Stewart Gardner, arrancado de su marco. Tanto esta como las otras obras que fueron robadas durante aquella noche lluviosa por un par de ladronzuelos, jamás pudieron ser recuperadas.

Tengo delante de mí una de las pinturas robadas más valiosas de la historia de los mayores robos de arte sin resolver.

Del puño y letra de

ISABELLA STEWART GARDNER

10 de junio de 1886
París, Francia

Queridísima Amelia:

No puedo expresar lo angustiada que estoy echándoos de menos a ti y a tu esposo. ¡Y solo han pasado dos días! Las aguas que separan Londres de París estaban tan revueltas y eran tan traicioneras que no zarpaba ningún barco, y tu tío Jack y yo nos vimos obligados a pasar dos noches húmedas, frías y miserables en una horripilante casa de huéspedes de Brighton. Confío en que tu viaje a casa fuese mejor.

Estábamos ansiosos por verte ataviada con tus mejores galas de luna de miel, hermosa y sonrojada, andando del brazo de Sumner. Me consuelo pensando que pronto volveremos a Boston, donde seremos recibidos en los apartamentos del señor y la señora de Sumner T. Prescott Júnior nada más llegar. Si el cielo hubiera querido que tus difuntos padres y tu dulce hermano Joe estuvieran vivos para poder hacer los mismo...

En Londres había tanta niebla y monotonía como en Brighton, y todas las fiestas eran terriblemente sosas. Pero ahora que estamos en París, una ciudad tan increíble y llena de luz, el mundo es fantástico. Es maravilloso estar nuevamente rodeados de gente con talento y alegría. Hemos estado viendo espectáculos, acudiendo a veladas, y la semana pasada nos aventuramos en uno de esos café-conciertos, y ¡oh, qué espectáculo tan espléndido! ¡Estuvimos entretenidísimos con unos bailarines vestidos con trajes tan apretados y brillantes que podrían haber estado bailando desnudos en su tinta! Tu tío, como podrás suponer, estaba un poco desanimado, pero disfruté cada minuto, ¡amo a los franceses!

¡Y anoche! ¡Oh, anoche! Anoche tu tío Jack y yo cenamos en casa de nuestro querido amigo el señor Henry James. (¿Recuerdas cuando le conociste en Creen Hill durante su viaje a América?). (Probablemente no, porque eras muy joven, pero él estaba fascinado contigo y tus bulliciosos hermanos). Qué alegría me llevé cuando Henry incluyó a James Whistler y John Sargent en la lista

de invitados, a quienes sé que recuerdas perfectamente. Y encima, una semana antes, Henry dijo que Edgar Degas también iba a cenar con nosotros.

Aunque estoy muy familiarizada con la obra de Degas, jamás había tenido el privilegio de conocer al gran hombre. (En mi opinión sus veladuras y luminosidad rivalizan con muchos de los antiguos maestros, particularmente en *Retrato de René de Cas y Jóvenes espartanas*). Me había propuesto volver de este viaje con la promesa, cuando no con la compra, de tres obras maestras a un precio razonable, así que invitar a Degas a la mesa me pareció de lo más oportuno.

Había oído que el señor Degas se fijaba mucho no solo en los hombros y el cuello de una mujer (y puesto que mi rostro es de lo más ordinario fueron mis mejores bazas a destacar) sino también en la forma en la que vestían. Así me fui derecha al salón de Charles Frederick Worth, el mismo que vistió a la Princesa Pauline de Metternich y la emperatriz Eugenia. Qué sorpresa me llevé cuando en tan solo una semana me diseñó un magnífico vestido de seda que fluía suavemente sobre mis caderas y castamente sobre mi pecho, pero dejando al descubierto mis hombros desnudos. Enseñaba sin enseñar demasiado, y tu tío Jack estaba más que complacido.

Por lo que yo sé, el nombre del señor Degas nunca ha sido vinculado románticamente al de otra persona, y sé de buena tinta que, siendo yo la única mujer que había sentada a la mesa, supe echarle el lazo y atraer sus atenciones. Debo confesar, y te lo confieso solo a ti, querida sobrina, que tanto el señor Whistler como el señor Sargent fueron presas fáciles en el pasado.

Estuvimos discutiendo, cómo no, de arte y literatura, pero particularmente de lo mucho que Henry odia el *Framley Parsonage* de Trollope, ¡y de los rumores que aseguran que George Eliot es una mujer! ¡Vamos un poco achispados con el vino y el ponche, y escuchar a James Whistler y Edgar (¡sí, me ordenó que le llamara Edgar!) en amistosa disputa sobre la luz parisina en contraposición a la luz veneciana fue fascinante, un privilegio único.

Entonces Edgar empezó a discutir su conexión, tanto en el sentido artístico como amistoso, con aquellos que se llaman a sí mismos «impresionistas». Estoy tan convencida de que un hombre de su talento no debería perder el tiempo en tales indulgencias, que le pregunté por qué tendría que andar arrojando pigmento húmedo en un lienzo en lugar de blandir su avezado ojo y pincel en pos de esas delicadas veladuras que tan bien se le dan. Me pregunté si Vermeer o Rembrandt harían tal cosa, y le dije que no lo creía, y que él tampoco debería.

Y en lugar de enfadarse, como habría hecho cualquier hombre vulgar, Edgar empezó a reírse tan fuerte que todos acabamos riendo con él. Tocó su vaso de vino y dijo:

—*Touché*, señora Gardner. *Touché*.

Le estuve pidiendo toda la tarde que me llamara Isabella, pero parece que no era capaz de hacerlo. Yo, por supuesto, estaba encantada.

¿Me halago a mí misma con la idea de que tal vez pueda ayudar a Edgar Degas a ver sus errores? Quizás es una idea demasiado escandalosa. Sin embargo, pienso seguir intentándolo.

Cuando nos levantamos para despedirnos, Edgar tomó mi mano entre las suyas, la levantó para besarla con sus labios, y me dijo que «hacía años que no pasaba una noche tan encantadora con una acompañante de cena tan encantadora».

En fin, querida niña, debo terminar aquí. Por favor, escíbeme contándome todas las aventuras de tu gran gira, y cómo te las estás arreglando con la casa. Por favor, no elijas ni una sola sábana, ni una sola cortina, sin mí, ya que me encantaría ayudarte con la decoración de la casa y el tocador.

Tu querida,
tía Belle

SIETE

ME QUEDO MIRANDO *DESPUÉS DEL BAÑO* como si los ojos estuvieran enganchados al lienzo. De niña, solía sentarme en el suelo de la Galería Pequeña del Museo Isabella Stewart Gardner, pincel en mano, esforzándome por dibujar este pedazo de pintura. El arco de la espalda, la sombra del pliegue de una toalla, la extensión del brazo. *Después del baño*. Estoy flipando. Estoy que doy brincos de la emoción. Estoy cagada de miedo.

—Yo... Esto... —farfullo ante Markel—. No puedo tener esto aquí. Tienes que llevártelo. —Incluso al pronunciar las palabras siento que estoy gritando: *No, déjalo, déjalo justo aquí, donde está*—. Es demasiado valioso, de un valor incalculable. Pero sobre todo: es robado. No puedo cargar con la responsabilidad de...

—Por supuesto que puedes tenerlo... —dice Markel—. No hay un lugar más perfecto. Si alguien lo ve, creará que se trata de una de tus reproducciones. —Su frialdad es tan impresionantemente calculadora como espantosa.

No puedo arrancar mis ojos de la pincelada, la profundidad de valores, la saturación de los colores. ¿Cómo consiguió Degas...? ¿Cola de piel de conejo? ¿Ocre amarillo en la pintura inferior? ¿Témpera de huevo en el medio? No son más que preguntas técnicas. El genio de esta pintura es mucho más que una técnica —y completamente imposible de replicar. ¿En qué estaría pensando Markel al creer que yo podría ser capaz de crear una falsificación creíble de esta magnífica bestia?

—No te preocupes, voy a devolverlo —dice.

—Pero si acabas de traerlo. —Me cuesta pensar con claridad teniendo el lienzo tan cerca—. ¿De vuelta al Museo Gardner? ¿Ahora?

—Luego. Después de que hayas obrado tu magia —dice con un brillo en la mirada—. Esa es la buena noticia. Vendo tu copia y devuelvo el original al museo.

—Si lo vendes como el original, es una falsificación, no una copia.

—Llámalo como quieras. Lo importante es que vuelve tanto al Museo Gardner como al mundo. Es genial, no me digas que no.

—Pero algún coleccionista inocente va a quedarse sin unos cuantos millones —hablo como si estuviera drogada y tuviera la mente nublada.

—No tan inocente. Recuerda: quienquiera que sea el comprador, cree que está comprando una

obra de arte robada.

—¿Te gusta ese tipo? ¿Cómo se llamaba? —Mi mente se niega a funcionar—. Ya sabes, ese tratante de Nueva York que tenía duplicados de pinturas falsificadas y las vendía como si fueran originales. Empezaba por E... Ely Sakhai.

—Claire —dice Markel—. No estás escuchando. Ni siquiera te estás escuchando a ti misma. Sí, Ely Sakhai falsificaba pinturas y luego vendía ambas obras como originales. Pero eso no es lo que nosotros vamos a hacer. Vamos a devolver la original a su legítimo dueño. Es algo completamente diferente.

—Entonces el comprador se enterará —protesto—. Irá a la policía.

—¿Y qué va a decirles? —De nuevo ese brillo en la mirada—. ¿Qué ha comprado una pieza robada que ha resultado ser falsa? Además, no va a tener ni la más remota idea de quién fue el que le vendió la pintura. Sé cómo guardarme las espaldas.

Necesito que vaya más lento. Sus respuestas me llegan demasiado rápido. Sin embargo, mis preguntas tampoco van a detenerse aquí.

—¿Qué hay de los vendedores? ¿No se cabrearán?

—Se llevan su dinero, ¿qué les importa a ellos? —Markel se encoge de hombros.

Y entonces me doy cuenta de lo que en realidad me molesta.

—Las otras pinturas. Las otras que robaron del Gardner. Sabes dónde están.

—No tengo ni idea —responde con la mirada afilada apuntando directamente a la mía. Aguanto el tipo—. Sabes de dónde ha salido esta.

—Pues no.

—Pero...

—Me contactó alguien que me preguntó si por casualidad tendría algún cliente de alto *standing* interesado en una «importante» obra de arte. Yo le dije que eso dependía de la pieza, por supuesto, pero que sí, es posible que tuviera alguno. Para resumirte una historia demasiado larga, digamos que tuve unas cuantas conversaciones con unas cuantas personas, las cuales, asumo, usaron nombres falsos, que es la única forma en la que yo tengo la intención de manejar esta operación de venta. Y finalmente, uno me dijo qué era lo que querían vender. Al principio dije que no, que no me interesaba. Pero luego empecé a acariciar la idea de devolverlo al Gardner y acabé tramando este plan. Los volví a llamar y les dije que creía que tenía a la persona adecuada para hacerlo.

—No lo dices en serio.

—Piénsalo —dice Markel, calentando el tema—. *Después del baño* de vuelta en el Museo Gardner. Millones de personas emocionadas. El vendedor se lleva su dinero, y el coleccionista se queda con lo que cree que es el auténtico Degas, al menos hasta que descubra por los periódicos que es falso, y entonces ya será demasiado tarde. Y tú y yo sintiéndonos realmente bien con nosotros mismos, por no mencionar la merecida repercusión mediática que tú obtendrías a cambio...

—No puede ser tan simple.

—La alternativa es que algún que otro intermediario lo venda a algún ladrón que muy probablemente mantendrá la pintura bajo tierra, moviéndola por el mercado negro como aval, a cambio de drogas o armas. Sin cuidarla. Sin ser vista jamás. Esto salvará *Después del baño* de ese destino inmundado.

De verdad, no sé de qué está hablando, ni siquiera sé si tiene sentido.

—¿Por qué no lo devuelves al Gardner ya? ¿Para qué necesitas todo lo demás?

—Tengo que cubrirme las espaldas y amortizar gastos.

—Pero tú no necesitas el dinero...

—No seas cándida, Claire. No te va.

—Pero la galería, tu obra... —Honestamente, estoy desconcertada.

Markel duda, y luego dice:

—Los últimos cinco años han sido duros. El negocio ha ido perdiendo, y también el valor del arte. Pero los pagos de la pensión alimenticia nunca cambian.

—Pero podrías recoger la recompensa.

—No si lo devuelvo anónimamente. Y no puedo permitir que mi nombre o el de la galería se mezclen en este asunto, ni estando libre de enjuiciamiento.

Se nota que Markel ha pensado mucho sobre ello, y la verdad es que ahora mismo no puedo encontrar ningún agujero abierto en su lógica. ¿Qué problema podría haber? No sé. Hay algo demasiado trillado, demasiado conveniente, en sus explicaciones. Pero también creo que ese es el menor de mis problemas. Me giro hacia la pintura. Es una representación de tres desnudas secándose con una toalla, no es un tema inusual en el último periodo de la carrera de Degas, pero está representado en un estilo clásico, capas densas de colores brillantes, una encima de otra, expresando lo inexpresable con una luminosidad que hace que, a su lado, el Meissonier, parezca un trabajo soso y sin brillo. Tengo tantas ganas de tocarlo que he de apretar los puños para mantener los brazos en su sitio.

—Es la oportunidad de tu vida, en muchos sentidos —dice Markel—. El subidón de adrenalina del siglo. Yo diría que tienes espíritu aventurero. ¿Por qué no le das una oportunidad?

—Por razones obvias —murmuré.

—A mí no me parecen tan obvias.

Niego con la cabeza.

—¿Claire?

—No soy lo suficientemente buena —susurro finalmente.

La risa de Markel brota y rebota por todo el estudio.

—Había malinterpretado tu renuencia. Pensé que tenías reparos morales, totalmente fuera de lugar.

—Y eso también. —Alzo la barbilla.

—Si necesitas algo, dímelo —dice guiñando un ojo antes de marcharse cerrando la puerta tras de sí.

LA HABITACIÓN ESTÁ OSCURA, y estoy tumbada sobre el colchón. He estado despierta la mayor parte de la noche. Siento *Después del baño* como una presencia humana: masiva, respirando, inquietante, pero también reconfortante. Como si Degas estuviera conmigo, resucitado de entre los muertos. Su genio, sus pinceladas, su corazón. Pienso en el Museo Gardner, en los marcos vacíos que cuelgan de las paredes de la Sala Azul, la Sala Holandesa, y la Galería Pequeña. Los marcos vacíos, allí donde estaba la obra de arte robada, marcando la pérdida, esperando estoicamente el regreso de su *raison d'être*. He estado en el museo desde el robo, y siempre me paro frente a esos

marcos, haciéndome la gran pregunta, ponderando el destino de sus centros perdidos. Mucho se ha escrito sobre el atraco del Gardner, pero poco se sabe en realidad. Yo diría, más bien, que los que de verdad saben algo no hablan. Una recompensa de cinco millones de dólares, sin preguntas, sin riesgo de enjuiciamiento, a quien devuelva las trece obras, y ni una sola palabra. El delito ha prescrito, y aun así, no ha aparecido nadie, ni un triste rumor. En este pequeño gran pueblo de internet globalizado en el que vivimos, no parece posible, y sin embargo, lo es. Salgo de la cama, enciendo la luz, y me planto delante de la pintura.

Es un ser tan magnífico. Tan viva, más bien como la sensación de estar viva, en lugar de la vida misma. Color y emoción palpitando en la tela. Una vez más, los ojos se me llenan de lágrimas, y esta vez no me contengo, las dejo correr mejilla abajo. Debería devolvérselo al Gardner ahora mismo. No es justo tener esta obra de arte escondida. Pero la cuestión es que no quiero devolverla. Quiero vivir con ella, pasar tiempo con ella, pintarla. Sé que no debería, pero extendiendo la mano y paso mi dedo delicadamente sobre la mano de la bañista de la derecha. Está sentada, con una pierna levantada, secándose el tobillo. Decido llamarla Françoise. Las otras dos son Jacqueline y Simone.

OCHO

EL EXTERIOR DEL MUSEO ISABELLA STEWART GARDNER ES, cuando menos, decepcionante. La fachada es lisa, apenas rota por ventanas u otros elementos decorativos. La primera vez que lo vi —debía tener unos siete años— lloré de desencanto. ¿Ese era el museo del que mi madre me había estado hablando sin parar durante los últimos meses? Pero cuando entré, se me secaron las lágrimas.

Aquel museo —esencialmente un palacio veneciano ampliamente decorado— se transformó en la delicia de una niña de siete años. En lugar de canales, tiene un mágico patio central de cuatro niveles enfrentándose a las paredes interiores; un invernadero con toda clase de variedades. El techo es de vidrio, y el suelo, un sensual jardín lleno de columnas independientes, de caprichosos estilóbatos del siglo XII y todo tipo de estatuas. Un mosaico romano se asienta en el centro, rodeado de una cambiante alfombra de flores y arbustos. Un par de altas palmeras alcanzan la luz del sol, escalando más allá del tercer piso. Las cuatro paredes, con una altura mínima de unos veinte metros, están cortadas por filas de arcos y fachadas de piedra, puertas y ventanas con muecas, balaustradas de mármol, escaleras flotantes con flores y follajes. Las habitaciones del perímetro de este patio forman el conjunto del museo. Isabella Gardner construyó este monumento para vivir, para albergar su colección de arte, y para legarlo al público tras su fallecimiento.

Aunque estoy aquí para almorzar con Rik, subo las escaleras en dirección al segundo piso y camino a través del Salón del Alto Renacimiento y el Salón Rafael, en dirección a la Galería Pequeña. Necesito ver el marco vacío de *Baño*. La galería tiene tan solo tres metros de ancho y debe ser el peor lugar del mundo para colgar una pintura del tamaño de *Después del baño*. Pero Isabella, mujer excéntrica donde las haya, determinó personalmente la ubicación de cada uno de sus dos mil quinientas piezas de arte, y luego decretó en su testamento que no debían cambiar, eliminar o agregar nada. Nunca. Jamás. Y fue a causa de aquel capricho que surgió el batiburrillo hoy conocido como Gardner. En contraste con la amplitud y brillo del patio, las sombrías galerías están plagadas de agrupaciones de muebles, obras de arte y baratijas, todo ello desperdigado al azar. Pinturas de valor incalculable cuelgan sobre las puertas y esculturas de tres mil años de antigüedad se esconden por las esquinas. La poca iluminación y los espacios reducidos hacen que este desorden sea aún más claustrofóbico, y apenas hay una obra de arte expuesta de forma que le permita mostrar sus mejores atributos. Pero desde 1924, año en el que murió Isabella, el museo ha

permanecido tal y como su dueña deseaba que estuviera, encantador y caprichoso, como ella misma. Únicamente los ladrones pudieron superar a la anciana.

Camino hacia el marco vacío, el hueco donde *Después del baño* vivió una vez, y me abruma la vergüenza. Me arrincono en una esquina, tratando de hacerme pequeña, esperando que nadie note mi presencia o reconozca mi culpabilidad. Y nadie lo hace. Conforme voy relajándome, me embarga un sentimiento de sorpresa y consternación, al sentirme azotada por un chute de adrenalina que prácticamente me deja a punto de desfallecer. Tengo una sensación súbita de júbilo. Tengo *Después del baño*. Está en mi propio estudio, donde duermo y pinto, ¡conmigo! La obra maestra de Degas, para poder mirarla cuanto me plazca. Para olería, mirarla, incluso tocarla, el acto más prohibido entre las paredes de un museo. Y —me lo recuerdo a mí misma—, seré parcialmente responsable de su vuelta a casa.

Observo a la gente pasar, mirando tristemente el lugar vacante, preguntándose por el destino de la obra, como solía preguntármelo yo. Tengo el abrumador impulso de contárselo, de decirles la verdad, de gritarle al mundo que es mío, todo mío. Me giro abruptamente y abandono la sala, sosegándome de camino al pequeño café escondido que hay detrás de la librería del primer piso.

Rik y yo nos besamos, nos abrazamos e intercambiamos bromas y chismorreos. Pedimos comida y le hago unas cuantas preguntas sobre el atraco al Gardner.

—¿Y ese repentino interés por el atraco? —pregunta.

—Siempre he sentido curiosidad. —Me encojo de hombros—. Todo el mundo tiene curiosidad, ¿no?

Rik le pega un mordisco a su hamburguesa.

—Adivina cuál ha sido el último bulo. Decían que Whitey Bulger tenía las obras en Argentina. Un rumor tan falso como todos los demás.

—¿Y por qué no habría podido tenerlas allí? ¿Antes de arrestarle, por ejemplo? A lo mejor todavía están allí ahora mismo.

—*Nah*. Yo jamás he creído que ni Whitey ni nadie de la mafia de Boston estuvieran involucrados. Si hubiera sido el crimen organizado, los habrían vendido rápidamente, y ya habría salido a la luz alguna de las obras.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—Algún europeo, diría yo. Fue un robo que requería planificación, disfraces, engaño. Así es como los ladrones de tesoros artísticos trabajan en Europa. Es su *modus operandi*.

—¿Y aquí no?

—Prácticamente nunca.

—¿Crees que las pinturas están en Europa?

—Después de todos estos años, podrían estar en cualquier parte —dice Rik—. La mayoría cree que tienen que estar escondidas en el ático de algún avaro coleccionista, pero yo creo que están sirviendo de garantía para el tráfico de armas y el narcotráfico. A veces los grupos terroristas intercambian pinturas robadas por sus compañeros encarcelados.

Markel también había aludido a eso.

—¿Dónde han quedado James Bond y el Dr. No?

—Es lo más fácil para los ladrones, porque venderlas es difícil, ya que todo el mundo sabe que son robadas, pero en el mercado negro resultan muy prácticas. Digamos, por ejemplo, que quieres comprar un cargamento de cocaína por valor de un millón de dólares, que sabes que

puedes vender por cuatro millones de dólares en el plazo de una semana. El que te vende la cocaína te pide dos millones de dólares, pero en ese momento tú no tienes todo ese dinero. Sin embargo, tienes Rembrandt valorado en treinta millones de dólares, como mínimo. Así que le das un millón de dólares, y el Rembrandt como aval, partiendo de la base de que le pagarás el otro millón cuando consigas el dinero al colocar la mercancía. Así, si algo falla y resulta que tú no has podido sacar el dinero con el que debías pagarle, el tipo se queda con algo mucho más valioso: el Rembrandt. Pero si funciona, el tipo dobla su ganancia y te devuelve la pintura. Y tú te quedas con dos millones de dólares libres de impuestos y un cuadro de treinta millones de dólares con el que seguir avalando tus tratos cuando surja la necesidad.

—Una solución fantástica para los ladrones, pero pésima para las pinturas.

—Exacto —dice Rik—. Es un destino horrible para el arte. Permanecen almacenados en lugares demasiado húmedos, fríos o cálidos. Los arrancan de sus marcos. Los desgarran. Los destruyen. —Se presiona el estómago con la mano—. Me pongo enfermo solo de pensarlo.

Yo también estoy aturdida por la idea del destrozo y el desperdicio.

—Pinturas de sangre.

—¿Cómo diamantes de sangre? —Rik ríe sin ganas.

—Pero en lugar de trabajo esclavo, es un arte explotado, a veces masacrado.

Un destino que me niego a imaginar para *Baño*.

AL SALIR DEL MUSEO me apresuro para llegar a casa y reunirme con *Baño*, como si tuviera prisa por encontrarme con mi nuevo amante: nervios, deseo, un interminable caudal de serotonina. Arranco la sábana del lienzo de un latigazo, y ahí está ella. Viva, intacta. Más bonita de lo que la recordaba. La he puesto en un caballete grande y he arrastrado una mecedora frente a ella, para poder sentarme a observarla, bebérmela.

Cada vez que la miro, veo algo nuevo. Ahora me doy cuenta de cuánto verde hay. Los azules y naranjas son tan vibrantes, la piel de las mujeres tan pálida y luminiscente, que distraían la atención. Pero es el verde el que llena toda la pintura, extendiéndose suavemente tras los colores más nítidos.

Luego me impresiono con los rostros de esas mujeres, todas de perfil, pero cada una a lo suyo. Casi todas las bañistas de Degas están pintadas por detrás, tienen un brazo cubriendo el rostro o están ligeramente esbozadas, pero estas tienen una individualidad muy clara y definida. Françoise, de cabellos rojizos y nariz aguileña, sentada a la derecha, con la pierna estirada; Jacqueline, en el centro, alta y poderosa, mirando por encima del hombro la rodilla levantada que Françoise está secándose con la toalla; Simone, introvertida, de rasgos demasiado pequeños para su cara redonda, secándose el pelo, agachada sobre los pies de Jacqueline.

Los historiadores de arte llevan décadas discutiendo en torno a la pregunta: ¿fue Degas realmente un impresionista? Y es que Degas no pintaba exteriores, al aire libre, como hicieron la mayoría de impresionistas, y no osaba arrojar gruesos pigmentos en el lienzo para capturar el momento que tenía ante sí. En lugar de eso, hacía multitud de bocetos y detallados dibujos, y luego, ya en su estudio, trabajaba en la obra lentamente. Pero para mí, la discusión es puramente semántica, un ejercicio de masturbación mental. Cierto, Degas nunca pintaba al aire libre ni espontáneamente, pero tenía su propia forma de llevar sus impresiones al corazón del espectador:

su foco en el movimiento de los caballos, los jinetes de carreras y las bailarinas, su descripción ordinaria de la sombrerera o la lavandera, o la bañista, capturadas en una completa falta de autoconsciencia.

Me alejo de *Baño* en dirección a las torres de libros que flanquean la pared norte. Tengo un par de pilas sobre Degas: biografía y crítica; libros de sus dibujos, grabados y pinturas; diarios y colecciones de cartas; cuadernos de notas con apuntes de clases y conferencias. También tengo dos libros dedicados a sus bocetos preliminares. Sin mencionar todos los libros de la biblioteca, muchos de ellos pasados de plazo, sobre sus contemporáneos, que he estado usando para trabajar en mi propuesta de libro.

Saco sus cuadernos de dibujo y me los llevo a la mecedora.

Abro el primero y hojeo los bocetos de las bañistas. Degas solía usar los mismos modelos en pinturas diferentes. Estoy buscando a Simone, Jacqueline y Françoise. Encuentro un par de Simones y vuelvo a mirar la pintura para examinar más de cerca a Jacqueline. De nuevo, me asalta el poder de *Baño*. Sé que soy capaz de dominar los aspectos técnicos para burlar el proceso de autenticación —raspando la pintura del viejo lienzo de Meissonier, mezclando las pinturas y medios del siglo XIX, usando los pinceles adecuados a la época— pero no tengo ni idea de cómo dominar la imponente *gestalt* de la obra maestra de Degas. Pero *Baño* se acerca a mí, me toca el corazón, y sé que debo intentarlo.

ESTOY TRABAJANDO DILIGENTEMENTE en el Pissarro para Repro, pero lo único que quiero hacer es rebuscar entre los bocetos de Degas y encontrar mis tres damas francesas, o quién sabe, tal vez hasta un dibujo composicional de la pintura entera. Llego a un acuerdo conmigo misma: una hora más en el Pissarro y luego puedo tomarme un descanso rápido entreteniéndome con los libros. Por muchas otras cosas que decida hacer, Repro sigue siendo el que paga el alquiler. Y además, tal y como apuntó Markel, me da una coartada.

Justo cuando estoy volviendo a meterme en el Pissarro, aparece Markel portando una botella de champán que parece de las caras, y un par de copillas estilizadas como flautas de cristal. Es obvio que se acuerda perfectamente de los vasos de zumo en los que le serví el vino la primera vez que vino a verme al estudio. Brindamos por nuestro acuerdo y porque el Gardner va a recuperar su tesoro.

Arranco la sábana de *Baño*. Da un pequeño paso hacia adelante al sentir la fuerza de la pintura golpeándole por dentro. No puede ocultarlo. Siente lo mismo que yo. Le muevo hacia la silla plegable para sentarlo ahí como si fuera un muñeco, y él se deja hacer. Luego arrastro la mecedora hacia mí. Nos sentamos en silencio, bebiendo nuestro champán, mirándola.

—Como dos viejos amigos viendo un atardecer —dice.

—A veces lloro cuando la miro.

—Yo también —dice tras una pausa.

—Ayer estuve en el Gardner —digo.

—¿Mirando el marco vacío?

Asiento con la cabeza sin apartar mis ojos de la pintura.

—¿A que no te sentiste tan culpable como creías?

—¿Por qué dices eso? —titubeo.

—Pero estoy en lo cierto, ¿no?

—Por supuesto que no —digo con convicción—. Me sentí culpable. Incluso tuve la tentación de devolverla.

—¿Y por qué no lo hiciste?

Me encojo de hombros.

La sonrisa de Markel es cálida, profunda, sin un toque de condescendencia.

—Te has enamorado de ella.

—¿Tan obvio es?

Choca su copa contra la mía y nuestras miradas sellan el brindis.

—Basta conocer una para conocerlas a todas.

—Los rostros son tan específicos, tan individuales, no como la mayoría de sus desnudos.

Markel mira los dos libros de bocetos que hay frente a él, tirados sobre el suelo.

—¿Has encontrado a alguna de ellas?

—Acabo de empezar a buscar, y aunque en los bocetos apenas hay rostros, creo que he encontrado unos cuantos de Simone.

—¿Simone?

—Françoise, Jaqueline y Simone —digo señalando a cada una de ellas—. Es difícil enamorarte de alguien si no sabes cómo se llama.

NUEVE

TRES AÑOS ANTES

MARKEL Y KAREN SINSHEIMER, LA CURADORA JEFE del museo de arte moderno, se colocaron delante del *4D*, que descansaba sobre uno de los caballetes del estudio de Isaac. Nosotros nos quedamos atrás.

Alta y elegante, con un atuendo que probablemente costaba más que mi alquiler mensual, Karen se acercó a la pintura. Hizo algunas fotos con su teléfono móvil y escribió algunas notas. La marea de cabellos dorados cayendo sobre su rostro juvenil, y el cuerpo terso y estilizado trabajaban juntos en la creación de ese mensaje en el que estaba claro que había invertido muchísimo tiempo con el fin de que transmitiera exactamente lo que me estaba transmitiendo a mí: mujer profesional, sensata y poderosa, de Nueva York.

Nadie dijo nada. Nos quedamos mirando el lienzo. El vino y los frutos secos permanecían intactos en la mesa de café. Isaac se apoyaba en un pie, luego en otro. Traté de parecer solo marginalmente interesada, como si el *4D* fuera una de las tantas pinturas de Isaac, y esta visita de estudio no fuera más importante que cualquier otra.

Esta era la primera vez que alguien, a parte de nosotros dos veía el *4D*. Karen estaba aquí para decidir si lo aceptaba para la exposición del MoMA. Y al hacerlo, claro está, certificaba la autenticidad de la obra.

Markel estaba allí en calidad de representante de Isaac, pero para nosotros su opinión contaba casi tanto como la de Karen. Markel conocía el trabajo de Isaac mejor que nadie. Tampoco era fácil engañarle. Si conseguíamos colársela a aquellos dos, teníamos la vida resuelta.

Ojalá hubiéramos puesto agua. Necesitaba beber algo pero no quería moverme. Isaac y yo habíamos estado inquietos y nerviosos todo el día, esperando el momento en el que los viéramos aparecer por la puerta. Sabíamos lo que habíamos hecho, sabíamos lo que estábamos haciendo en ese preciso instante, y no sabíamos cómo nos iba a salir. Eché un vistazo a Karen, que estaba fotografiando mis relojes de arena, y a Markel, que también los estaba inspeccionando, y creí que me desmayaba. Asumí que Isaac estaba igual que yo.

Había intentado hablar con Isaac sobre cómo se sentía con todo aquello. Pero, por supuesto, y en su línea, él evadió la cuestión, hizo bromas, y luego se evadió un poco más. A lo mejor no

quería hablar, o a lo mejor no quería hurgar en su interior ni saber cómo se sentía.

Para mí, era sencillo. Había pintado *4D* como un regalo, para ayudarlo, en un momento de su vida en el que lo necesitaba, para ayudarlo a salir del bache. Por lo que a mí se refería, *4D* era un puente que ayudé a construir con la intención de empujarle hacia su próxima obra. Lo que más deseaba en el mundo era que Karen y Markel aceptaran exponer el cuadro, para que Isaac pudiera seguir adelante, y hacer lo que solo él podía hacer.

—Enhorabuena, Isaac —dijo Karen girándose hacia él y tendiéndole la mano—. Es fantástico. Más que fantástico. Mejor que cualquiera de tus obras anteriores. Nos lo llevamos.

No me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta ese momento. Me lancé sobre Isaac abrazándolo fuertemente. El apenas reaccionaba. Conmoción absoluta. Conmoción y alivio. Me hice a un lado, sonriendo.

—Genial. Fabuloso —dijo Markel poniéndole la mano en la espalda a Isaac—. Estoy de acuerdo, podría tratarse de tu mejor obra.

Sabía que no era solo el «agente» el que hablaba. Markel estaba siendo realmente sincero.

—Gracias —dijo Isaac rígidamente, casi en trance—. Gracias a los dos. —Luego me miró a mí—. Y gracias inmensas a ti.

MIENTRAS ELLOS SE AGRUPABAN en torno a la pintura, yo fui a la nevera y saqué una botella de champán que había ocultado detrás del helado.

—¿Alguien quiere champán? —dije alzando la voz.

Markel vino hacia mí y me cogió la botella.

—¿Me permites hacer los honores?

Saqué las copas de vino del armario y se las pasé a Markel.

—Que empiece la fiesta.

Cuando terminamos el champán y pasamos al vino, Isaac empezó a relajarse. De hecho, se puso muy locuaz.

—Sí, fue realmente revelador trabajar con el tiempo de una forma tan completamente diferente. La serie siempre ha sido sobre el tiempo como algo lineal, plano, una mota de nuestra experiencia. Pero eso lo abrió todo, lo sacó en todas direcciones, le dio profundidad. —Sacudió la cabeza como si quisiera aclararse las ideas—. Ni siquiera puedo recordar cuándo se me ocurrió la idea. —Sus ojos se iluminaron sobre los míos, y sonrió—. Fue Claire. —Apuntó con su copa hacia mí—. Bebamos a la salud de mi brillante, talentosa y hermosa Claire. —Y eso hicimos, brindar, y después él se inclinó para besarme—. Quien además tiene talento por derecho propio. En unos años estarás exponiendo su obra, Karen.

—Me encantaría ver algo —dijo Karen.

—Te arrepentirás de haberlo dicho —advertí—. Tengo tu número.

Tal vez sí existía algo así como el karma, como Pequeña decía siempre. Tal vez aquella era mi recompensa por ayudar a Isaac. Eso llegué a pensar.

—Lláname, por favor, envíame algunas diapositivas. Tengo que regresar a Boston dentro de un mes más o menos, y si me gusta el material que tienes, me dejaré caer en una visita de estudio.

Karen Sinsheimer estaba siendo, cuando menos, políticamente correcta, y aquello podía no significar nada. Pero también podía significar mucho.

—Oh, querrás hacerle una visita —dijo Markel—. El trabajo de Claire es distinto al de Isaac. —Señaló al *4D*—. De algún modo son la noche y el día. Pero tiene buen ojo y mejor pincel. La calidad de sus colores es extraordinaria.

—Amén a eso. —Isaac me apretó los hombros, luego se giró hacia Karen y continuó cavilando en voz alta—. Sabes, Karen, *4D* me hizo pensar en una serie dentro de otra serie, el tiempo en sus múltiples dimensiones. Primero puntos, luego líneas, luego nuestro mundo, luego a través del espacio, agujeros negros. Quién sabe dónde podría llevarme.

—Podría ser interesante —dijo Karen.

Pero Isaac sabía tan bien como el resto de nosotros que «interesante» era un eufemismo de aburrido.

—O tal vez me quede con la cuarta dimensión durante un tiempo —enmendó—. El tiempo como un río, siempre fluyendo, siempre allí. —Se metió unos cuantos cacahuets en la boca—. Río arriba hacia el futuro, río abajo hacia el pasado. Todo, junto al presente existiendo simultáneamente. Solo tienes que flotar sobre él, tal vez desde una quinta dimensión, para ver lo que realmente es. Para ver por dónde entrar y por donde salir.

—Ahora suena genial —dijo Karen con verdadero entusiasmo—. Sigue hablando —le animó.

Isaac se apoyó en el respaldo de su silla, se enganchó las manos por detrás del cuello, y miró hacia el techo.

—Veo movimiento. Pintura gruesa fluyendo, siempre fluyendo, sobre sí misma, adelante y hacia atrás. Mojado sobre mojado. Raspando a través de las capas de pintura, para revelar lo que hay debajo, raspando a través de las capas del tiempo. Está todo ahí, pero por encima y por debajo, se puede ver algo, y algunos permanecen ocultos, otros cubiertos y escondidos por otra capa del tiempo.

Traté de captar su atención mientras pronunciaba mis palabras, reclamaba mis ideas, pero estaba con la mirada fija en el techo.

—Ese concepto ya empieza a tener piernas —dijo Karen señalando al *4D*—. Y *4D* es un extraordinario comienzo, tu punto de partida para la exploración real de...

—Quiénes somos —interrumpió Isaac—. Dónde estamos en relación al cosmos. Cómo podría encajar todo.

—Avísame cuando tengas algo que enseñarme. Pero piensa en incluir algo más como esto —dijo Karen señalando los crecientes—. Me encantan las capas de significados. El juego con los estilos de pintura a través del tiempo.

—Ya estoy trabajando en ello —le aseguró Isaac.

Karen miró el reloj, se puso en pie, y dejó la copa de vino en la mesa.

—Bueno, ha sido una tarde sumamente agradable. Me lo he pasado realmente bien. —Se giró hacia Markel—. Tengo que coger el próximo enlace, pero si quieres venirme conmigo en taxi al aeropuerto podemos hablar, empezar a negociar.

Markel, por supuesto, estaba dispuesto. Nos estrechamos las manos y nos felicitamos los unos a los otros. Hubo besos y abrazos y montones de risas. Al salir por la puerta, Karen me recordó que la llamase. Prometí hacerlo.

Cuando se fueron, Isaac me envolvió en un profundo abrazo.

—Jamás podré agradecértelo lo bastante —me susurró al oído.

—Oye, pues Karen Sinsheimer está deseando echar un vistazo a mi obra. Eso es

«agradecérmelo lo bastante» en mi vocabulario.

Él enterró su cabeza entre mis cabellos.

—Nunca, nunca, nunca seré capaz de devolverte el favor.

—No necesito que me devuelvas ningún favor, Saac. Es solo para que tú puedas salir adelante.

—Pero los elogios del *4D* reverberaban en mis oídos.

Mejor que cualquiera de tus obras anteriores, había dicho Karen.

Podría tratarse de tu mejor obra, se había hecho eco Markel.

DIEZ

HAGO LO QUE MARKEL ME SUGIERE Y ABRO tres cuentas bancarias en tres bancos distintos: dos cuentas de ahorro y una cuenta corriente. También compro un par de certificados de depósito, por consejo de la mujer que me abre una de las cuentas, e ingreso el cheque en mi cuenta de débito en otro banco. No tengo una cuenta de negocio separada tal y como Markel había asumido. Extiendo un cheque al casero, envío otro por correo para pagar mi préstamo de estudios, y me dirijo a Suministros Artísticos Al, con un cheque en blanco, porque no me acuerdo cuánto le debo. Todo esto es genial, realmente genial. No puedo dejar de pensar lo guay que va a ser que mi móvil tenga una cámara que funcione.

Al está en la avenida Shawmut, no muy lejos de mi estudio, y es todo lo que uno podría esperar de una coqueta tiendecita de arte de ciudad: una angosta y menuda sucesión de pasillos rebosantes y filas de estrechos cajones de pintura —todo ello envuelto en un delicioso aroma a trementina, pintura y polvo. Una amiga escritora me dijo que cuando entraba en una biblioteca de cualquier lugar del mundo, el olor la hacía sentirse instantáneamente en casa. Eso es lo que la tienda de Al me hace a mí.

Lo que no te esperas de Al es a Al. Las primeras veces que entré, pensé que Al era una simple dependienta, y que el auténtico Al, el dueño, al que yo me había imaginado como un anciano, tipo oso, estaba haciendo inventario en la trastienda. Incluso cuando me dijo que su nombre era Al, me llevó un rato relacionarlo. Al, viene de Alvina. De aspecto exterior es una mujer atractiva, elegante, pero por dentro es una mamá gallina.

—¡Claire, guapísima! —grita conforme me ve entrar por la puerta. Sale del mostrador y me da un abrazo—. Ya me imaginaba yo que ibas a venir esta semana, que te estarías quedando sin material. —Retrocede un paso—. Diría que has perdido peso. ¿Ya te has vuelto a olvidar de comer? ¿Quieres volarte con el aire? —suspira—. Pero a ti te sienta genial, por supuesto.

—¿Y a ti no?

Su piel tostada, las mejillas extraordinarias, y esa gracia esbelta que luce Al recuerdan a esas corredoras de Kenia que siempre ganan la maratón de Boston, y ella siempre presume de ser descendiente de los esclavos de América. Lleva el pelo rapado y por lo menos media docena de *piercings*, de los cuales cuelgan todo tipo de asombrosos pendientes.

Después de pagar mi cuenta, me dirijo hacia la parte trasera de la tienda, quiero coger unas

cuantas cosas que necesito para empezar a trabajar en *Baño*. No estoy ni por asomo cerca de empezar a trabajar en la pintura, pero mientras estudio y me preparo, puedo comenzar raspando el Meissonier, y esta tarea podría llevarme desde unos pocos días a unas pocas semanas, dependiendo del estado del lienzo.

Cojo algo de acetona como disolvente y petróleo rectificado, y un montón de paquetes de algodón. La pintura de Meissonier es grande, y voy a necesitar cambiar los paños frecuentemente para mantener el lienzo limpio. Añado una botella de agua oxigenada y algo de papel secante, porque me figuro que el Meissonier estará amarillento y necesitará blanqueamiento. ¿Quién podría imaginar que la obsesión por la autenticidad de la profesora Ellen Bonanno llegaría a ser tan útil? Durante sus clases en Repro, nos hizo raspar la pintura de un cuadro, sabiendo que Repro no pensaba pagar los costes de tan caro atrevimiento.

Cuando empiece a pintar mi versión de *Baño*, voy a necesitar de todo, desde pinceles hasta barniz, pero todavía no me he puesto a averiguar qué tipo de materiales usaba Degas, así que tendré que volver en otra ocasión. También me acuerdo de coger un montón de pintura de color plata para Xavier antes de ir a casa.

De vuelta en el estudio me siento en la silla, frente a *Baño*, en lugar de ponerme a rascar la pintura del Meissonier. Cojo los dos libros de bocetos de Degas de la pila de libros que hay en el suelo y empiezo a navegar a través de sus páginas. Da igual lo que haga, darles un repaso general o inspeccionarlos minuciosamente. Nada, que no consigo encontrar lo que estoy buscando. Qué raro. He visto un montón de bocetos de Simone y Jacqueline, pero ni rastro de Françoise. Degas tenía obsesión por los bocetos, era famoso precisamente por esbozar una veintena o treintena de borradores previos a cada pintura. ¿Dónde están los bocetos de Françoise, entonces?

Tienen que estar en alguna parte, haber existido por lo menos. Ninguno de mis libros afirma incluir todos y cada uno de los bocetos que Degas hiciera en vida, aunque uno de ellos se titula *Edgar Degas: bocetos y dibujos, 1873-1900*, que es cuando Degas hizo su serie de bañistas. Degas también es conocido por repetir modelos, e incluso bocetos, en múltiples cuadros. Y si bien cambiaba la composición de un cuadro a otro, no era extraño verle trabajando sobre el mismo modelo, a veces en poses bastante similares. Esa constancia da a su serie de pinturas una cohesión extraordinaria.

Me encuentro con lo que parecen ser unos cuantos dibujos composicionales de *Baño*, y aunque me encuentro con dos mujeres idénticas a Simone y Jacqueline, sigo sin reconocer a Françoise. En el boceto, la no Françoise tiene un cuerpo diferente, y está de pie en lugar de sentada, creando asimetría, que es como la vasta mayoría de pinturas de Degas se equilibra. Desearía que el bosquejo le dedicara algo más que unas líneas a esos rostros. ¿Pudo existir un sexto *Después del baño*? No sería la primera vez que alguien se encuentra con una pintura original apilada en el ático de alguien unos cuantos cientos de años después de ser pintada. Claro que lo más probable es que Degas hubiera planeado hacer una sexta versión que al final jamás llegó a plasmarse en la realidad.

Me concentro en encontrar diferencias entre las dos mujeres. En la pintura que tengo delante, Françoise es robusta y de aspecto tosco, como casi todas las bañistas de Degas, pero en sus bocetos la no Françoise representa a una mujer más pequeña y delicada, de cintura pequeña. No puedo estar segura, porque el rostro apenas está perfilado, pero la modelo de los bocetos no parece tan guapa como la del cuadro, así que es posible que Degas la reemplazara por alguien más

atractiva. Pero entonces, ¿dónde están los bocetos finales de Françoise?

Estudio sus dibujos, estudio *Baño*, vuelvo a estudiarlo una y otra vez. Voy hacia mis pilas de libros sobre Degas y encuentro más bañistas, todas robustas, ni una sola con esa cinturita. Y al igual que antes, hay bastantes dibujos y pinturas de Simone y Jacqueline, pero ni rastro de Françoise.

EL MUSEO DE BELLAS ARTES DE BOSTON no podría ser más distinto al Gardner. Desde sus grandes entradas flanqueadas por columnas corintias hasta sus recientes adiciones ultramodernas, todo el conjunto museístico te da una abrumadora sensación de brillo, apertura y asombro. Techos altísimos y amplios espacios llenos de luces artificiales y naturales favoreciendo con su iluminación las obras de arte, y permitiendo al visitante disfrutar al máximo la experiencia estética. No existe el desorden, hay muchos bancos cómodos donde sentarte a observar los cuadros, y puedes usar el bolígrafo, tomar apuntes. Hasta te dejan usar la cámara.

El Museo de Bellas Artes de Boston posee alrededor de setenta dibujos, pinturas, grabados y esculturas de Degas. Alrededor de una docena de obras son lienzos al óleo, pero ahora mismo solo hay cinco en exposición. Las demás están en préstamo o en el almacén. Mi favorita de entre esas cinco es *En las carreras en el campo*. Es un retrato de un joven marido y su esposa sentados en un carruaje con su bebé y la nodriza de este, bajo un luminoso cielo azul que ocupa toda la parte superior del cuadro. A lo lejos se aprecian unos cuantos caballos menudos y tiendas de campamento, ofreciendo una imagen de profundidad y actitud alegre. La crítica la incluye dentro de su serie de carreras de caballos, aunque en esta pintura apenas se aprecia imaginaria de carreras.

Degas era un conocido bromista, y me da en la nariz que estaba mofándose de alguien cuando decidió titularlo así. En contraste con la sensación aérea y bucólica de *Carreras*, los otros cuatro —dos retratos del padre de Degas, uno de su hermana y su cuñado, y otro de una tía junto a sus hijas— fueron pintados en tonos oscuros, con una riqueza de matices emocionales de tristeza y separación. Él jamás llegó a casarse, y los rumores de la época solo hacen mención a un par de personas —ya fueran hombre o mujer—, pero parece que Degas, supuestamente, amaba fielmente a los miembros de su extendida familia. Aun así, la expresión severa de estos retratos te hace ponerlo en duda. Pero yo no he venido aquí a disfrutar de las pinturas ni psicoanalizar a Degas. Estoy aquí para estudiar su composición, sus pinceladas, sus técnicas pictóricas, el uso de su línea, la sombra, la luz, el movimiento. Tengo el original en casa, pero lo haré mucho mejor si me sumerjo todo lo posible en el universo pictórico de Degas.

Tres de los cuadros están expuestos en la Galería Impresionista; otro en la Galería Europea del siglo XIX; y el último en la rotonda que conecta con la obra de los antiguos maestros. Las galerías son adyacentes. Camino pasando de una pintura a la siguiente, volviendo sobre mis pasos, rehaciendo el camino una y otra vez. Quiero captarlas como un todo, como una sola obra maestra, antes de proceder a estudiar sus detalles de forma individual.

Cada vez que me encuentro rodeada por el trabajo de Degas me invade un profundo sentimiento de admiración hacia el hombre, impregnado por la abrumadora alegría de estar en presencia, como ahora, de tantísima grandeza. Un orgasmo visual. Una vez oí que entrevistaban a un músico que decía que no captaba arte en los museos, que le dejaban frío. Aseguraba ser

demasiado auditivo y, según él, los museos no hacían ruido. Preferiría estar muerta antes que sentirme así. Me conmueve el uso virtuoso que Degas hace de la asimetría para atrapar a la espectadora desprevenida, para llevarla adentro, y revelarle tanto... En *Edmondo y Thérèse Morbilli*, su solemne hermano domina la imagen mientras la hermana de Degas aparece como una figura más pequeña, delgada y triste. La forma en la que toca el hombro de su marido, cómo se inclina hacia él, muestra que no está triste por él, sino junto a él. En *Duchessa di Montejasi*, su hogareña tía está sola, en los dos tercios derechos del cuadro, mientras que sus dos hijas aparecen juntitas, ¿susurrándose algo?, compartiendo confidencias de las que su madre no es partícipe, en un trocito de la izquierda. Su trabajo es asombroso. La forma en la que crea luz de la nada y sin nada, los rostros brillando vividamente, allí donde solo hay lienzo y pintura. Esa manera de capturar el movimiento con una leve inclinación de cabeza o el dobladillo de un vestido a la deriva, rozando el borde del lienzo. El uso de los valores claros y oscuros para crear textura, profundidad y sombra. Cómo se apodera de un momento autoinconsciente de la vida cotidiana, como la madre y la nodriza en *Carreras*, juntas, mirando orgullosamente al bebé, y esa huida al galope.

Me acomodo con las pinturas, tomando notas de las pinceladas de Degas, el grosor de sus pintadas, sus yuxtaposiciones, sus firmas, sus líneas bien definidas, y la saturación de sus colores. Todo lo que pueda ayudarme a comprender mejor *Baño*. Saco mi Nikon de la mochila y tomo una docena de fotografías de cada una de las cinco pinturas; desde el extremo de la sala, a media distancia, acercándome todo lo posible al cuadro sin hacer sonar la alarma.

Bueno, en realidad, sí que hago saltar la alarma, pero solo una vez. La vigilante de seguridad me lanza una mirada molesta a modo de reprimenda, y yo levanto las manos en señal de disculpa.

—Lo siento —digo.

Pero mi disculpa no la apacigua, y empieza a seguirme a través de las galerías, como retándome a poner un pie tras la línea de nuevo.

Mi cámara tiene un macro muy potente, y los primeros planos de las pinceladas de Degas resultan casi obras de arte en sí mismas. Desafortunadamente, una de las características de este estilo clásico temprano es la falta de pinceladas visibles, pero ni Degas es capaz de esconder todos los golpes.

Avanzo unos pasos hacia Edmondo y Thérèse, tantos como puedo sin volver a activar la alarma. La vigilante se detiene justo detrás de mí. Me inclino todavía un poco más hacia la pintura, asegurándome de mantener los pies detrás de la línea roja, y tomo una foto.

¿Es que no hay aquí nadie más digno de acecho que yo? ¿Un niño con dedos grasientos? ¿Un carterista? ¿Un criminal peligroso planeando un robo? Entonces, se me ocurre que esta vigilante de seguridad está haciendo un trabajazo de la leche en realidad, porque ahora mismo puede que *yo sea* la criminal más peligrosa que hay en todo el edificio.

ONCE

NADAMÁS VOLVER DEL MUSEO DE BELLAS ARTES DE BOSTON y llegar a casa, arranco la sábana de *Baño*, deseando verla inmediatamente después de haber estado estudiando las otras. Conforme mis ojos caen sobre la pintura, siento que se me encoge el estómago. A mi mente le cuesta un rato seguirle el ritmo a mi cuerpo, y noto que lo que estoy sintiendo es pavor.

Me dejo caer en la silla, frente a ella. ¿Por qué estoy tan aterrorizada? Recuerdo que la primera reacción al verla fue: *Esto no es un Degas auténtico*. Pero es ridículo. Es imposible que esta pintura sea una falsificación. ¿O sí? Pienso en John Myatt y Han van Meegeren y Ely Sakhai. No sería la primera vez. Y luego está lo de los bocetos perdidos de Françoise.

Me quedo mirando *Baño*, y después cierro los ojos, visualizando los cinco Degas que he estado estudiando. Me inclino hacia delante para examinar la pintura más de cerca. Está craquelado, como debe ser.

Con el paso del tiempo, los líquidos se evaporan y la pintura se agrieta, al tiempo que la humedad y los cambios de temperatura hacen que los bastidores de madera se expandan y contraigan. Estos fenómenos producen la formación de pequeñas redes de grietas. Y estas, así a ojo de buen cubero, tienen toda la pinta de ser grietas de hace por lo menos cien años, como tendrían que ser.

Le doy la vuelta a la pintura y estudio la parte trasera del lienzo. Parece haber sido hecho a finales del siglo XIX. Hay signos de oxidación a lo largo del borde de los bastidores que sostienen el lino tensado, y en algunos lugares, las fibras se han vuelto frágiles y ligeramente podridas. En general, cualquier óleo sobre lienzo aguanta unos doscientos años antes de tener que ser transferido a otro bastidor debido a este tipo de deterioro. Yo diría que *Baño* tiene unos setenta y cinco, por decir algo. Una vez más, todo parece encajar.

Los bastidores, de por sí, están suaves en los lugares en descomposición. Las tachuelas están oxidadas, al igual que la funda de cuero que ha estado protegiendo el lienzo durante todos estos años. Y hay bastante polvo entre los bastidores y el lienzo. Saco el Meissonier y le doy la vuelta. Es muy parecido.

Si bien es cierto que la pintura al óleo se seca lo bastante como para admitir otra veladura en un par de semanas, podrían pasar entre cincuenta a unos setenta y cinco años antes de que todo el

líquido llegarse a evaporarse y secarse completamente. En las fanáticas clases de Ellen Bonanno a las que asistí en Repro, esta nos enseñó una fórmula para comprobar si una pintura tenía menos de cincuenta años. Cojo un trozo de algodón y lo empapo en agua con alcohol. No puedo creer que esté haciendo esto.

Me acerco a *Baño*, todavía por la parte trasera. Encuentro hueco donde la pintura se ha filtrado y sostengo el algodón por encima de la superficie: si la pintura es nueva, los vapores del alcohol harán que se ablande, se desaponifique. Ahora coloco el algodón a un centímetro de la superficie del lienzo, aguantando la respiración. La pintura sigue sin cambiar. Presiono con el dedo. Dura como una piedra.

Dudo, y al final presiono la pintura directamente con el algodón. Luego inspecciono el algodón. Completamente limpio. Repito el procedimiento en el Meissonier. El mismo resultado. Devuelvo la pintura al caballete y vuelvo a tomar asiento frente a ella. Ha pasado todos los test: craquelado, oxidación, bastidores blandos, fibras de lino quebradizas, tachuelas oxidadas, polvo, y ahora, también, la prueba del alcohol. Va a resultar que sí es auténtico.

Pero tal y como aprendí durante mis años de investigación, si te lo propones, puedes hasta rascar la pintura hasta el encolado, una mezcla de cola hecha con piel de conejo aplicada directamente sobre el lienzo desnudo, que cubre el lienzo y evita que las capas de pintura se separen. Cuando quitas la pintura vieja, las fracturas creadas a lo largo del tiempo permanecen. Y cuando el falsificador aplica pintura nueva sobre el encolado fisurado, el esqueleto lleno de baches necesario para crear el craquelado se conserva. Las tachuelas pueden oxidarse con dos semanas a remojo. Lo del bastidor y la madera antigua tampoco es tan difícil. El aceite de lavanda puede sustituirse por aceite de linaza, cosa que permite a la pintura endurecerse unos veinte años. Los hornos de alta tecnología basados en las técnicas de Van Meegeren pueden obrar el milagro en cuestión de horas.

No hay duda de que *Baño* es un trabajo auténtico y maravilloso. La idea de que incluso el más experto de los falsificadores haya podido producir semejante obra es inconcebible. Markel no vio nada raro ella, y él tiene un ojo mucho más fino que yo para estas cosas. Pero también sé que a veces la gente ve lo que espera ver, aunque sean expertos.

Por otro lado, tampoco hago daño a nadie jugando al abogado del diablo. ¿Qué pasaría si, por un casual, algún falsificador de increíble talento hubiera hecho el *Baño* que tengo frente a mí? Alguien como John Myatt or Han van Meegeren. Se han llegado a comprar miles de falsificaciones por millones de dólares y a colgarlas en las paredes de más de un museo. Muchas de ellas todavía están ahí. ¿Podría haber sucedido algo así aquí?

O a lo mejor *Baño* es una falsificación contemporánea de alta calidad, pero si ha estado colgada en el Gardner más de cien años, no lo creo. De otra parte, ¿y si el original fue robado antes y en su lugar dejaron este, que posteriormente sería confundido por los nuevos ladrones con el original? No, tampoco. Alguien tendría que haber notado el cambio —los curadores, historiadores, vigilantes, patrones.

Podría tratarse de una falsificación hecha *a posteriori*?, después del robo. Podrían estar tomándole el pelo a Markel, tal y como él pretende hacerle a quienquiera que sea su coleccionista sin escrúpulos. Sin embargo, también tengo que admitir que Markel tiene la gente y los recursos de sobra para determinar su autenticidad antes de acceder a negociar.

Eso nos dejaría con un falsificador del siglo XIX. Pero Degas estaba vivo cuando Isabella

Gardner compró la pintura, y seguramente se la compró directamente a él. Por lo poco que la conozco, era una mujer a la que no era fácil engañar. Y tampoco lo era su tratante, Bernard Berenson, considerado en su momento el mayor experto de América en pintores europeos.

Así que, una vez más, la única conclusión posible es que la pintura que tengo frente a mí es un Degas auténtico, pintado por el maestro allá por el 1890, vendido a Isabella Gardner nada más ser terminado. *Baño* reúne los estándares de cada uno de los análisis a los que lo he sometido y rebate cada punto en contra de su autenticidad con el que he tratado de poner en duda su originalidad.

Vuelvo a cubrirlo con la sábana respirando alivio y me voy de cabeza al Jake's.

EN EL BAR, pido un chupito de tequila. A pesar de todos mis test, argumentos, y contraargumentos, me sigue picando la mosca, y no es un sentimiento agradable, quiero parar de hurgar en el tema.

Maureen levanta una ceja mientras saca la botella.

—¿Un mal día?

—La misma historia de siempre —digo encogiéndome de hombros.

Mike, Rik, y Pequeña me miran con simpatía.

—Tengo noticias que te harán sentir mucho peor —dice Danielle.

Todos flipamos.

Pero Danielle no lo pilla.

—Es la jodida Crystal Mack.

—No —se lamenta Pequeña.

—El Danforth —dice Danielle.

—Jesús. Se va a poner insoportable. —Ese es Rik.

—¿Y cómo es que el Danforth ha oído hablar de ella?

—Por el *ArtWorld* —digo—. Acaba de ser lo del concurso ese, el Trans, ¿recordáis? Uno de los curadores del Danforth estaba en el jurado. También había alguien del Whitney.

—No me sentaría tan mal si por lo menos fuera buena —dice Pequeña.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará en venir? —Danielle mira el reloj de su muñeca—. ¿Una hora? Tal vez media. No querrá que pase mucho tiempo sin usarnos para lucirse.

—¿Y para ti no hay nada, Osito? —dice Rik pasándome la mano por el hombro.

—El Whitney posee tres Cullions —digo, esforzando me por no sonar demasiado agria y, seguramente, sin conseguirlo.

—Sigue contándonos lo del viaje a París —dice Mike refiriéndose a Rik.

—No me habías dicho que te ibas a París —grito simulando disgusto, más que feliz de subirme al carro de Mike con su afortunado cambio de tema—. ¿Cómo es eso?

—Me acabo de enterar, pero es un viaje de trabajo, no de placer. Estaba contándoselo a Mike y Pequeña. Vamos a organizar una exposición sobre las adquisiciones de Belle en sus viajes por Europa. Mi jefe se pilló Italia. Sheryl se va a Londres y yo me quedo París —sonríe.

Danielle hace un gesto con los dedos índice y pulgar.

—¿Puedes oír mi pequeño violoncito llorando?

—¿No decías que Isabella Gardner era una friki de Venecia? —pregunto.

—¿Te refieres a esa historia de ir paseando a los leones por la calle Tremont?

—¿Y lo de llevar una cinta en la cabeza con las palabras ¡VAMOS RED SOX! Animando al

equipo de béisbol de Boston en la ópera? ¿Todo eso es verdad? —pregunta Pequeña.

Rik se cruza de brazos:

—Es muy molesto que la gente conozca a Belle por esas cosas. Fue la primera gran coleccionista de arte de América, hombre o mujer, y siempre la recordarán por un par de cachorros de león y una cinta en la cabeza.

Todos reímos su pomposidad. Nos choca los cinco guiñando el ojo.

—¿Y cómo llegó a convertirse en la primera gran coleccionista de América? —me apresuro a decir antes de que la conversación dé un giro—. Hombre o mujer.

—Estudiaba y tenía buen ojo —dice Rik mirándome con el ceño fruncido—. Y también tenía a Bernard Berenson.

—Y dinero —añade Danielle.

—¿Y qué hay de todas esas falsificaciones que estaban por todos lados? —pregunto—. ¿Tenían antes todos aquellos procedimientos de alta tecnología para determinar la autenticidad de una obra?

—Oí que Miguel Ángel solía usar pinturas prestadas de sus amigos —se inmiscuye Pequeña—. Las copiaba, les devolvía las copias y se quedaba los originales.

—Bueno, mejor para sus amigos —dice Mike—, no todo el mundo tiene la suerte de poseer un Miguel Ángel. Es posible que no tuvieran toda la tecnología con la que contamos hoy en día —dice Rik, visiblemente irritado porque no nos tomamos en serio a Belle—. Pero tenían expertos con mucho talento e inteligencia. Historiadores de arte, críticos, tratantes, tasadores, autentificadores. Ellos se encargaban de decir si una obra era original o no.

—Eso fue lo que debió pasarle al MoMA, con todos esos expertos en la obra de Isaac Cullion, con tanto talento e inteligencia —comenta Danielle.

DOCE

TRES AÑOS ANTES

NO FUI A LA INAUGURACIÓN EN EL MOMA. TENÍA UN examen a la mañana siguiente. Al principio, Isaac trató de convencerme para que no asistiera al examen, pero cuando vio que no pudo, me di cuenta de que tampoco le importaba tanto. Quería estar con Isaac, compartir su momento de gloria, codearme con los ricos y famosos. Pero no estaba segura de querer escuchar a todo el mundo elogiar *4D*, y oír hablar del gran talento de Isaac. La cosa es que se suponía que la idea de ver unas de mis pinturas en el MoMA sería la bomba, pero al mismo tiempo, no lo era.

Así que me quedé en casa estudiando pero no podía concentrarme. No podía dejar de imaginar lo que estaría haciendo Isaac a cada instante. Ahí estaba, paseando por la galería vacía, examinando la obra del resto de exponentes. Esperando. Luego la multitud. Del silencio al pandemónium. Gente guapa pavoneándose. Postineo. Los críticos cloquean. Luego las felicitaciones, la adulación alegre, arrullo, alboroto. Subidón. Y si todo iba como Markel esperaba, Isaac sería el nuevo hombre del momento.

Me llamó pasada la medianoche. Podía oír el tintineo de las bebidas.

—El museo ha alquilado una *suite* fabulosa con vistas al parque y todo el minibar para mí. — El chasquido del hielo—. Estoy agotado, pero tenía que hablar contigo.

—¿Ha sido genial? Cuéntame, ¿cómo ha ido?

—Lo único que podría haberlo mejorado habría sido que hubieras estado aquí conmigo. Oh, cariño, estuve pensando en ti todo el tiempo. Quería compartir aquello contigo. Es nuestra victoria, la de los dos.

—Es tu momento, Saac. Pronto llegará el mío.

—Muy pronto. Muy, muy pronto. Almuerzo mañana con Karen. Hablaremos.

Me invadió una cálida ráfaga de agradecimiento. Ese era el tipo de relación con el que siempre había soñado. Respeto mutuo. Apoyo mutuo. Amor inmenso.

—Cuéntame algo más sobre la exposición. ¿Han mencionado algo en la prensa? ¿Alguna reseña? ¿Rumores de venta?

Murmuró algo que no pude entender bien, seguido por «reunión con el comité la semana que

viene».

—¿Comité? ¿Qué comité?

—Adquisiciones.

—¿Del MoMA?

—Karen dicen que están interesados en comprarlo.

Me quedé flipada.

—¿El MoMA quiere comprar *4D*?

—Para su colección permanente.

—Pero Isaac, eso es extraordinario, impresionante. Es...

—No quiero hablar de ello. Da mala suerte.

Conocía de sobra las supersticiones de Isaac y me reí.

—Vale, vale, esperaremos a que ocurra.

—Jamás habría sucedido sin ti.

Una de mis pinturas colgando del Museo de Arte Moderno. En Nueva York. Parte de la colección permanente. El pináculo de la carrera de cualquier artista, el culmen que pocos viven para ver. Y ahí estaba yo: veintiocho años, viva, en plena explosión artística, llena de esperanza hacia el futuro.

Lo admito, a veces me costaba ver a Isaac llevarse todo el mérito. Pero la mayor parte de las veces, estaba tan entusiasmada por él, tan feliz de ver cómo le había mejorado el ánimo, emocionada por nuestros planes de vida juntos, que no era tan importante. Y había conseguido que Karen Sinsheimer prometiera echarle un vistazo a mis diapositivas. Tal y como le dije, era su momento, no el mío, y yo estaba dispuesta a esperar a que llegara el mío.

Era todo tan alucinante. Daba vértigo, de hecho. *4D* era un éxito. De alguna manera, había logrado tocar la fibra sensible —no solo del mundo del arte, sino también del gran público— e iba camino de convertirse en algo icónico. Como los botes de sopa de Andy Warhol. O a lo mejor era por internet. El *marketing viral* y todo eso. Cualquiera que fuera la causa, Isaac Cullion y *4D* iban unidos, y eran estrellas.

Salió en el *Today Show* y en la portada de *ArtWorld*. Solíamos gastar la broma de que *4D* ya casi había llegado al estatus de un imán de nevera. Una semana después, el MoMA ya los estaba vendiendo en su tienda de regalos. Entonces Isaac empezó a creérselo. Cuanto más hablaba de *4D* y de las pinturas en las que estaba «trabajando», inspirado por aquella, más parecía creerse sus propias mentiras.

Solo yo sabía que no estaba trabajando en nada. Estaba tan bloqueado como antes de *4D*. Tal vez más. Isaac era frágil en el mejor de los casos, inestable en el peor, y la situación le estaba enviando al extremo equivocado. Por primera vez, fui testigo de su mal carácter. Partía los pinceles en dos y arrojaba lienzos contra las paredes. Se encerraba en el estudio durante días enteros, rehusando hablar con nadie, incluyéndome a mí, gritando a todo bicho viviente que tuviera el valor de tocar a su puerta.

Empezamos a discutir. Primero por menudencias, y luego por temas más sangrantes, pero nunca por el *4D* —el elefante que le estaba volviendo loco y nos estaba separando. Le amaba y deseaba ayudarlo. Únicamente yo comprendía su situación, conocía las profundidades de sus mentiras, apreciaba lo que jugar al papel de impostor le hace a tu psique. Porque, por supuesto, yo estaba viviendo el reflejo del espejo, aunque Isaac no lo mencionara ni a mí se me ocurriera sacar

el tema.

No era culpa suya. Si había algún culpable al que señalar, esa era yo. Nunca se nos ocurrió pensar lo que podría pasar si *4D* llegaba a convertirse en un fenómeno. ¿Cómo íbamos a imaginarlo? Era una posibilidad entre un millón.

Creí que si era paciente, si esperaba lo suficiente, si le daba espacio, él conseguiría sentirse en paz consigo mismo y conmigo.

Un día me dijo que cortaba conmigo. Que iba a volver a intentarlo con Martha.

—Necesitas a alguien más joven, feliz y sano —dijo.

—Eso es ridículo —repliqué yo, figurándome que le había dado otro de aquellos arrebatos en los que se ponía fuera de control—. No quiero a alguien más joven, ni más feliz, ni más sano, aunque la idea tiene su aquel —bromeé acercándome hasta él para abrazarle—. Yo te quiero tal y como eres.

Él saltó del sofá.

—Te mereces a un hombre que te quiera y te ame como tú te mereces.

—Pero si acabas de decirme que me amas más que a la vida misma hace nada.

Estaba intentando quitarle hierro al asunto, pero había algo en su mirada, en la caída de sus hombros, que me decía que no estaba ante uno de sus habituales cambios de humor.

Se separó unos pasos de mí.

—No puedo, no seré yo quien te impida encontrar la verdadera felicidad.

Entonces me di cuenta de lo que estaba pasando.

—Y una mierda —grité poniéndome de pie y dirigiéndome hacia él—. Menudo montón de basura.

—No, no... Te estoy haciendo daño —dijo, retrocediendo todavía más—. Cada día. Y no quiero...

—Conque se trata de no hacerme daño a mí —espeté, furiosa por su propósito de autoengaño, su cobardía, sus excusas—. Más bien se trata de lo que te hace daño a ti. Y te duele porque lo sabes, y cada vez que me miras sabes que yo sé la verdad.

Isaac permaneció en silencio, con la cabeza gacha, mientras yo recogía todas las cosas que alguna vez me había dado, incluyendo *Desnudo de Naranja*, y las tiraba al pasillo.

—Lárgate de aquí y llévate toda tu mierda contigo, cabrón —ordené.

Y eso hizo.

TRECE

C ONFORME SALGO DEL JAKE'S Y VOY ANDANDO DE CAMINO a casa, voy pensando en todas las veces que los expertos se han equivocado: que si la Tierra era plana, que si los cerebros de las mujeres eran inferiores al de los hombres, que si un hombre negro nunca podría llegar a ser presidente de los Estados Unidos. La lista es interminable. Es como si, con el tiempo, todo aquello que estamos convencidos de que es verdad, fuera a ser falso. ¿Cómo *Baño*? ¿Podrían haberse equivocado los expertos? Pienso en el comentario de Danielle sobre el MoMA. Por supuesto que sí.

A lo mejor fue otro el que pintó *Baño* y Degas dijo que la obra era suya, algo difícil de creer en base al talento del artista. Pasaba mucho en el siglo XVII y el siglo XVIII, cuando los estudiantes copiaban la obra del maestro, y algunas veces, para sacar algo de dinero, el maestro las firmaba como suyas. Pero en la época de Degas aquella práctica ya hacía tiempo que había caído en desuso. Aunque mira tú por dónde, siempre hay un Isaac Cullion.

Cuando llego a casa lo primero que hago es ponerme a revisar todas las pruebas nuevamente, evidencias que apoyan abrumadoramente su autenticidad, pero no consigo calmar la incertidumbre de mi instinto, el mismo instinto que me metió en problemas en el pasado. Como cuando tuve la intuición de que debía irme a vivir en París y luego solo duré tres meses allí. O como cuando tuve la intuición de que Isaac Cullion jamás haría nada que pudiera herirme.

Permanezco de pie, me pongo de espaldas a *Baño*, luego me doy la vuelta otra vez, intentando atrapar la impresión precognitiva. Después en otra dirección. Apago las luces, las enciendo. Lo observo fijamente, aguantando todo lo que puedo sin parpadear. Me descuelgo en el sofá al revés, para verlo bocabajo. Me siento en la silla y lo sigo mirando. Trazo mentalmente el círculo de los impresionistas, las galerías europeas y el Museo de Bellas Artes de Boston, a través del edificio de la rotonda.

Las pinturas de Degas giran en el ojo de mi mente. Siento su poder psicológico, el atractivo dibujo de su asimetría, la luz palpitando desde dentro y hacia fuera. Saco los apuntes que tomé estando allí, vuelvo a leerlos.

Cierro los ojos. Veo sombras bien definidas bajo la sombrilla de *En las carreras* cayendo sobre la madre y la nodriza, expresando la alegría del soleado día de verano. Siento el culpable placer de mirar, como a través del ojo de una cerradura, la dinámica familiar de la *Duchessa di*

Montejasi con sus hijas. Me adentro en la profundidad creada por las figuras escorzadas y los muebles apenas esbozados saliéndose del lienzo de *Edmondo*.

Abro los ojos y contemplo la pintura que tengo frente a mí. A Simone, Jaqueline y especialmente a Françoise. Me molesta la simetría. Me molesta la rigidez de Françoise, y las sombras imprecisas a su alrededor. Tampoco me gusta la falta de interacción entre las tres mujeres.

Retiro la tarjeta SD de la cámara y la inserto en mi ordenador. Un par de clics de ratón, y unas cuantas fotografías de las que hice en el Museo de Bellas Artes de Boston aparecen ante mí. Está claro que solo me van a servir las que están en primer plano. Imprimo algunas con pinceladas y me siento a compararlas, pero las pinceladas individuales de *Baño* apenas se diferencian. La pincelada de un pintor es una cosa tan única como su caligrafía, y lleva siglos sirviendo como herramienta para determinar lo verdadero en oposición a lo falso. Pasa lo mismo con los escritores: una vez que el autor ha desarrollado un estilo —uso del lenguaje, estructura sintáctica, adjetivos y verbos favoritos— permanece con increíble constancia a lo largo del tiempo. Reimprimo las fotos con un enfoque más ajustado.

Rebusco en algunos cajones, encuentro mi lupa, y me la acerco al ojo. Sí, con esta ampliación, ya puedo ver mejor algunas pinceladas, pero no tantas como hubiera deseado. Si yo estuviera tratando con prácticamente cualquiera de las obras tardías de Degas, o de sus colegas Manet, Pissarro o Cassatt, tendría muchas para ver, porque presentaban trazos anchos y gruesos. Cuando se aplican veinte capas de veladura, el efecto resultante es suavidad y translucidez. Y eso es justo lo que tenemos aquí.

Reviso las fotografías hasta que encuentro una en la que los brochazos son del mismo tamaño que los de *Baño*. La levanto hasta situarla en plano contra la pintura, lo muevo, busco semejanzas y diferencias. No hay mucho donde comparar. Luego veo que en el centro de la imagen hay algunas pinceladas visibles. Corto la foto por la mitad y presiono el borde contra un punto de la pintura, en la esquina inferior izquierda de *Baño*, donde el brazo de Jaqueline contiene algunas pinceladas visibles. Me coloco la lupa en el ojo y empiezo a mover la foto arriba y abajo, a izquierda y derecha. Necesitaría dos cuadros, uno junto al otro, para estar segura, pero ambos parecen ser la obra del mismo hombre. Y aun así, no termino de convencerme.

AL DÍA SIGUIENTE, el autobús —la maravillosa línea plateada— se queda atrapado en un atasco, y llego tarde al talego. Qué mal, porque los muchachos, mis chicos, no salen de sus celdas hasta que yo llego, cosa que no les hace muy felices. Cuando finalmente lo consigo, Kimberly, la trabajadora social excesivamente bonita, los trae a la GE 107.

La GE 107 está en el sótano. El techo es bajo, abrazado por amplias cañerías de vapor silbando de humedad. Cualquiera con más de un metro setenta, una media de lo más común entre mis chicos, se ve obligado a estar en guardia para evitar escaldarse con el metal caliente; no hay clase que no se salde con una quemadura en la frente, como mínimo. No hay ventanas, a veces ni tan siquiera sillas suficientes, y las que hay están tan rotas como las mesas. Aun así, los chicos tienen una increíble habilidad para aislarse del ambiente y rendirse al artista interior que llevan dentro. Supongo que aislarse del ambiente que los rodea es algo que llevan haciendo desde el día uno.

—Estábamos esperándote —se queja Reggie—. Una hora, por lo menos.
Quince minutos tarde, en realidad.

Johan se gira hacia Kimberly.

—¿Significa eso que nos van a dar una hora más para pintura?

—Muy bien —dice Kimberly haciendo palmas—, la señora Roth os dará las pinturas y los pinceles. —Apunta hacia los tres guardias de seguridad que hay en las esquinas de la habitación—. Hoy tenemos personal triple.

No hace falta explicar por qué. Miro la mesa con pinceles y unas treinta pequeñas latas de pintura. No puedo ver qué colores son.

—Veo que han pasado el control de seguridad. ¿El plata también?

—Necesitamos que estés aquí a tu hora —dice Kimberly en voz baja—. Los jóvenes se ponen nerviosos con los imprevistos. —Echa un vistazo a los guardias de seguridad—. Y como te puedes imaginar, la cosa se pone muy chungu cuando eso pasa.

—Lo siento. —Me siento fatal—. El tráfico de la avenida Washington estaba parado. El autobús no podía avanzar. —Me sorprende que me llame la atención de esta manera. No esperaba que durase en el puesto más de una semana, y mucho menos que se pusiera autoritaria conmigo—. Lo siento —insisto, tratando de suavizar la situación—. Saldré de casa más temprano a partir de ahora.

—Bien —dice, y se gira hacia los chicos—. Todo el mundo frente a su dibujo. El que sepa que quiere empezar con el rojo, el amarillo o el azul, que levante la mano.

Los chicos toman posiciones y dos de los guardias se acercan.

—Nada de contacto físico —advierte Kimberly.

La semana pasada, después de que dos chicos terminaran sus dibujos, proyectamos todas las imágenes en la pared, y los muchachos marcaron los bordes con carboncillo. He trabajado con ellos para juntar las imágenes y confeccionar un todo, haciéndome a un lado cuando veía que se atascaban, dejándoles a ellos encontrar la solución por sí mismos. Kimberly tuvo que entrar un par de veces, y Manuel, que no había terminado su dibujo, fue expulsado por insultar a Christian. Cuando los muchachos volvieron a sus celdas, me quedé para marcar las figuras con rotulador de tinta permanente negra y limpiar el trazo de carboncillo. Hicieron un trabajo jodidamente bueno.

Hoy han venido diez. Nueve con dibujos para pintar y Manuel, a quien me sorprende ver. Está de pie, junto al mural, con los brazos cruzados y el gesto serio. Está claro, por su mirada cambiante, que necesita una tarea.

Me traigo a Kimberly a un lado.

—Manuel tendrá que trabajar con alguien —digo—. ¿Quién debería o quién no debería ser?

En Beverly Arms hay muchas facciones, muchas de ellas basadas en las bandas de la calle —o aspirantes a convertirse en miembros de una. Un emparejamiento erróneo puede desembocar en una situación de alta tensión.

—No es de la zona —dice Kimberly—. No se junta con nadie. Fue entrenado para luchar por un tío suyo que competía en la categoría de peso pesado o algo así. Y nadie se ponía en su camino hasta que un chaval el doble de grande que él acabó en el hospital. Por eso está aquí.

—¿No hay nadie con quien congenie?

Kimberly sonríe.

—Yo diría que odiará por igual a unos y otros. Pero no le pongas ni con Christian ni con

Johan.

Miro a los nueve muchachos alineados frente al mural. Todos excepto Xavier tienen la mano levantada.

Le pedí a Al que enviara la mayor parte de las pinturas y pinceles hace unas semanas para que pasaran el control de seguridad lo antes posible. Pero como envié los botes del color plata después, estos iban por separado. El guardia, Rodney, uno de los pocos simpáticos que hay aquí, no me pudo prometer que estuvieran listos para hoy, pero dijo que lo intentaría.

Sonrí al ver que los botes de color plata están en la mesa. Gracias, Rodney. Me giro y le doy a Xavier, quien está mirándome solemnemente —estos chicos siempre esperan que alguien les joda— la mano en señal de chocar esos cinco. Sonríe y empieza a jugar con Reggie.

—Xavier y Reggie —les grita Kimberly—. Silencio.

—¿Cuántos azules? —pregunto, mientras Kimberly entrega los botes a los chicos—. ¿Amarillos? ¿Rojos? —Entrego a Xavier dos botes de color plata—. Con esto tienes para un montón de Buds. —No responde, solo agacha la cabeza con timidez.

Hay pinceles de tres tamaños diferentes —pero solo le paso el más pequeño de todos, dando instrucciones a los chicos para que repasen los bordes del interior antes de empezar con los espacios más amplios. En cuestión de minutos, la clase se queda en silencio. La concentración se palpa en el ambiente.

Me acerco a Xavier.

—¿Te parece bien si Manuel te ayuda con todas esas latas de cerveza? Podrías tirarte meses con esto sin su ayuda.

Xavier se encoge de hombros, sin apartar la vista de su pintura.

Le paso un pincel a Manuel. Lo coge pero no se mueve. Xavier, quien ya ha terminado de repasar tres latas, apunta a las que están más apartadas de aquellas en las que él está trabajando. Me vuelvo hacia Kimberly, y ella asiente con gesto de aprobación.

Kimberly y yo paseamos de un extremo a otro de la clase, ayudando allí donde hace falta: llevando pintura, dándoles pinceles diferentes, ofreciendo sugerencias. Los guardias vigilan a los chicos de cerca.

Mezclo un par de botes de violeta, naranja y verde y abro un blanco. Esto va sobre ruedas. Trataron de disuadirme de formar el proyecto de grupo, que si lo hacía solo conseguiría crear hostilidad, cuando no algo peor. No estoy siendo complaciente. He estado viniendo a Beverly el suficiente tiempo como para saber que la bomba puede estallar en cuestión de segundos.

De repente, Manuel apuñetea a Xavier en el estómago, y este, bastante más alto que aquel, se tambalea hacia atrás, golpea la pared y se encoge contra el suelo. Dos guardias se abalanzan contra ellos a la velocidad del rayo, agarrándoles los brazos por detrás de la espaldas, esposándoles las muñecas. El tercer guardia hace lo mismo cuando Reggie acude al rescate de Xavier.

—Todo el mundo contra la pared y las manos arriba —ordena Kimberly sacando el *walkie-talkie*—. ¡Ahora!

Los otros chicos se giran de cara contra la pared y las manos en alto.

—Que te jodan —le grita Manuel a Xavier mientras se lo llevan a rastras—. No tienes ni idea.

—Son mis latas de cerveza, imbécil —se retuerce Xavier—, y te las estás cargando. Así no se hace.

Observo cómo se llevan a Manuel, Xavier y Reggie. Dos guardias de seguridad más entran en estampida. Kimberly les hace señales indicándoles que todo está bajo control. Parecen dubitativos, y se plantan en extremos opuestos de la fila.

—Está bien —dice Kimberly—. Empezando por el principio de la fila. Christian: cierra tus botes de pintura y déjalos sobre la mesa. Los pinceles también. En esa bandeja que la señora Roth tiene ahí. Luego ve al otro lado de la clase y quédate ahí, con las manos arriba.

Cuando todos están al otro lado, los guardias les hacen marchar en fila india.

Todos miran al frente. Nadie dice nada.

Me dejo caer en la silla y me paso los dedos por el pelo.

—¿Estás bien? —pregunta Kimberly sentándose a mi lado.

—Lo he visto antes.

—Ha estado cerca.

—¿Sabes por qué le ha pegado Manuel? ¿Estaban discutiendo?

—Oí que Xavier le decía que quería que pintase en otra dirección para que cuadrara con la de sus latas. —Me dirijo a las latas de Xavier y echo un vistazo al dibujo.

—¿Estaba enfadado?

—Xavier no es de los que buscan líos, suele huir de la confrontación.

Pienso en preguntarle el motivo por el cual Xavier está aquí, pero luego me recuerdo a mí misma que no quiero saberlo.

—¿Y Manuel le ha pegado por eso?

—Tiene algunos problemas de ira.

—¿Tú crees? —Comparo las latas de Xavier con la de Manuel. Ambos muchachos han hecho un gran trabajo repasando, y aunque el interior de las latas de Xavier está un poco más uniforme que el de Manuel, tampoco hay tanta diferencia. Luego me acerco un poco más y veo que las pinceladas de Xavier van de derecha a izquierda y las de Manuel de izquierda a derecha—. ¿Cuál de los dos es zurdo? —pregunto a Kimberly.

—Ahora que lo dices —comenta tras pensarlo—, creo que se convirtió en un buen boxeador por el hecho de ser zurdo. ¿Por qué lo preguntas? ¿Supone alguna diferencia?

No respondo. En lugar de ello, me quedo mirando las latas de cerveza.

CUANDO LLEGO A CASA, imprimo las fotografías de los primeros planos que tengo y las recorto buscando la pincelada discernible. Cojo *Baño* del caballete y lo coloco sobre el suelo, muevo un poco los pequeños trozos de foto por la superficie, buscando coincidencias. Encuentro varias, algunas mejores que otras. Las muevo un poco más. Cuando me quedo satisfecha, me inclino hacia atrás y examino el resultado.

La pintura es demasiado suave como para tomar decisiones determinantes, pero hay algunos lugares, principalmente alrededor de Françoise, donde se aprecia una diferencia. En todas las fotos que tomé de Degas en el Museo de Bellas Artes de Boston todas las pinceladas van de derecha a izquierda. Pero en *Baño*, hay un número de ellas que van de izquierda a derecha.

Me inclino hacia delante para asegurarme de que estoy viendo lo que estoy viendo. No hay duda, y un tenue silbido se me escapa de entre los labios. Lo supe desde el primer momento que Markel desarrolló la pintura. Lo sabía, pero me negaba a creerlo. Mi intuición era acertada. Este

Baño no es el *Baño* de Degas. Fue pintado por alguien más. Un zurdo.

Del puño y letra de

ISABELLA STEWART GARDNER

1 de julio de 1886
París, Francia

Mi queridísima Amelia:

¡Solo seis semanas más y volveremos a estar juntas! ¡Me muero de ganas por ver a mi pequeña mujercita ya convertida en una mujer casada! Te pido indulgencia por ponerme tan sentimental, pero es que tú para mí eres lo más parecido a una hija. De hecho, por lo que a mí respecta, *tú* eres mi hija, incluso aunque sea demasiado joven como para tener una hija de tu edad.

Pero has sido muy mala comprando tantos muebles sin mí. Te llevaré algunas cosillas de mis viajes que espero que puedan hallar su hogar en alguno de tus apartamentos. Me alegra saber que Sumner te ha otorgado las llaves del reino y puedes disponer del presupuesto familiar a tu gusto. Cómo me gustaría que tu tío hiciera lo mismo, siempre se está quejando de que gasto demasiado dinero.

Y por favor, por favor, por favor, no hagas caso a la sección «Tópicos de Ciudad» a menos que sea para reírte de su pretenciosa prosa. No voy a pedir disculpas por que los hombres deseen mi compañía ni por disfrutar con las personas de talento. Y no he visto a ninguna de sus esposas «reñirles y pegarles puntapiés debajo de la mesa» por prestarme su atención. Al contrario, Maud Elliott y Julia Ward Howe están encantadas de asistir a mis cenas y reuniones, tanto o más que sus «díscolos maridos».

Y esa nota sobre mi cita secreta con Frank Crawford, bueno, ¿podría ser mi hijo! Pero no seré yo quien fastidie una buena historia con la verdad. No te angusties con las palabras de esa basura, y mucho menos por mí. Yo digo que si a la gente le gusta creer en esas cosas, tampoco es cuestión de negarles ese gusto.

Me pediste saber más cosas sobre mis aventuras con Degas, y sí, tengo cosas que contarte. Te conté en mi última carta que me había invitado a su estudio. Bueno, querida, fui a ese maravillosamente bohemio barrio de Montmartre, al 21 de la *rué Pigal* le (donde vive y trabaja)

para ser exactos, y fue toda una experiencia.

Edgar es un hombre tan complejo e interesante. Todo en él es contradicción. Sus pinturas se venden bien y su nombre está por todas partes, ¡pero su apartamento es tan pequeño que tiene que usar el estudio como vestidor! Su rostro es modesto, pero su postura y su ropa son tan finas que a duras penas te das cuenta. Sus ojos son oscuros, de mirada caída, pero en ellos se aprecia la maravillosa y torturada alma del verdadero artista. Y cuando echa la cabeza hacia atrás y ríe (es todo un caballero de fina estampa), es cuando más atractivo le encuentro.

Es el más meticuloso de los pintores y, no obstante, su estudio es un caos de confusión. Aparte de la ropa desordenada, esparcida aquí y allá, y de la parafernalia habitual de los artistas, el piso está cargado de toda suerte de rarezas: imprentas, bañeras, chelos, figurines de cera, y hasta un piano roto. Dice que es incapaz de deshacerse de ningún objeto porque nunca sabe cuándo le podrá ser útil. Otra contradicción es que a pesar de ser un solterón de cincuenta años, ¡es un ligón! Estaba encantada.

Edgar está ahora mismo con los preparativos de una exposición que tendrá lugar este otoño con los maestros Bracquemond, Forain, Monet, Gauguin, Pissarro, y Rouart, artistas por los que no siento mucho aprecio. Y, mi querida Amelia, lamento decir que su influencia se está dejando notar. El último trabajo de Edgar es impecable, su composición asimétrica traspasa la perfección. Y esos puntos de vista tan audaces e inusuales de desnudos femeninos en el baño. ¡Sobrevolándolos, incluso! Pero todo eso ha cambiado. Qué decepción. Está trabajando el pastel, acercándose al horrible estilo impresionista que hace que quiera ponerme un par de gafas.

He intentado hacerle volver al óleo, como lo hice hace unas noches, en la mesa de Henry, porque no pude contener mis sentimientos. Le pregunté si acaso no podía ver qué maravillosas obras maestras era capaz de crear cuando lo hacía al estilo de los clásicos, a su propio estilo de hacía una década.

Me contestó que le llevaba demasiado tiempo esperar semanas entre veladura y veladura, y que aquel era negocio para un joven con una buena herencia, no para un viejo sin nada que heredar. Cuando protesté, me puso ojitos y preguntó cuál de las dos cosas no creía yo que fuera cierta: si la de que era un viejo o la de que no tenía dinero. Me irritó que hiciera un chiste sobre semejante materia, pero no pude ponerme seria, especialmente cuando él fue el primero en tomárselo a broma. Así que nos echamos a reír.

Luego me llevó al estudio del café Guerbois, donde estuvimos charlando tan alegremente que no pudimos acabar la discusión. No obstante, yo sigo firme en mi esfuerzo por desalentarle de este sinsentido cambio de estilo en futuros trabajos.

Tu tío Jack y yo dejamos París mañana, de camino a Venecia. Y aunque estoy, como siempre, entusiasmada ante la idea de ir hacia mi más adorada ciudad, echo de menos mi hogar, las brisas frescas de Green Hill, y tu compañía. Dale a tus queridos hermanos mis más cálidos recuerdos.

Tu querida,
tía Belle

QUINCE

NO SÉ CUÁNTO TIEMPO LLEVO AQUÍ ACUCLILLADA, PERO mis cuádriceps me están pidiendo ayuda a gritos. *Baño* yace en el suelo, las fotos dispersas sobre el lienzo. Me levanto cuidadosamente y me estiro, y cojo la pintura, ignorando los triángulos y los cuadrados de las pinceladas que flotan por el suelo. Ya con el cuadro de vuelta en el caballete, me dejo caer en la silla, frente a frente.

Ahora que por fin me he admitido a mí misma la verdad, ya veo evidencias de falsificación por todas partes. Las pinceladas no son tan refinadas como las de Degas, y denotan una tentativa forzada. La profundidad no fluye desde un punto focal de la pintura hacia los bordes y más allá; hay estrechura, constricción.

Y Françoise, ¿cómo he podido estar tan ciega? Demasiado rígida, con un aura de autoconsciencia, como si supiera que la estaban mirando, en lugar de ser pillada in fraganti, en un momento inobservado. Hasta la firma está apagada. Demasiado espacio entre la «a» y la «s».

Alucino con la forma en la que me he estado engañando a mí misma. Que yo, una auto-proclamada experta en Degas, me lo estuviera tragando con patatas. Sentí la verdad el primer día que puse los ojos en la pintura, y aun así, me convencí a mí misma de lo contrario. Y no soy la única. Si mi asunción de que esta pintura que colgaba del Gardner es falsa —¿y qué otra cosa podría ser?—, entonces los historiadores, los críticos y el gran público también cayeron en la trampa. Esta es la razón por la que existen tantos falsificadores, plagiadores, y estafadores de éxito.

Aunque los instructores de Repro nos enseñaron cómo hacer una copia efectiva, casi todos compartíamos la misma fascinación con respecto a los métodos de falsificación usados hoy en día. Uno de nosotros citó a Theodore Rousseau, un experto del Met, diciendo que «solo podemos hablar de malas falsificaciones, aquellas que hemos detectados como tales. Las buenas todavía cuelgan de las paredes de los museos». El instructor apoyó esta afirmación con una estimación del *New York Times* que decía que el cuarenta por ciento de las obras que anualmente se ponen a la venta son falsificaciones. Yo creía que estaban exagerando. No sé. Pobre *Baño*. Es una falsificación, sí. Esa pintura, ella... Es una falsa. Pero yo soy una idiota.

Tengo que decírselo a Markel. Cojo el teléfono móvil y marco su número. Luego cancelo la llamada. A lo mejor ya lo sabe. A lo mejor ese es el motivo por el cual sonaba tan convincente: no

estaba contándome toda la verdad.

Me paso el teléfono de una mano a otra. ¿Podría estar poniéndome a prueba, dándome una falsificación para ver si puedo apreciar la diferencia? De ser cierto, se habría tomado demasiadas molestias, habría invertido demasiado esfuerzo en un propósito sin importancia. ¿Trampa? En cualquier caso, tengo que decirle la verdad.

Marco su número otra vez, y cuando responde, digo:

—Tengo una duda con los hornos y es urgente. La mejor opción es la prudente.

Markel chasquea con los labios.

—Haces que suene emocionante.

—¿Estás libre? Necesito solucionar este tema y seguir adelante.

—¿En media hora? —pregunta—. ¿Digamos a las seis? ¿En el Oak Room?

Dudo. Le he llamado, sí, pero necesito más tiempo para pensarlo bien.

—O eso, o la semana que viene —ofrece—. Mañana me voy a Nueva York.

—No, esta noche está bien —digo—. Te veo a las seis.

El Oak Room está en el Fairmont Copley Plaza, un hotel que parece un palacio renacentista. Debería ser un sitio hortera, con sus altísimas columnas de mármol, los techos pintados y la exagerada filigrana dorada, pero no lo es. He estado alguna vez en ese hotel, pero jamás en la Oak Room, demasiado caro para mi bolsillo —pero he oído que sirven los mejores martinis gota de limón de la ciudad.

No tengo nada en el armario que resulte apropiado para ir a un sitio así, pero sí tengo una falda larga azul que compré para una cena de aniversario con Isaac. Me la pongo. Un poco grande. Tendrá que servir. Me pongo una camiseta blanca para rebajar el nivel de elegancia y subir al nivel *sexy*.

Salgo de mi estudio y me dirijo hacia el norte por Dartmouth Street. Está a tan solo unas seis o siete manzanas de Copley Square, pero cada vez que hago este camino, siempre me sorprendo por cómo estos bloques extienden el espectro socioeconómico urbano.

Atravieso una fila de almacenes llenos de grafitis y proyectos de muelles de carga. Luego paso por delante de la catedral, con su columpio ladeado en medio del brillo ambarino de las botellas de cerveza rotas.

¿Qué pasa si se lo cuento a Markel y decide cancelar la operación, incluyendo mi exposición? ¿Qué pasa si me pide que le devuelva el dinero? Acaricio con el dedo mi teléfono móvil nuevo y pienso en el sofá rojo que vi al setenta por ciento de descuento en una tienda de muebles que hay de camino a mi estudio. Pienso en la pintura de color plata de Xavier y en los cinco mil dólares que ya me he gastado. Pero no es por el dinero. Lo haría gratis con tal de que mi obra estuviera expuesta en Markel G. Y porque el Gardner recuperara su obra maestra. Sin embargo, las cosas han cambiado. Ahora sé que esta pintura no es ninguna obra maestra.

La iglesia se funde con un montón de viviendas destartadas, sus escalones altos llenos de adolescentes bebiendo y mirando a otros adolescentes que también están sentados, al igual que ellos, haciendo botellón. También hay grupos de chicas demasiado jóvenes para ser madres vigilando —o no— a sus hijos. Amantes metiéndose mano. Ancianos sentados en sillas de playa con las patas cortas dando cabezadas al abrigo del calor.

Cuando cruzo Washington Street, salgo oficialmente del inquieto SOWA y entro en un distrito en el que los alquileres cuestan el doble pero solo una fracción de lo que serán unos bloques más

arriba. En mi vecindario, hay uno o dos bonitos restaurantes o tiendas por bloque, pero en la calle Washington hay probablemente unos cinco o seis, y cuando llego a Tremont, todo, desde filetes de carne hasta manicuras, cuesta un riñón. Pero mira, ahí están esos contenedores malolientes, oliendo a basura, desafiando la ley estatal que prohíbe dejar los contenedores abiertos, por muy caro que valga todo en esta zona.

De camino al norte, las casas se vuelven más bonitas, con persianas pintadas y jardincitos hermosos y perfectos; las aceras están limpias y la mitad de los coches aparcados en la calle son BMW de esos pequeños de color negro. Cuando llego a los bloques próximos a Copley Square ya no veo gente haciendo botellones en las escaleras, ni basura. Ay, el Back Bay...

—POR NUESTRO *BAÑO*. —Markel levanta su copa.

Me mira directamente, sin malicia. Está bronceado, en forma, y muy complacido mismo. Me sorprende que en todos los años que estuvo siendo el agente de Isaac, nunca me hubiera fijado en lo atractivo que era. En el pasado, cada vez que coincidía con él, era porque estaba con Isaac. Me pregunto si está saliendo con alguien. Sé que se divorció hace unos años —empezamos bien—, pero después de lo que pasó con Isaac, dudo seriamente de mi habilidad para juzgar si puedo fiarme de un hombre o no.

Le observo cuidadosamente, buscando pistas que me lleven a pensar que puedo confiar en él, que puedo contarle lo de la falsificación, solo que no sé qué pistas tendrían que ser esas.

—Es una maravilla —digo chocando mi vaso contra el suyo y tomando un sorbo.

Estamos sentados en un par de sillones mullidos, bastante cerca el uno del otro, y arrinconados en la esquina más alejada de Oak Room.

El aire trae sutiles aromas a comida de alta cocina. Un piano toca suavemente en la esquina opuesta, y la acústica silencia las palabras de la gente. Resulta tan privado como estar en mi estudio, pero más exuberante.

—¿Disfrutas el tiempo que pasas junto a ella?

—Y me muero de ganas por empezar a pintar. He estado investigando el proceso, y si tenemos que pasar la prueba de la absorción atómica o el examen de espectrometría de masas, creo que la única forma de hacerlo es con toda la veladura, hornear y barnizar. Y ahora con esa nueva prueba de descomposición digital de la ondícula. —Levanto las manos—. No tenemos muchas más opciones.

—Si damos por sentado que ese será el escrutinio que deberá pasar —dice Markel frotándose la barbilla.

—¿No lo harán así?

—Depende del comprador.

—Incluso en el caso de que lo sometan a exámenes de segunda, sería muy fácil determinar que la pintura no está completamente seca. Yo creo que hay que hornearlo.

—¿Hornearlo?

—Suena raro pero funciona. Añades un químico especial y luego horneas el lienzo entre capa y capa. Lo seca como si hubieran pasado cien años.

—Obviamente —dice sosteniendo el vaso, pensando en voz alta—, el comprador no va a ser un coleccionista con ética ni un museo. En la mayor parte de los países en vías de desarrollo, de

donde estoy bastante seguro que procederá nuestro comprador, no hay acceso al mismo nivel de tecnología, ni tienen expertos de la talla como los que tenemos aquí... Por otro lado, alguien tan interesado en comprarlo, sabiendo su origen, podría ser lo suficientemente suspicaz y paranoico como para querer examinarlo a conciencia.

Veo el cielo abierto. Es mi oportunidad para entrar en materia.

—¿Es eso lo que tú hiciste?

—Por supuesto —dice cambiando de expresión y recostándose sobre el respaldo del sillón, mirándome por encima del hombro.

—¿Le hiciste todas las pruebas?

—¿Cuánto tiempo nos va a ahorrar el horno, entonces? —pregunta.

—Meses. Muchos. ¿Hay plazo?

—No —dice—. La verdad es que no. Pero cuanto antes lo tengamos, mejor.

—Tú mandas. —Me encojo de hombros—. ¿Importa la forma en la que haga la falsificación?

—¿Qué es lo que necesitas?

—La pintura tiene unas medidas, y el horno de mi cocina no es tan grande ni por asomo, así que...

—¿Necesitas un *kiln*?

—No, no necesitamos ese tipo de calor. Estoy pensando en un horno comercial, como los que usan en repostería. Lo suficientemente ancho para meter y sacar la pintura, con control digital de temperatura y un cronómetro electrónico. —Hago una pausa—. ¿Alguna vez se ha planteado la posibilidad de que *Después del baño* fuera pintado por alguien que no fuera Degas?

—Que yo sepa no. —Se revuelve en su asiento. Su gesto es duro y penetrante—. ¿De qué va esto?

—Solo quiero saber si alguien podría salirnos con esas, para saber cómo vamos a cubrirnos las espaldas.

—Miraré lo del horno.

—Estupendo. Gracias —digo—. Pero ¿qué pasaría si realmente...?

—Bebe —me ordena Markel señalando mi martini con la cabeza. Obedezco. Está claro que la discusión se acaba aquí—. Quienquiera que fuera la persona que me dijo que aquí hacían los mejores gota de limón de Boston, no estaba de broma.

—Tu amiga, Crystal Mack.

—¿Qué?

Él se ríe ante mi confusión.

—Quiero decir que tuvo que ser Crystal la que te dijo lo de los martinis. Le encantan.

—Ya, claro... —No es mi tema de conversación favorito.

—Debes estar muy orgullosa de ella.

—No es tan amiga mía, se trata de una conocida, más bien —digo encogiéndome de hombros.

—Oh. —Markel arruga los ojos y veo que a él tampoco le hace mucha gracia ella.

—Se le ha subido un poco el pavo.

—Y ahora con la compra de Danforth, se le va a subir más.

—Ya ves —coincido—. En breve estará tan pagada de sí misma que huirá discretamente de la avenida Harrison y solo se dejará ver por aquí arriba, en Back Bay.

—Por favor, cualquier cosa menos eso —dice Markel levantando ambas manos.

—Pues si se viene a vivir a tu barrio, te aguantas. Fue esa exposición tuya en Markel G la que la sacó del SOWA. Tú tienes la culpa.

—La culpa es del Danforth, por lo del concurso *Art-World*.

—Nunca es tan solo un concurso —trato de mantener el tono de broma.

—Participaste. —No es una pregunta.

—Ya te digo. —Pego otro sorbo.

—Sabes que uno de los del jurado era del Whitney, ¿verdad? Y que eso te iba a dejar fuera, ¿verdad? —suspira—. El Whitney siempre tuvo una relación especial con Isaac.

No voy a negar que esta mierda duele.

—No es lo tuyo —dice Markel—. Tu trabajo es muy bueno, muy superior al de ella.

Eso no me hace sentir mejor.

—Hace tres años que Isaac murió —dice Markel—. Los rencores acaban muriendo con el tiempo. Los recuerdos se desvanecen.

—No me había dado cuenta.

—Hay pocas personas en el mundo tan estiradas como las del Whitney.

—Por Dios, eso espero. —Levanto mi copa forzando una sonrisa brillante.

—No sé qué pasó exactamente con *4D* y el MoMA —dice—, pero siempre he tenido mis sospechas, incluso entonces.

Un parpadeo de sorpresa. ¿Está diciendo que cree que yo pinté *4D*?

—Pero mi opinión no es lo que importa, y tampoco es momento de hablar de ello. —Markel coge la mano que tengo libre y me la aprieta entre las suyas—. Lo importante aquí es que tu exposición hará que todo el mundo se olvide de lo que pasó con Isaac Cullion.

Siento una sensación reconfortante con sus manos envolviendo las mías —una unión, pasada y presente, un nivel de comprensión—, e intuyo plenamente su sexualidad.

—¿Y si a la gente le da por boicotear la exposición por culpa de mi nombre?

—No quiero parecer un engreído, como Crystal —dice Markel—, pero no ha nacido nadie con los cojones tan grandes como para atreverse a boicotear una exposición en Markel G.

DIECISÉIS

LA SEMANA PASADA ME QUEDABAN DIEZ HORAS PARA ACABAR con el Pissarro de Repro, pero no sé cómo llevo tres días y todavía no he acabado. Intento concentrarme en la pintura que tengo frente a mí en lugar de hacer caso al Messionier, que me regaña desde la esquina trasera.

Necesito rascar la pintura y empezar a crear *Baño II*. Pero tengo otras distracciones que requieren mi atención. Hay que investigar más sobre la pintura y los pinceles de Degas, la forma en la que mezclaba los pigmentos y los disolventes, temas que resolver sobre las mejores técnicas de envejecimiento —aunque pasará mucho tiempo antes de que necesite hacer uso de esta información.

Luego está la lavandería y pasar a ver ese sofá rojo una vez más antes de tomar una decisión. Hay que leer correos electrónicos, pagar facturas, y, por supuesto, terminar la copia del Pissarro.

Y hay otros temas a considerar. Como mi decisión de no contarle a Markel nada sobre el origen de *Baño*. A pesar de sus argumentos en contra, mis días como paria podrían estar contados, y está claro que mi única oportunidad para salir de este macarthismo artístico sería tener una exitosa exposición en Markel G.

Me jode la forma en la que me trataron, estoy muy resentida, y me resulta difícil resistirme a la tentación de devolvérsela. Se me ocurre que, si a Markel le gusta mi trabajo tanto como dice, debería montarme esa exposición en cualquier caso, incluso si le contara lo que sé. ¿No?

Aplico un poco de amarillo cromado en el borde de una flor. Estoy segura de que lo haría, pero soy demasiado cobarde para correr ese riesgo. Retrocedo un paso, comparo mi resultado con el póster impreso de Pissarro que tengo pegado a la pared y aplico un toque más. Acercó el pincel y me detengo antes de llegar al lienzo. Estoy en ese punto en el que empiezo a comerme el tarro demasiado —y a pintar de más. Una perspectiva peligrosa, y de la que, en el peor de los casos, puede destruir un cuadro o, como mínimo, ocasionarte semanas de trabajo extra.

Bajo el pincel. Miro a Pissarro sin piedad, mojo el pincel en trementina. Una capa final de barniz cuando la pintura se seque y listo.

Baño, cubierto con una sábana, me mira desde el otro lado del estudio. Odio que no sea real, pero saco la acetona, el petróleo rectificado, y los paquetes de algodón que compré en la tienda de Al. Coloco el Meissonier en mi mesa de trabajo junto al disolvente y agarro un par de algodones.

Si todo va bien —si el lienzo está en buen estado, si la pintura sale con facilidad y el encolado no está amarillo—, podría acabar en cuestión de días. Pero si la cosa se complica, o surgen problemas adicionales, podría tirarme semanas rascando la pintura.

En las clases con Ellen Bonanno aprendí que raspar pintura era la parte que menos me gustaba de todo el proceso. Si estuviéramos haciendo esto para Repro, mi primer paso sería comprar un lienzo nuevo y encolarlo con albayalde mezclado con aceite, y dejarlo preparado para empezar a pintar. Pero hacer una falsificación que a todas luces será sometida a una inspección experta requiere otros medios. Necesito un lienzo de la época, porque una falsificación de alta calidad tiene que pintarse en un lienzo de la misma época que el original. Y el encolado tiene que estar intacto porque es lo que retiene las fisuras antiguas, la base sobre la que descansará la nueva pintura.

Tengo que raspar todas las capas de pintura y barniz del Meissonier, hasta revelar la del encolado. Una vez que haya raspado estas capas, puedo empezar a construir mi propia pintura sobre un lienzo y un encolado del siglo XIX.

Una pintura antigua tradicional es una sucesión de capas: encolado, pintura de fondo, veladuras —en las que puedes encontrar hasta treinta capas traslúcidas de pintura— y barnizado. El propósito es controlar la refracción de la luz a través de la pintura. Raspar es una de esas tareas paradójicas, tan exigente como aburrida, que requiere concentración dosificada con altos niveles de tedio. Además, acabará con mi espalda en cuestión de horas.

Respiro profundamente y me pongo a la faena, con un algodón mojado en disolvente en una mano y la pistola retenedora en otra. Empiezo por la esquina inferior derecha, echando disolvente sobre el lienzo, limpiando cuidadosamente para quitar la pintura, atenta a cualquier signo de blanco, lo cual significaría que hemos tocado el encolado.

Mierda. Mi mano izquierda se abalanza con el retenedor, anulando el efecto del disolvente. Hay que tener mucha destreza para usar la cantidad justa de disolvente, para que se coma la pintura, pero no mucha, porque podría licuar la cola o algo peor, dejar el lienzo al desnudo.

Trabajo concienzudamente, echando disolvente y limpiando, a menudo, demasiado a menudo, reteniendo. Horas más tarde, los trozos de algodón yacen alrededor de mis pies descalzos como una mancha de pintura. Me estalla la cabeza por los vapores, y tengo la espalda rota por una docena de sitios. Pero ya he conseguido quitar un parche sólido de pintura, al fondo del cual me he encontrado con un mar de encolado —ligeramente amarillento, pero nada que el agua oxigenada no pueda solucionar— lleno de picos y valles que producirán un efecto de craquelado con forma de tela de araña en la pintura final.

TERMINO DE RASCAR EL LIENZO en tres días y ya estoy encorvada y moviéndome por el estudio como una vieja. Por un momento pienso en ir a ver al masajista de Rik, Bob Nueva Era, como él le llama, pero no vale la pena gastarse el dinero en eso. Hurgo con mis dedos debajo de mi omóplato izquierdo y presiono con fuerza. No encuentro mucho alivio. Lo que yo daría ahora mismo por uno de esos masajes que Isaac solía darme por toda la espalda.

Ambos lienzos descansan sobre sus respectivos caballetes, uno junto al otro. He limpiado el Meissonier con agua oxigenada y ahora tiene un halo de blanco perlado. Bien. Eso es importante, más que importante, es imperativo. Conforme la pintura al óleo envejece, gana translucidez,

refractando más luz a través de la misma, otorgándole más profundidad y luminosidad. Degas era un maestro en la materia, así que es vital contar con una base adecuada si queremos que pase por un original.

Me pongo manos a la obra, carboncillo en mano: esbozar *Baño* en el lienzo nuevo. Es el mismo proceso que uso para *Repro*, y en unas pocas horas tengo el dibujo hecho. Hago una mezcla de color ocre oscuro y trementina y, usando un pincel muy fino, repaso las líneas del carboncillo.

Investigo un poco en internet sobre el uso de los disolventes en Degas mientras espero que la pintura se seque. Cuando lo hace, cepillo el carboncillo. Ya tengo ante mí la etapa uno de *Baño II*, un dibujo en línea y lavado. Estupendo, porque Markel se pasará hoy para ver los progresos y echar un vistazo al horno nuevo.

La verdad es que el horno es una pasada: una belleza de acero inoxidable con magia digital y una puerta más que grande para meter el lienzo. Van Meegeren Hiparía con esta maravilla.

Hoy va vestido de manera informal —o todo lo informal que Markel puede ir vestido— con unos pantalones casual de color caqui y una camisa verde plateada a juego con sus ojos marcándole la musculosa espalda.

—La madre del cordero de todos los hornos —dice.

—Y que lo digas. Lo trajeron ayer. Es genial. Perfecto. Gracias.

—Y cuando acabes, siempre puedes montar un negocio de *cupcakes*. —Abre la puerta del honor—. Aquí podrías hornear un centenar en una sola tanda. Doscientos.

—Espero que la carrera de artista me salga bien y no tenga que llegar a eso.

Echa un vistazo a los cuadros de ventanas que tengo colgados en una de las paredes.

—Saldrá bien. —Se gira hacia los lienzos y señala *Baño II*—. ¿Este es el encolado del Meissonier? —Me sorprende que se atreva a preguntarlo, pero añade crédito a su afirmación, como si no lo hubiera puesto en duda en ningún momento—. Por supuesto que lo es. El dibujo pinta genial. Realmente bueno. —Se acerca un paso más—. ¿Y la pintura que irá debajo?

—Ese será el siguiente paso.

Markel mira hacia el sofá.

—Oh —me disculpo—. ¿Quieres sentarte?

—Veo que has estado de compras —dice tomando asiento.

—No me pude resistir. —Paso la mano por la suave tela roja—. Estaba al setenta por ciento de descuento.

Markel inclina la cabeza y me mira con una mezcla de humor y compasión.

—No tienes que justificarte ante mí.

¿Cómo no me he dado cuenta nunca de lo agradable que es este hombre? Supongo que me sentía excesivamente intimidada por el prestigio de Markel G y su poder como representante de estrellas del mundo del arte, y nunca le vi como una persona. También era más joven —y mucho más inocente.

—Creo que me estoy justificando conmigo misma —digo sentándome junto a él.

—Eso tampoco es necesario.

—Bueno, ya sabes, dinero sucio y cosas de esas. —Agito alegremente mi mano para indicar que no va en serio.

Markel no se deja engañar por mi postura.

—Copiar una pintura no es delito.

—Lo que es un crimen es poseer un Degas robado.

—¿Y si no fuera un Degas robado? ¿Y si tan solo fuera una copia? ¿Eso te haría sentir mejor?

—¿Es una copia? —pregunto enderezándome y sentándome derecha.

—Mira, Claire —dice inclinándose hacia mí—. Si pasa algo, que no va a pasar, mi plan es decir que yo te dije que era una copia. Por eso te di el cheque con ocho mil dólares. En caso de que alguien siga el rastro de tu dinero, tu coartada es sostener que sí, que aceptaste el encargo, y procediste a efectuar una reproducción estándar. Ambos afirmaremos que yo te dije en todo momento que se trataba de una copia y que a ti jamás se te pasó por la cabeza que pudiera ser la pintura del Gardner. Nadie podrá probar lo contrario.

Escruto su rostro.

—¿Es eso lo que me estás diciendo, que esta pintura no es de Degas?

—Si eso hace que te sientas más tranquila...

—¿Es verdad?

Markel apoya su mano en mi muslo durante un breve instante.

—Sabes tan bien como yo que es tan real como la vida misma.

DIECISIETE

TRES AÑOS ANTES

LA PRIMERA SEMANA DESPUÉS DE QUE ISAAC SE FUERA, me pasé casi todo el tiempo compadeciéndome: llorando, lamentándome con los amigos, malcomiendo y durmiendo mucho.

La semana siguiente me volqué frenéticamente en el trabajo, creando las pinturas más sensibleras y blandengues que jamás he hecho en toda mi vida. Las tiré todas.

Tuvo que pasar un mes antes de salir de lo que, de acuerdo con las clases de psicología que nos dieron en los estudios de grado, era una «episodio específico maníaco-depresivo». No estaba realmente loca, pero sí momentáneamente chalada.

Cuando volví a ser yo, mi dolor y autocompasión se transformaron en furia. Isaac y *4D* estaban por todas partes. Raro era el día que no se saldaba con una nota de prensa en la sección «Nombres y Caras» del *Boston Globe*, de Isaac comiendo en algún restaurante de moda con algún jugador de los Red Sox o algún chef famoso. Y todos los periódicos, desde el *New York Times* hasta el *South End News*, venían con artículos sobre su trabajo. Me daban ganas de vomitar.

Mis relojes de arena llamaron mucho la atención, con aquella «notable exploración que Cullion realiza del tiempo en todos los niveles concebibles, incluyendo la yuxtaposición entre los estilos de pintura tradicionales y contemporáneos».

Los críticos estaban entusiasmados con su «brillante matrimonio de tema, imagen y significado dentro de la pintura en sí misma» en un todo conceptual que trasciende sus partes.

«Artista del momento», como lo llamó la revista *ArtWorld* en el número de primavera; y el *Wall Street Journal* le dedicó un editorial a propósito de unas exposiciones museísticas que mostraban el precio del trabajo de un artista emergente. Por supuesto, tomando como ejemplo a Isaac. Parece que sus primeras obras se vendieron por un precio entre diez y veinte veces superior al que había estado vendiéndolas antes de la exposición del MoMA. Jamás mencionó mi nombre. Nunca llamó. Ni un *email*. Ni siquiera cuando le dejé múltiples mensajes en el contestador pidiéndole que hablara con Karen Sinsheimer para que me devolviera las llamadas. Y así fue como un buen día me vi montada en el autobús de Chinatown —veinte dólares el *ticket*— en dirección a Manhattan. Me dirigía al MoMA para ver *4D*, mi *4D*, y darle a Karen otra copia de las

diapositivas que supuestamente quería ver. Su asistente no paraba de decirme que nunca les habían llegado.

Ya había estado en el museo muchas veces tras la última ampliación, pero siempre había algo de impactante en el hecho de acceder a un edificio como aquel. Después de todos esos años de espacio cerrado y confinado, el amplio vestíbulo con su atrio alzándose al paso, y la vista del jardín de esculturas, te obliga a tomarte un momento para procesar la experiencia. Pero estaba en plena misión y no tenía tiempo que perder.

Las exposiciones temporales suelen estar en la planta superior del edificio Rockefeller, y ahí es donde yo me dirigía. Pero mientras vagaba a través de las galerías espaciosas, iluminadas al amparo del cielo, no vi ninguna señal de «Mapa de Pintura y Escultura Recientes». Asumí que la exposición estaría arriba, y me sentí aliviada y abrumada a partes iguales.

¿Eran realmente aquellas las circunstancias bajo las cuales quería ver mi pintura colgando del Museo de Arte Moderno de Nueva York? Aparentemente, sí, porque me fui al vestíbulo y me puse en la cola del mostrador de información. Era poco probable que una pieza adquirida tan recientemente ya estuviera en la colección permanente, pero aún así, esperé mi turno.

—Sé que es una posibilidad remota —le dije a la mujer que había tras el mostrador—, pero ¿hay alguna posibilidad de que una adquisición reciente se encuentre expuesta al público? La compraron hace un par de meses. Isaac...

—Ah, sí, te refieres a *4D* —interrumpió sonriente—. Nuestro nuevo Cullion.

Nuestro nuevo Cullion. Como si fuera nuestro nuevo Picasso. O nuestro nuevo Rembrandt.

—Colección Contemporánea. Segunda planta, Rockefeller —dijo—. ¿Siguiente?

Subí las escaleras tambaleándome. Cuando llegué a lo alto, la luz del atrio que entraba por las ventanas impregnaba todo el espacio a mi alrededor, cegando mis ojos, y por un instante, lo vi todo en blanco. Desorientada, giré hacia la librería en lugar de dirigirme hacia las galerías. Me agarré de la barandilla, respiré hondo y me obligué a caminar lentamente en la dirección correcta.

Me llevó un tiempo encontrarlo, pero cuando lo conseguí, casi me caí de rodillas. Ahí estaba. Entre el *collage* de *Príncipe entre ladrones* de Chris Ofili y los relojes *Sin Título (Perfectos Amantes)* de Félix González-Torres. *4D*, una pintura de Claire Roth, colgando junto a un Ofili y un González-Torres. En uno de los mayores museos contemporáneos del mundo.

Y aunque la tarjetita blanca de la pared atribuía la obra a otra persona, yo sabía, y *4D* lo sabía, que era mía.

NI QUE DECIR TIENE que no iba a conformarme con aquello. Ni por asomo. Y mucho menos después de que la asistente de Karen Sinsheimer —quien tenía más o menos mi edad, pero iba mucho mejor vestida y peinada— no me permitiera ver a su jefa y me informara de que aunque era libre de dejarle mis diapositivas, la señora Sinsheimer estaba extremadamente ocupada y no podía garantizarme que tuviera tiempo de echarles un vistazo.

Cuando le expliqué que la señora Sinsheimer me había pedido que le enseñara mi trabajo, la asistente me sostuvo la mirada durante más tiempo del necesario, haciéndome sentir incómoda, y luego, sin mediar palabra, me las cogió de la mano con sus dedos de manicura perfecta. No quiero ni imaginar lo que hizo con ellas cuando salí de su despacho.

En el camino de vuelta a Boston, el autobús pinchó, y tuvimos que esperar a un lado del Mass

Pike durante tres horas antes de que pudieran encontrar otro autobús que nos recogiera. Cuando llegué a casa, estaba enrabiada perdida. Tan enrabiada, que llamé a Isaac desde una cabina para que no pudiera rechazar la llamada al ver que era yo.

Cuando respondió al teléfono, dije:

—Acabo de ver *4D*. Qué bien queda entre Ofili y González-Torres.

—¿Qué quieres? —Su voz era un gruñido grave.

—Solo llamaba para ver cómo estabas. Felicitarte por tu último éxito. Ya sabes, una antigua alumna contactando a su antiguo profesor. La antigua alumna que pintó tu actual obra maestra.

—No seas ridícula, Claire. Los dos sabemos que es mía.

—No creía que eso era lo que ambos supiéramos.

—Está bien, tú empezaste a hacer *4D*, y te estaré eternamente agradecido por ello. Te di las gracias mil veces, delante de Karen y Markel, si mal no recuerdo. Pero fue idea mía, mi serie, mi estilo. Tú ni siquiera sabías cómo sujetar el pincel. Tuve que enseñarte a hacerlo. ¡Tuve que enseñarte! No sabías cómo.

Por un instante, me quedé sin palabras.

—¿Quién lo pintó? —pregunté suavemente.

—Yo.

No podía creer lo que me estaba diciendo.

—Jodido cabrón desagradecido.

—¿Qué quieres, Claire?

—Quiero que les digas que es mía —digo antes de darme cuenta de que eso es exactamente lo que quería. Lo que había querido todo este tiempo.

—¿Te has vuelto loca?

—A lo mejor.

—Pues no pienso hacerlo. —La línea se cortó, dejándome con el teléfono en la mano.

DIECIOCHO

UNA INTENSA LUZ INUNDA EL ESTUDIO, SIN DUDA UN BUEN presagio para inaugurar el primer día de pintura. He jugado con la posición de los dos caballetes para asegurarme de que la luz se proyecte sobre ellos desde el mismo ángulo. He molido el albayalde, el ocre oscuro y la trementina, mezclándolo con un toque de siena para darle calidez —mi receta secreta. Un pincel de marta, ridículamente caro, pero el único tipo de pincel de pelo suave que Degas usó en su vida, aguarda mi toque mágico. Sumergo el pincel en el pequeño cuenco, cierro los ojos, visualizo el resultado final, que en este caso no me cuesta ningún esfuerzo, ya que el original, por decir algo, está justo delante de mí. Comienzo.

Fluyo con rapidez, ágil, directa al grano. El primer paso perfecto para un proyecto que va a ser largo. Lo que estoy haciendo es un lavado monocromático, lo que va pintado entre el dibujo inicial y la primera aplicación de color policromático, una fina capa que cubre todo el lienzo estableciendo el aspecto tonal de la pintura. Para hacerlo todavía más fácil, el ocre y la trementina que he mezclado hacen que la pintura se seque rápidamente, por lo que no es necesario hornearla. Mientras trabajo, mis pensamientos vuelven, como viene siendo habitual últimamente, al origen que dio lugar a *Baño*. Si fue pintado a finales del siglo XIX, cosa de lo que estoy prácticamente segura, entonces Belle Gardner y Edgar Degas debieron ser actores potenciales de la trama. Hay muchas posibilidades: Degas le vendió una falsificación; Belle la copió tras comprarla; a medio camino, entre Degas y Belle, alguien más la falsificó sin el conocimiento de ambos; Belle y Degas hicieron la falsificación juntos.

La opción de que alguien más la falsificara sin el conocimiento de ambos resulta remotamente plausible. Yo daba por supuesto que Belle compró la pintura directamente a Degas, pero podría habérsela comprado a un propietario anterior, y quién sabe cuánta gente la tuvo entre sus manos antes de embarcarla desde París, con destino a Boston. Hubo muchas oportunidades.

Cuando acabo con la pintura de fondo, que necesita unas cuantas horas para secarse, estoy agotada, tensa, con sensación de ahogo y encierro, a pesar de los techos altos y los ventanales hasta el suelo. Salgo a dar un paseo, cosa que normalmente funciona, pero la cabeza me da vueltas con imágenes de Belle y Degas, su posible relación, motivos y victimizaciones. Saludo al óptico de la esquina, al propietario de la *boutique* del fondo de la calle, y charlo con el hombre que vende flores en la acera, pero no me siento a gusto fuera del estudio.

Necesito estar ahí arriba, oliendo las pinturas, hablando con el lienzo, crujiéndome los nudillos, preparándome. Vuelvo a casa y no puedo hacer nada, salvo pasear de un lado a otro por el estudio. Me obligo a sentarme, pero las manos van por su cuenta, incapaces de estarse quietas, así que me voy al ordenador y busco en Google «Edgar Degas e Isabella Stewart Gardner».

Obtengo cincuenta mil resultados, por lo menos, la mayoría de los cuales hablan sobre el robo de las pinturas y grabados de Degas de la colección del Museo Gardner. Pruebo con la búsqueda avanzada, borrando todas las entradas que contengan las palabras museo, robo y ladrón. Eso me arroja unas setenta y cinco mil entradas. Hago doble clic y veo que he olvidado poner las comillas después de Isabella Gardner y por lo tanto tengo resultados de cada página web en la que aparece Degas, Isabella, Stewart, o Gardner.

Pongo las comillas, y vuelvo a darle al intro. Está en ruso y aparece algún tipo de listado biográfico. Lo borro de la búsqueda y pruebo otra vez. «Tu búsqueda no coincide con ningún documento. Asegúrate de que todas las palabras estén escritas correctamente».

Sé que Degas vivió entre los años 1834 y 1917, principalmente en París, donde fue un activo participante en la escena artística de la época. Wikipedia me dice que Belle vivió entre los años 1840 y 1924, y que entre los años 1867 y 1906 realizó al menos diez viajes a Europa, principalmente a París y Venecia. Como estos viajes fueron principalmente para hacerse con dos mil quinientas obras de arte que actualmente llenan cada rincón de su museo, parece bastante lógico que ella y Degas cruzaran caminos.

Tengo una docena de libros sobre Degas y examino los índices de todo lo que tiene índice. Ni una sola mención a Belle. Entro en Amazon y miro a ver si hay libros sobre cada uno de ellos, pero las sinopsis y reseñas son demasiado vagas, y no voy a ponerme a gastar cientos de dólares en libros.

Vuelvo a Google y leo un poco más sobre Belle, y veo que Rik estaba en lo cierto, era todo un carácter. Me sobrecoge su coraje, lo traviesa que era, provocando deliberadamente a los bostonianos puritanos con vestidos parisinos que enseñaban demasiado y tertulias literarias y musicales en su casa, a menudo frecuentadas únicamente por hombres. También habla de lo de los leones y la cinta del pelo de los Red Sox. Evidentemente, los artistas jóvenes a los que solía comprar sus obras le tenían un aprecio enorme, al tiempo que la vieja guardia la desdeñaba, y hombres y mujeres la adoraban por igual. Algún rumor relativo a un escándalo amoroso con Frank Crawford, un novelista mucho más joven que ella, y un tal John Singer Sargent, mayor que ella. Ni una sola mención a Degas.

—CREÍ QUE TU LIBRO iba a centrarse en las conexiones europeas de Degas —me dice Rik a la mañana siguiente.

Estamos en su desastroso despacho de la cuarta planta del museo. Tiene los pies apoyados en la mesa, y yo apoyándome en el borde de la misma. Las primeras tres plantas del Gardner albergan el espacio dedicado a las exposiciones, mientras que la cuarta está dedicada a los despachos y oficinas administrativas. En tiempos de Belle, era donde ella vivía. Ahora no tenía mucha pinta de hogar.

—Belle hizo tantos viajes a Europa durante la época de apogeo de Degas, y pasó tanto tiempo con artistas y agentes artísticos —explico—, que pensé que podría haber algo sobre su relación

que mereciera la pena escribir.

Rik deja caer los pies al suelo y gira su silla hacia el ordenador.

—Poseía varias de sus obras. Desafortunadamente, la mayoría fueron robadas. —Rik mira más allá, por encima de mi hombro—. La semana pasada saltó a la opinión pública el rumor de que parte del alijo estaba almacenado en una casa de Maine.

—¿Y?

—Agua de borrajas. —Se encoge de hombros—. Como todo lo que tiene que ver con el atraco.

—¿Entonces Belle y Degas? —pregunto.

Te clea algo y frunce el ceño.

—¿Sabías que cinco de las trece obras robadas eran de Degas?

No tenía ni idea de que eran tantas.

—Me pregunto si hay un ángulo desde donde tirar del hilo en eso.

—*Tres jinetes montados*, tinta negra sobre papel. *La sortie du pelage*, lápiz y acuarela sobre papel. *Cortège aux environs de Florence*, dibujo lavado sobre papel. —Sus dedos vuelan sobre el teclado—. *Programa para una velada artística*, carboncillo sobre papel. Y, por supuesto, *Después del baño*.

Lo último que quiero que piense es que estoy interesada en *Después del baño*.

—¿Dice algo de Berenson o de otro tratante de obras de arte? Me interesan más ese tipo de relaciones.

—Berenson era su hombre. —Rik gira en la silla—. ¿Has visto a Markel últimamente?

—¿Markel?

—Sí, Markel G, el tipo que fue a tu estudio hace unos días.

—¿Qué tiene que ver Markel con esto?

—Nada. Perdona. Se me ha ido la pinza. Nos hemos puesto a hablar de tratantes y agentes y... Le vi el otro día de camino a tu edificio y quería preguntarte si había nuevas noticias.

—Dudo que fuera a verme a mí. —Me encojo de hombros, fingiendo tanta preocupación como puedo.

—¿Tiene clientes en el edificio?

—No que yo sepa. —Finjo estar considerando su pregunta seriamente—. Pero Roberta Paul y Beth Weinhaus tienen estudios en la segunda planta. Tal vez les estaba haciendo una visita. Beth ha estado haciendo algunos multimedia maravillosos con corsés antiguos.

—¿Desde cuándo te parecen maravillosos esos conceptos de mierda? —dice Rik arrugando la nariz—. ¿Y desde cuándo le interesan a Markel, para el caso?

—Pues a lo mejor fue a ver a Robería —digo.

Rik regresa al ordenador.

—Solo esperaba que fueras tú, Claire Osito.

HACE UNA TARDE PRECIOSA, por lo menos para los que nos gusta el calor húmedo, así que decido volver a casa caminando desde el Gardner. Giro en el Museo de Bellas Artes de Boston y bajo por la avenida Huntington. Es extraño lo poco que Rik y yo hemos podido encontrar sobre la relación entre Degas y Belle. Corrieron ríos de tinta y cientos de páginas sobre sus obras, el robo,

un montón de reseñas y críticas sobre Degas y *Baño*, pero nada sobre un posible encuentro entre ambos. Cuando pregunté por la correspondencia privada de Belle, me dijo que la mujer había quemado todas sus cartas antes de morir, y que además exigió que aquellos a los que había escrito a lo largo de su vida hicieran lo mismo. Lamentablemente, se cumplieron casi todos sus deseos.

—Te hace preguntar qué trataba de esconder —digo.

—Tratándose de Belle —respondió Rik— seguramente no era nada.

Esta sorprendente escasez de información no hace más que atizar mi curiosidad. Y la de Rik. Promete investigar más a través del museo y continuar ahondando en el asunto a su llegada a París. Bien. Necesito centrar toda mi energía en terminar *Baño II*. Quiero quitarme de encima esta patata caliente y sacarla del estudio cuanto antes. Además, tengo muchas ventanas que pintar.

Con esto en mente, me dirijo a la tienda de Al. La pintura del fondo ya debe estar seca, y necesito más pintura y pinceles para pasar a la siguiente fase. Debo hacer *Baño II* únicamente con los materiales que podían obtenerse en el siglo XIX. Por suerte para mí, el gusto de Degas en materia de pinceles era bien conocido, y pintó a finales de siglo, cuando la pintura ya estaba disponible en tubos premezclados. Antes de eso, los artistas mezclaban sus propios pigmentos usando compuestos naturales, como verde tierra, trisulfuro arsénico, etc. Aun así, cada ingrediente debe ser puro y estar libre de cualquier sustancia química descubierta después de la década de 1880. Tengo suerte de tener a Al, sumamente cuidadosa en ese aspecto. Sabe bien qué mercancía compra, a quién se la compra y dónde la compra.

Me suena el teléfono móvil.

—Oye —dice Rik—, tengo algo para ti. No sé cómo no he caído antes en la cuenta, pero es que, bueno, es un grano en el culo de tía. Sandra Stoneham. La única pariente viva de Belle. Ni siquiera es pariente de sangre. En realidad era la sobrina de Jack Gardner. Vive en Brookline.

—¿Crees que podría saber algo sobre Belle y Degas?

—Si hay alguien que pueda saber algo, es ella.

—¿Habría conmigo?

—Si le chupas el culo y parloteas sin parar sobre Belle, supongo que te dirá todo lo que sabe. Pero no le digas que tienes nada que ver con el museo. Mejor aún, despotrica del museo, ponnos verdes, y caerá rendida a tus pies.

Del puño y letra de

ISABELLA STEWART GARDNER

1 de septiembre de 1890
París, Francia

Mi queridísima Amelia:

No he sabido nada de ti desde que estuvimos en mi Pálazzo Barbara, corazón de corazones. Rezo porque todo vaya bien por casa. Ah, Venecia. ¡Haría falta verdadero talento literario para describir el efecto que esta ciudad provoca en mi alma! Y ahora estamos en París, que está en lo mejor en septiembre, llena de calidez, luz rosada. He de decir que me produjo mucho fastidio dejar Italia, pero no me disgusta el cambio de escenario.

Hace tan solo unos años estaba paseando por los amplios bulevares de París, y no puedo creer que desde entonces hasta ahora te hayas metamorfoseado, ¡pasando de ser una joven y ruborizada novia a toda una madre! Mis más sinceras felicitaciones a ti, a Sumner y a toda la familia. De hecho, estoy pensando que ya debo estar haciéndome vieja, puesto que me has convertido en tía abuela, ¡un título que para nada sintoniza con mi propia visión de mí misma!

¿Cómo se encuentra el querido Jackie, ese bebé? Se me encoge el corazón cada vez que pienso en él, y no sé cómo agradecerte que le pusieras Jack en honor a mi pequeño niño, que un buen día nos dejó. Agarra ese cuerpo regordete y apriétalo contra tu seno, hundiendo la nariz en los pliegues de ese cuellecillo de aromas dulces, pues no hay nada mejor en este mundo que tener a tu propio bebé en brazos, sintiendo su calidez y respiración.

Siento no ser mejor corresponsal, pero este viaje ha sido un torbellino, lleno de grandes compras, pero también de grandes decepciones. ¡Los precios de las obras de arte son terribles! El problema es que no puedo tener todas las obras que deseo y debo elegir y escoger, para no gastar todo el presupuesto y poder seguir comprando en el próximo viaje. Tu tío Jack siempre me está refrenando, acusándome de que vamos a ir a la quiebra. Pero ya sabes lo que dicen sobre lo de comer y tener pastel. ¡Y yo quiero todo el pastel!

Pasemos ahora a tus preguntas sobre el señor Edgar Degas. Como sabes, mi querida Amelia,

eres mi amistad femenina más cercana y mi única y verdadera amiga también. Ser tan joven y tener una actitud abierta y progresista no es algo que abunde entre las damas de Boston, así que eres la única persona en la que puedo confiar.

Y aunque no me hubieras preguntando, te lo contaría igual, ¡porque he de confesarte que no podría guardarme esta historia para mí! Confío en que esto, y todo lo que en el futuro te cuente al respecto, permanecerá en el más absoluto de los secretos.

¿Por dónde empiezo? Lo simplificaré, pero siendo totalmente fiel al discurso real para que puedas apreciar completamente lo que ocurrió. Edgar me invitó a su estudio de nuevo, pero tu tío no pudo venir porque tenía una reunión en el banco. Admito que me vestí para la ocasión, esmerándome, y me presenté a la hora acordada con un vestido de tul azul, aunque a lo mejor el escote enseñaba más de lo que las damas de Boston estarían de acuerdo en mostrar en la tarde.

Edgar sirvió un vino maravilloso que había adquirido recientemente en su gira por Borgoña. Luego se lanzó a contarme las anécdotas más divertidas de su viaje, incluyendo una muy graciosa en la que bebió demasiado vino, como el que estábamos bebiendo nosotros, en un viñedo de Aignay-le-Duc. Nos reímos alegremente y me mostró una imagen que él mismo hizo de sus bocetos de Borgoña. Me encantó que me la enseñara, pero estaba pintada en tonos pasteles, al estilo impresionista. Qué triste. Sabía de sobra que yo lo desaprobaba, y me atrevo a decir que hasta esa fue su intención.

Luego me enseñó otra que había agregado a la serie de bañistas en la que estaba trabajando durante mi última visita, *Mujer saliendo de su baño*. Qué horror. Parecía que había aplicado la pintura con una espátula, las imágenes estaban prácticamente desenfocadas. Sabía que estaba intentando provocarme, pero fingí no estar ofendida, y le felicité por el uso de unos colores tan vivos. Me dio las gracias, pero sus ojos brillaron de esa forma que yo ya conozco, la que antecede a una de sus habituales bromas.

—Tengo una propuesta que hacerle, mi querida señora Gardner —dijo—. Una que creo que hallará extremadamente interesante, y hasta cierto punto indecente.

Me imaginé que cualquier proposición que pudiera venir de Edgar tendría que ver con una pintura, pero no quise mostrarme demasiado ansiosa, y eludí la cuestión.

—Si me vas a hacer una proposición indecente, ¿no crees que deberías empezar a llamarme Isabel la?

Él explotó en un mar de carcajadas.

—Tienes razón, Isabella. —Luego hizo una pausa—. ¿Alguna vez te llaman Bel le?

—Algunos —respondí—. Aquellos que me son particularmente cercanos.

Sus ojos encontraron los míos y, por un momento, sentí como si se hubieran llevado todo el aire de la habitación.

—¿Puedo ser considerado parte de ese grupo? —preguntó.

Apenas pude contenerme y acepté rápidamente.

—¿Y bien? ¿Cuál es esa propuesta?

—Es sencillo. Quiero hacer una pintura al óleo usando la técnica de multicapa que tanto admiras, con la única condición de que aceptes ser mi modelo.

Bueno, Amelia, no te haces una idea de cómo se me aceleraron los latidos del corazón. Un retrato mío, ¡hecho por el mismísimo Degas, al estilo clásico! ¿Qué más podría desear una en la vida? Y a lo mejor estaba dispuesto a vendérmelo por menos de lo que valía.

—¿Lo dices en serio? —exclamé.

—Deseo que modeles desnuda —dijo, como si fuera la cosa más natural del mundo—. Quiero que forme parte de mi serie de bañistas. Confundir a todos los que me acusan de haberle dado la espalda a mi estilo de juventud. Los críticos se volverán locos intentando averiguar por qué. Pero será nuestro secreto. Belle. Tuyo y mío.

—Pero, *señor*, usted se ha vuelto loco. Soy demasiado vieja para hacer de modelo.

—¿Es esa tu única reserva? —preguntó con una sonrisa astuta.

Estaba tan abrumada por su proposición que no entendí el significado de sus palabras, así que continué:

—No soy una mujer joven, y aunque lo fuera, nunca he sido una belleza, así que no hay nada más que hablar.

Estalló en carcajadas, y finalmente caí en la cuenta de que no había mencionado lo poco apropiado de su proposición. Comencé a recoger mis cosas, con un calor febril subiéndome por las mejillas.

—Y tu propuesta es de lo más indecorosa.

—Oh, mi querida Belle —dijo finalmente él cuando recuperó el aliento—, con tu gracia y hermosa figura, tu extraordinaria tez y esos hermosos hombros y brazos, irradas una belleza que desafía la edad.

Me envolví el escote con el chal.

—Yo jamás podría hacer eso, *señor*.

—No es lo que estás pensando, te lo prometo. No hay por qué sentir vergüenza. Te ofrezco un trabajo que en realidad es bastante aburrido y tedioso.

—No necesito un trabajo —declaré mientras me encaminaba hacia la puerta—. Soy una mujer casada.

Y nuevamente, aquellos ojos traviosos.

—Entonces no será un trabajo. La pintura será un regalo, un regalo de mí para ti, por hacerme ese gran honor.

Un regalo. Me quedé inmóvil, de cara a la puerta, dándole vueltas a la cabeza. Edgar me estaba ofreciendo regalarme una de sus obras. Una joya para mi colección, tal vez la joya de la corona, sin costo alguno. O a un costo que, entre tú y yo, estaría dispuesta y me sentiría honrada por poder pagar. Sería un escándalo delicioso, madre mía, pero tu pobre y querido tío se moriría de vergüenza.

—Imposible —dije cerrando la puerta tras de mí.

Por favor, dale muchos besitos a Jackie de mi parte, y dile a Sumner que le mando muchos saludos. Pronto estaremos juntos y podremos hablar con deleite en el corazón. Deseo que pases una feliz Navidad en familia en Green Hill con ese precioso bebé.

Tu querida,
tía Belle

VEINTE

LAMÉ A SANDRA STONEHAM Y LE DIJE QUE ESTABA trabajando en una propuesta de libro sobre la relación personal de Isabella Stewart Gardner con los artistas de la época, un gancho de lo más apropiado teniendo en cuenta el asuntillo ese de la obra de arte robada que tenía en mi estudio. Tenía curiosidad aunque insistía en que no iba a ser capaz de contarme nada útil porque el museo controlaba todo lo relativo a su tía. Cuando empecé a quejarme de que el Gardner no me había servido de nada, me invitó a su casa inmediatamente.

—Oh, esa gente es tan difícil —gruñó—. Lo tienen que hacer todo *a su* manera.

Elijo unas hortensias —creo que a las mujeres mayores les gustan las hortensias, pero no sé por qué— en Copley Station, y contemplo los exuberantes orbes celestes del tardío atardecer envolviendo las ventanas del puestecillo.

Las indicaciones son excelentes, y encuentro la casa fácilmente, aunque el último tramo es una caminata. Me había explicado por teléfono que la propiedad había pertenecido a su bisabuelo, Sumner T. Prescott, pero en el 2000 vendió todo el lote a una promotora, que le construyó un encantador apartamento en la primera planta, dividió el resto del edificio en condominios, y construyó dos docenas de casitas independientes de lo más monas —si es que puedes llamar a estas McMansiones casitas. Veo una piscina y pistas de tenis conforme subo las escaleras de la entrada.

Me imagino que la señora Stoneham debe andar entre los ochenta y los noventa años, pero cuando abre la puerta, veo que estoy totalmente equivocada. Esta atractiva mujer enfundada en ropas de tenista, con un peinado de lo más estiloso y moderno, no puede tener más de setenta. Y ya me parece mucho.

—Disculpa —dice conforme se quita la gorra de tenis y me conduce a un vasto espacio de techos alto y docenas de ventanales, que alberga el salón, la cocina y el comedor—. Me retrasaron el partido y no pude cambiarlo.

—Tranquila, señora Stoneham. No me importa esperar si desea cambiarse.

—Qué va. Hablemos. Y por favor, llámame Sandra —me pide, señalando una silla del salón—. Estuve casada durante casi sesenta años y todavía pienso que la señora Stoneham es mi suegra. Así es como me hacía llamarla.

—Sandra, entonces —obedezco conforme me siento. Supongo que sesenta años de matrimonio

la sitúan por encima de los setenta.

Me sorprenden sus obras de arte: litografías de alta calidad de Picasso, Le Fauconnier, y Gris, mezcladas con trabajos de expresionistas abstractos como Pollock, Rothko, y de Kooning. Me quedo mirando el Gris. Parece original. Hay varias piezas híbridas y algunas esculturas de cerámica y metal. Todo es inesperadamente contemporáneo: la cocina con su barra de granito para desayunos y los electrodomésticos de alta gama, el arte, los muebles, la misma Sandra. Está claro que necesito reevaluar mi concepto de la edad octogenaria.

Sandra pone un vaso bajo el dispensador de agua de la nevera y presiona la manija.

—¿Puedo ofrecerte algo? ¿Agua? ¿Té? ¿Soda?

Le digo que agua está bien, me pasa el vaso que acaba de llenar y coge otro para ella. Abre la manija, se lo rellena, y se sienta frente a mí.

—Menudas piezas de arte tienes aquí —digo—. Ese Gris de ahí es una pasada.

—Pero no es lo que esperabas de una señora mayor como yo, ¿verdad? —dice en un parpadeo de ojos insinuante.

—No, no. No estaba pensando eso. Es solo que estoy un poco sorprendida con la colección.

Ella ríe, y yo no puedo dejar de preguntarme por qué Rik la describió como un grano en el culo.

—También tengo algunas obras tradicionales —suspira—. Aunque no tengo nada de mi tía Belle. Todas las obras que ella poseía están en el museo.

—¿Era tu tía abuela?

—En realidad era la hermana de mi bisabuela. Mi abuela, Amelia Prescott, era su sobrina. Su sobrina favorita, debo añadir. Mi madre, Fanny, fue la única hija de mi abuela que sobrevivió, y yo la única que queda, el único pariente vivo de Belle Gardner. —Sandra frunce los labios—. Para el Museo Isabella Stewart Gardner eso debería significar algo, pero no, no tienen ningún interés en conservar el legado de la tía Belle, ni de defender su prominente lugar en la historia. Lo único que les importa es su programa de artistas residentes y las conferencias impartidas por personas que no saben nada ni de mi tía, ni de su trabajo. Y luego están los que quieren hurgar en la basura, todo ese rollo sobre los amantes de mi tía, o sobre los amigos homosexuales que tenía. ¿A quién le importa eso? Lo que importa es lo que hizo. Su museo. Su colección.

Temo haber despertado al grano en el culo, y me afano en buscar un tema de conversación que restablezca su buen humor.

—Así que estamos en el área contemporánea, ¿los clásicos están en las otras habitaciones?

La expresión severa de su rostro se desvanece.

—Exacto, porque esta área ha sido renovada y modernizada, y pensé que sería lo más apropiado. En las zonas formales del apartamento, tengo obras de corte más tradicional. Los coleccionistas somos una panda de fanáticos, hasta el punto de decorar la casa para que haga juego con nuestras obras de arte. Y eso solo es el comienzo. Una vez que una obra de arte te toca el corazón, ya no puedes escapar —dice, poniéndose en pie—. Ven, déjame enseñarte un maravilloso retrato de mi abuela del siglo XIX.

La sigo por el mismo recibidor por el que habíamos entrado. Justo a la entrada de la puerta principal, hay un retrato de una hermosa joven, cuya piel resplandece de una forma que solo unos pocos pintores con talento podrían lograr.

—Se trata de la abuela Amelia. Adorable, ¿verdad?

Me inclino hacia delante intentando descifrar la firma.

—¿Rudell? Nunca he oído hablar de él.

—Rendell —corrige Sandra—. Virgil Rendell. No muy conocido.

—Es bueno —digo—. Realmente bueno. Y sí, tu abuela era una belleza. —Pero no es solamente la belleza de Amelia lo que hace a la pintura tan poderosa. Es la luz en sus ojos, la calidez que Rendell ha logrado capturar. La felicidad interior fluyendo hacia fuera, atravesando el tiempo para tocar el presente.

—Parece tan feliz —digo—. Tan inocente.

—Eso fue porque la pintó antes de casarse con mi abuelo.

Me giro hacia el otro lado del apartamento, que conserva las molduras y revestimientos originales de la casa.

Señalo hacia un par de bonitas puertas correderas de caoba, cerradas con una hermosa llave de cobre, tras las cuales debe estar lo que en su día debió ser el salón original.

—¿Puedo?

—Me encantaría enseñártelo todo cuando tenga más tiempo —dice Sandra mirándose el reloj y conduciéndome a la sala de estar. Nos sentamos—. Bueno, hablemos de tu libro.

—Como te dije por teléfono, estoy trabajando en una propuesta de libro sobre las relaciones de Isabella Gardner con diferentes artistas, pero me está costando encontrar información. Tu tía fue una persona sumamente importante en el movimiento artístico de la época —digo haciendo caso al consejo de Rik de adular a Belle—, que me imagino que debió influir en muchos otros artistas que yo no conozco.

—Estoy convencida —dice sonriendo—. ¿Eres académica?

—Acabo de terminar el máster de Bellas Artes en la escuela del museo, pero siempre me he sentido fascinada por Belle Gardner, y en ello estoy. El arte no me paga las facturas.

—¿Conoces a Ben Zimmern?

—Sí, por supuesto —digo con pseudoentusiasmo—. Pero mi especialidad era la pintura de estudio, así que no di clases con él.

—Yo estoy en la junta del Museo de Bellas Artes de Boston, Ben y yo hemos trabajado juntos en varios proyectos relacionados con esculturas.

—¿También eres miembro de la junta del Gardner? —pregunto tratando de desviar la discusión en torno a cualquier otra facultad o escuela museística que pueda conocer. Boston engaña. En realidad es una ciudad muy pequeña. Aquí nos conocemos todos.

—Lo fui hasta que dejé de serlo —dice torciendo el gesto—. No puedo con la forma en la que actualmente están llevando el museo. Y encima con la nueva ampliación, tan horripilante. Un café más grande. Una librería más grande. Una pasarela de cristal. ¡Ja! Por el amor de Dios, era su casa, su legado. La tía Belle debe estar revolviéndose en su tumba.

No hay forma de responder a eso y quedar bien, así que cambio de tema y vuelvo al libro.

—Estoy buscando...

—¿Cuál es tu estilo? —interrumpe.

—Óleo.

—¿Cuándo te graduaste?

—Hace tres años —vacilo, su intensidad me está haciendo sentir un poco incómoda.

—¡Ah! Entonces tuviste que ser alumna de Isaac Cullion —exclama sacudiendo la cabeza—.

Qué pena. Un hombre tan joven. Semejante promesa...

Me pilla con la guardia baja, dudo durante un nanosegundo demasiado largo antes de decir:

—Sí, lo fui. Un gran talento.

—Me suena tu nombre —dice estudiando mi rostro durante unos instantes.

Bajo la mirada. Ya es tener mala suerte.

Sandra se inclina sobre mí y me pone la mano en la rodilla.

—Conmigo no tienes que preocuparte, Claire. Tengo amigos en el MoMA, sé que las cosas no son tan simples como parecen.

—¿De verdad? —Mis ojos buscan su mirada, y los suyos la mía—. Gracias.

—Y bien, ¿qué puedo contarte sobre los famosos amigos de la tía Belle? —dice quitándole importancia.

Saco un bloc de notas y un bolígrafo de la mochila.

—Sé que se codeaba con muchísimas personas famosas que no eran artistas, como Henry James y Julia Ward Howe, pero creo que sería interesante centrarme únicamente en los artistas. —Paso las páginas de mi bloc—. Tengo montones de información sobre su relación con Whistler, Sargent y Ralph Curtís, pero todavía ando bastante corta.

—Bueno —dice Sandra sonriéndome—. Fue una impresionante mecenas de las artes. Como tú dices, todas las artes, música, literatura, arquitectura. Una musa para todos, pero tenía sus favoritos. —Tamborilea con el dedo en el brazo de la silla—. Veamos, artistas... estaba Joseph Smith, Ralph Adams Cram, Martin Mower, y ah, sí por supuesto, Dennis Miller Bunker.

Garabateo los nombres, sonriéndole, apuntando cada palabra.

—¿Y qué hay de los artistas más conocidos? —pregunto—. Me gustaría que este libro fuera dirigido tanto al mundo de la academia como al gran público. ¿Manet? ¿Cassatt? ¿Pissarro?

—A la tía Belle no le entusiasmaban los impresionistas —dice negando con la cabeza—. No creo que se relacionara con ninguno.

—Pero tenía varios cuadros de Degas.

—Si te das cuenta, no hay una sola obra de Degas en su museo que podamos considerar como parte de su etapa impresionista. Casi todo lo que compró de él fue creado mucho antes de cualquiera de sus visitas a Europa. Incluso *Después del baño*, una obra tardía, fue pintada en su tradicional estilo preimpresionista.

—Ahora que lo dices —digo con admiración en mi voz— tienes toda la razón. Ya sabes, es un punto de vista interesante. Sus amistades en relación al estilo de los artistas. —Me pongo a garabatear otra vez—. Sería estupendo para mi libro, si al final resultara que Degas y ella fueron amigos. Y sería posible, ¿verdad? Se movían por los mismos sitios, tenían los mismos intereses...

—No puedo decir que haya oído o leído nada al respecto —dice—. Y desafortunadamente para ti, yo sé más de Isabella Gardner que cualquier otra persona en el mundo, incluyendo sus biógrafos y todos esos que trabajan en el museo.

Trato de ocultar la decepción de mi rostro.

—Lo siento —dice Sandra inclinándose hacia mí—. Veo que este libro significa mucho para ti.

—Solo estaba intentando probar a hacer algo nuevo.

—Entonces, ¿ya no pintas?

—Ah, sí... todavía pinto.

Ella enarca una ceja.

—De hecho, estoy trabajando en algunas piezas para una exposición que tendrá lugar el próximo invierno.

—Bueno, eso es maravilloso, Claire. —Sandra parece genuinamente complacida—. Me alegro mucho por ti. ¿Dónde va a ser?

—Markel G.

Las arrugas de su rostro se hacen más profundas.

—¿Aiden Markel va a incluir tu trabajo en una de sus exposiciones?

Asiento.

—Bueno, bueno —dice Sandra recogiendo—. La verdad es que es una buena noticia. No vale la pena alimentar viejos resentimientos. No sirve para nada. —Me mira perspicazmente—. Pero entonces, ¿no deberías estar haciendo otras cosas en lugar de investigar para escribir un libro?

—Quiero dejarme todas las puertas abiertas. Al fin y al cabo una exposición es solo una exposición.

Asiente, dándome su aprobación, y se levanta. La entrevista ha acabado.

Guardo el bloc en la mochila y también me levanto. Ella no posee más información, y yo tengo muchos cuadros que pintar.

—Gracias por recibirme. Aprecio de veras tu tiempo.

—Siento no haberte podido ser de más ayuda —dice Sandra—. Tengo algunas cajas con viejos recuerdos familiares, que si quieres puedo revisar para ti. El museo se quedó con todas las cosas que había en el edificio al morir tía Belle. Pero a lo mejor hay algo que mi abuela lograra conservar en sus ávidas manos.

HE ESTADO ENCERRADA en mi estudio durante por lo menos una semana, sin hablar con nadie, trabajando en bocetos durante catorce horas al día, subsistiendo a base de comida thai a domicilio y zumo de naranja. No he ido ni al Jake's ni a la tienda de Al, ni al supermercado. Rik, Markel y mi madre me han llamado por teléfono, pero les he dado largas con la promesa de verlos «pronto». Esto es más fácil de lo que parece. Una artista enfebrecida, aislándose de las mundanas rutinas de la vida es un sueño romántico que mucha gente desearía abrazar. Les digo que estoy trabajando como una loca y me dejan en paz.

Pero la verdad es que no es para nada romántico. Es duro y agotador, aunque estoy satisfecha, estoy haciendo progresos, gracias a mi labor de documentación y a las clases, a Han van Meegeren, y al homo de última generación de Markel. Sin todo eso, el proyecto se abriría alargado durante dos años e incluso así, para entonces, el producto final no habría logrado engañar a nadie.

Van Meegeren, quien trabajó en la primera mitad del siglo XX, es considerado el falsificador más ingenioso de su época, tal vez de todos los tiempos. Un pintor holandés que se sentía maltratado por la crítica, y que ideó un plan para engañar a sus detractores, proclamando su ingenio: hacer falsificaciones de alta calidad, que los mismos críticos que habían denigrado sus pinturas, tomarían por obras maestras de incalculable valor hechas por genios tales como de Hooch, Ter Borch, y Vermeer. Y después de seis años de experimentación, eso fue lo que pasó.

Para ese fin, Han inventó los procesos de raspar una vieja obra hasta el encolado y pintar la

nueva sobre esa misma superficie para conservar el craquelado, usando formaldehído fenol como aditivo para endurecer la pintura, horneando cada capa para desecar la pintura y dejarla tan seca como lo habría hecho el paso de los siglos, y envejecer el cuadro, con un lavado final de tinta india y barniz tintado.

Pero la parte más intrigante de la historia de Van Meegeren, es cómo su éxito como falsificador le llevó a ser arrestado como criminal de guerra. Durante la ocupación alemana en Holanda, Han —quien también se dedicaba al comercio de arte— vendió una de sus falsificaciones de Vermeer, *Cristo con la adúltera*, a un banquero alemán, quien a su vez se lo vendió a Hermann Goering, el número dos de Hider. Cuando descubrieron la pintura escondida en una mina de sal austríaca, después de la guerra, todas las pistas conducían a Han. Bajo el cargo de haber vendido un tesoro nacional al enemigo, Van Meegeren fue acusado de ser un colaborador nazi, y le enviaron a prisión.

Han solo tenía dos opciones: confesar que había falsificado la obra, o pasarse el resto de la vida en la cárcel. Tras una semana de confinamiento solitario, le dijo a sus carceleros que la pintura no era una obra maestra de Vermeer, solo una falsificación de Van Meegeren. Pero, para su sorpresa, desmayo y gratificación, nadie le creyó. Así que tuvo que volver a repintar la falsificación siendo prisionero en Headquarters of Military Command, bajo la atenta mirada de periodistas y testigos judiciales. Ambas obras fueron autenticadas como falsificaciones, y los cargos por crímenes de guerra fueron retirados.

Pincel, paleta, formaldehído fenol, lienzo. Pincel, paleta, formaldehído fenol, lienzo. Es un ritmo nuevo para mí, pero después de unas cuantas capas, ya le estoy cogiendo el tranquilo. Bien, porque tengo la intención de completar la primera fase mañana, y tengo dos o tres más veladuras que hacer.

En este estadio inicial, me he limitado a una paleta limitada, para crear una base de capas en tonos medios, nada de verdes, amarillos, o rojos, a partir de los cuales, irá desarrollándose la pieza. Para conseguir darle la rica y sutil profundidad y luminosidad de Degas, tengo que partir desde el rango de los tonos medios hacia las sombras oscuras y los reflejos más luminosos.

Esto es porque la luz viaja a través de las capas transparentes de la veladura, rebotando en el lienzo, reflejándose en el espectador, cuyos ojos mezclan las capas de pigmento traslúcido para «ver» los colores finales con una intensidad brillante imposible de conseguir con cualquier otro método. Este es el motivo, también, por el que las capas tienen que ser tan delgadas y tantas. Y por qué hay que quitarle a cada una la humedad de la superficie —mojado sobre seco— antes de poder aplicar la siguiente. Hacerlo de otra manera solo conseguiría emborronarlo todo.

Me acerco al resplandeciente mastodonte de acero inoxidable, que aguarda en la esquina suroeste del estudio, y le doy a precalentar. Un lienzo al óleo tarda setenta y cinco años en secarse completamente; una falsificación contemporánea puede ser fácilmente detectable a través de la prueba del alcohol que usé con *Baño* y el Meissonier. Pero la receta de formaldehído fenol de Van Meegeren, como aditivo horneado durante noventa y cinco minutos a doscientos cuarenta y ocho grados, absorbe los fluidos remanentes tan bien, que la pintura se queda tan seca y dura como si el mismísimo Degas en persona fuera el que la hubiera hecho a finales del siglo XIX.

Cuando el horno está precalentado, deslizo el lienzo sobre una bandeja, pongo el cronómetro y cierro la puerta.

Hay que vigilar el horneado atentamente, pues hay muchas cosas que pueden salir mal: que la

pintura se achicharre, que la pintura se deshaga, que el lienzo se chamusque, fuego. A pesar de que he decidido rendirme con el asunto Belle-Degas, cojo un par de libros de Degas, enciendo la luz del horno y me siento en una silla frente a la ventana de cristal para vigilar, leer y esperar.

EL ÚNICO COMPROMISO que he estado cumpliendo durante mi encarcelamiento voluntario ha sido el de ir al talego. Si no aparezco, los chicos se pasan la mayor parte del tiempo dentro de sus celdas, y no quiero ser la causa de cualquier confinamiento. Además, los muchachos están hoy aplicando la capa final de barniz al mural, y al acabar, si Kimberly nos deja, tendremos una pequeña celebración. No será gran cosa —se supone que los chicos no están aquí para divertirse—. Pero me dijo que pensaba que podría traer algunas galletas y pasteles y a lo mejor una o dos botellas de zumo de manzana. Es increíble lo felices e infantiles que estos duros criminales se muestran ante la idea de recibir una gratificación, por pequeña que sea.

El mural ha salido realmente bien, mejor de lo que yo esperaba, y los muchachos están orgullosos de su trabajo, haciendo bromas y divirtiéndose tanto como pueden bajo la mirada de acero de los vigilantes. Sin importarles el tamaño extremadamente pequeño de los pinceles que les obligan a usar —cuanto más largo es el pincel, más fácil es usarlo como arma— cada uno de ellos permanece frente al espacio que les he asignado, felices de estar barnizando. Kimberly ha traído un par de cajas de Munchkins del Dunkin's Donuts, y los muchachos no dejan de acechar la brillante caja de cartón rosa.

Hasta Manuel y Xavier han dejado de pelearse, aunque me he encargado de colocarlos en extremos opuestos del mural. El olor irritante del barniz impregna la habitación, y me pregunto si a los chicos les recuerda al pegamento o cualquier otra droga, y si es por eso que están congeniando tan bien.

Me arrodillo y examino las latas plateadas de X.

—Eh, señora Roth —grita Reggie—. Este jodido tío de aquí —señala a Xavier— dice que mis agujas son mejores que sus jodidas latas de cerveza. Lo mejor de todo el mural. No tengo rival. Así que por qué no te olvidas de ese perdedor y vienes a ayudar a alguien con talento de verdad.

Xavier y Reggie son colegas. Dicen que están en la misma banda, así que contesto:

—Aguanta, Miguel Ángel. Tú eres el siguiente.

No es ningún Miguel Ángel. Es tan malo que me hace cuestionarme la asunción de que todos tenemos un artista interior. Pero el mecanismo de defensa de Reggie es el humor —o lo que él considera humor—, que no es precisamente algo que abunde mucho aquí, entre tanta rabia y desesperanza. Estoy más que feliz de poder contar con él.

—Pero tienes que admitir que las mías son mucho mejor que las tuyas —insiste Reggie.

—No voy a discutir sobre ello —digo levantando las manos con las palmas abiertas y dotando a mi voz de un tono afectuoso—. Pero debo decir, señor Martínez, que la yuxtaposición de esa aguja, al vial de polvo blanco es una declaración artística extremadamente poderosa. Sustancioso. Sustancioso y verdadero.

Reggie se ríe sonoramente, pero Xavier está perplejo.

—No te preocupes, X —le digo—. Tú también tienes una yuxtaposición genial.

—Es por el color plata —sonríe tímidamente.

—Lo que necesites —digo complacida.

A estos chicos les cuesta horrores expresar gratitud, lo ven como un signo de debilidad, y me siento orgullosa de haber roto esa pequeña barrera.

Kimberly me guiña el ojo.

Me pongo detrás de Christian, cuyo jugador de baloncesto y pizzero son sin duda lo mejor de todo el mural, por no mencionar que su tema es mucho más políticamente correcto que el de las agujas y las latas de cerveza.

—Esto está genial —le digo—. ¿Habías pintado antes?

Él se encoje de hombros y sigue barnizando.

—Lo digo en serio, Christian, eres realmente bueno. —Estos chicos tampoco son muy buenos aceptando cumplidos—. Tienes un talento natural para esto.

Su pincel no disminuye el ritmo, y él tampoco me mira, pero puedo adivinar por la rigidez de sus hombros que me está escuchando, y creo que incluso puedo detectar un atisbo de sonrisa en la comisura de sus labios.

—A lo mejor en el próximo proyecto podemos trabajar más en equipo, ver lo que eres capaz de hacer cuando...

Miro de reojo y dejo de hablar. Cuando me giro, Xavier y Reggie están contra el suelo, esposados, con un guardia de seguridad hincándoles la rodilla en la espalda a cada uno. Un tercer guardia de seguridad sujeta un vial de polvo blanco en su mano. Kimberly ya está gritándole al *walkie-talkie*.

—¡Manos arriba! —ordena un cuarto guardia de seguridad a los otros chicos—. Contra la pared. Las manos sobre la cabeza. Las piernas abiertas. ¡Ahora!

—¿De dónde ha salido esto? —gruñe el guardia de seguridad que tiene inmovilizado a Xavier, levantándolo por las esposas. Xavier trata de mantener el equilibrio y mira al guardia de seguridad. No dice nada.

El guardia de seguridad de Reggie hace lo mismo.

—O nos decís de dónde lo habéis sacado o vais a estar en Walpole un siglo. —Le aprieta las esposas y Reggie grita de dolor—. Esto no es nada, chaval. Nada comparado con lo que te va a pasar si no nos dices a quién se lo has pillado.

—¿De dentro o de fuera, *cabezamierda*? —demanda el vigilante de Xavier.

Doy un paso atrás, pero no antes de ver el pánico y miedo sobrevolando el rostro de los chicos.

Si fuera de las que apuestan, apostarí que quien quiera que sea la persona a la que se lo han pillado, les da mucho más miedo que estos guardias de seguridad, mucho más miedo que todos los años en Walpole. Qué niños tan tontos. Tontos, tontos, tontos.

—Ella —dice Reggie en voz alta, apuntando con su codo hacia mí—. Lo ha traído ella. Lo hace todas las semanas.

—¿Yo? —pregunto—. ¿Estás diciendo que yo os traigo drogas? —digo mirando a Xavier.

—Sí, todas las semanas —dice Xavier girándose hacia el guardia de seguridad.

Me quedo mirándole sin poder dar crédito.

Dos vigilantes más irrumpen en la habitación. El vigilante de Reggie le dice algo al mayor, y los que acaban de entrar marchan hacia mí, con gesto amenazante.

—La señora Roth es una voluntaria que lleva años viniendo aquí —dice Kimberly poniéndose

delante de mí—. Esto es un malentendido, una falsa acusación, y abordaremos el asunto desde ese prisma mientras no podamos comprobar lo contrario.

No puedo creerlo. ¿Mientras no podamos comprobar lo contrario? Me giro hacia Kimberly:

—Cómo puedes siquiera pensar...

—Por favor, vaya con los guardias de seguridad, señora Roth —dice Kimberly, como si le estuviera hablando a alguien que acabara de conocer.

Cuando voy a por mi bolso dice:

—Déjelo ahí, se lo devolverán cuando lo hayan inspeccionado.

VEINTIUNO

TRES AÑOS ANTES

AL ATARDECER, UN DÍA DESPUÉS DE QUE UNA FOTOGRAFÍA de Isaac sentado en el bar del Intercontinental, con una mujer extremadamente *sexy* y con poca ropa descrita como «una estudiante de arte no identificada» apareciera en el *Globe* —y eso que iba a volver con Martha—, me vi de nuevo embarcada en el autobús de Chinatown con destino al MoMA. Karen Sinsheimer iba a oír la verdad. Ya estaba bien.

Basándome en mi última experiencia con la asistente de Karen —yo más bien la llamaría centinela—, no iba a molestarme en ir a su oficina. En su lugar, me planté delante del ascensor y las escaleras de su planta. Afortunadamente, ambos estaban en el mismo vestíbulo, y todavía más afortunadamente había un banco. Me senté con el libro que había traído para entretenerme y esperé.

Cuando el reloj ya rozaba la una y media, empecé a ponerme nerviosa. Había llamado el día anterior, asegurando ser la secretaria de Isaac, explicando que iba a estar en Nueva York hoy y quería citarme con Karen para almorzar. Más tarde, volví a llamar y cancelé, dándome palmaditas en la espalda a mí misma por el inteligente modo en el que me había asegurado de que Karen estaría allí. Pero aparentemente no fui lo bastante lista. A lo mejor se había puesto enferma o le había surgido un asunto de última hora fuera del museo. Maldición.

Justo entonces, apareció Karen por la esquina. No se dio cuenta de mi presencia, ni siquiera miró alrededor, tan solo pulsó el botón del ascensor con la determinación de una mujer que no tiene tiempo que perder.

Salté del banco.

—¡Karen! —grité como si hubiera visto a un amigo perdido al que hacía tiempo que no veía.

Se giró con una sonrisa lista en la comisura de los labios, pero cuando me vio torció el gesto. Estaba claro que no tenía ni idea de quién era.

—Claire Roth —dije tendiéndole la mano—. Nos conocimos en el estudio de Isaac Cullion. El día que aceptaste incluir *4D* en tu exposición.

Estrechó mi mano cordialmente.

—Por supuesto. Claire. Encantada de volver a verte. ¿Qué tal estás?

—Tengo que hablar contigo. En algún lugar en privado.

—Siento no haber tenido tiempo de revisar tu trabajo. Te prometo que...

—No es sobre mi trabajo. Es sobre Isaac —dije sacudiendo la cabeza—. No. Eso tampoco es verdad. Lo retiro. Sí que es sobre mi trabajo.

—No entiendo.

—Por eso tenemos que hablar.

Karen frunció el ceño.

—¿Ha pasado algo malo? ¿Isaac está bien?

—Está bien, pero no sé si lo estará después de esto.

Karen vio como las puertas del ascensor se abrían para luego cerrarse. Suspiró.

—Podemos ir a mi despacho. Pero te lo advierto, no tengo mucho tiempo, y menos aún paciencia para aguantar artimañas de artistas.

—Esto no es ninguna artimaña —dije conforme iba siguiendo el ritmo de sus tacones por el pasillo.

Ya sentadas en su despacho, la miré de frente.

—Isaac Cullion no pintó *4D*.

—Por supuesto que sí. Debes estar equivocada.

—Lamentablemente, no.

—Conozco su trabajo. He visto varias de sus obras anteriores.

—Y *4D* no es suya —insistí calmadamente.

Sus ojos miraron al vacío, como si estuviera visualizando las pinturas de Isaac.

—Entonces, ¿quién lo pintó?

—Yo.

Sus ojos volvieron a engancharse de los míos.

—Pero eso no tiene sentido. ¿Por qué ibas a pintarlo?

—Estaba bloqueado. Tenía que entregar la obra en pocas semanas, yo quería ayudarle para que empezara y no se perdiera semejante oportunidad. —Vi que Karen no decía nada y continué hablando—. No había manera de que se pusiera a trabajar. Estaba demasiado deprimido, se había venido abajo. Así que seguí pintando. No lo hicimos a propósito. Él estaba allí, conmigo, todo el tiempo. En su estudio. Dándome consejos.

—¿Consejos?

—Sobre qué postura debía mantener, la altura a la que debía mantener el pincel. Cómo raspar el mojado sobre mojado. Mi estilo es más clásico. Ese tipo de cosas.

—¿Y la firmó?

—Un día antes de que se cumpliera el plazo —dije—. Qué otra cosa podíamos haber hecho.

—¿Por qué no dijisteis nada entonces?

—Estaba enamorada de él —dije abriéndome de manos ante ella.

—¿Y ya no lo estás? —me preguntó entrecerrando los ojos.

—No.

—Supongo que tendrás pruebas.

—Los relojes de arena realistas y abstractos son de mi estilo. Isaac solo trabaja el húmedo sobre el húmedo.

—Estoy segura de que un hombre con el talento de Isaac es más que capaz de pintar el húmedo

sobre seco si quisiera.

—Pues pregúntale a él.

—¿Quieres que llame a Isaac Cullion y le pregunte si pintó *4D*? ¿Así sin más?

Asentí, y nos quedamos mirando durante un largo instante. Sabía que Isaac se sinceraría si ella le preguntaba directamente. Era una cuestión de verdad y justicia, y a pesar de su reciente comportamiento, lo haría por amor y respeto a mí.

Karen fue la primera en romper el contacto visual.

—Muy bien. Hagámoslo.

Me incliné hacia atrás. Estaba agotada pero aliviada. Había hecho lo que tenía que hacer. Observé a Karen levantar el teléfono y pulsar el botón de marcado. El MoMA lo tenía en marcación rápida. Durante un instante, sentí una ráfaga de pena por Isaac. Iba a caer desde un precipicio muy alto.

—Isaac. Al habla Karen Sinsheimer. Me alegra encontrarte. —Permaneció a la escucha y luego dijo—: Voy a poner el manos Ubres. Tu amiga Claire Roth está aquí. —Pulsó otro botón.

—¿En Nueva York? —La voz de Isaac resonó por todo el despacho.

—Sí. En mi oficina. Dice que pintó el *4D*, no tú, y que te llamara para verificar su historia.

No se oía nada al otro extremo de la línea, pero pude oír en el silencio cómo luchaba contra su conciencia, retorciéndose de rabia por mi astucia, triste por lo que estaba a punto de perder, aliviado porque finalmente la mentira llegaba a su fin.

El rostro de Karen se tiñó de preocupación.

—¿Isaac?

—Saac —dije—. Cuéntale la verdad. Es lo mejor para todos. Especialmente para ti.

—Isaac —demandó Karen—. ¿Es cierto lo que dice?

Isaac dejó escapar un largo suspiro.

—Karen —dijo suavemente—. Por favor no te metas con Claire. No se lo tengas en cuenta. Es solo una niña enfadada. Perdida y herida. Con talento, con mucho talento pero...

—Eso es un montón de mierda y tú lo sabes —interrumpí—. Tú no pintaste *4D* igual que no pintaste la *Mona Lisa*. Se acabó. Fin.

—Siento que Claire te haya puesto en esta situación —prosiguió Isaac en el mismo tono suave—. Es personal, jamás debería haberte involucrado. Decidí recuperar mi matrimonio, y no lo está llevando bien. Celos. Ya sabes lo que es. Hazme un favor, deja que se vaya y olvídate del asunto.

—¿Olvidar el asunto? —grité al altavoz poniéndome en pie—. Ya te gustaría a ti. ¡Pero no puedes olvidarlo y yo tampoco!

Karen hizo un gesto con la mano para que volviera a sentarme.

—Te llamaré luego —le dijo a Isaac—. Ya me encargo yo.

Me senté, devastada. Lancé los dados y perdí la apuesta. Isaac era un cabrón mentiroso, y yo era una idiota. Una idiota que acaba de destruir su prometedora carrera.

Karen colgó el teléfono, y se giró hacia mí con una expresión de confusión, casi tristeza, pintada en el rostro.

—Está mintiendo —dije sin mucho entusiasmo. Estaba claro que Karen creería al Gran Isaac y no a una graduada de baja estopa.

Cuando vi que no me corregía, volví a levantarme del asiento.

—Los relojes de arena... —murmuró para sí misma.

Yo no me moví, no respiré.

Finalmente, preguntó:

—¿Alguna vez has oído hablar de Han van Meegeren?

—¿Quién?

No tenía ni idea de quién era el tal Han van Meegeren, ni de quién me estaba hablando.

—Da igual —dijo—. No importa, la cuestión es que te voy a dar el beneficio de la duda. Voy a dejar que me lo demuestres.

—¿Que lo demuestre?

—Quiero que me pintes otro *4D*.

VEINTIDÓS

L OS DOS GUARDIAS DE SEGURIDAD ME ESCOLTAN HACIA EL exterior de la clase, sujetándome por los codos. Me vuelvo a mirar a Kimberly y ella murmura con los labios las palabras «tranquila».

No es fácil, porque voy flanqueada por dos guardias, caminando por un laberinto de pasillos y puertas cerradas vete a saber dónde. No paro de preguntarles qué es lo que va a pasar, dónde me llevan, si necesito un abogado. Pero no recibo ninguna respuesta.

—No podéis meterme en una celda —declaro con autoridad—. Soy inocente, inocente hasta que se demuestre mi culpabilidad. Y no soy culpable. Ni remotamente culpable. Esos chicos solo están intentando salvarse el culo.

Silencio total excepto por el sonido de nuestros zapatos sobre las baldosas del suelo.

—He quedado —digo, como si eso fuera a hacer que me suelten. Markel va a venir para ver cómo va mi progreso con *Baño II*—. Tengo una reunión de trabajo a la que no puedo faltar. Muy importante. No puedo entrar en una celda. Soy medio claustrofóbica. Podría enfermar o...

El más joven se apiada de mí.

—No vamos a meterte en una celda.

En lugar de eso, me conducen a una estrecha sala tenuemente iluminada, con un escritorio y dos sillas. Debe ser para las visitas de los abogados. O para interrogatorios. Busco un espejo doble, pero no hay ninguno. La única ventana es la de la puerta y está cruzada con una rejilla de alambre. Las paredes vacías están pintadas de ese verde podrido con el que está pintado todo lo demás.

Miro a los guardias de seguridad, con la esperanza de que no vayan a dejarme aquí sola.

—Enseguida viene alguien a hablar contigo —dice el más joven. Se van rápidamente, dando un portazo al salir.

Trato de abrir la manivela inmediatamente; está cerrado. Miro a través de la rejilla de la ventana; lo único que veo es la pared de bloques de ladrillo a lo largo del pasillo. ¿Era posible que tan solo hace unos minutos estuviera admirando el mural con los chicos?

La sala huele a colonia barata y sudor, y el hedor me está dando ganas de vomitar. Abogados baratos. Estos chicos tontos, asustados... Y ahora yo. Encerrada. El ambiente está recalentado; las paredes son estrechas. Empiezo a sudar.

Deambulo de un lado al otro de la habitación. No hay razón para perder los nervios. Reggie y Xavier están mintiendo, y las autoridades se van a dar cuenta en menos de un segundo. Ocho pasos arriba. Cuatro pasos abajo. Esto solo es el procedimiento estándar. Después de todo, es solo un lío de drogas. No tiene nada que ver conmigo ni puede existir presunción alguna sobre mi culpabilidad. Es solo un procedimiento.

Ocho pasos arriba. Cuatro pasos abajo. Tienen que separarme de los muchachos. Tomar precauciones. Inspeccionar mi bolso para asegurarse de que no hay drogas. Me recorre un escalofrío por el cuerpo. Van a cachearme. La frase «cavidad corporal» se anuncia en mi cerebro con letras de neón.

No. No puedo llegar a eso. Lo que me faltaba. Alzo la vista hacia la débil bombilla que pende sobre mi cabeza, y el techo parece encogerse, aplastarme. Piensa en otra cosa.

Markel estará en el estudio a las cinco. Quiere saber cómo va lo del horno, y le prometí hacerle una demostración. Eso significa que tengo que pintar algo para poder hornear algo. Tengo que salir de aquí. ¿Qué va a pensar si no estoy allí? ¿Que se la estoy jugando?

No, no, no. Ocho pasos arriba. Cuatro pasos abajo. Pasea y cuenta. Seguro que enseguida viene alguien.

Transcurre una hora antes de que alguien toque a la puerta y, para entonces, ya estoy muerta de calor, sudando a mares, a punto de vomitar, y aunque aquí dentro hace un calor insostenible, yo tengo un frío de la leche. Me abrazo a mí misma mientras observo que la puerta se abre, y aguanto la respiración.

Cuando veo entrar a Kimberly con mi bolso y una sonrisa en los labios, me pongo a llorar como una Magdalena.

DE CAMINO A CASA, me mortifico por haberme tomado la situación tan a la tremenda. Kimberly me explicó que desde el primer momento fue obvio que Reggie y Xavier estaban mintiendo, y que yo no llegué a ser realmente una sospechosa en ningún momento. Obvio, sí. Obvio para todos menos para mí. Habría una investigación, y probablemente no podría volver a Beverly Arms hasta que acabase, pero así funcionaba el sistema, y así era como había que hacer las cosas. Me dijo que lo considerara como un proceso necesario para limpiar mi nombre. Y yo me pregunté por qué habría de ser necesario limpiar el nombre de una persona inocente, pero no lo expresé en voz alta.

Se portó maravillosamente conmigo, ofreciéndome pañuelos de papel y contándome cuánto lo sentía, y que ella habría reaccionado igual en una circunstancia similar. Pero aun así... Tengo treinta y un años, y ahí estaba yo hace un rato, moqueando como un bebé, por algo sin importancia, por algo que tendría que haberme dado cuenta desde el principio que era totalmente absurdo.

Llego a casa y me meto directa en la ducha. Me quedan menos de dos horas antes de que venga Markel. La ducha se lleva el sudor y el olor a miedo de mi piel, pero no lava las emociones residuales que todavía andan dando volteretas dentro de mi cuerpo. Pero una vez que empiezo a pintar, la sensación desaparece. Ya he ido más allá del rango de colores medios, y es fácil deslizarse hacia la zona conforme trabajo con la amplia gama de naranjas que dominan la parte inferior derecha de la pintura, y luego voy tejiendo sus discretas formas a lo largo de toda la imagen, uniéndolo todo, desde la parte inferior derecha hacia la parte superior izquierda, mientras el verde empuja desde la parte superior derecha hacia la parte inferior izquierda.

Cuanto más trabajo en *Baño II*, más segura estoy de que la falsificación que Markel me ha traído fue copiada directamente del cuadro original de Degas. A excepción de Françoise y el espacio que la rodea, el alcance de los colores, la sutileza de las sombras, las yuxtaposiciones tonales y la luz están basadas, sin duda alguna, en la obra del maestro. No creo que ningún falsificador haya podido crear algo así sin un modelo sobre el que trabajar. Es una creación de Degas, en esencia. Y si estoy en lo cierto, eso significa que el original debe estar en alguna parte. Degas ya era famoso en la época en la que se realizó la pintura, así que la posibilidad de que fuera destruida parece bastante improbable. Pero nunca se sabe.

Cuando llega Markel, el lienzo ya lleva en el horno casi una hora, y yo experimentando con los verdes para la siguiente capa. Me pasa el dedo pulgar por la mejilla para quitarme un tiznajo de pintura y me da un abrazo.

—Demasiado anaranjado para ti —dice—. Tendrías que añadir un toque más rojizo.

No me disgusta su familiaridad. Jamás nos habíamos abrazado antes, y me parece más grande de lo que esperaba, más fuerte y robusto. Y huele bien, como a verano. Le devuelvo el abrazo, alargándolo un instante, lo justo para que siga siendo un comportamiento apropiado entre dos colegas.

—No vengas mañana —digo apartándole de mí y señalando la paleta con la que he estado experimentando—. El verde me sienta mucho peor.

—¿Estás cocinando algo? —dice girándose hacia el homo.

—Le quedan unos quince minutos antes del primer test.

Se sienta en mi silla y se queda mirando el horno atentamente.

—Qué imagen tan rara. Un lienzo al horno.

—A mí ya me parece de lo más normal y todo.

La luz interior del horno está encendida, y él se inclina hacia delante para acercarse un poco más.

—¿Ya estás lista para meterte con los tonos intensos? —pregunta—. ¿Cómo has avanzado tanto en tan poco tiempo?

—Gracias a tu querido horno.

—¿Podemos sacarlo?

—No, pequeño Aiden, lo siento, pero Santa no viene hasta mañana.

—La paciencia nunca ha sido mi fuerte. —Pasea alrededor de la mesa, donde tengo las pinturas, los pinceles, y los disolventes esparcidos en un desordenado caos que únicamente yo puedo entender. Olisquea—. ¿Tienes una rata muerta aquí o qué?

—Mierda. Espero que no. —Voy a la cocina, reviso la base de los armarios, abro la puerta que hay debajo del fregadero y meto la cabeza dentro, no sin cierto temor y reparo—. Pero no sería la primera vez.

—No. Quiero decir que huele como a formaldehído. Como un laboratorio científico o algo así. Me incorporo, suspirando de alivio.

—Formaldehido fenol. Otro de los inventos de Van Meegeren. Ya te lo dije, es un tipo de disolvente, pero no directamente mezclado. Endurece la pintura y ayuda a que se seque.

—Pero Degas no lo usaba. ¿No lo detectarán? —pregunta Markel frunciendo el ceño.

—El horneado hace que se evapore por completo. La pintura se queda dura, pero los químicos desaparecen.

—¿Ves? Por estas cosas es por lo que te elegí a ti.

—Cualquiera con un poco de tiempo para investigar sobre las técnicas para copiar una pintura podría hacerlo.

Los chicos del talego no son los únicos que se sienten incómodos con los cumplidos.

Cuando el cronómetro suena, agarro los guantes de cocina y abro la puerta del horno. Arrastro el lienzo cuidadosamente hacia mí, dándole pequeños tirones a través de la bandeja. Entonces lo levanto un poco hacia arriba.

Markel permanece en silencio mientras yo agarro un trozo de algodón mojado en alcohol y lo acerco a un centímetro del área en la que la nueva capa de pintura naranja está más espesa. Sin cambios. Ni ablandamiento ni desaponificación. Presiono el algodón contra una gota de pintura que deje caer deliberadamente al borde del lienzo, mientras cuento lentamente hasta diez. Cuando quito el algodón, está completamente blanco. Presiono ligeramente la pintura con la mano. Dura como una roca.

—Ya está —digo cargando el cuadro para ponerlo en el caballete.

Los ojos de Markel se columpian de un lado a otro, de mi falsificación al original, del original a mi falsificación.

—Fenomenal, Claire —dice en un susurro—. Absolutamente fenomenal.

—Ahora a por el barniz. —Destapo una lata de barniz y vierto un poco en un pequeño cuenco. Cuando el olor choca contra mi nariz, vuelvo a sentirme en el talego, en esa habitación, sudando, asustada. Cojo el pincel rápidamente y empiezo a hablar de Van Meegeren—. Él pensaba que si aplicabas una capa de barniz cuando la pintura todavía estaba caliente, las grietas del encolado original emergerían cuando se enfriasen todas las capas.

—Tipo listo.

—Tenía algunos conocimientos rudimentarios sobre el tema del craquelado, pero no lo dominaba en profundidad, hasta que asistí a esas clases de Repro para obtener el certificado y empecé a investigar para este proyecto. Ni siquiera sabía quién era Van Meegeren. No nos hablaron de él en la escuela de Bellas Artes. Casi nadie conoce su trabajo.

—Supongo que los académicos no están muy por la labor de divulgar la reputación de un falsificador —comenta Markel secamente.

—Y eso que todavía no se aprecia porque la pintura todavía está caliente —prosigo—, pero en un par de horas, ya se verá el pequeño trazado de colinas y valles en miniatura emergiendo mágicamente, hasta escribirse por completo en la superficie.

—Me has salido artista y poeta —me sonrío como un padre orgulloso. Pero la suavidad de sus ojos no tiene nada que ver con la paternidad, y sí con la atracción sexual. Da un paso hacia mí—. Claire —dice, y sé lo que quiere.

Le deseo, le he estado deseando desde hace tiempo. Ha sido un día duro, y no hay nada que desee más que hundirme entre sus brazos, dejar que borre mis miedos reemplazándolos por placer. Pero ya bastantes errores he cometido antes de él, y encima ahora, con todos esos secretos entre nosotros. Moví la cabeza con gesto negativo.

Parpadea, retrocede.

—Vale. Guay. No tiene nada que ver con el proyecto, ni es por cualquier otra cosa que puedas imaginar...

El anhelo de su mirada refleja lo que siento.

—A lo mejor más adelante —digo—. Cuando todo esto acabe...

—Seguramente es lo más inteligente —dice, con voz plana, denotando que él no cree que en realidad sea lo más inteligente.

VEINTITRÉS

ES SEPTIEMBRE, Y CONFORME LA BRISA FRESCA SALE DEL agua y la luz del sol se vuelve más angular, me sobrecojo con esa euforia de los viejos días de colegio, cuando todo es posible y nadie sabe qué es lo que traerá el nuevo curso. Le dije a Repro que necesitaba trabajar en mis propios proyectos durante unos meses. Beverly Arms me ha concedido una excedencia hasta que se resuelva el tema de la investigación. Rik está en París, y a los del Jake's les he hecho saber que estoy sumida en un profundo ataque de creatividad. Markel se ha pasado un par de veces, pero las visitas han sido breves y ligeramente raras. Cada vez que se marcha, desearía que todavía estuviera aquí.

Pero ya veo el final del túnel. Puedo sentirlo, saborearlo. En mitad de este esfuerzo herculano que deja mi trabajo anterior a la altura del betún, hago un último *sprint* hacia la línea de llegada. No hay nada que me detenga excepto el tiempo requerido para pintar y hornear. Y si se me permite decirlo, *Baño II* está quedando genial.

Se da una maravillosa interacción entre el formaldehído fenol y el horneado, desembocando en una serie de colores con la profundidad y brillo de una joya finamente tallada.

Despiden destellos bajo la luz, casi titilan. Al final voy a tener que bajarle el tono con un lavado de tinta india para imitar los efectos del tiempo, y entonces pienso que no tendré que hacer esto con mis ventanas.

Cuando acepté la oferta de Markel, pensé que estaría aprendiendo a los pies de un maestro de la pintura; en lugar de eso, mis lecciones más poderosas han venido de un maestro de la falsificación. Markel ya ha accedido a dejarme el horno hasta la inauguración. Conforme va aumentando la emoción ante la idea de trabajar en mis propias obras, voy sintiéndome cada vez más motivada.

Duermo en múltiples turnos, pequeñas siestas durante el día y la noche, destrozando mis ritmos circadianos naturales, distanciándome de la cadencia del mundo. Hago dos, tal vez tres ciclos de veladura y horneado. Luego me tiro sobre el colchón y descanso unas horas. Cuando me levanto, como algo de comida thai fría, me bebo un vaso de zumo de naranja, y sigo trabajando. A veces me siento como si me estuviera observando a mí misma desde lejos, desde fuera, mientras —por contradictorio que pueda parecer—, permanezco en el sitio por períodos de tiempo más largos de los que jamás habría creído posible.

El lado malo son los sueños, sueños recurrentes. Con Isaac, con Belle y Edgar Degas, con Markel. Normalmente, soy el rehén de Isaac, persiguiendo a Belle y Degas, quienes a su vez son perseguidos por Markel. Pero otras veces, es al contrario o todo mezclado. También he soñado con Xavier un par de veces. Y que hacía el amor con Markel. Eso lo soñé muchas más veces. Cuando me despierto, parecen sueños aburridamente predecibles, pero cuando estoy en el sueño, son terriblemente —y orgásmicamente— reales.

Me fuerzo más y más. Pinto más y más deprisa, con la esperanza de que al acabar con la pintura también se acaben mis demonios. Que seré capaz de salir de este vórtice y volver a recuperar mi vida.

Y de repente un día, ya está hecho. Pinto la firma de Degas con la punta del pincel, asegurándome de dejar el amplio y preciso espacio entre la «a» y la «s». Me da un subidón de adrenalina conforme doy un paso hacia atrás y admiro mi trabajo de artesanía.

Comparo las dos pinturas. A excepción del brillo del color de *Baño II* parecen virtualmente idénticas. Me acerco para inspeccionarlas centímetro a centímetro, pincelada a pincelada. Excelente. Busco el puntito verde de la esquina superior derecha de *Baño II* que había dejado ahí a propósito para poder diferenciarlos. Cierro los ojos, abro los ojos, lo interiorizo. Lo hago otra vez.

Abro la puerta del armario que tiene un espejo y coloco en posición los dos cuadros para poder ver el reflejo de ambos de forma simultánea. Le doy la vuelta a uno, luego al otro, los recuesto lado a lado sobre el sofá.

Me da un retortijón en el estómago. Hay un error en *Baño II*. Algo que Degas jamás habría hecho. Trato de averiguar de qué se trata exactamente, deslizando la vista por todo el cuadro hasta que se me enciende la bombilla. Las sombras a la derecha de Françoise no tienen la suficiente profundidad. Me giro hacia *Baño*, estudio a Françoise, la comparo con la mía. Tanto ella como sus sombras son idénticas en ambos cuadros. Puede que *Baño II* no sea un Degas, pero definitivamente he creado una falsificación precisa de la falsificación.

Solo me queda hacer una cosa. Aplico una fina capa de barniz por todo el lienzo. Cuando se seca y el craquelado emerge por la superficie, coloco la pintura sobre mi mesa de trabajo, cojo un pincel ancho y una botella de tinta india. Después dudo. Sé que tengo que hacerlo. Debo hacerlo. Vacilo ante la idea de quitarle esos tonos tan vividos en los que tanto he trabajado.

Me obligo a mí misma a poner el pincel sobre el lienzo. Me obligo a cubrir toda la imagen con la tinta negra azulona. Me obligo a observar cómo el lienzo se vuelve totalmente oscuro, ensombreciendo cada línea y cada chispa de color. Cuando la tinta se seca, lo limpio con un trapo mojado en jabón, y después retiro cuidadosamente el barniz con una mezcla de alcohol y trementina.

Una vez más, alucino con el genio de Han. Los últimos destellos de tinta se han adherido a las rugosidades del craquelado, creando una red de finas líneas que duplican aquellas de la falsificación original. Cubro el lienzo con una capa final de barniz, tintado con un toque de marrón para reflejar envejecimiento, y la falsa obra maestra ya está completa.

MARKEL PERMANECE EN PIE frente a las dos pinturas, con la mirada oscilando de una a otra, y el rostro sellado en un gesto inescrutable. Por un instante, vuelvo a verme en el estudio de Isaac,

esperando a que Karen y Markel emitieran su veredicto sobre *4D*. El nauseabundo sentimiento de anticipación es el mismo, como también lo es el alivio que siento cuando se gira hacia mí con una amplia sonrisa.

—Bravo. —Aplaude con gesto de apreciación y extendiendo los brazos para abrazarme.

Me voy a la nevera y saco una botella de champán.

—Tú trajiste el que bebimos cuando sellamos este proyecto, así que ahora me toca a mí poner el que celebra su conclusión.

Markel está tan cautivado por las pinturas que no percibe el tono impostado de mi voz.

—No sé qué decir. Honestamente, no lo sé —dice girándose hacia mí y regalándome una mirada cálida mezclada con admiración—. ¿Cuál es cuál?

—Adivina —le reto.

Cojo un par de copas y camino hacia él.

Markel se acerca, inspecciona cada uno de los cuadros minuciosamente, los rodea, los mira por detrás.

—Mala señal sería si supiera distinguirlos.

—Vamos bien.

—No lo sé, no puedo diferenciarlos.

—Oh, venga, vamos, inténtalo.

—Este —dice apuntando al de la derecha.

Me echo a reír y desplaza el brazo hacia el de la izquierda.

—Este.

Dudo, me hago la tonta, juego con él.

—Claire...

—Tendrías que haberte mantenido fiel a la apuesta original.

—Has hecho un trabajo fantástico —dice tomando la botella de champán de mi mano y abriéndola—. Por ti —dice alzando la botella y dejando que la espuma caiga en cascada por el borde—. La mujer más maravillosa de todos los tiempos.

Sujeto las copas y observo los bordes conforme va escanciando el champán, evitando su mirada. La mitad de mí quiere lanzarse en sus brazos, mientras la otra mitad sabe de sobra lo que le he estado ocultando —o como mínimo, la mentira en la que le he dejado creer. Yo tampoco estoy muy segura de lo sincero que él ha sido conmigo. Es difícil resistirse, con esos latidos en mi corazón y ese temblor de piernas, pero no sé si puedo confiar en él. No se me dan muy bien las relaciones amorosas, de eso puede dar fe mi desastroso historial romántico, pero soy lo suficientemente astuta como para saber que esta no es una buena forma de empezar.

Nos sentamos en el sofá, chocamos las copas y brindamos por nuestro éxito. Me arrincono en una esquina con las piernas cruzadas y sonriente, esperando no dar la impresión de que estoy evitando el contacto físico.

—¿Cuál es el siguiente paso?

—La autenticación.

Pego un sorbo de champán; me burbujea nerviosamente garganta abajo.

—¿Crees que pasará?

—¿Por qué estás tan preocupada?

Una pregunta interesante.

—Creo que estamos relativamente seguros con todas las medidas que hemos tomado. Pero los nuevos test como el de absorción atómica o la espectrometría de masa podrían detectar algo que a mí se me haya podido pasar por alto. Todo dependerá, como tú dijiste, del grado de sofisticación del comprador.

—Mi plan es recurrir al mismo autenticador al que acudí con el original.

—¿Crees que es la mejor idea?

—Pareces preocupada —dice Markel.

—En realidad, no. O no más de lo que lo estaría con cualquier experto que fuera a examinarlo. Pero ¿se lo vas a decir? ¿Cómo le vas a explicar que necesitas que vuelva a examinarlo?

Markel se acaba el champán y vuelve a rellenar las copas.

—Le diré que tengo algunas dudas. Que quiero que vuelva a echarle un vistazo.

—¿Y se lo tragará?

—¿Y por qué no? En situaciones como esta todo el mundo querría cerciorarse.

—Sí. Claro. Supongo —digo pasándome los dedos por el pelo—. Perdona, todo esto ha sido demasiado. Estoy bastante rota. Exhausta, de hecho. Ni siquiera puedo recordar de qué estábamos hablando.

Markel deja la copa sobre la mesa y se levanta, sonriéndome indulgentemente desde arriba.

—Por supuesto que debes estarlo —dice tendiéndome la mano para ayudarme a levantarme—. Lo que necesitas es dormir, nada de chácharas.

Dejo que me levante. Nos quedamos mirando el uno al otro durante un trémulo instante, y luego me pasa el brazo alrededor de los hombros y me gira hacia la puerta. Deslizo mi brazo alrededor de su cintura.

Cuando llegamos a la puerta, deja caer su brazo y levanta mi barbilla con un dedo.

—¿Te parece bien si vengo mañana por la tarde y los empaquetamos? Me gustaría mandarle tu versión al autenticador y guardar el original en un lugar seguro lo antes posible. Y ya de paso, te traigo el dinero.

Asiento entusiasmada. Y no por el dinero, que también, sino porque se los vaya a llevar de aquí de una vez. Voy a recuperar mi estudio, voy a salir de entre las sombras, voy a limpiarlo de arriba abajo para hacer espacio y empezar a trabajar en mis propios proyectos.

SIN LAS DOS FALSIFICACIONES por aquí, el estudio parece vivo, más abierto, auténtico. Y yo también me siento un poco así. He recuperado mi hogar, y me he recuperado a mí misma. Eso sin mencionar los otros diecisiete mil dólares que, con suerte, irán seguidos de una última inyección de dieciséis mil dólares una vez que *Baño II* pase el proceso de autenticación. Eso si la pasa. ¿Qué hará Markel si no paso la prueba? ¿Desechará la idea de devolvérselo al Gardner y le dirá al dueño que no ha podido encontrar un comprador? ¿Me quitará el dinero? ¿Cancelará mi exposición? Lo cierto es que no tengo ni idea de lo que hará. Trato de apartar estos pensamientos de mi mente. Así como trato de deshacerme de los recuerdos de *Baño II*. A veces no consigo ni una cosa ni la otra.

De vez en cuando, me asaltan imágenes de los últimos meses sin que pueda evitarlo. Sigo teniendo pesadillas de cazadores y cazados. A veces parece que nada de esto ha sucedido nunca, y otras, parece que esté escrito en una tinta tan indeleble que jamás podré borrarlo. Si me sorprende

lavándome las manos veinte veces al día sabré que he llegado al límite.

Pero me han llovido algunos regalos de mi paseo por el lado oscuro: el horno y el formaldehído fenol. Siempre he estado orgullosa de mi colección de ventanas, considerándolas mi mejor trabajo, como la culminación de todo lo que he aprendido durante todo este tiempo, pero añadir el formaldehído fenol para lograr estas joyas de tonos supera todas mis expectativas.

Algo peligroso, la esperanza, como bien sé, pero también una poderosa motivación. Mientras que en el camino de acabar *Baño II* me encontraba en un delirio de frenesí y alucinaciones, el trabajo preliminar con mi serie de ventanas está yendo —sorprendentemente—, como la seda. Como si estuviera buceando por un arrecife de coral. Una inmersión a cámara lenta en el reino de lo exótico, atrayente, conmovedor, excitante, ensalzada por un atisbo de peligro.

Y el regalo de Van Meegeren no está tan solo en los colores, sino en el tiempo que el horno me va a ahorrar. Necesito veinte pinturas para mi exposición, todas de corte realista y con muchas veladuras con capas sobre capas de pintura diáfana. Miro la docena de cuadros de pinturas que todavía cuelgan de las paredes de mi estudio de cuando Markel vino a visitarme por primera vez. Mi plan original era usar seis o siete en la exposición, pero ahora que he visto el rango de colores que puedo producir a lo Han, temo que palidecerán en comparación con las que voy a pintar ahora. Pero son buenas, por eso me ofreció Markel la exposición, y a menos que quiera tirarme pintando hasta la primavera, las voy a incluir. Así que solo me quedan trece por hacer.

Tengo dibujos preliminares de por lo menos treinta, aunque hay varios con nuevas ideas, como el que ya he bautizado como *Médium rosa*, que definitivamente quiero incluir en la colección. Prepararé los lienzos y aplicaré el encolado y la pintura de fondo, basándome en el estilo que he estado usando en *Baño II*, lo que me dará más tiempo. Echo un vistazo alrededor del estudio. Voy a estar un poco estrecha trabajando en treinta lienzos al mismo tiempo, pero debería haber espacio suficiente. Haré un boceto de cada una de las pinturas por adelantado. Luego iré de un lienzo a otro rápidamente para reproducir las líneas del dibujo de fondo. Y cuando empiece a pintar a lo bestia, tendré el horno listo para hacer el resto del trabajo. Un proyecto sobrecogedor. Una oportunidad increíble.

VEINTICUATRO

SUBO LOS ESCALONES DE GRANITO DE LA CASA DE MARKEL trepidantemente. Probablemente no debería estar aquí. Y sin embargo, aquí estoy, frente a una mansión del siglo XIX situada frente a la amplia y arbolada avenida Commonwealth, apartada —y por encima— de las otras calles pijas de Back Bay. Además, estoy en la manzana de Arlington con Berkeley, que es como decir donde vive Dios. En esta parte de Boston no hay gentrificación porque sus «nobles gentes» nunca han caído en desgracia.

Markel me llamó a principios de semana para invitarme a cenar.

—¿Sabías que sé cocinar? —me preguntó cuando descolgué el teléfono.

—¿Ah, sí?

—Y probablemente mejor que tú.

—¿O sea que sabes hacer algo más que macarrones con queso?

—¿Es eso lo que te apetece tomar en tu cena sorpresa? —¿Sorpresa?

—Sí. Dos sorpresas, de hecho.

—¿Puedes decirme algo más?

—No.

—Bueno, si te vas a tomar la molestia de ponerte a cocinar y todo eso —le dije— tomaré algo un poquito más *gourmet* que macarrones con queso.

—Hecho —dijo—. ¿Te va bien el sábado por la noche a las siete?

—Sí, claro —digo después de dudarle durante un instante.

—Nos vemos el sábado entonces.

Y colgó.

La verdad es que no tuve la oportunidad de negarme, pero tampoco sé si habría podido. Me encantan las sorpresas. ¿Habría pasado el cuadro la prueba de autenticación? ¿Sería algo relacionado con mi exposición? ¿Va a envenenarme con el suflé ahora que ya tiene el cuadro acabado? Cualquiera otra saldría corriendo, pero yo no. Quiero ver su colección de arte.

Toco el timbre que lleva su nombre, y cuando suena, entro en una antesala de mármol con revestimiento de madera separando la calle y la casa. Abro un par de puertas de cristal y avanzo por un espacio elegante y elevado. A finales del siglo XIX, este sería el lugar donde eran recibidos los caballeros bien vestidos junto a sus damas. A lo mejor, hasta Belle Gardner fue una de ellas en

algún momento.

Una amplia escalera de caoba domina la entrada, girando dos veces antes de que aparezca el descansillo de la segunda planta. Dudo unos instantes, sin saber muy bien hacia dónde tirar, cuando Markel aparece bajando las escaleras.

—Bienvenida —saluda—. Es aquí arriba.

La iluminación ensalza sus altos pómulos y el mentón cuadrado. Parece relajado, juvenil, cómodo en su propio ambiente, contento de verme. Es un paquete difícil de resistir.

Subo las escaleras hacia él, hago una reverencia, y extendiendo mi mano.

—Encantada, caballero.

Él toma mi mano, la levanta, y me besa la palma.

—Hermosa dama.

Cuando entro en el apartamento no sé qué mirar primero: los elementos arquitectónicos exquisitamente conservados, el amueblado ecléctico, o las obras de arte esparcidas generosamente, pero a la perfección. Me da una vuelta por la casa. La araña de John Baldessari, la escultura de cuatro tarros con tapaderas rojas de Tony Feher, la fotografía de un pastel de coco de Sharon Core. También hay uno de la colección *Masks* de Zeng Fanzhi, mi favorito de David Park *Four Nudes*, un Koons, un Cottingham, un Warhol, un Lichtenstein y por supuesto, un Cullion.

—Impresionante —murmuro una y otra vez—. Guau. Es genial. —No sé qué otra cosa decir. Su colección rivaliza con la de cualquier pequeño museo. Entonces me enseña su «rincón impresionista»: un Manet, un Cézanne y un pequeñito y perfecto Matisse.

—¿No tienes nada de Degas? —pregunto.

—Un desafortunado agujero en mi colección. —Gesticula con la mano para acompasar todas las palabras—. Ventajas de tener una galería. Puedo comprar lo que me gusta. Y a un precio mucho más bajo de aquel por el que yo lo vendería.

Su casa está dividida en tres plantas. El salón, el comedor, y la cocina en la primera planta, con techos altos, tres chimeneas, con medallones y molduras de corona originales. La segunda planta es una amplia *suite* con un despacho separado, limpia y masculina, pero no demasiado. Todo es moderno, pero encaja perfectamente en el marco arquitectónico decimonónico de la casa. Subimos a la tercera planta, con tres habitaciones, una con todo lo necesario para servir de habitación de invitados, y dos más para sus hijos.

—¿Qué hay de tus hijos?

—Robín tiene seis y Scott cuatro. Viven casi todo el tiempo con su madre en Weston, pero los veo mucho.

—Oh. —Es todo lo que logro decir.

Sabía que se había casado muy joven y que se había divorciado hacía cuatro años, pero ¿cómo se supone que iba a saber lo de los niños? ¿Por qué no lo mencionó nunca Isaac? ¿Y Markel?

Volvimos escaleras abajo y vi otras obras que me había perdido en la subida: una estatua de Louise Bourgeois en un nicho de la escalera, un dibujo de William Kentridge, una escultura móvil de Calder. Me toma de la mano y me conduce de vuelta al salón. Nos sentamos en el sofá, frente a una mesa baja en la cual hay una botella de champán enfriándose.

—Últimamente parece que estamos bebiendo mucho champán. —Estoy tan flipada con su colección de arte que casi no me salen las palabras.

Llena dos copas y me pasa una.

—Teníamos mucho que celebrar. —Una pausa dramática—. Y ahora tenemos más todavía. Aguanto la respiración.

—Tu querido *Baño II* ha sido autenticado. Y para aquellos a quienes pudiera importarles, es auténtico.

Un torrente de alivio me recorre de arriba abajo.

—Guau. —Choco mi copa de champán contra la suya, esperando a que me la rellene—. No puedo creerlo.

Aunque yo, por supuesto, sé de sobra que puedes engañar a los expertos.

—¿Tan preocupada estabas?

—Por supuesto que estaba preocupada. Ya te lo dije.

—Pues a mí lo que me hubiera sorprendido es que no hubiera pasado la prueba.

—Tú estás hecho de una pasta más dura.

Saca un sobre del cajón de la mesa de café y me lo pasa.

—Lleva incluido un extra.

—Gracias. —Lo guardo rápidamente en mi bolso. El sobre es más gordo que los otros.

—Pero esa no es la verdadera sorpresa —dice.

—¿Ah, no? —Si *Baño II* ha sido autenticado a lo mejor la sorpresa tiene que ver con mi exposición.

—Bueno, supongo que de hecho podríamos llamarlo una presorpresa, o la primera parte de una, porque tendremos que esperar a la segunda parte.

Me da a mí que no se está refiriendo a mi exposición.

—¿Has hecho macarrones con queso para cenar?

Markel estalla en carcajadas.

—¿Cómo lo sabes?

—Ah, ¿pero has hecho eso?

—Con tres tipos de setas, tomates, y hierbas de mi jardín. ¿Es lo suficientemente *gourmet* para ti?

Trato de ocultar mi decepción. Me gusta la comida como al que más, pero no tanto como para incluirlo en la categoría de sorpresa.

—Gracias. Suena delicioso.

Me ofrece una bandejita de aceitunas negras. La bandeja es tan larga y estrecha que parece que la hayan hecho especialmente para aceitunas negras. Nunca he visto tal cosa. Me echo una a la boca. Está perfecta: ovalada y oscura, salada y aceitosa.

—¿También las has cultivado tú?

—Hay algo más —dice.

Me como otra aceituna y aguardo.

—Lo he vendido.

De poco me trago el hueso.

—¿*Baño II*?

—Ya había trabajado con este coleccionista antes. Hay varios niveles e intermediarios entre nosotros, por supuesto, y siempre saco la antena antes. Coló.

—¿Cree que es el original? ¿El que fue robado del museo?

Markel choca su copa contra la mía.

—¿Y qué otra cosa iba a pensar?

Me esfuerzo por seguir respirando con normalidad. No sé por qué estoy reaccionando de esta manera. ¿Qué pensaba que iba a pasar? Vender la pintura como si fuera original ha sido el plan desde el principio.

—Se te hace raro cuando finalmente ocurre, ¿verdad? —dice.

Una vez más, ha vuelto a leerme la mente. Puedo palpar en el aire el poder de esta experiencia íntima, especialmente cuando nos pertenece solo a nosotros. Me recorre un escalofrío por la espina dorsal.

—¿Estás seguro de que no averiguará que viene de ti? ¿Que no podrá seguir el rastro?

—Hay demasiadas personas de por medio, y cada una de esas personas conoce únicamente al que le ha contactado a él, así como al que él contacta —dice Markel con certeza, pero me doy cuenta de que no ha respondido directamente a mis preguntas.

—¿Qué va a hacer con él?

—Es un coleccionista, Claire, un maldito chiflado. Pero este está más chiflado que la mayoría de chiflados, es un auténtico fanático, cegado por el arte que puede poseer, por el que posee. Por eso acudí a él en primer lugar con el Degas.

—Pero si no puede venderlo ni enseñárselo a nadie, si no es un símbolo de estatus, y si no lo va a usar en el mercado negro, ¿para qué lo quiere?

Markel se recuesta en el sofá y pega un sorbo a su champán.

—Es por la emoción de saber que lo tienes, que es tuyo, y que nadie más excepto tú lo va a ver. —Sus ojos se pierden en el Warhol, el Lichtenstein—. Es como una adicción. No, es su adicción, una que los coleccionistas serios no pueden y probablemente no quieren controlar. No estamos hablando de gente corriente.

Recuerdo a Sandra Stoneham diciendo algo parecido y cómo me sentí cuando vi el marco vacío en la Pequeña Galería. Lo emocionada que estaba al saber que yo era la única que conocía el paradero de la pintura. Lo orgullosa que estaba porque *Después del baño* estaba en mi estudio, para poder tocarlo cada vez que sintiera el impulso. Nadie más que yo. De repente, resulta que ninguno de nosotros somos personas corrientes.

—¿Y qué hay del proceso de autenticación? —pregunto—. ¿Y si él acude a alguien que decide que no es real?

—Es de la India, pero lo va a hacer aquí.

—Pero tú dijiste que por eso eran mejores los compradores extranjeros, los de países en vías de desarrollo y tercermundistas. Porque no tienen acceso a expertos cualificados ni a la tecnología que poseemos nosotros.

Me rodea con un brazo atrayéndome hacia sí. Le dejo, demasiado abrumada como para resistirme.

—Normalmente es así —dice jugando con un mechón de pelo que me cae por la frente—. Pero en este caso, debido a la notoriedad de la pintura, tampoco tiene muchos autenticadores donde elegir.

—Así que va a acudir al mismo tipo que tú.

—No le queda otra.

—¿Y luego qué pasará?

—Cuando tenga la confirmación de autenticidad, acordamos que se llevaría personalmente la

pintura del país, ya sea vía aérea o marítima.

—¿Y qué hay de la seguridad? Ahora hay controles para todo.

—Los cuadros no hacen saltar los detectores de metales.

—Si le pillan, podrían...

Markel se inclina y me besa. Un beso dulce, húmedo, cálido, que se prolonga y hace su trabajo entre mis piernas, tocando cada fibra de mi cuerpo. Nunca había tenido un orgasmo solo con un beso, pero creo que eso es justo lo que va a pasar.

Markel me aparta y dice:

—Dijiste que cuando todo esto acabase, ¿no?

—¿Dónde has aprendido a besar así?

—¿Eso es un sí?

Ahora que ya no nos estamos besando, vuelvo a recuperar la cordura y me asaltan toda suerte de dudas. Me paso los dedos por el pelo, reincorporándome.

—¿Cómo es que no me dijiste nada de tus hijos?

—¿Importa eso?

—No. Para nada. No es por tus hijos, sino porque nunca los has mencionado.

—¿Sabes cuántos hermanos y hermanas tengo? ¿Si mis padres están vivos? ¿Dónde crecí? — Se encoje de hombros—. Antes no teníamos una relación tan personal.

—Eso no puedo discutirlo —digo, pero incluso después de tres años la traición de Isaac todavía duele, me aparto de él y me levanto—. ¿Y dónde están esos macarrones con queso *gourmet* de los que has estado fardando? Me muero de hambre.

Él se levanta también y me besa la punta de la nariz.

—Tenemos algunos asuntos de los que discutir en la cena, y necesito que me des tu opinión sobre algo.

La cena está deliciosa, otra cosa más que añadir a su lista de encantos. Y es un fantástico anfitrión, atento sin ser excesivamente solícito, encantador y autoexigente. Reímos muchísimo, nos bebimos una botella de vino y hablamos de mi exposición.

—Estoy pensando en trece pinturas más —le digo.

—Suena bien —dice—. ¿Cuánto tiempo crees que te llevará?

—Una pintura por semana, trece semanas, lo cual nos sitúa a principios de enero.

—Tiene que ser diciembre o marzo —dice—. Enero y febrero ya están cogidos pero me acaban de cancelar la de diciembre. ¿Crees que podrían estar para entonces? Sería un buen momento.

—¿A principios o a finales?

—¿Cuándo necesitas saberlo?

—Necesito saberlo con dos meses de antelación, como mínimo, para la promoción.

—¿Puedo pasar de diciembre? Dos meses antes sería a mediados de octubre, lo cual significa que tendría un mes contando a partir de ahora para confirmarlo. Apretado. Muy apretado.

—Podrías hacer menos —ofrece.

Con menos no va a salir bien. Eso le dejaría espacio suficiente como para albergar otra exposición al mismo tiempo que la mía. Yo quiero la galería entera.

—Dame un mes —digo—. Me pondré un cohete en el culo y veré cuántas puedo acabar. Eso me ayudará a organizarme. Si puedo hacerlo para diciembre, a por ello. Si no, tendré que esperar

hasta marzo.

—Por lo que respecta a Markel G, perfecto. Tengo a varios artistas que matarían por ese espacio en un nanosegundo.

—¿Pero? —pregunto con el estómago en los pies.

—Personalmente, a mí no me gusta mucho la idea.

Al principio estoy confundida, perdida en mi ambición, pero luego entiendo. Está hablando de nosotros, de querer pasar más tiempo conmigo.

—Ah, sí. Sí. Eso.

—¿Hay un eso? —pregunta.

No sé cómo responder. Necesito más tiempo para pensar, no quiero cagarla. Veo potencial aquí. Él me gusta.

—Sí —digo finalmente—. Pero esta noche no.

El sonríe, relajado.

—¿Y si mañana por la noche cocinas tú para mí?

—Si lo hago, no habrá un «eso», porque probablemente nos moriremos por envenenamiento —digo cambiando de tema antes de darle la oportunidad de responder—. ¿No querías pedirme consejo sobre algo?

Se serena.

—Es sobre el original. Sobre aquello que te dije de devolverlo al Gardner.

—¿Dónde está ahora? —pregunto con cautela.

—Encerrado donde nadie excepto yo puede tocarlo. En una caja fuerte.

Sé que está tratando de protegerme, o eso es lo que dijo, pero sus evasivas me sacan de quicio, con tantos secretos.

—No importa dónde —prosigue—. Solo quiero considerar todas las opciones.

Decido concederle el beneficio de la duda.

—Obviamente no puedes ir allí y devolvérselo como si nada. Hay que dejárselo en algún sitio.

—Algún lugar seguro, protegido —dice—. No fuera. En algún lugar donde no puedan relacionarlo conmigo.

—En Boston no.

—Pero tampoco muy lejos. Cuanto menos transporte mejor.

—¿Cuándo planeas hacerlo?

—Cuando la falsificación esté fuera del país.

—Y los vendedores hayan cobrado su dinero. Y tú te hayas llevado tu comisión.

Demasiadas cosas para el beneficio de la duda.

—Sí. Cuando me haya llevado mi comisión —dice poniéndose en pie y quitando los platos del postre de la mesa. Echa los platos al fregadero con gesto enérgico.

—Perdona. No tendría que haber dicho eso. No tengo derecho a juzgarte. Yo tampoco soy inocente que digamos. —Puedo adivinar, a juzgar por la expresión de su rostro y su lenguaje corporal, que está más que mosqueado. Quiero creer que está haciendo todo esto con el único fin de devolver la pintura a su legítimo dueño.

—Para mí estaba bastante claro, pero ¿y para ti?

Miro las obras de arte que hay colgadas en la pared, junto a él: un Calder y un Koons.

—Hasta yo tengo que trabajar para vivir, Claire. Las cosas no son lo que parecen.

—¿Y todas esas obras de arte que tienes? ¿Un Warhol, un Calder, un Matisse?

Se sienta en la silla que hay junto a mí.

—¿Te acuerdas de lo que te acabo de decir sobre los coleccionistas de arte? ¿Sobre lo fanáticos que pueden llegar a ser? ¿A veces hasta un punto irracional? Pues yo soy uno de ellos.

—¿Te vas a quedar *Baño* para ti?

—No, no —dice—. Por supuesto que no. Lo que estoy tratando de explicar es cómo me siento con respecto a mi colección de arte. Para los que no tenemos ningún talento artístico, coleccionar es lo más parecido a una forma de autoexpresión. Una forma de descubrir belleza, de crearla, en cierto sentido. Una colección de arte es algo que va mucho más allá de nosotros, que nos trasciende. —Sacude la cabeza—. No están a la venta. Ninguna de ellas.

—¿Nunca has vendido nada?

—A mí me gusta añadir nuevas piezas a mi colección, raramente me deshago de una obra. Como te he dicho, es una adicción. Soy Aiden Markel, y soy coleccionista de arte —dice sonriendo tímidamente—. Tal vez no estoy tan loco como el tipo que ha comprado *Baño II*, pero sí lo suficientemente loco.

—¿Y qué hay de la casa? —pregunto, sin dejarme seducir por sus poéticas palabras—. ¿Y la galería?

—Están hipotecadas. Solo porque una persona tenga un montón de cosas caras no significa que no tenga deudas. —Me coge las manos—. Sí, me llevaré mi comisión, y será sustanciosa. Pero eso será secundario. Lo importante aquí es que vamos a volver a colgar *Después del baño* en la pared de la Pequeña Galería. ¿Es ilegal? Pues sí, lo admito. ¿Valdrá la pena? Obviamente, yo creo que la respuesta es sí.

Miro mis manos entre las suyas. Todo lo que me dice tiene sentido, pero no puedo evitar pensar que me está tomando el pelo.

Me levanta y caminamos silenciosamente hacia la puerta principal, con su brazo apoyado sobre mis hombros.

—La oferta de mañana sigue en pie —dice—. Siempre podemos pedir *pizza*. —Después se inclina y me besa.

De nuevo, me veo perdida en mitad de su aterciopelada dulzura. De sus labios, su pecho, su cuerpo apretado contra el mío. Palpitamos juntos. Me aparto de él. Necesito pensar, pensar, pensarlo bien. Le doy un abrazo y me precipito escaleras abajo hasta encontrarme con la fresca noche otoñal.

Ya en la acera, me detengo un momento para recuperar el aliento y alzar la vista hacia los ventanales de su casa. Ahí está, de pie, observándome desde el balcón. Con una sonrisa de deseo cruzándole el rostro. Coloca la palma de su mano sobre el cristal de la ventana con un gesto tan cargado de deseo que siento que se me rompe algo por dentro.

Vuelvo a tocarle el timbre, y cuando oigo el zumbido del portero automático, me precipito escaleras arriba con más rapidez que cuando las bajé.

VEINTICINCO

TRES AÑOS ANTES

LA PRIMERA VEZ QUE LLEGUE A NUEVA YORK PARA PINTAR el segundo *4D*, subí al despacho de Karen. Allí, ella me presentó a Beatrice Cormier, una enojada anciana de mirada afilada y ojos azules como el hielo.

—Beatrice es una gran coleccionista —me explicó Karen—. Tiene varios títulos en Historia del Arte y sabe de pintura más que la mayoría de profesores de Arte. —Le pasa una llave a Beatrice—. Va a observarte mientras trabajas.

Durante un instante, me entró bajón. No me gusta que me observen mientras pinto. Pero luego me di cuenta de que el MoMA tenía que asegurarse de que la obra era realmente mía.

—Los materiales que pediste ya están en el estudio. —Karen señaló el tubo de cartón que llevaba bajo el brazo—. ¿Son esas las pinturas que te pedí?

Era reacia a mostrárselas, pero lo hice. Me las pidió por propósitos de comparación, para ver si cuadraban con *4D*, y en realidad eso me daba cierta ventaja, pero de alguna manera también me hizo sentir mal, como si yo fuera la parte culpable.

—Te las devolveré en cuanto haya acabado con ellas —dijo, y se giró hacia su ordenador despidiéndome con la mano—. Beatrice se encargará de ti de ahora en adelante.

El chófer de Beatrice nos llevó a un edificio en una sección en la frontera de Brooklyn que me recordó al SOWA. Los artistas siempre son los primeros en encontrar este tipo de lugares, pioneros del descubrimiento, para luego ser también los primeros en tener que marcharse cuando la gentrificación hace que se disparen los alquileres.

Cogimos el ascensor que nos condujo a un pequeño estudio cuyo dueño se encontraba fuera del país. No reconocí su trabajo —pero tenía que ser el de un hombre— no tenía ni idea de quién era el dueño de ese espacio que yo me estaba apropiando. Me imagino que aquello entraba en los planes de Karen. Todo aquel arreglo era bajo manga. Nadie debía saber nada hasta que mi asunción fuera validada. O invalidada. Y a lo mejor ni siquiera en ninguno de los casos.

Habían colocado un caballete de grandes dimensiones con un lienzo en blanco del mismo tamaño que *4D* de cara al sur, de modo que la luz del norte reflejara en él. Mis materiales yacían sobre una mesa con rayas de pintura. Examiné los botes de pintura, los pinceles, la trementina y

los disolventes.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —preguntó Beatrice.

—Eso parece —dije—. ¿Pero no será mortalmente aburrido para ti?

—Necesitamos establecer un horario para que pueda cuadrarlo con mi agenda. —Fue su respuesta.

—Yo solo tengo una clase. Los martes. Ya casi he terminado la carrera, me estoy centrando en mi trabajo de final de grado. Voy a titularme a finales del próximo semestre.

—¿Sí?

Estaba siendo educada pero estaba claro que no sentía ningún interés en los detalles de mi vida.

—Así que me viene bien en cualquier momento.

Beatrice pulsó una serie de teclas en su teléfono.

—Lo mejor será acabarlo cuanto antes. ¿Cuánto tiempo crees que te llevará?

No me llevó mucho tiempo pintar *4D*. Recuerdo que me sorprendió y todo. La técnica del húmedo sobre húmedo era mucho más rápida que el húmedo sobre seco. Aun así, no había garantía de que este lo fuera a pintar a la misma velocidad. Isaac no era el único pintor en sucumbir al bloqueo artístico bajo presión.

—¿Tres, cuatro días?

Desafortunadamente, Beatrice era una mujer muy ocupada y no podía quedar para hacer sesiones de dos días seguidos. Pero nos organizamos para quedar unas cuantas veces en el estudio. Me explicó que no debía tener más contacto con Karen, que ella, Beatrice, tenía la llave y sería la encargada de abrirme y cerrarme.

Y así lo hicimos. Vine a la ciudad tres veces y me quedé dos días en cada ocasión. Me llevó más sesiones de las que había previsto porque Beatrice nunca tenía un día completo libre.

Pintaba cuando ella estaba libre, dormía en Nueva York. Era fácil tenerla por allí porque, o bien estaba leyendo, o bien estaba hablando en voz baja por teléfono, pero de ningún modo acosándome con su vigilancia. Habría pensado que le pagaban generosamente por aquella aburrida tarea, pero estaba claro que era demasiado rica como para tener que persuadirla con dinero. Nunca llegué a saber por qué lo hacía.

Disfrutaba bastante con el proceso, siempre y cuando no pensara en los motivos que me habían llevado hasta ahí. Estaba fuera de Boston, lejos de la presión de las clases y de la imposición —marca de la casa— de los niveles de exigencia de los programas de élite del Museo de Bellas Artes de Boston. Y al final resultó que Beatrice era una compañera estupenda: vigilante y respetuosa al mismo tiempo, sin hablar demasiado, pero haciéndome entender claramente cuánto admiraba mi trabajo. Karen me había dicho que no tenía que hacer una copia de *4D*, tan solo pintar algo similar, otra pieza para la colección. Y eso fue lo que hice.

Cuando acabé, Beatrice dejó la pintura en el estudio, cerró con llave, y me dijo que ya se pondría alguien en contacto conmigo. Me dio las gracias por mi simpatía, y yo le agradecí la suya.

—Bien hecho, chica —dijo sonriéndome cálidamente, y por primera vez desde que empezamos el proyecto, dándome palmaditas en el hombro y guiñándome el ojo. Luego se metió en su coche y se fue.

Pasaron seis largas semanas antes de oír el veredicto final.

VEINTISÉIS

COMPRO UNA CAMA DE TAMAÑO *QUEEN SIZE*, COLCHÓN, somier, reposapiés y cabecero. No he tenido nada tan oficial para dormir desde que era pequeña y dormía en mi camita de imitación provenzal. Por primera vez en mi vida, tengo dinero —los cinco mil dólares de bonificación han sido un bonito extra para mi pobre nido— y tampoco era cuestión de tener a Aiden en un colchón sobre el suelo.

Ya había pasado la nube negra. Nada de pesadillas, ni de perseguir a nadie, ni de ser perseguida o encerrada. Nada de Isaac, nada de Belle, y nada de Degas. Y muchos Aiden.

Normalmente me pongo un poco nostálgica con el reducido ángulo otoñal de la caída del sol y la disminución de horas de luz, y a pesar de todas las evidencias que sugieren lo contrario, el mundo es mucho más brillante de lo que fue en verano. Tal y como esperaba, acabar *Baño II* ha acabado también con mis demonios. Estoy trabajando intensamente en mis ventanas, casi al mismo ritmo que con *Baño II*, pero esta vez tengo trece cuadros con los que lidiar, y he de ponerme las pilas, si es que acaso limitar el tiempo de trabajo a no más de catorce horas diarias puede considerarse ponerse las pilas y marcarse el ritmo. Obviamente, no me queda tiempo de pegarme una caminata hasta Back Bay, así que si Aiden y yo queremos estar juntos, tiene que ser en mi casa. Él asegura que no le importa venir al estudio, que le encanta tanto el paseo como la olor a trementina. Pero yo creo que lo que realmente le motiva es el sexo. Y yo no tengo ningún problema con eso.

Este tío hace el amor mejor de lo que besa, que ya es decir, y puede hacer cosas con su lengua que consiguen que me vuelva loca. He tenido algún que otro flirteo y rollo de una noche desde lo de Isaac, pero hacía casi tres años que no tenía sexo de forma regular con nadie. Y oye, hay que ver lo que engancha. Hasta cierto punto, ha sido una suerte que tenga que estar trabajando bajo plazo, porque si no, no saldríamos de la cama nueva.

—Tengo que volver al trabajo —digo en un arrumaco de felicidad postcoital, de hecho es la segunda felicidad postcoital de la tarde, y la cuestión es que voy muy rezagada con el trabajo.

—Creo que marzo sería un mes maravilloso para tu exposición —dice Markel mientras su oreja sigue el contorno de mi oído—. Mucho pintar y poca diversión —dice—. Primavera y renovación. Es tan apropiado.

Siento un escalofrío por todo el cuerpo. Por un momento considero la posibilidad, aunque sé

que de ningún modo estoy dispuesta a esperar tanto. Salto de la cama antes de que me convenza para quedarme un rato más.

—Eres mi agente. Se supone que tienes que velar por mi carrera.

—También soy tu amante. —Markel se incorpora y se lleva las manos detrás de la cabeza, observándome mientras me visto—. Así que también tengo que velar por tu cuerpo.

—Y no creas que no te lo agradezco. —Me enfundo los vaqueros de trabajo, que están tan manchados de pintura que prácticamente se mantienen de pie solos—. Pero ya sabes lo que le pasa a las niñas que se pasan el día jugando y sin trabajar.

—¿Que son felices?

—Que no triunfan.

Aiden levanta los brazos en una mueca de desesperación.

—¡Humanidad, cuidado con la ambición en demasía de esta mujer! Te dejará frío y solitario, con las pelotas congeladas.

—Cuidado con el melodrama en demasía de este hombre —digo sacándole la lengua.

Coge el mando a distancia del suelo y apunta con él a la pequeña televisión que hay sobre una pila de viejos libros de cocina que nunca uso.

—Solo quiero ver cómo ha cerrado la bolsa —dice—. Luego me vuelvo a la galería.

No me interesa la bolsa, jamás he tenido acciones, así que cojo el pincel e inspecciono la pieza en la que estoy trabajando. Es la *Médium rosa* en la que he estado pensando durante meses, y está saliendo mejor de lo que esperaba. Estoy hipando con el resplandor que el formaldehído fenol y el homo le han dado a los distintos tonos rosados. Alcanzo mi paleta con una sonrisa en los labios.

—¡Mierda! —grita Aiden—. ¡Claire! ¡Mierda! ¡Mierda!

Me doy la vuelta.

—Es *Después del baño*. Nuestro *Baño*. —Salta de la cama y permanece en pie, desnudo, frente al televisor—. Creo.

De súbito entiendo el significado de la expresión «tener el corazón en la garganta»; es como si cada órgano de mi cuerpo estuviera retorciéndose sobre sí mismo detrás de mi laringe. Me uno a él, aferrada todavía al pincel.

Se cree que se trata de una de las pinturas jamás recuperadas del descarado atraco que tuvo lugar en el Museo Isabella Stewart Gardner de Boston en el año 1990, y que tuvo en jaque a los más renombrados investigadores —entona la presentadora de la CNN.

—Ahí está, llenando la pantalla. Si ese no es mi *Baño II*, entonces es que alguien ha hecho una pedazo de falsificación del demonio. Es casi imposible apreciar los detalles en la pantallita de mi televisor, pero estructuralmente el cuadro parece una réplica exacta del que Aiden tiene guardado. Mi pincel retumba al caer al suelo. Le cojo de la mano.

La pintura fue descubierta la semana pasada durante un control de seguridad en San Francisco, a bordo de un barco destinado a Nueva Delhi, India —continúa diciendo la presentadora—. Si se demuestra que es el Después del baño de Degas, se trataría del primer objeto recuperado desde el atraco de 1990, en el que fueron sustraídas obras maestras de valor incalculable firmadas por Vermeer, Rembrandt, Manet y Degas. La pintura se encuentra actualmente de camino a Boston para pasar los exámenes pertinentes. No se sabe si hay alguien arrestado, pero el FBI ha anunciado una investigación a fondo. Les mantendremos

informados.

Aiden y yo nos miramos el uno al otro, incapaces de articular palabra. El velo de incredulidad en nuestros ojos habla por nosotros.

—Creí que habías dicho que lo iba a transportar personalmente —digo finalmente.

Aiden se pone los pantalones.

—No sabemos si estaba allí o no. Todo lo que han dicho es que la descubrieron durante un control de seguridad. Y ni siquiera sabemos si se trata de mi comprador.

Después del baño. Un barco. Partiendo de San Francisco. Yendo a la India. ¿De qué otra persona podría tratarse?

—Es importante mantener la cabeza fría —dice—. No entres en pánico. No hables con nadie. Trataré de averiguar algo más. Volveré tan pronto como pueda.

—¿A dónde vas? —le pregunto mientras él agarra la chaqueta.

Aiden me mira y parpadea, como si le sorprendiera verme. Luego su mirada se suaviza, y me envuelve con sus brazos.

—Todo saldrá bien. Te lo prometo. No dejaré que te pase nada. Ni a mí.

Me dejo abrazar, deseando creer en lo que dice, pero sabiendo de sobra que no está en posición de prometer nada, y mucho menos de cumplirlo.

MIENTRAS ESPERO que Aiden regrese, intento trabajar, pero de momento, no consigo concentrarme. Temo cometer algún error garrafal, retrasarme todavía más o quemar el edificio entero, que todo puede ser. Me obligo a parar. Pongo la televisión, pero están dando la repetición de las noticias. La captura de imagen de la pintura es la misma. Navego por internet buscando algo de información, pero lo único que consigo averiguar es que la oficina de Administración de Seguridad de Transporte descubrió el cuadro hace casi una semana y no autorizó a que se divulgase la información hasta hoy. Eso significa que probablemente saben mucho más de lo que dicen. Me pongo otro par de calcetines extra y una camiseta térmica, pero no entro en calor. Añado un chaleco y unos guantes de lana de vagabundo, pero estoy helada hasta los tuétanos. Quiero poner la calefacción pero el aire caliente tiene efectos erráticos sobre la pintura, que todavía no está completamente seca, así que no me queda otra que esperar, pasear en círculos, con la esperanza de que el movimiento me ayude. Ya es de noche cuando Aiden regresa. Me lanzo a sus brazos buscando calor y protección, pero como viene de estar bajo el aire fresco de la noche y no tiene poderes de defensa mágicos para repeler el frío, no encuentro ni una cosa ni la otra.

Se sienta en el sofá, apretándose el puente de la nariz con los dedos.

—Han arrestado a Patel.

—¿A quién?

—Ashok Patel. El comprador.

—O sea que es mi pintura.

Me mira como si me hubiera vuelto loca.

—Perfecto —digo mientras considero las posibles implicaciones—. Dijiste que ya habías trabajado con él antes. Vamos, que te conoce. Que sabe tu nombre, cuál es tu aspecto.

—Sí y no.

—Explícate.

—Él me conoce como propietario de Markel G. Es cliente mío desde hace años. Pero no tiene ni idea de que yo estoy implicado en la venta. Tal y como te dije, lo hice a través de muchos intermediarios.

—¿Pero los intermediarios te conocen?

—Es una cuestión de niveles, ya te lo dije. Tengo las espaldas cubiertas. Además, yo jamás me he metido en algo así, así que no creo que me vayan a poner en el punto de mira.

No suena tan convincente como Aiden trata de aparentar, pero ahora mismo tenemos problemas más importantes.

—¿Cómo le encontraron?

—No estoy seguro, pero los corredores le dieron instrucciones precisas para que sacara el cuadro del marco y lo llevara personalmente consigo. Y asumí que haría lo que se le dijo.

—Pero no lo hizo.

Aiden desliza su brazo sobre mí.

—Patel no sabe de dónde procedía la pintura, con quién estaba tratando, o si era o no era la auténtica. Y aunque hubiera querido, no habría podido llegar hasta mí.

—El FBI o la Agencia de Seguridad de Transporte o lo que sea puede tirar del hilo, y descubrir todas las capas.

—Eso no es tan fácil como lo pintan en las series de televisión.

—Pero van a volver a reabrir todo el asunto del robo del Gardner otra vez. ¿Dónde están las pinturas? ¿Quién se las llevó? Podrían acabar conectándolo contigo.

—Estoy libre de sospecha gracias a mi ignorancia y a la ignorancia que los demás tienen sobre mí. —Levanta mi barbilla—. Lo importante es que nadie podrá conectar nada de esto contigo. Soy el único que sabe que tú estás implicada y —me besa ligeramente—, mis labios están sellados.

—¿Y qué hay de ti?

—Yo te traje una copia de alta calidad y te pagué ocho mil dólares por reproducirla. Eso es lo único que sabes. Y no te preocupes por mí. Ya soy mayor. Puedo cuidar de mí mismo.

—¿Así de simple?

—Joder, eso espero —dice regalándome una sonrisa fugaz.

La sonrisa me descoloca. En realidad, no sé nada de él.

—Supongo que las buenas noticias son que ya no tendré que preocuparme de devolver el original al Gardner —dice—, al menos durante un tiempo.

Me muerdo el labio inferior. Qué iluso, si él supiera que el que él tiene tampoco es un original... Él tampoco sabe nada de mí.

—Y si descubren que es una falsificación —pregunto—. O peor, ¿y si no lo descubren?

Aiden me coge las manos.

—Claire, te vas a volver loca, y me vas a volver loco a mí con tantas preguntas. Te estás precipitando innecesariamente. Vayamos paso a paso. Cada cosa a su tiempo. Como solía decir mi abuela: «Agárrate a lo mejor hasta que sepas lo peor».

—Vale —accedo, aunque me conozco, y sé que soy incapaz de mantener ese tipo de control—. Lo que la abuelita de Markel diga.

Aiden choca las palmas de sus manos contra sus muslos y se pone en pie energicamente.

—¿Quieres que pidamos *pizza*?

Pero cuando llega la *pizza* no comemos mucho, la verdad. Jugamos con nuestras porciones y fingimos estar absortos en los capítulos repetidos de *Seinfeld* y *Taxi*. Incluso nos reímos.

—¿Estamos silbando una melodía feliz? —le pregunto después de la particularmente bulliciosa maratón de diversión.

—Si funciona... —dice encogiéndose de hombros.

Acabamos temprano, y por primera vez desde que Aiden me hizo macarrones con queso, no hacemos el amor.

VEINTISIETE

LA PORTADA DEL *BOSTON GLOBE* TRAE UNA FOTOGRAFÍA del archivo del Museo Gardner de *Después del baño*, el que estuvo colgado en la Pequeña Galería durante casi cien años. Solo Aiden y yo sabemos que esa no es la pintura que han confiscado en el muelle de San Francisco, y solo yo sé que no fue pintada por Edgar Degas.

¿DESCUBIERTA LA OBRA MAESTRA robada del Gardner?, se preguntan los titulares del periódico. Es la noticia del momento en prácticamente todos los portales de noticias de internet. Lo han sacado hasta en el programa *Today*.

Aiden y yo peinamos todas y cada una de las fuentes, leyéndonos fragmentos en voz alta. Pero la verdad es que no ha aparecido ninguna información adicional desde el anuncio de ayer. Tampoco han hecho ninguna mención al arresto de Patel. Las autoridades están manteniendo en secreto sus pesquisas.

—¿Crees que están haciendo eso de esconder los detalles que solo el asesino podría saber? —le pregunto a Aiden.

—Claire, aquí no hay ningún asesino. Y bien podría no haber ninguna prueba que esconder. Y probablemente ese sea el motivo por el que no la estén divulgando.

DOS DÍAS MÁS TARDE, se confirma que un hombre llamado Ashok Patel, de origen hindú y afincado en Bangalore, ha sido arrestado por transportar mercancía robada. También reportan que el lienzo estaba en el bastidor, y no enrollado, desoyendo las instrucciones que se le dieron al respecto. Tampoco lo llevaba consigo. En lugar de eso, lo puso dentro de un contenedor de pantalones vaqueros con destino a una tienda de Nueva Delhi.

Los días siguientes, se habla de extraditar a Patel a Massachusetts, de acusarle del atraco, de avistamientos de las otras piezas robadas por toda la India. Pero ya ha pasado una semana desde el arresto y no hay noticias nuevas sobre Patel ni sobre la autenticación de *Baño II*, solo especulación televisiva por parte de tertulianos que no tienen ni idea de lo que están hablando. Si no fuera por mis ventanas, ya habría acabado en el manicomio.

Refugiarme en la pintura me ha servido con un doble propósito. No solo he conseguido avanzar sino que estoy demasiado absorta o cansada como para obsesionarme con Patel. Solo una parte de esto se debe a mi actual trabajolismo; el resto subyace en el apabullante número de horas que le he dedicado a este proyecto de ventanas durante los dos últimos años. Hice cientos de dibujos y tomé miles de fotografías, así que la parte difícil no ha estado en pintar sino en qué ideas elegir.

He preparado los trece cuadros, he aplicado el encolado, he bosquejado todos los dibujos, y los he cubierto con una capa de pintura de fondo. *Médium rosa* tendría que estar acabado en unas horas, y *Tremont* también. Empezaré con la pintura policromada de *Pasillo* y *Balcón* mañana. Aiden está muy impresionado con la calidad del trabajo. Estoy satisfecha conmigo misma.

Miro el calendario. Estoy trabajando el doble de rápido de lo que había estimado en un principio, terminado dos cuadros en menos de una semana en lugar de solamente uno. A este ritmo, con diez semanas y once pinturas que hacer, debería llegar a tiempo para la exposición de diciembre. Y me sobrarán dos semanas. Recalculo para asegurarme. Los números siguen siendo los mismos. Puedo hacerlo.

Tengo este sentimiento de conclusión desde hace unos días. Pero ya estoy lista para tomar la decisión. En lugar de llamar a Aiden para contárselo, me doy una larga ducha y paso más tiempo de lo normal secándome el pelo. Me maquillo un poco, algo que no había hecho desde hacía siglos, y hasta me pongo lencería. Desafortunadamente, mi fondo de armario es escaso, pero como el tiempo acompaña, me pongo una camiseta sin mangas muy *sexy* y una chaquetilla monísima que me compré en Filene Basement hace años.

Cuando llego a Markel G, permanezco dentro de la galería observando a lo lejos a Aiden en su despacho a través de la puerta de cristal. La exposición actual está muy en la línea, es muy impresionante, particularmente curatorial. Son esculturas antropomórficas creadas por delgadas líneas de hilo. Dibujos de lo que a primera vista parecen hojas de papel cuadriculado pero en realidad son una delicada red de tinta. Una espiral de seis metros creada por miles de cables. Círculos blancos sobre círculos blancos, sobreponiéndose a más círculos grabados sobre un lienzo negro. Y lo más impresionante, un dibujo de una sola línea de unos siete metros y medio de altura cubriendo dos paredes, describiendo la vida de un pueblo en Kenia. Una exposición muy inteligente.

Aiden no se ha dado cuenta de mi presencia. Está hablando por teléfono, sonriente. Nadie diría que le preocupa nada más allá de instalar la siguiente exposición. Me hace pensar que si él está tan tranquilo, yo también debería estarlo.

Al verme se dibuja una amplia sonrisa en su rostro. Cuelga el teléfono y viene hacia mí, pero se frena antes de darme un abrazo. Me preocupa que si nuestra relación trasciende la gente pueda pensar que fue así como conseguí la exposición, aunque pensándolo bien, es un motivo mucho mejor que aquel por el que verdaderamente la conseguí.

Aiden pensó que era una tontería hacer caso a los rumores sobre nuestra relación, pero acordamos ser discretos en público.

—Te ves fabulosa. ¿Celebramos algo?

—Solo pasaba por aquí para discutir con mi agente algunos temas de la exposición de diciembre —digo, pestañeando coquetamente, manteniendo las distancias.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

Decidimos inaugurar a mediados de mes para que así la exposición pueda seguir estando a principios de año.

—Es una buena fecha —asegura Aiden—. Realmente buena. Inauguraremos el seis, bastante antes de Navidad, así la exposición se mantendrá durante todas las vacaciones, con las calles a tope de gente. Te sorprendería saber cuántos negocios se cierran la semana después de navidades.

Escucho todo esto, miro al propietario de Markel G poner mi nombre en su calendario, echo un vistazo a las paredes, y reemplazo mentalmente las obras de arte que hay expuestas por las mías, pero no es real. No puede estar pasándome a mí, a Claire Roth, a la paria del círculo artístico de Boston. La Gran Farsante. No puede ser. ¿O sí? Sin ser consciente de que no le estoy escuchando, de que soy totalmente incapaz de hacerlo, Aiden sigue hablando de fechas, espacios, promociones, curadores y coleccionistas, y precios de partida.

—¡Oh! —exclamo dejándome llevar por una ráfaga de felicidad que asciende desde el centro de mi ser. Hasta aplaudo, loca de alegría. Me está pasando a *mí*.

Aiden estalla en carcajadas y me presenta a sus asistentes, Chantal y Kristi, que juntas deben tener como mínimo veinte *piercings* y menos de noventa centímetros de tela debajo de sus cinturas. Vaya, qué botas más altas.

Las pone al día sobre mi exposición de diciembre y les enseña mi página web. Chantal y Kristi no dejan de exclamar conforme Aiden habla efusivamente sobre la combinación única de técnicas clásicas y la materia del sujeto contemporáneo. Durante un instante, me siento fuera de la conversación, como una intrusa. Una interpoladora. Debo recordarme a mí misma que no lo soy. Ahora mismo, justo en este preciso instante, el sueño que jamás creí que podría llegar a ser real, está ocurriendo.

Tengo un cosquilleo perturbándome por todo el cuerpo ante la improbabilidad de lo que está pasando.

Dos mujeres de mediana edad, estilosos cortes de pelo, y pantalones vaqueros de diseño, entran por la puerta, y Kristi se lanza a saludarlas inmediatamente. Muestro a Chantal las primeras ventanas que hice en su día y que planeo incluir en la exposición y le doy más detalles sobre las nuevas. Parece sinceramente emocionada. Intento aparentar calma, ser una tía guay, como que no estoy impresionada, como si hiciera esto todos los días, pero el sofoco de mi cara y el salvaje agitar de mis manos me dicen que no estoy haciendo un buen trabajo.

Otro cliente reclama a Chantal y Aiden aprovecha para decirme:

—¿Cómo quieres celebrarlo?

Me llevo el dedo índice a la comisura de los labios.

—He oído que hay un lugar justo a un bloque de aquí que tiene unos grabados fantásticos...

Al llegar a casa de Aiden nos vamos directos a la cama. Pero estoy tan emocionada que no puedo concentrarme. Parloteo sobre *Médium rosa*, si incluir *Torre* en la exposición o pintar otra más ya que tengo tiempo de sobra, y dónde debería comprarme un vestido para la ocasión. Pero la destreza sexual y paciencia de Aiden acaban imponiéndose sobre mí. Al final, mi orgasmo es tan amplio, intenso y vibrante que jadeo «ha sido el mejor» mientras él todavía está dentro de mí, empujándole a seguir todavía más. Su risa es un alarido, y hace lo que quiero.

Después de un rato, saciados y sudorosos, yacemos enroscados como signos de interrogación sobre el lecho, el latido del corazón de Aiden palpitando sobre mi espalda.

ACABO *TREMONT* esa misma tarde y paso el resto del día trabajando con tonos de rango medio en *Pasillo y Balcón*. Tres capas pintadas y horneadas en cada uno, dentro del horario que me había marcado. Pienso en hacer otra ronda con el homo pero al final decido dejarlo. Aiden empezará a hacer promoción en un par de semanas, y tengo que decirles a los del Jake's de qué va la cosa antes de que se enteren por otra persona.

Voy caminando distraídamente hacia el Jake's como si hubiera estado haciéndolo cada noche. Ha pasado casi un mes desde la última vez. El período de tiempo más largo que me he tirado sin venir aquí fue cuando pasó lo de Isaac.

Maureen es la primera en verme.

—Mira quién ha resucitado de entre los muertos —dice—. O acaso es un lienzo lo que están viendo mis ojos.

Mike, Pequeña y Danielle se echan sobre mí en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Estás bien?

—¿Cómo va la pintura?

—¿Dónde has estado? Te hemos echado de menos.

—¿Qué pasa, que ahora eres demasiado guay y creativa para juntarte con nosotros?

—Yo también os he echado de menos —digo, y lo digo en serio—. Pero no voy a poder dejarme caer mucho por aquí en las próximas seis semanas.

—¿Está pasando algo? —pregunta Pequeña tomándome de las manos—. ¿Algo bueno para tu carrera?

Trato de parpadear para frenar las lágrimas, pero una de ellas se escapa mejilla abajo. Todos me miran con una mezcla de preocupación y compasión pintada en sus ojos. Me enjugo la lágrima.

—No, no —logro decir—. Es bueno.

Todos se quedan visiblemente relajados y Maureen empuja una Sam hacia mí.

—Bebe —dice.

Me ventilo media botella de un trago.

—No os lo vais a creer. —Miro sus rostros expectantes, pero no puedo dar forma a las palabras.

Danielle se cruza de brazos.

—Si Rik estuviera aquí, diría que se está haciendo viejo de esperar.

Lo mejor es acabar con esto cuanto antes.

—Voy a exponer en Markel G.

Durante un instante se hace un silencio sepulcral, y después la barra entra en erupción.

—Eso es fabuloso.

—Increíble.

—Markel G. ¡Menudo golpe!

—¿Cómo lo has conseguido?

—Te lo mereces. Te lo mereces —dice Mike agarrándome del hombro.

—Yo ya he invitado a Claire a una cerveza —gruñe Maureen—. Y ahora parece que voy a tener que invitar a toda la pesca.

Todo el mundo ríe. Cuando todas las botellas están abiertas, Pequeña levanta la suya y dice:

—Por el éxito de una de los nuestros.

Todos alzamos nuestras bebidas, bebemos, y dejamos las botellas en la barra con golpes sonoros.

—Amén —dice el coro.

VEINTIOCHO

TRES AÑOS ANTES

SEIS SEMANAS ES MUCHO TIEMPO. TE DA TIEMPO A desarrollar dolores de cabeza, insomnio, problemas digestivos, miedo al éxito, miedo al fracaso, miedo del miedo, y un montón de problemas psicológicos. Creo que los tuve todos, y algunos más, mientras esperaba el veredicto de Karen Sinsheimer. Autodiagnosticada, por supuesto. Cuando recibí su llamada ya estaba completamente desquiciada.

—Lo siento —dijo Karen tras presentarse.

Me muerdo el labio.

—¿Por qué?

—El comité ha determinado que *4D* es obra de Isaac Cullion.

VEINTINUEVE

— **H**AS CONSEGUIDO ENGAÑAR A LO MEJOR de lo mejor —dice Aiden.
Acabamos de cerrar y estamos sentados cómodamente en la pequeña salita en la que se cierran los tratos de Markel G.

—Una cosa es engañar a tu autentificador y hacerle creer que es original, pero esto... Estaba muy bien hecho y todo eso... No estoy diciendo lo contrario, pero aun así... — vacilo.

Me acaban de decir que los autentificadores contratados por el Gardner han dicho que *Baño II* es un Degas original, el auténtico *Después del baño* que robaron en el museo durante el atraco de 1990. Después de lo de *4D*, supongo que tampoco tendría que sorprenderme tanto. Pero lo estoy. Estoy muy sorprendida.

—Uno de los profesores que tuve en Repro dijo una vez que solo las malas falsificaciones quedaban al descubierto, porque las buenas estaban colgando de las paredes de los museos. Aiden chasquea con la lengua.

—Supongo que estás en buena compañía.

No es mi primera vez, por supuesto.

—¿Es malo para nosotros?

Aiden se gira hacia la sala principal de la galería.

—¿Quieres colgar las pinturas en un bucle lineal alrededor de toda la galería? ¿Cada una en su propio espacio? ¿O tal vez deberíamos ponerlas en los paneles móviles para que la gente pueda sentirse visual y emocionalmente rodeada?

Por primera vez, no tengo ganas de hablar de mi exposición.

—No me has contestado. ¿Cómo nos afecta el veredicto de los autentificadores?

—No voy a engañarte —suspira—. Van a estar encima de Patel. Van a seguir buscando pruebas. Pistas sobre dónde pueden estar el resto de las pinturas. Y por supuesto van a intentar negociar para obtener información. —Hace una pausa—. ¿Alguna vez te han tomado las huellas dactilares?

Sacudo la cabeza con gesto negativo.

—Bien.

—¿Y a ti?

Él también lo niega con un gesto de cabeza.

—Bien, Claire, los hados están de nuestra parte. Todo indica que saldremos de esta.

No digo nada, pero pienso que negar la realidad está muy bien, incluso es hermoso, hasta que deja de serlo.

El PÚBLICO ESTÁ maravillado con el tema del cuadro, y su ansia de información sobre *Después del baño*, el robo, Edgar Degas y todo lo relacionado con el Gardner es insaciable. Los medios de comunicación están más que contentos por tener tema con el que llenar portadas.

Yo era tan solo una niña cuando sucedió lo del Gardner, y aunque crecí a las afueras de Boston y fui al colegio aquí, no me enteré de mucho. Sé que sucedió en mitad de la noche, que dos tipos vestidos de policía derribaron a dos inexpertos guardias de seguridad y robaron trece obras, incluyendo *Tormenta sobre el mar de Galilea* de Rembrandt *El concierto* de Vermeer, y por supuesto *Después del baño* de Degas. Y que hasta ahora, y a pesar de las miles de horas de trabajo policial invertidas y de la recompensa de cinco millones de dólares, jamás se ha logrado recuperar ni una sola de las obras.

En los últimos días me he enterado de que uno de los guardias estaba drogado, que otro de los guardias de seguridad más veteranos llamó en el último momento excusándose de no poder ir por estar enfermo, que los ladrones iban conduciendo una cascarría oxidada, que solo estuvieron una hora en el museo, y que cargaron el alijo en la parte de atrás del vehículo, y se marcharon tan tranquilamente, como habían venido.

También me he enterado de que el museo no tenía seguro, que los guardias eran en realidad vigilantes nocturnos, de esos que están ahí para encargarse únicamente de la seguridad del edificio en sí, prevenir incendios, fugas de gas, y cosas de ese estilo, pero no impedir un robo. Que cuando uno de los ladrones le dijo al guardia de seguridad que si no oponía resistencia, nadie resultaría herido, este le respondió: «No se preocupe, señor. No me pagan lo suficiente como para salir herido». Esto me dejó impactada.

Los sospechosos iban desde todos y cada uno de los miembros de la mafia de Boston hasta el IRA, ladrones de arte internacionalmente conocidos, bandas locales, policías corruptos, exempleados del museo, y hasta la Iglesia católica. Todos ellos, incluso los que estaban en la cárcel, los prófugos, o enterrados bajo tierra, resultaron cabos muertos. Desafortunadamente para Aiden y para mí, ahora tienen un montón de pistas nuevas con las que jugar. El periodista, poli, o agente del FBI que consiga resolver este caso saltará a la fama y la fortuna. Es ridículo. Es hilarante. Y acojonante.

Me siento frente al homo, observando cómo se va cociendo *Puertas*, pero lo cierto es que se supone que tendría que estar pintando los tonos medios de *Viejo norte*. Me obligo a levantarme y caminar hacia *Viejo norte*. Cojo un pincel y mi paleta, pero mis ojos no dejan de echarle miraditas a la cama, y pienso en echar una siesta.

Tras saber que el veredicto de autenticación nos pone en situación de peligro, Aiden sigue recordándome que nos agarremos a lo mejor hasta que sepamos lo peor. Pero lo que de verdad me roba el sueño es la idea de que si la gente nos relaciona románticamente, también nos van a relacionar en todo lo demás. Invento todo tipo de excusas para evitar coincidir con él en público, aunque eso signifique ir de mi casa a su casa y de su casa a mi casa. No tengo que esforzarme

demasiado porque lo justifico con el plazo que tenemos para la exposición, pero Aiden ya empieza a recelar.

—Sé que estás muy ocupada, bajo presión —dice cuando llama para darme las buenas noches—. Lo sé mejor que nadie, pero no puedes encerrarte en tu estudio. No es bueno para ti. Ni para tu carrera. Tómatelo como un trabajo: tienes que hacer contactos, salir ahí fuera, relacionarte. La inauguración es en menos de un mes. Las notas de prensa salen mañana. Necesitas empezar a promocionar la exposición.

—Pensaba que ese era tu trabajo.

—También es el tuyo. Hay una gala benéfica en el hotel Mandarin Oriental este fin de semana, y sería una carta de presentación extraordinaria para ti. Es un día después de que salgan las notas de prensa y...

—No quiero empezar con algo tan a lo grande. Toda esa gente ya conoce mi historial y jamás...

—No es un festejo artístico oficial. Es una fiesta de Halloween a favor del matrimonio homosexual, así que va a ser un grupo muy heterogéneo. Un lugar idóneo para empezar.

—¿Una fiesta de disfraces?

—Será una lástima tener que cubrir ese hermoso rostro tuyo —ríe—, pero sí, Claire, todo el mundo irá disfrazado.

La verdad es que eso es un plus.

—Todo este melodrama sobre el no dejarnos ver en público es una gilipollez —continúa—. Y además, tenemos un motivo de negocios por el que acudir allí juntos: el agente y la artista.

—¿Y no podemos esperar hasta después de la inauguración? —Se hace un silencio al otro lado de la línea—. Está bien, está bien —claudico finalmente—. Iré. Bien.

—Y de ahora en adelante ve haciéndote a la idea de salir a tomar el aire, lejos de toda esa pintura y esa trementina, por no hablar del formaldehído.

—El formaldehído es un conservante. Me está manteniendo joven.

—Lo dudo mucho —dice secamente.

—Solías pensar que era graciosa.

—Solías serlo.

ENCONTRAR UN DISFRAZ DECENTE un día antes de Halloween no es tarea fácil. Las tiendas están llenas de Spidermans, Cenicientas, y Harry Potters, pero creo que ninguno de esos modelos es apropiado para esta gala benéfica de quinientos dólares el cubierto. No hay una tienda de disfraces próxima a la que poder ir a pie y tras visitar un par de tiendas de ropa *vintage*, salgo con las manos vacías. Así que me acerco a una tienda CVS y me agencio una peluca blanca y una máscara emplumada pegada a un palo, al estilo de las Mardi Gras, y de camino a casa compro un vestido elegante de segunda mano.

Mientras camino en dirección al hotel Mandarin Oriental enfundada en mi vestido casi nuevo, peluca y máscara en mano, me pregunto por qué no me disfracé de robot o dinosaurio. Habría hecho falta más montaje pero el resultado habría sido una caja sobre mi cabeza. Si nadie me reconoce, nadie puede despreciarme. ¿Y por qué no dejé que Aiden pasara a buscarme cuando me lo ofreció? En ese momento me pareció noble negarme, porque él vive apenas a unos bloques de

distancia del hotel y yo estoy por lo menos a veinte bloques, pero ahora la idea de ir caminando a solas no me hace ninguna gracia. Compruebo mi bolso para asegurarme de que la máscara está dentro.

Nunca antes he estado en el Mandarin, y me quedo entusiasmada con el vestíbulo. Está lleno de sutiles pero poderosas influencias asiáticas, cortinas de seda cayendo sobre las paredes de piedra caliza, muebles de madera exquisita con decoraciones incrustadas, bambú lacado, vidrio y madreperlas. Y luego está la colección de arte. Increíble. Dos coloridas litografías pintadas a mano por Frank Stella enmarcando la entrada, y un tríptico de Terry Rose colgando sobre el mostrador principal. A mi derecha hay un inusual David Hockney, su *Deux*, en la que utilizó colores apagados para crear figuras parecidas a las de Picasso. A mi izquierda, sobre la chimenea, está el *The Given* de David Mann, un imponente cuadro de aspecto tridimensional, una abstracción rojinegra que recuerda al Big Bag.

Paso más tiempo del que debería admirando las obras de arte antes de meterme en el baño para ponerme mis accesorios de Halloween. Como siempre, una hora tarde. Ya con toda la parafernalia encima, peluca y máscara, salgo en busca del salón de baile. Este sitio podría ser el doble de grande que un museo: diez imágenes de Terry Winters, enmarcadas en bastidores de bambú, se alzan a ambos lados de la elevada escalera; el *Life Line 3* de Judith Brust cuelga sobre el descansillo de la segunda planta.

Oigo el alborozo de la fiesta antes de poder verlo y me detengo para recuperar el aliento y prepararme para entrar. Me sudan las palmas de las manos, y tengo miedo de que la máscara tiemble al sujetarla entre mis manos trémulas. Me recuerdo a mí misma que he hecho cosas más difíciles antes, como por ejemplo, decirle a Karen Sinsheimer que yo pinté *4D*, aunque aquella no fuera precisamente una de mis decisiones más sabias. Aun así, levanto la máscara y entro en el salón de baile.

La escena es salvaje. Policías cañón y enfermeras calentorras. Piratas, cavernícolas y diosas griegas. Homer Simpson, Harry Potter, Indiana Jones, Tiger Lily, Shreck y Joker. Nefertiti y Cleopatra. Y por supuesto, dada la causa que están defendiendo, Cleopatra es un hombre e Indiana Jones es una mujer. Otros travestis están enfundados en el atuendo completo de *Miss América*, y un buen porcentaje de hombres pululan por ahí con sus brillantinas y sus cuerpos lustrosos ligeros de ropa. También hay un montón de mujeres así. Apostaría mi propia exposición a que ni uno solo de estos disfraces viene de una CVS.

La hora del cóctel parece estar desembocando ya en la hora de la cena. Miro alrededor en busca de Aiden. Viene vestido de profesor Henry Higgins y su esmoquin debería ser fácil de detectar en medio de todos estos disfraces. Pero antes de que pueda encontrarle, George Kelly, mi profesor de Dibujo en la escuela del museo, se acerca a mí. Va vestido con un uniforme del ejército que por lo menos le está dos tallas más pequeño, así que a lo mejor tal vez sea de cuando era joven.

—¡Claire Roth! —exclama George—. Mírate, estás fabulosa. He oído lo de tu exposición en Markel G y no podría estar más feliz por ti.

Bajo mi máscara, totalmente sorprendida.

Justo detrás de él hay un gánster de los años veinte, alias el profesor Zimmern, el amigo de Sandra Stoneham, director del departamento de escultura.

—Estamos tan orgullosos de ti, Claire, por que una de las nuestras se esté abriendo su propio

camino.

Nunca di clases de escultura con Zimmern, solo le conocía de vista, y George fue el primero en ponerse en mi contra cuando se hizo público lo de *4D*. Me recuerdo a mí misma que estoy aquí para hacer contactos y aceptar sus felicitaciones con cierto punto de autodesprecio.

El profesor Henry Higgins viene hacia nosotros con sus cabellos repeinados hacia atrás y su esmoquin de cuello alto; le da un aire a Red Harrison. Aiden toma mi mano y la besa.

—Estás encantadora esta noche, querida —dice poniendo acento británico.

Presento entre sí a los tres profesores. George y Zimmern siguen con su peloteo un poco más y luego se van.

—Espero verles en la inauguración de Claire —les dice Aiden al marcharse.

—No nos la perderíamos —dice George al despedirse con un raro movimiento de mano.

—¿Lo ves? —dice Aiden conforme nos dirigimos a nuestra mesa—. Te mueves como pez en el agua.

—Se acercaron a mí, y hasta me felicitaron.

—Y no serán los únicos.

Y Aiden tiene razón. Es como si de repente, esta noche, en este salón de baile, hubiera salido de la crisálida y hubiera entrado siendo una apestada a un nuevo mundo en el que, fíjate tú por dónde, ahora resulta que me adoran. Es bastante desconcertante, y al principio no sé cómo llevarlo, pero a mitad de velada, durante la cena, me vuelvo más confidente y locuaz. La Gran Farsante se ha desvanecido. Y nadie parece notar que Aiden y yo somos otra cosa salvo colegas. Para cuando nos sirven el pastel de siete capas de chocolate y *mousse* blanco ya estoy pasándomelo como hacía siglos que no me lo pasaba.

Alguien me tapa los ojos por detrás.

—¿Quién soy?

Reconozco la voz inmediatamente, me levanto de un salto de la mesa y me tiro en los brazos de Rik, que va vestido de artista francés, con su boina y todo.

—Pensé que todavía te quedaba una semana para volver de París —digo propinándole un beso.

—Acabo de llegar justo hace una hora y me he venido corriendo. —Mira a Aiden—. No esperaba verte aquí... —No termina la frase.

—¿Entonces me equivoqué con las fechas? —pregunto rápidamente tratando de desviar el tema de conversación—. ¿Era hoy cuando llegabas?

—Cuando estalló todo el tema del Gardner —explica—, aceleré todo el trabajo que tenía pendiente, adelanté reuniones, y me vine volando para no perderme nada. —Me planta un gran beso en los labios—. *Después del baño*, Osito. ¿Te lo puedes creer?

Aiden le tiende la mano.

—Aiden Markel —dice—. Tú debes de ser el famoso Rik.

Rik me mira con los ojos como platos.

—No tan famoso, me temo.

—Para Claire, sí —dice Aiden—. Coge una silla y únete a nosotros.

Rik arrastra una silla y le hacemos un hueco a la mesa.

—Lo del Gardner se está poniendo cada vez más interesante —dice Rik.

—¿Y eso? —demando al mismo tiempo que Aiden pregunta calmadamente:

—¿Ah, sí?

Rik mira a Aiden, luego a mí, de vuelta a Aiden y una vez más a mí. A los otros los pueden engañar fácilmente pero a Rik no, a él no se le escapa una.

La comida que acabo de ingerir se me vuelve un bloque de cemento en el estómago.

—¿Sabes algo que los demás no sepamos? —Le guiño el ojo—. Suéltalo.

Rik se inclina hacia nosotros.

—Todavía no se ha hecho público, pero este tipo, el tal Patel, va a declararse inocente de los cargos y ha accedido a ser extraditado a Boston para ser sometido a juicio.

Ahora mismo no sé si eso es bueno o es malo. Hago esfuerzos para no mirar a Aiden.

—¿Y eso es tan raro? —pregunta Aiden en un tono de voz tan monótono como si estuviéramos discutiendo la calidad del pastel de siete capas—. ¿No es así como suelen hacerse estas cosas?

—No, no, esa no es la parte rara —dice Rik.

Intento parecer calmada, interesada, pero no demasiado.

—Lo interesante es la razón por la que Patel va a defender su inocencia. Según sus abogados, jamás pensó que la pintura fuera original, ni quiso comprar en ningún momento el auténtico Degas. Patel dice que él la compró pensando que era una copia, a través de una compañía *online* que hace reproducciones de obras maestras europeas del siglo XIX de gran calidad. —Rik me sonrío—. Estaría bueno que dijera que lo compró de Repro y que dijera que tú, la renombrada experta en Degas, fuiste la que lo hizo.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, los medios de comunicación confirman todo lo que dijo Rik, lo cual me pone muy nerviosa. Un posible juicio. Un posible acuerdo con la fiscalía. Una posible traición entre los intermediarios de Patel y Aiden. Una posible conexión con Repro. Cambio velozmente de pensamientos y rememoro los momentos felices que viví en la fiesta la pasada noche. La aceptación, las felicitaciones, las promesas de apoyo. Solo Crystal Mack estuvo sosa.

—¿Es cierto? —demandó.

—¿El qué?

—No te hagas la interesante, Claire. ¿Cómo lo has conseguido?

—Bueno, primero le di una capa de imprimación al óleo, luego procedí con la pintura de fondo, usé carboncillo para delinear...

—¿Así sin más? —Miró con desdén en referencia a Aiden.

—Por supuesto que no —dije espesando el tono de mi voz con miel—. Mezclé los disolventes con los pigmentos y fui aplicando una capa detrás de otra...

—Vale —dijo levantando una mano en el aire—. Lo que tú digas.

—Me aseguraré de que te hagan llegar una invitación para la inauguración —le dije cuando ella ya me estaba dando la espalda.

—Creo que esa noche estoy ocupada —dijo ella antes de desaparecer entre la multitud.

Todo el mundo parecía verdaderamente contento de verme regresar del exilio. Eso significa que vendrán los críticos, los coleccionistas, los curadores. Si las pinturas son tan buenas como Aiden piensa, podría estar abriéndome camino.

Echo un vistazo a *Charlie's*, que es la pintura que tengo ahora mismo en el horno, y regreso a *Nighttime T* para aplicarle los naranjas brillantes a las capas finales. *Nighttime T* va a ser uno de

mis favoritos, cuando no el favorito de toda la colección. Los rostros observando fijamente a través de las ventanas del tren en movimiento, perdido en la nocturna omnipresencia del túnel, tienen una cualidad hopperesca. La luminosidad de la pintura y autenticidad que el efecto del horneado produce en sus tonos de piel los hacen parecer casi tridimensionales, una sombra más real que la realidad.

Me pongo contenta cuando oigo el sonido del cronómetro apagándose porque eso significa no solo que *Charlie's* ya está lista para la capa final de barniz sino también que ya es hora de ir a Beverly Arms. Mi prohibición de volver ha sido suspendida, así que ya puedo regresar al talego, pues a sus ojos ya no existe sospecha alguna de que pueda ser una criminal. Por mucho que sienta la presión por cumplir mi plazo, necesito salir del estudio, lejos de mis pinturas, lejos de mí misma. Estos chicos están más jodidos que yo, y será agradable pensar en los problemas de los demás durante un rato. Salgo con tiempo de sobra para no llegar tarde.

Nada más entrar en las instalaciones del edificio y toparme con las paredes de color verde podrido y las ventanas de rejilla, me empieza a palpar el corazón. Me acerco lentamente al detector de metales.

—Nombre —ladra el vigilante mirando mi foto y luego a mí, a pesar de que sabe exactamente quién soy.

Aprieto los puños.

—Claire. —Mis fosas nasales se llenan con el pestazo a colonia barata y sudor rancio. Me veo de nuevo en esa estrecha habitación en los confines de este edificio. Encerrada y confinada—. Ahm... Ahm... Claire, Claire Roth.

Me mira atentamente.

—¿Propósito de la visita?

La sala está sobrecalentada, es pequeña y claustrofóbica, estoy mareada, no me encuentro bien. Pierdo el equilibrio y me agarro al borde de la mesa. Al vigilante se le descompone la cara.

—¿Propósito de la visita? —demanda esta vez con un tono de voz que raya la molestia.

Trato de hablar, pero no puedo. Han pillado a Patel. Se acabó. Aiden y yo vamos a estar entre rejas toda la vida.

—¿Hay algún problema, señora Roth? —pregunta suspicazmente.

Visualizo a los muchachos sentados en sus celdas, aburridos, enfadados, frustrados, insultándome, insultando a Kimberly también, dándole la lata. Ella ya tiene uno de los trabajos más duros del mundo, y lo último que le hace falta es una voluntaria introvertida e inservible haciéndoselo todavía más difícil.

—Nada, señor —digo—. Estoy bien.

Cuando abro la puerta de la sala GE 107, Kimberly salta sobre mí. No hay nadie más en la habitación.

—Llevo casi una hora llamándote —dice.

Palpo el bolsillo interior de mi mochila. Está plano. Me dejé el maldito teléfono en casa otra vez.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Lo siento, Claire. Te estaba llamando por eso. Órdenes de arriba: se acabaron las clases de arte.

—¿Ya no habrá más clases de arte?

—Siento que hayas venido para nada.

—¿Quieres decir que nunca más volverá a haber clases de arte?

—Hasta nuevo aviso, eso es lo que han dicho —dice.

—Pero ¿y los chicos?

Kimberly sacude la cabeza.

—¿Es por lo que pasó?

—Tal vez. O por el presupuesto. —Se encoje de hombros—. A mí solo me dan órdenes, no me explican los porqués.

—Pero si yo no cuesto nada. —Me dejo caer en una silla—. ¿Y Xavier?

Kimberly se sienta junto a mí.

—Malas noticias.

Me acuerdo de lo contento y sorprendido que estaba Xavier cuando aparecí con el bote de pintura de color plata, de lo obvio que era que no estaba acostumbrado a tener lo que quería. Me acuerdo del tímido golpe de cabeza y el fugaz contacto visual que me propinó como muestra de agradecimiento: la única forma en la que sabía dar las gracias.

—¿Prisión? ¿La cárcel?

—Lo último que supe de ellos es que los enviaron a Walpole, a él y a Reggie.

—Pero son demasiado jóvenes.

Walpole es una cárcel de máxima seguridad.

—Como dicen, el que la hace la paga.

Del puño y letra de

ISABELLA STEWART GARDNER

17 de julio de 1895
París, Francia

Mi queridísima Amelia:

Muchísimas gracias por tu cable. Me ha puesto de tan buen humor. No sabes cuánto desearía poder estar contigo. ¡Una niña! ¿Hay algo más divino? Y me encanta el nombre que habéis elegido: Francés Isabella. Estoy orgullosa y emocionada a partes iguales por tu amabilidad. Estoy de acuerdo contigo con que «Fanny» es un nombre muchísimo más apropiado para un bebé, y así me referiré a ella en mis pensamientos. Debes escribirme inmediatamente con todos los detalles relativos a esa criaturita. Y, por supuesto, contándome de ti y de tus hombres. ¿Qué piensa mi pequeño Jackie de su nueva hermanita? No mucho, supongo. Confío en que tu convalecencia esté yendo bien.

A pesar de que París está en un momento de lo más exquisito y que los edificios de mármol resplandecen bajo la luz del sol, este ha sido el viaje más frustrante de toda mi vida. Yo creía que los precios eran escandalosos la última vez que estuve en el continente, pero esta vez, oh querida mía, están por los techos. No es un buen momento. Incluso los tratantes, Bernard Berenson entre ellos, están desencantados. Pero me atrevo a aventurar que no están tan desencantados con sus comisiones, solo con las ventas limitadas.

Tu tío dice que me estoy puliendo el dinero de mi padre y que tengo que ceñirme al presupuesto o nos sumiremos en un mar de deudas. Resulta difícil imaginar que el dinero de los Stewart desaparezca o que el dinero de los Gardner no sea suficiente para cubrir mis pequeños caprichos.

¿Recuerdas que hace muchos años te dije que Edgar Degas nos había invitado a sentarnos en su palco privado de Longchamps? Tú tío y yo nunca habíamos estado disponibles, ¡pero el mes pasado estuvimos! Edgar tiene una casita de campo allí. Está claro que es la casa de un hombre, le falta un toque femenino por todas partes, y a pesar de todos los sirvientes, la comida estaba lejos

de ser de primera, y la decoración dejaba mucho que desear. Edgar asegura que odia el campo, pero jamás lo dirías por la forma en la que se desenvuelve por allí, y nos lo pasamos muy bien.

Estuvimos durante tres días, y la casa se llenó de «los genios habituales», así que nos tiramos todo el día hablando de caballos. Tu tío Jack y yo estábamos tan emocionados con nuestros aperos, nuestros *jockeys* y todo eso.

Fue un día maravilloso, aunque bastante caluroso, y yo estaba encantada con el sombrero blanco de ala ancha que Charles Frederick Worth me hizo para esta temporada. Creo que te estaría muy bien y voy a llevármelo cuando regrese para que puedas probártelo. Eienry y John Sargent se nos unieron en el palco, así como muchos otros. ¡Qué fiesta! ¡Qué gente más inteligente! ¡Qué espectáculo de caballos al aire libre! Fue una tarde deliciosa.

Y ahora va la parte que debes mantenerme en el más absoluto de los secretos. Seguro que te acuerdas de la discusión que tuve con Degas el pasado invierno en Green Hill y de la reiteración de su propuesta en una carta que recibí este pasado mes de marzo. Y sí, más de lo mismo. En el camino de regreso a la casa de campo, Edgar nos invitó a su estudio de la ciudad para ver un nuevo óleo en el que está trabajando que se llamará *En las carreras en el campo* o *Tarde en las carreras*, ambientado en Longchamps. Y yo, por supuesto, tenía que ir.

Aunque Edgar ha sido en todo momento un perfecto caballero durante todo el tiempo que pasamos juntos esta última temporada, yo me sentí un poco recelosa cuando tu tío Jack me dijo que no podía acompañarme. Pero pensé que si Degas me había ofrecido una vez posar desnuda para una pintura al óleo, tal vez podía convencerle para posar vestida.

Al llegar, lo primero que hizo fue enseñarme cómo iba con la pintura, y la verdad que le estaba quedando de maravilla. Edgar tiene una forma de capturar el momento, privado y universalmente compartido al mismo tiempo, que ningún otro artista tiene. En esta pintura, una madre y una nodriza están sentadas en un carruaje, embelesadas por el pequeño que la doncella tiene en el regazo. Un padre orgulloso está junto a ellas, con el rostro girado también hacia el bebé. Es encantador, te roba el corazón, y la composición es de lo más inusual: más de la mitad del lienzo está ocupada por el cielo, y los caballos y el carruaje van trotando en primer plano por el lado derecho de la pintura. No hay duda de que es un gran trabajo.

Una vez más, intentaré ser lo más fiel posible en el relato de los acontecimientos. La doncella trajo té y nos sentamos. Edgar lo sirvió y me ofreció tarta de limón, que la verdad es que estaba deliciosa. Está claro que el servicio que tiene en la ciudad es mucho mejor que el que tiene en el campo.

—¿Has pensado algo sobre mi propuesta? —preguntó en cuanto pegué el primer sorbo de té.

No soy ninguna jovencita ni me ruborizo fácilmente, pero tal y como me pasó la última vez, sentí que me ardían las mejillas.

—Como ya le dije, señor, eso es imposible.

—Oh —dijo con un rastro de travesura en la mirada—. Pensé que tal vez al venir sin el señor Gardner, habías cambiado de idea.

—Pues no. —Traté de sonar enérgica, enfática, demostrarme inquebrantable pero creo que no lo conseguí.

—Tengo un regalo para ti —dijo poniéndose en pie.

Te lo confieso, Amelia, se me puso el corazón a cien.

¿Un regalo? ¿Un cuadro? ¿Había hecho una pintura para mí después de todo? Junté las manos

mientras él iba hacia uno de sus caóticos rincones, revolvía entre las cosas y volvía con una caja envuelta en papeles de colores, demasiado estrecha como para ser un cuadro.

Recompuse mi rostro para no dar a entender mi decepción, aunque la verdad es que sentía curiosidad.

—¿Qué tiene usted ahí?

—Véalo usted misma.

Mis manos volaron por los lazos y el envoltorio empezó a revelar capas y capas de papel. Retiré todas y cada una de las capas, cada vez más emocionada, hasta descubrir lo que era. Parecía algún tipo de tela elegante. Mi rostro debió dejar entrever mi perplejidad porque Edgar se echó a reír y la sacó de la caja.

—Es una bata —dijo sosteniéndola en el aire.

Y de echo era una bata, azul clara y diáfana, de estilo griego, de la seda más fina y delicada que puedas imaginar, tan ligera que casi flotaba en el aire.

Me moría por tocarla, por sentir su tacto contra mi piel. Pero, por supuesto, eso también era imposible.

—No puedo aceptar...

Se inclinó sobre mí, me puso el dedo en los labios, y dejó la bata sobre mi hombro. Olía a lavanda, y cayó sobre mis pies como un susurro. No pude evitar agacharme para cogerla entre mis dedos y apretarla contra mi pecho.

—Oh —dije.

Era una de las cosas más bonitas que he visto en mi vida. Edgar se quedó observándome con una media sonrisa pintada en el rostro, pero sus ojos estaban muy lejos de allí, y sabía que estaba imaginando cómo me quedaría, y de qué manera iba a pintar aquellos fluidos pliegues.

—Yo, yo no entiendo.

—Tenemos un compromiso —dijo Edgar.

Me quedé mirándole con asombro.

Cogió la bata y sentí lástima por desprenderme de ella. La sostuvo lejos de su cuerpo para que yo pudiera ver la luz que la atravesaba por detrás, y de repente lo entendí todo. Aunque no era transparente, tampoco era completamente opaca.

—¿Lo harás, Belle?

Permanecí inmóvil. La bata resplandecía en la luz, translúcida, con todos los colores del arco iris brillando en sus pliegues.

—¿Por mí? —insistió Edgar.

Me levanté como si estuviera hechizada y extendí mis brazos. Él depositó la bata en mis manos y me condujo tras un biombo que nunca había visto. Todavía en trance hice lo que me pidió. Mientras me cambiaba puso música, y aunque era una pieza que me sonaba, no podría decir cuál era. Ahora, mientras intento recrear los hechos para ti, todo me parece un adorable sueño del que solo puedo rescatar algunos fragmentos, pues los detalles de aquella jornada volaban como en briznas.

Cuando salí me acomodó la bata, que cayó sobre mis caderas de la forma más deliciosa que puedas imaginar. Creo que jamás me he sentido tan bella, porque como todos sabemos no lo soy. Me hizo tumbarme sobre el sofá arqueando mi cuerpo de esta y aquella manera, manejando mi cabeza y girándola de forma que pudiera ver un tono plata de perfil. Todo ese tiempo, la suavidad

de la seda acariciaba cada centímetro de mi piel y me producía tal cosquilleo que me llegaba hasta los tuétanos.

Fue difícil mantener las posturas requeridas, pero cuando me quejé pareció no oírme. Su carboncillo volaba sobre su cuaderno de dibujo y sus ojos estaban centrados en cada detalle de mí, pero sin verme a mí, sospecho.

Al final me dejó estirarme. Y me sentí tan suelta, cómoda, a gusto, y maravillosa, que empecé a hacer poses por mi cuenta sin ser consciente de lo que estaba haciendo. Edgar continuó pintando y después alabó mi naturalidad.

Debo decirte que todo fue casto y puro, de principio a fin. Un artista y su modelo, nada de un hombre y una mujer. Aunque también debo confesarte que no sé si alguna vez me he sentido tan mujer como aquella tarde.

Así que mi querida Amelia, hasta aquí te puedo contar. Debo vestirme para la cena. Dos meses, ocho cortas semanas, y volveremos a estar juntas. No puedo explicarte cómo ansío que llegue el momento de poder coger en brazos a la pequeña Fanny y sonreírle a esa carita (¿ves?, ya sé que es preciosa), así como descansar la mirada en ti, en Jackie y en tu apuesto Sumner. Y por fin podremos hablar en total confianza de esas cosas que no me atrevo a poner en el papel.

Tu querida,
tía Belle

TREINTA Y UNO

AL DÍA SIGUIENTE, RIK ME ENVÍA UN MENSAJE DE TEXTO para quedar a tomar algo en un lugar que no sea el Jake's. Acordamos ir a Clery's, donde nuestra privacidad está garantizada gracias a una multitud entusiasta y a los jóvenes armando más escándalo del necesario para mostrarse los unos a los otros que se lo están pasando bien.

Hace una noche inusualmente cálida y cuando llego veo que Rik nos ha agenciado un par de sillas junto a la pared medio abierta que da a la calle; ni allí es posible escapar del bullicio. Ya ha pedido dos cervezas, las cuales descansan sobre la enclenque mesita. Me acerco a él todo lo que puedo y le grito en la oreja:

—Menos mal que solo estamos tú y yo. Dudo mucho que tres personas fueran capaces de mantener una conversación en este lugar.

—¿Por qué no me dijiste lo de Markel G en la gala benéfica? No me enteré hasta que te fuiste —me devuelve el grito—. Quiero hasta el último detalle.

—No era el momento —digo a voz en cuello, y a continuación le explico el afortunado giro de los acontecimientos de mi vida.

Su rostro se baña en una pátina de placer conforme va asumiendo los detalles de la historia.

—Madre mía, Osito —ruge abrazándome—. ¡Es la mejor noticia del mundo mundial!

Cuando se aparta veo que tiene los ojos encharcados de lágrimas por la emoción.

Bajo la mirada hacia la mesa y parpadeo para luchar contra las mías.

—Ya te tocaba —dice acariciándome el brazo—. Es tu momento de gloria. Lloro si quieres.

Me enjugo las lágrimas con un pañuelo de papel y sonrío.

—¿Y Markel? —me grita en la oreja.

Le hago jurar que me guardará el secreto y le confieso nuestro *affaire*.

—No lo sabe nadie.

Se cruza de brazos escrutando mi rostro.

—¿Todo esto empezó el día aquel que fue a tu estudio por primera vez para ver tu obra, cuando dijiste que no pasó nada?

—No exactamente. —Pego un trago de cerveza—. Pero supongo que, echando la vista atrás, creo que aquel fue el día en el que empezó a izarse la bandera del amor.

—¿Fue cuando el atributo viril de Markel empezó a izarse también?

Le pego un puñetazo en el brazo.

—¡Para! Eres un...

—¡Te estás poniendo roja! —grita—. ¡Mala! ¡Chica mala!

—No, no —me aturullo—. No fue entonces. No fue hasta mucho...

—Oye, oye, a mí no tienes que darme explicaciones —dice Rik partiéndose de la risa y levantando las manos en señal de rendición.

—Esa parte no llegó hasta después de que me ofreciera hacer una exposición en su galería.

Rik sonríe.

—No me acosté con él para conseguir la exposición —insisto—. Caí rendida a sus pies.

Rik se serena.

—¿A sus pies?

Asiento.

—¿Y él a los tuyos?

—Eso creo.

Rik silba.

—Bien por ti —dice levantado su jarra de cerveza—. Ya era hora de follar un poco. Brindo por eso.

Choco mi jarra contra la suya.

—Jesús —dice Rik—. Me voy unas pocas semanas y el mundo entero cambia.

—Cuéntame cómo te ha ido en el viaje.

Nos terminamos las cervezas y aún otra ronda más conforme va contándome el viaje por París, las reuniones con los curadores, los archiveros, los bibliotecarios, los historiadores de arte y los directores de museo.

—¿Puedo ir contigo la próxima vez?

—Solo necesitas encontrar un billete barato y... —Se detiene abriendo mucho los ojos—. Dios mío, pero ¿qué digo? Ya vas a poder irte de viaje. Hacer lo que quieras. Mierda, chavala, después de la exposición vas a ser rica. ¡Y famosa!

—Eh, eh —digo levantando las manos—. Me conformo con ser rica, puedo vivir sin lo de «famosa».

Rik estudia mi rostro y, seguidamente, me coge de la mano.

—Ser la famosa Gran Farsante es muy diferente a ser una gran pintora famosa.

Agacho la vista hacia mis uñas astilladas.

—¿Y qué pasa con lo de ser una gran pintora porque eres una gran farsante?

—Claire, mírame —me ordena.

Alzo la mirada.

—Esta vez vas a ser reconocida como una renombrada artista. Te apreciarán por lo que has creado con tu talento. Lo de Isaac fue una invención de los medios, ellos le convirtieron en una celebridad, fue una creación artificial con la que servir a sus propios fines. Una imagen, un nombre, nada que ver contigo.

—Eres el mejor —digo, y lo digo de verdad.

—Bien, me alegro que pienses eso porque no te he traído *rien* de París.

—¿Nada sobre Belle y Degas?

—Cero patatero.

—¿Le encuentras sentido?

—Se movían en los mismos ambientes, conocían a las mismas personas, hasta tenían amigos muy allegados en común. Le compró varias de sus obras... No, no tiene ningún sentido.

—No coincidirían. —Me encojo de hombros—. Eran otros tiempos. No había internet, ni chats, ni correo electrónico. Dos barcos diferentes.

—¿Recuerdas que te dije que Belle quemó todas sus cartas antes de morir, y pidió a todos sus amigos y familiares que hicieran lo mismo? A lo mejor ahí era donde estaban todos sus secretos.

—¿No dicen que a los rebeldes les gusta que se conozcan sus hazañas?

—Belle nunca encajó en ningún molde.

—Hablé con Sandra Stoneham.

—¿Te sirvió de algo?

—No mucho —digo—. Y no creo que sea tan horrible como tú la pintas. Lúe realmente amable conmigo, me enseñó su colección de arte, aunque no parecía particularmente contenta con el museo.

—¿Particularmente contenta? Eso no es nada. Nos odia —refunfuña Rik. Luego se anima—: ¿A que no sabes lo que tengo para ti?

—¿Un regalo de París?

—No. Quiero decir, sí, te compré un regalo en París, pero esto es mejor todavía. —Pausa para mantener el suspense—. He conseguido un *ticket* extra para la reinstalación, y es todo tuyo.

—¿Reinstalación? —repito, haciendo tiempo.

—*Después del baño. Va a ser el espectáculo de la temporada. Aparte de tu exposición, por su puesto. El museo lo tiene todo preparado. El Boston Pops, la prensa internacional, las luces literarias, artistas, un catering por todo lo alto... Una pijada.*

—Aiden va. Trató de conseguir otra entrada para mí, pero no pudo. —Y la verdad es que yo me quedé superaliviada, porque no sé si podría enfrentarme al hecho de ver otras de mis pinturas colgando de las paredes de un gran museo, con la firma de otra persona.

—¿Ahora le llamamos Aiden? —pregunta Rik con un pseudofruncido de ceño.

Vuelvo a pegarle un puñetazo en el brazo.

—Es el sábado por la noche, el fin de semana de Acción de Gracias —dice.

—A tan solo dos semanas de mi exposición.

—Solo es una tarde, Claire.

—Estaré superagobiada.

—Te va a venir bien. Será el momento perfecto para mezclar a toda esa peña de amantes del arte influyentes —me engatusa—. Qué mejor operación de medios que esa.

—Pareces Aiden.

—No aceptaré un no. Después de la ceremonia habrá una megacena elegante, de esas de etiqueta y corbatas negras —sonríe—. Necesitas un vestido nuevo, algo deslumbrante, con el que poder codearte con los ricos y famosos. Y si estás demasiado cansada por el trabajo, Aiden y yo seremos tus portavoces, y nos encargaremos de difundir la noticia de tu inminente inauguración.

Me recuerdo a mí misma que esta vez no será como lo del MoMA. Esta pintura no es mía, como *4D*. Es un Degas. Él la compuso, la pintó. Bueno, yo sé lo que me digo.

—Nos lo vamos a pasar genial...

—Vale —digo—. Hagámoslo. Gracias, Rik. —Aiden estará allí para apoyarme si me vengo

abajo, y por lo menos no seré la única allí que sabrá la verdad.

Rik se acerca a mí.

—Es posible que para entonces sepamos algo más de la historia.

—¿Qué historia?

—¿Hola? ¿Claire? ¿*Después del baño*, la obra de la que hemos estado hablando durante los últimos diez minutos?

—Perdona.

Rik deja escapar un largo suspiro.

—El día de la reinstalación deberíamos contar ya con más información sobre lo que realmente pasó con el cuadro. Tal vez incluso sepamos algo del resto del alijo.

Agunto la respiración.

—Dicen que Patel está considerando una oferta de colaboración con el FBI a cambio de inmunidad.

—¿Va a chivarse? —jadeo.

Rik ríe.

—Bueno, eso parece, sí, ¿y quién sabe todo lo que ese tío está escondiendo?

AIDEN PERMANECE INDIFERENTE ante la noticia. —Patel no tiene nada que darle al FBI.

—Pues eso no es lo que dice Rik.

—Rik te está dando información de segunda o tercera mano.

—Sus fuentes fueron bastante acertadas la última vez.

—Pero ahora no.

Llamé a Aiden nada más salir del Clery's y me fui directa a su casa, aunque lo que tendría que haber hecho es irme a la mía, a seguir trabajando en mis ventanas. Estamos en su cocina, y él está preparando en el grill unos sándwiches de queso y tomate, que creo que se acercan bastante a mis sándwiches americanos de pan de molde blanco de toda la vida, de igual forma que sus macarrones con queso se acercaban bastante a mi especial de pasta kraft.

Desliza su creación en mi plato: quesos varios con tomate cherry y albahaca fresca rezumando por las rebanadas de pan casero multicereal. Tiene un pinta deliciosa. Pone cuchillos y tenedores en la mesa porque los sándwiches son tan gruesos y pringosos que resulta imposible comérselos con las manos. Aparto el mío junto con el tenedor. Tengo el estómago cerrado.

Markel se sienta frente a mí y pega un mordisco al suyo.

—Si no comes, no vas a tener fuerzas para terminar esas ventanas.

—Patel no puede ser tan idiota —digo—. Hará lo que sea para salir de rositas y que sean otros los que acaben pagando el pato.

—Dejarse pillar: eso sí que es de no tener muchas luces.

—Peor me lo pones.

—¿Qué te parece la albahaca? —pregunta Aiden apuntando con el cuchillo mi sándwich—. Es una variedad nueva. —Pega otro bocado—. Un pelín amarga.

—Necesitamos un plan.

—Vale —dice amistosamente—. Vamos a planear.

—Tú eres el que sabe de qué va esto.

Se levanta de la mesa.

—¿Quieres vino?

—Cerveza.

Abre una Sam y me la pasa, se sirve un poco de vino de una botella de cabernet, se sienta y reanuda su comida.

—¿Qué pasa si te detienen?

—Chantal y Kristi se encargarán de tu exposición.

—No estoy hablando de eso, y lo sabes. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo con la que nos está cayendo encima?

Deja el sándwich sobre su plato y me mira con expresión de paciencia.

—Lo único que tienes que decirles es que tú no sabes nada —dice, con una calma que me saca de mis casillas—. Los artistas no son responsables de los actos de sus agentes.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en descubrir que soy la que pintó la falsificación de Degas?

—Ya hemos discutido esto antes. Te traje una copia de alta calidad para que la copiaras, y te dije que iba a venderla como lo que era, una reproducción. —Alza los cubiertos con gesto triunfal—. Y lo mejor de todo, es que nuestra historia encaja con la de Patel.

—Ya, pero tú no me trajiste una copia, ¿no? —Le miro atentamente.

—Nadie puede probar lo que tú creías que era o no esa obra —dice—. Ni lo que yo te dije.

Noto que no ha respondido a mi pregunta.

—No van a detenerme. —Me coge la mano—. Te lo prometo.

Yo me dedico únicamente a mirarle.

Él se revuelve en el asiento.

—Claire, sé que estás bajo un montón de presión con todo lo de la exposición y...

—No es por la exposición. Es por ti. Por ir a la cárcel.

—No estás ayudando.

—¿E ignorarlo sí?

—Entrar en pánico tampoco es la solución.

—Mejor que esconder la cabeza en un agujero como una avestruz. —Quiero sacarle de su complacencia, golpearle hasta que se dé cuenta del peligro.

—Incluso en el caso de que Patel intentara aportar pruebas, él no tiene ni idea de quién soy. Solo puede darles un lacayo. Y el pobre desgraciado todavía sabe menos que él. El FBI acabará dándose cuenta de que no tiene nada donde rascar. No podrán hacer ningún trato. —Aiden suena seguro, demasiado ecuánime. Creo que sabe algo que yo no sé. O cree que sabe algo que yo no sé.

Hundo el rostro entre mis manos. Me está mintiendo. Le estoy mintiendo. Nuestros destinos están inexplicablemente entrelazados. Y estar juntos duplica nuestra vulnerabilidad.

—No sé —susurro mirando a través de mis dedos el sándwich nadando en sus propios jugos. El queso se ha puesto duro, el aceite reluce oscuramente allí donde el pan roza el plato.

Las líneas de expresión de Aiden se hacen más profundas conforme alzo mis ojos para encontrarme con su mirada.

—¿Que no sabes qué? —pregunta.

Vuelvo a agachar la mirada hacia el sándwich empapado; un trocito de hoja de albahaca sobresale entre las rebanadas de las tostadas como la lengua de una serpiente.

TREINTA Y DOS

TRES AÑOS ANTES

DESPUÉS DE QUE KAREN SINSHEIMER DIJERA ADIÓS y colgara, me quedé un rato mirando el teléfono en mi mano. Los tendones que hasta el momento habían sostenido las rodillas en su sitio se convirtieron en papilla, y me dejé caer sobre el suelo. Era como si me hubieran comunicado inesperadamente la muerte de un amigo. La mitad de mi mente corría a toda velocidad por delante de mí, interpretando el mensaje y su significado, mientras que la otra mitad permanecía congelada en la negación. Aunque me había pasado las últimas semanas preocupada pensando que esto podría pasar exactamente así, está claro que en el fondo no creía que fuera a ocurrir.

¿Cómo ha podido pasar? Pinté *4D*, pinté la segunda pintura y le di a Karen tres de mis obras para que pudiera comparar. El museo tenía acceso a muchas de las obras de Isaac, y deben de haberlas evaluado y comparado con las mías. ¿Cómo han podido equivocarse así los expertos? ¿No se suponía que tenían todas esas tecnologías punta tan guays? ¿No tenían un montón de doctorados y décadas de experiencia?

Qué mierda. Habían cometido una injusticia conmigo, pero también con Isaac, y no quería ponerme muy hiperbólica, pero también la habían cometido con todos los artistas y amantes del arte. ¿Qué pasa cuando uno de los mejores museos hace la vista gorda sabiendo que tiene una obra firmada por el artista equivocado? ¿En qué lugar deja eso a todos los grandes museos y obras de arte del mundo? Isaac tenía que darse cuenta de ello, tenía que saber que estaba mal. Después de todo, él era un artista, y eso estaba por encima de todo.

Le escribí correos electrónicos, le mandé mensajes de texto, le llamé, rogándole mensaje tras mensaje que se pusiera en contacto conmigo, que era muy importante, sin obtener respuesta alguna. Cambié de táctica tratando de hacerle sentir culpable. «¿Cómo puedes hacerle esto a toda la gente que ama y aprecia tu obra?». «¿Qué se siente al tener una de mis obras como parte de tu legado?». Sin respuesta. «¿Cómo puedes mirarte a la cara en el espejo?». Se cambió la dirección de correo electrónico y el número de móvil.

«Bien hecho, chica», había dicho Beatrice Cormier, sorprendiéndome tanto por el gesto juvenil como por el hecho de que creyera que yo había pintado *4D*. Nunca me lo dijo con esas

palabras, pero Karen me dijo que Beatrice era historiadora del arte y una gran coleccionista, y empecé a preguntarme qué es lo que ella pensaría de todo esto.

La contacté en la Fundación John y Beatrice Cormier y atendió mi llamada inmediatamente.

—Claire —dijo—. Precisamente estaba pensando en ti.

El teléfono me temblaba entre las manos.

—¿Por lo que ha pasado?

Una larga pausa.

—Y por lo que no ha pasado.

—¿Estuviste de acuerdo con la decisión?

Otra larga pausa.

—¿Podemos vernos en algún lugar?

—Puedo acercarme a Nueva York cualquier día menos el martes.

Al lunes siguiente estamos sentadas a la mesa de un restaurante de comida delicatessen a un lado de la calle en Lower East Side. Cuando me sugirió quedar aquí, pensé que era una extraña elección. No tan extraña si no quería que nos vieran juntas.

—No puedo decirte nada definitivo —dijo Beatrice después de pedir sendas sopas de bolas de pan ácimo y una ensalada—. Yo no era un miembro del comité con derecho a voto. Solo estaba allí para darles mi informe.

Aguardé.

—Les dije que habías pintado la segunda pintura, que había observado todas y cada una de tus pinceladas atentamente, y aunque no me pidieron mi opinión, añadí que después de pasar todo ese tiempo contigo, y de haber examinado *4D* durante horas, yo pensaba que tú eras la autora de ambas obras.

—Gracias —susurré—. ¿Pero no hubo una sola persona que estuviera de acuerdo contigo?

Me miró con la mirada cargada de compasión y tristeza.

—Yo no estaba allí, pero me enteré después que hubo otros que pensaban igual que yo.

—Pero, entonces, ¿cómo...

—La decisión no tenía que ser unánime.

Pesqué una bola de pan ácimo con la cuchara.

—He intentado contactar con Isaac, hacerle ver que tenía que aclarar todo esto, pero no hay manera.

—Y tampoco creo que al MoMA le interese.

—¿Qué quieres decir?

—Isaac no es el único con una reputación que mantener —dijo Beatrice—. O un montón de dinero que conservar.

Dejo caer la cuchara.

—¿Lo han hecho para protegerse el culo? —Me arrepentí inmediatamente por expresarme de un modo tan rudo, pero Beatrice no pareció notarlo, y si lo hizo, no le importó.

—¿Alguna vez has oído hablar de la disonancia cognitiva? —preguntó.

—No.

—Básicamente, es la teoría de que la gente reinterpreta subconscientemente sus acciones y motivos de forma que les haga sentir mejor y puedan seguir adelante con sus vidas. Y empiezan a creer que la base de la reinterpretación también es verdadera.

Me sonaba a Isaac.

—Entonces —dije lentamente—. Me estás diciendo que aunque saben que yo pinté *4D*, ¿se han convencido a sí mismos para no creerlo porque va en contra de los intereses del museo?

—Pues sí.

—Entonces tendré que obligarles a ver la verdad. Contarles la verdad. Hablaré con las altas esferas del museo. Acudiré a los medios.

Beatrice puso su arrugada mano sobre la mía.

—No creo que quieras hacer eso. Tienes un gran talento. Un gran futuro por delante. No merece la pena mirar atrás. Déjalo pasar, Claire. Sigue adelante con tu vida.

Volví a casa y traté de hacer caso a su consejo.

TREINTA Y TRES

ME ESCABULLO POR MI EDIFICIO COMO UNA CUCARACHA huyendo de la luz. Jamás debería haber ido a casa de Aiden. Tendría que haber vuelto directa a casa al salir del Clery's, regresar a mis ventanas, lejos de mis miedos y de las respuestas parcas de Aiden. Pienso en la oferta faustiana que Aiden mencionó la primera vez que hablamos sobre la falsificación. Él lo recondujo hábilmente y decidió que la analogía más apropiada era la de dos peones en un tablero de ajedrez. Pero debería haberse mantenido fiel a la idea original. Un trato con el diablo era mucho más apropiado.

Aquí dentro, fuera de la vista de los millones de personas a los que para nada les importa la ausencia o presencia de mi alma, me siento un poco mejor. Me preparo una taza de café y coloco *Bay Village* y *Manzana* en los caballetes. Los dibujos me miran pacientemente, recordándome la expresión tranquila de Aiden, de su serenidad ante la posibilidad de enfrentar la traición de Patel. Cojo mi paleta y un pincel. Odio cuando estas suspicacias meten sus sucias cabecitas en la parte trasera de mi mente, pero me da miedo ignorarlas. No puedo dejar que mis sentimientos por Aiden nublen mi sentido común.

Mezclo unas cuantas tandas de colores medios y empiezo a pintar. Si estoy dejándome el alma por esta exposición, será mejor que termine el maldito trabajo a tiempo. Me sienta bien trabajar. En unas pocas horas ya tengo *Bay Village* en el horno y estoy mezclando azules claros para los reflejos.

Cuando el horno pita, saco *Bay Village*, y meto *Manzana*, estoy agotada, más que lista para entregarme a la primera siesta de la noche, pero no puedo dormir hasta que *Manzana* salga del horno. Así que me preparo otra taza de café, mucho más cargada, y me pongo un tazón de cereales con leche fría. Mientras me los como, busco en internet noticias sobre Patel. No hay nada nuevo, pero eso no hace que se apaguen mis temores. Si Patel sabe más de lo que Aiden cree, sería muy fácil llegar hasta el arresto de Aiden. Y aunque copiar una pintura no va contra la ley, conspirar para cometer un crimen —sabiendo que mi copia iba a ser vendida como un original— sí es delito. Como lo es poseer una propiedad robada. Y encima está todo ese asunto de la obra maestra robada.

Me muerdo una cutícula. Si encontrase el original, ¿ayudaría? Revuelvo el estudio como si las pistas estuvieran ocultas aquí. Mis ojos echan luz sobre los bocetos de Degas, y pienso que podría

tirar del hilo hacia atrás. Si encuentro al falsificador podría conducirme al original.

Es un golpe ambicioso, lo sé, pero los desesperados no tenemos muchas opciones. Empiezo a garabatear sobre el papel. Todo lo que sé apunta a la conclusión de que el *Baño* que Aiden me trajo, la primera falsificación, era la que estaba colgando en el Museo Gardner cuando abrió en el año 1903. Asumiendo que Degas pintara su original *Después del baño* en 1897, entonces *Baño* tuvo que ser creado en algún momento durante los seis años posteriores. Si tenemos en cuenta las dificultades para viajar en aquella época, debió ser pintado por alguien que viviera en París o Boston. Luego mi falsificador tuvo que vivir en Francia o Estados Unidos, y me figuro que pintaba entre los años veinte y ochenta, y que tuvo que haber nacido entre 1820 y 1880.

Busco en Google «falsificación entre 1880 y 1903», pero no me arroja resultados muy precisos, y lo mejor que encuentro es «falsificadores de arte conocidos», una cincuentena de nombres en la lista, todos hombres. Quién sabe, tal vez soy la primera mujer en unirme a la ilustre lista. Genial. Siempre he querido ser un modelo de género.

Voy excluyendo laboriosamente a los artistas, uno por uno. La mayoría ni siquiera encajan en mi línea del tiempo: Giovanni Bastianini murió en 1868, mientras que Tony Tetro y mi colega Han nacieron demasiado tarde. La mayor parte de los que quedan no encajan geográficamente: William Blundell vivía en Australia, Zhang Daqian en China, y Elmyr de Hory en Hungría. Los otros estaban especializados en escultura o miniaturas medievales. Al final, me quedo con cuatro posibilidades y un par de historias que bien podrían ser la mía.

La primera historia es la de Alceo Dossena, un artesano masón y esforzado artista que copió esculturas clásicas griegas y romanas, las cuales fueron vendidas por su agente como originales, sin que él lo supiera, a coleccionistas y museos de todo el mundo, incluyendo el Museo de Bellas Artes de Boston. Fue al toparse con una de sus obras en una de las colecciones de arte clásico de un museo, cuando descubrió que su agente le había estado escatimando un buen dinerito, mucho más que los doscientos dólares que le había pagado a él. Demandó a su agente, asegurando que no tenía ni idea de que su trabajo se había estado vendiendo fraudulentamente. Ganó el juicio y recibió miles de dólares en compensación. Parece la profecía de mi vida, pero a mí me inquieta el hecho de que cuando llegó el ansiado día de su exposición en el Met, ya restituido su honor, solo asistió una persona. Fue un completo fracaso.

Luego está la historia de David Stein, un pintor francés que creaba pastiches de sus maestros favoritos e hizo millones de dólares vendiendo falsos Chagalls, Klees, Mirós, y Picassos. Le arrestaron cuando descubrieron una de sus falsificaciones en una galería de Nueva York.

Pero fue difícil encausarle: los tratantes de arte se negaban a cooperar porque temían que se pusiera en tela de juicio su trabajo, y los coleccionistas no querían renunciar a sus pinturas de Stein, asegurando que habían llenado importantes agujeros en sus colecciones. Desafortunadamente para Stein, y para mí, le declararon culpable y le mandaron a prisión por falsificación artística y estafa.

Ambición, talento, venganza contestataria, codicia, arrogancia desmedida, desfilan a través de las historias de aquella cincuentena de falsificadores, y me veo reflejada por todas partes. Además, todas acabaron igual: denigrando al falsificador como el charlatán que es.

—¿POR QUÉ ESTÁS haciéndote esto a ti misma? —dice Aiden cuando le cuento lo de los

falsificadores. Apareció sobre las nueve para asegurarse de que estaba bien después de irme de su casa nada más cenar la pasada noche.

—¿Curiosidad? —digo.

—Masoquismo.

—Todos los falsificadores tenían el mismo bagaje. La mayoría con las mismas motivaciones que yo.

Aiden echa las manos al aire.

—Todos los estudiantes de Medicina quieren ayudar a la gente.

—Casi todos querían vengarse de una forma u otra. Normalmente contra el mundo del arte por no haber sabido apreciar su trabajo.

La mirada de Aiden se suaviza.

—Tienes un gran talento, Claire —dice señalando los cuadros de ventanas acabados que cuelgan alineados sobre la pared—. Y tu resentimiento nace de... —No termina la frase. En lugar de ello señala con la mano *Nighttime X* se queda mirándolo fijamente, y después se gira hacia mí—. Esto es fantástico. Cautivador. La profundidad de color... —Apunta con un dedo hacia el lienzo, deteniéndose nuevamente—. Creo que es tu mejor obra. Estoy pensando en el escaparate principal, en un marco de grandes dimensiones.

—Tan solo estás intentando hacerme sentir mejor.

—No me vengas con esa mierda. —Viene a sentarse junto a mí en el sofá—. Veo en la expresión de tu rostro que tú también piensas que es bueno.

—¿Es un hurto lo mismo que un robo?

—Tú no has robado nada.

—He estado en posesión de propiedad robada.

—Ya no lo estás. Y tampoco sabías que era robada cuando la tenías.

Alucino con la forma en la que Aiden se traga sus propias mentiras con tanta facilidad.

—Pero ¿y sí...

—Ya sabes a dónde nos va a llevar esto, ¿no? A rumiarlo mil veces, a buscar en internet, a volverte loca con los ¿y sí? Así es como pillan a la gente. Hacen algo estúpido, van al lugar equivocado, parecen nerviosos, ¡y ahí lo tienes! Alguien se pone suspicaz y se acabó.

—Como él...

—Claire, tienes que prometerme que vas a dejarlo —dice—. Tienes que centrarte en pintar, en tu exposición, y poner tus emociones bajo control.

Sé que tiene razón, así que le prometo que lo haré. Pero es que él no lo sabe todo. Y aunque parte de mí ansia compartir mi secreto con él, me frenan sus mentiras, su autocontrol ante el peligro que nos acecha, y me cuesta horrores dar ese paso.

Nada más irse, vuelvo a buscar en internet más información, centrándome en las cuatro posibilidades que he dejado abiertas. Tengo a dos franceses y a un estadounidense: Yves Chaudron, Jean-Pierre Schecroun, Emile Schuffenecker, y Virgil Rendell. Todos pintaron y falsificaron en épocas y lugares comunes a Degas y Belle.

A finales del siglo XIX y principios del XX, Yves Chaudron, un pintor muerto de hambre, vivió en el distrito de Montmartre de París, como Degas. Chaudron se forjó cierta fama como falsificador de la Mona Lisa robada por su socio Vincenzo Peruggia. Todavía se especula sobre si la Mona Lisa es la original o una de las muchas copias de alta calidad que Chaudron hizo y que

Peruggia vendió a coleccionistas extranjeros. Ahora ya sé de dónde sacó Ely Sakhai la idea.

Resulta que Jean-Pierre Schecroun nació en 1940 en lugar de en 1861 —Wikipedia no es la fuente más fiable— pero Emile Schuffenecker es una segunda posibilidad muy fuerte. Fue amigo íntimo de Gauguin y Van Gogh, quienes a su vez también fueron amigos de Degas, y se sospechaba, aunque jamás le encerraron por ello, que falsificaba obras de los maestros impresionistas, particularmente de Cézanne. Él aseguró en todo momento que no estaba haciendo falsificaciones, sino haciendo pública la idiotez de aquellos que rehusaban reconocer su extraordinario talento.

Virgil Rendell encaja en el mismo molde. Se puso a falsificar cuando los tratantes de arte más prestigiosos despreciaron sus obras, y se suicidó en 1928 después de que le pillasen intentando vender un falso Sargent. Hago una pausa. El nombre me resulta familiar, pero no puedo ubicarlo. Y entonces me acuerdo. Rendell fue el que pintó el retrato de Amelia Prescott, la abuela de Sandra Stoneham. Amelia era la sobrina de Belle Gardner, su sobrina favorita, como muy rápidamente apuntó Sandra.

Cierro los ojos y visualizo Amelia. Puedo ver la técnica exquisita de Rendell, el resplandor de la piel de Amelia, cómo palpitaba su felicidad desde el lienzo hacia el exterior. Es una pintura poderosa, llena de emoción y carácter, creada por un artista de gran talento, al estilo clásico de los grandes maestros. Abro los ojos como platos. Un artista que, a todas luces, fue un conocido personal de Belle Gardner.

Del puño y letra de

ISABELLA STEWART GARDNER

Enero de 1897
París, Francia

Mi queridísima Amelia:

Hoy soy tu tía la cascarrabias, y probablemente no debería estar escribiéndote en tal estado, pero ha habido tanto ruido y tumulto en nuestros apartamentos durante el último mes que, ahora que por fin estoy sola, siento que debo aprovechar. Ha hecho un tiempo miserable, frío y viento, y hasta un poco de nieve, así que estamos encerrados en la casa. Estoy tan cansada de tener a la gente hablando, hablando, hablando y haciendo una pregunta detrás de otra, que casi me alegro de estar enferma en la cama.

Por favor, no te preocupes por mí. Tan solo tengo un catarro, pero uno de los más miserables. Tengo la garganta fatal, y apenas puedo aguantar mi cabeza sobre los hombros, pero no tengo fiebre. El doctor me ha amenazado con mandarme al campo si mi respiración no mejora. Pero no pienso ir al campo ni loca. Faltaría más, con todas las compras que me quedan por hacer antes de marcharnos de Europa.

Como bien sabrás, ha sido un largo viaje: Inglaterra, Francia, Holanda, Alemania, el Palazzo Barbara en verano, luego de vuelta aquí a París... Pero he tenido tanta suerte que ha merecido la pena. He comprado la *Tragedia de Lucrecia* de Botticelli, *Retrato de Thomas Howard, conde de Arundel*, y mi favorito por encima de todos este año, una pequeña Madonna, una virgen de apenas treinta centímetros cuadrados, que tengo ahora mismo ante mí sobre una silla.

La Virgen del rosal es obra de Martin Schongauer, alemán y contemporáneo de Holbein y Dürer, pero a mi juicio mucho mejor pintor. Lleva un marco horripilante, demasiado chillón y llamativo para mi pequeña, así que voy a pedir uno nuevo en cuanto salga de la cama. Lo mejor de todo es que es tan pequeño que puedo meterlo en la maleta y evitar a todos esos nefarios tipos de la aduana. Y ahora que tu tío Jack por fin ha accedido a construir mi museo, estoy llorando de emoción.

Todavía anda quejándose sobre todo el dinero que estamos gastando, pero me atrevo a decir que está disfrutando con la emoción anticipada que planificar y construir ese museo le va a proporcionar. Es muy intoxicante, y estoy ansiosa por volver a casa y empezar a trabajar con los arquitectos. Y por supuesto, por verte a ti y a mis dos niños favoritos, el querido Jackie y la adorable Fanny. La dulce Fanny ya tenía tal vocabulario cuando me fui hace siete meses, que no puedo ni imaginarme las parrafadas que debe estar soltando ya.

Ayer por la noche cenamos con Henry James y Edgar Degas, les contamos nuestros planes de construcción del museo, y estaban entusiasmados con la idea, así que nos pasamos el resto de la noche hablando de qué obras de arte deberíamos comprar. Cuando Edgar Degas dijo que se sentiría honrado de formar parte del museo, le dije que el señor Gardner y yo nos sentiríamos muy honrados si pudiéramos llegar a un acuerdo económico, y el hombre tuvo la osadía de decir que yo ya sabía cuál era su precio. Afortunadamente, ni Henry ni tu tío estaban escuchando atentamente.

Cuando el tío Jack dijo que tenía que pasarse el resto de la semana ocupándose de los asuntos del banco, Edgar aprovechó para invitarme a su estudio el miércoles. Estoy un poco nerviosa, por el comentario que hizo, pero no me lo perdería por nada del mundo. Y como sé que te encantan estas aventuras, continuaré esta carta cuando vuelva de Montmartre.

Miércoles noche:

Ya he vuelto. Como siempre, te pido que mantengas las cosas que te cuento sobre Edgar en la más estricta confidencialidad. Por respeto a tu tío, te pido que quemes esta carta nada más leerla. Sería una desgracia si cayera en las manos equivocadas.

Nada más llegar al estudio y, tal y como me esperaba, Edgar me ofreció hacer una pintura para mi museo si yo accedía a posar desnuda para él. No pareció sorprenderse ante mi rechazo y me preguntó si accedía a ponerme la bata de seda. Accedí a ello. En la vida he aprendido que una vez que traspasas la línea de fuego, es muy fácil volver a hacerlo.

¡Y fue tan bonito como la última vez! Tenía el fuego encendido, y en cualquier caso fue incluso más sensual que aquella última vez en mitad del calor del verano. Fue difícil mantener la postura, pero cuando me dejó total libertad para estirarme y relajarme, me sentí mucho mejor. Me gustó, nunca me he sentido tan alegre y juguetona, tan yo misma. Cerré mis ojos y fue como si estuviera bailando con un ángel de gasa.

Pero en lugar de continuar con los bocetos, como hizo la otra vez, Edgar se arrodilló y me dijo tocándome la tira de la bata:

—Por favor, Bel le —murmuró—. Déjame quitarte esto. Déjame verte como eres de verdad.

Estaba tumbada sobre el sofá, y cuando abrí los ojos, miré directamente a los suyos. Su mirada era tan profunda y suplicante, sin rastro de artimañas, que antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba haciendo, levanté mis brazos y él me quitó la bata. Oh, Amelia, no puedo describirte el gozo, el júbilo, el alegre abandono. Estaba libre de ataduras, temeraria, y más abierta a la experiencia de estar viva de lo que jamás he estado en mi vida. Era como si acabara de nacer.

—No le enseñarás los bocetos a nadie, ¿verdad? —murmuré mientras él me iba colocando el brazo y la pierna en posición, y soltándome el pelo. Sus toques eran secos, corteses y respetuosos.

—Eres una hermosa criatura —dijo sonriendo y cogiendo su cuaderno de dibujo.

—Sé que no lo soy —dije, pero debo confesarte que ya no estaba tan segura.

Y la cosa fue en aumento. Cuando Edgar me dio un descanso y me dejó asumir las posturas a mi antojo, sentí un gran calor y un cosquilleo empezó a recorrerme todo el cuerpo. Esta sensación fue creciendo y creciendo en mi interior y fluía por todas mis extremidades. Llegué incluso a dejar escapar un jadeo ante el poder y el gozo que estaba sintiendo dentro de mí.

Tuve el pensamiento de que estaba saliendo de la crisálida en la que había estado encerrada todos estos años. Que, por primera vez en mi vida me sentía libre, suelta, capaz de conectar verdaderamente con el mundo físico. De conectar conmigo misma. Y, por supuesto, de conectar con Edgar.

Sé que no es lo que una mujer decente habría hecho, particularmente tratándose de una Stewart o una Gardner. Y soy consciente de que los rumores y los cotilleos que me han perseguido desde que llegué a Massachusetts no son nada en comparación con lo que serían si alguna vez llegara a saberse esto. Pero te digo una cosa, sean cuales sean las consecuencias, jamás pediré perdón por ello.

Confío en que serás una tumba.

Tu querida,
tía Belle

TREINTA Y CINCO

AIDEN HA ESTADO ANUNCIANDO LA EXPOSICIÓN A BOMBO y platillo, llevando a cabo una intensa campaña de publicidad; ha recibido pedidos del videoportafolio de lugares tan remotos como Mumbai y París. Conforme se aproxima la fecha de la exposición y va haciéndose realidad, voy entrando en el papel del síndrome del impostor, preocupándome por si no soy lo bastante buena para merecer ese escenario, si los críticos se echarán las manos a la cabeza preguntándose en qué estaba pensando Markel G y esas cosas. Después de tantos años de desprecio, me aterroriza estar llegando a algo para lo que no estoy preparada. Como mi amigo Jan solía decir durante la carrera: «No hay miedo demasiado oscuro».

Las únicas noticias que tenemos sobre Patel es que ha sido acusado, se ha declarado inocente, y está en la prisión Nashua Street. Ni un solo rumor sobre un posible trato con el FBI. Me siento un poco más segura, aunque mi emoción por la posible conexión Virgil Rendell / Belle Gardner ha quedado en suspenso. Cuando llamé a Sandra, la pillé corriendo de camino a coger un vuelo con destino a Atenas para un crucero de diez días, pero me pidió que la contactara a su vuelta, cosa que definitivamente pienso hacer.

Hace un día maravilloso, el último beso del otoño, así que decido encaminarme hacia la calle Newbury para comprar ese vestido que Rik me ha recomendado llevar el día de la reinstalación. Deambulo entrando y saliendo por las tiendas de la parte alta (¿quién quiere pagar diez mil dólares por una «elegante chaquetilla de noche?»), me voy a la parte media (¿quién quiere pagar mil dólares por un vestido del tamaño de una blusa?), y al final acabo volviendo a lo de siempre, lo *vintage*, donde todo está embutido en un montón de expositores y apenas tienes espacio para moverte. No me pruebo nada.

En lugar de eso, voy a Markel G. Aiden está a solas en la galería así que le doy un abrazo.

—Qué bien hueles —dice hundiendo su rostro en mi cuello—. Ni una brizna de formaldehído fenol. —Luego alza la cabeza y frunce el ceño—. ¿Por qué no estás trabajando? —dice señalando su reloj—. El tiempo es oro.

Arrugo la nariz.

—Ya voy. Solo quería decirte que estoy casi segura de que habré acabado todas las pinturas en una semana.

—¿Casi segura?

—Vale, vale, estoy segura. Totalmente.

—Sabía que podías hacerlo —sonríe.

—¿Pero te quedas más tranquilo no? —me burlo.

—Templeton ya se ha puesto con la primera remesa. Todavía no he visto nada y dice que necesitará otra semana más para enmarcar los que ya tiene y una más para terminar los nuevos.

Templeton es el enmarcador de Aiden. Al principio íbamos a dejar los cuadros sin marco, pero Aiden cambió de idea hace unas semanas. Eso reduce mi plazo de entrega dos semanas y aumenta tremendamente los costes de Aiden.

Me abrazo a mí misma.

—Ya casi está.

—Y entonces tendrás todo el tiempo del mundo para dedicarte a los medios, cosa que hasta ahora has estado evitando.

—Hey, dentro de un par de semanas voy a ir a esos programas de radio.

—A la fuerza. —Me mira con gesto de reproche—. Necesitas ropa nueva.

—¿Ropa para hacer entrevistas en la radio? —me río.

Pero Markel me mira muy serio.

—No seas mañaca, Claire. En este mundo la apariencia lo es todo. Y no todo va a ser radio.

—Se pone a revolver en un cajón y saca un sobre—. Te lo iba a dar cuando hubieras acabado, pero ya casi lo has hecho. Es un regalo.

Cojo el sobre, lo sacudo, le doy la vuelta, lo vuelvo a girar.

—Todo esfuerzo tiene su recompensa.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Lo abro y no tengo ni idea de qué es lo que estoy viendo. Leo atentamente. Es un vale de Canyon Ranch. Tres días y dos noches. Y un *ticket* con derecho a servicio de coche. Le miro con gesto confundido.

—¿Para mí?

—Cuando termines con las pinturas, quiero que te tomes unos días libres, que te mimes, que descanses, te relajes. De ahora en adelante te van a llover los compromisos...

—¿Por toda esa promoción que me estás obligando a hacer?

—No llega ni a tres días. Podrás hacerlo todo cuando vuelvas.

—No puedo aceptarlo. Este lugar debe de costar quinientos dólares al día.

—Deja que yo me ocupe de eso.

—No, no. No puedo dejarte hacerlo. Que no. De ninguna manera.

Aiden toma mis manos entre las suyas.

—Vale, ya me pagarás después de la exposición cuando estés nadando en dinero.

—¿Y qué hay de la exposición? Tenemos que arreglar cosas, supervisar la instalación...

—No empezaremos a hacer nada hasta que tú hayas regresado. Templeton no acabará con el enmarcado hasta entonces.

—Pero, yo...

—Como no vayas, cancelo la exposición.

—No lo harás.

—Probablemente no —dice encogiéndose de hombros—. Pero eso ya te da una idea de lo

importante que creo que esto es para ti.

—¿Crees que estoy perdiendo el control?

—No hay nada que un hermoso *spa* y una buena tanda de masajes no pueda curar.

La verdad es que siempre he querido ir a Canyon Ranch, incluso he llegado a fantasear con ello. Era algo que jamás creí que fuera posible, pero ahí estaba, en la lista de sueños por cumplir. Delirios de grandeza. Me incliné para besarle.

—Eres un hombre muy dulce. Lo sabes, ¿no?

—No, no lo soy —dice—. He invertido un montón en ti. Me estoy salvando el culo.

EN MENOS DE UNA semana he terminado el trabajo. Ya está. Son las tres de la mañana. Me dirijo hacia mi rinconcito del ventanal, me masajeo las lumbares, y contemplo la calle desierta. Hace un tiempo asqueroso. Una mezcla invernal de lluvia, aguanieve y granizo, con un poco de nieve anunciando lo que está por venir. Finales de noviembre no es el mejor momento de Boston.

Estoy relajada, orgullosa, eufórica. Estoy agotada, con dolor de cabeza y llena de un abrumador sentimiento de pérdida. Las veinte pinturas a mi espalda. Las veinte pinturas marchando hacia su propio destino. Las he creado, he trabajado en ellas, convertido en lo que son, pero lo que pase a partir de ahora, ya solo depende de ellas, no de mí. Me pregunto si es así como se siente una madre al mandar a su hijo a la universidad.

Me dejo caer en el sofá, estiro las piernas, y me pongo una almohada bajo la cabeza. Me agarro el cuello entrelazando mis manos y visualizo la inauguración. Cierro los ojos y estoy allí. En mi mente hay una versión más grande de Markel G con techos más altos, ventanas más altas. Hay por lo menos cincuenta cuadros colgando en las paredes. No pueden ser todos míos. Pero junto a cada una de las pinturas hay una tarjetita en la que puede leerse «Claire Roth». He debido hacer más de los que pensaba.

Estoy envuelta por un caleidoscopio de color. En las pinturas y en la sala. Hombres y mujeres muy arreglados, atractivos y ricos, profundamente lustrosos, casi comestibles. Pero yo soy la más deliciosa de todas. Llevo un vestido de seda del color de la más mágica amatista, deslumbrante y fluido, cayendo sobre mis pies, susurrando a cada paso que doy.

Conforme fluyo a través de la sala recibiendo felicitaciones, me doy cuenta de que cada color tiene su propia fragancia, no necesariamente la que has asociado con el tono —el mío huele a bosque por la mañana, más que a lavanda— pero tan hermosa en sí misma como los colores. Porque, por supuesto, ahora me doy cuenta de que los colores vienen de mi horno, porque ese es el único modo en el que ha podido suceder: los he fabricado, les he dado forma, los he horneado y los he dejado enfriar. Las pinturas se han transformado en una tercera dimensión, creando un nuevo sentido: una combinación de vista, olor y gusto, mucho más grande y poderoso.

Abro los ojos, y el sol de la mañana se proyecta en el techo. Vuelvo a cerrarlos y caigo en un profundo sueño.

A las nueve me despierta el teléfono.

—¿Y bien? —pregunta Aiden.

Me froto las mejillas, un poco desorientada, y me levanto con esfuerzo del sofá. Todavía llevo las ropas sucias de pintar, y tengo la boca que parece que haya estado mascando pigmento.

—Hey.

—¿Mando a Chantal con el camión?

Descanso la vista sobre los cuadros acabados y los amontoño en un vistazo codicioso.

—Sí.

—¿Ya está todo?

—Todo.

—No me cabía la menor duda —dice.

Miro la taza de café. Vacía.

—¿Entonces para qué preguntas?

Markel emite un chasquido con la boca.

—¿Cuándo te vas?

Abro el agua fría y empiezo a echar granos de café.

—Tengo que confirmar con la agencia de coches, pero al final de la tarde.

—¿Tienes tiempo de pasar por la galería para decir adiós? Kristi está fuera y Chantal estará todo el día haciendo gestiones, así que no puedo marcharme.

Echo un vistazo alrededor de mi desordenado estudio. Aunque no soy muy tiquismiquis, sí me considero particularmente quisquillosa en lo que a mis materiales artísticos se refiere, y no puedo dejar esto manga por hombro durante tres días. Ahora mismo la cocina es el paraíso de los ratones.

—Te llamo luego, pero seguramente no —le digo—. La casa y yo estamos hechas un desastre.

Limpiar me lleva más tiempo del que esperaba. Hacía tiempo que no pasaba el estropajo, y con tanto café cargado y tantas ansias de pasar página, acabo limpiando como una posesa. A la una llamo a Aiden para decirle que no me va a dar tiempo, pero me salta el contestador, y lo mismo con el móvil. Le mando un mensaje de texto prometiendo contactar tan pronto como vuelva y dándole las gracias otra vez por lo de Canyon Ranch.

Nunca he ido a que me den un masaje profesional, pero me agrada la idea de imaginar como unos fuertes dedos presionan los músculos de mi espalda liberando la presión, y desintoxicándome de todas esas sustancias químicas de las que Pequeña siempre habla. Clases de yoga, dieta sana, y dormir hasta reventar. El cielo.

Cuando acabo de limpiar y Chantal ya se ha llevado las pinturas, me doy una ducha, me cambio, y hago la maleta. El coche pasa a recogerme a las cuatro, así que estaré allí sobre las siete. Con tiempo de sobra para cenar, tal y como me aseguró la mujer del rancho. El servicio de coche me llama para decir que se retrasan quince minutos, así que aprovecho para poner la CNN y relajarme en el sofá hasta que el presentador menciona las palabras Markel G y doy un respingo. ¿Será posible que estén hablando de mi exposición en la tele? El corazón se me sale del pecho. ¿Tan lejos llegan las acciones de Aiden?

Me lleva un buen rato entender lo que está pasando. No están hablando de mi exposición. Si han mencionado Markel G es porque Aiden es el propietario, y es porque es allí donde le han detenido. Están mostrando un vídeo del lugar y de la policía sacando a Aiden a la calle. Esposado.

TREINTA Y SEIS

TRES AÑOS ANTES

MÁS O MENOS UN MES DESPUÉS DE MI REUNIÓN CON Beatrice Cormier, empezaron a circular los rumores de que cierta mujer había ido al MoMA, denunciando que Isaac Cullion no había pintado *4D*, sino que la artista creadora era ella. Al principio, se trataba solamente de murmullos fáciles de apagar. Pero no pasó mucho tiempo antes de que las noticias empezaran a aparecer en los blogs de arte y en las columnas de cotilleos que especulaban con la idea de que el museo, que había determinado que *4D* era de Isaac Cullion, se había equivocado en su veredicto: la denuncia era cierta.

Tras revelar que Isaac había tenido una relación con una «joven estudiante de grado», a la gente no le costó mucho llegar a la conclusión de que «la ella» de ambas historias tenía que ser yo. Isaac, por supuesto, lo negó todo, como lo negó el MoMA. Al principio, yo también lo hice. Todavía no me había recuperado del golpe de la decisión que había tomado el museo, y no sabía qué hacer.

Pero hubo mucha otra gente que sí lo sabía. Fui el punto de mira, objeto de susurros, comentarios de extraños, muchas veces también de amigos, y de acoso a preguntas, a veces bastante crueles.

—¿Entonces lo hiciste porque rompió contigo?

Como si fuera asunto tuyo.

—¿Cuánto piensas que se ha devaluado *4D* con todo esto?

Como si yo lo supiera.

—¿Todavía estás enamorada de él?

Como si esa fuera una pregunta apropiada.

—¿Por qué quieres destruir la carrera de un hombre con tanto talento?

Como si no tuviera otra cosa mejor que hacer.

Aunque me apodaron la Gran Farsante en los periódicos, y el público asumía que yo estaba buscando algún tipo de publicidad, la posibilidad de que mi denuncia fuera legítima también levantó algo de interés. Aparecieron editoriales sobre expertos en museos que veían lo que querían ver, y coleccionistas de arte dispuestos a pagar miles de dólares por un nombre.

Periodistas y expertos especulaban sobre la cara y la cruz de la situación, y de parte de quién estaban.

«¿Dónde reside el valor del arte?» se preguntaba el editorial de *ArtWorld*. «Si fue pintada por una estudiante de grado, ¿podemos seguir considerando *4D* como una obra maestra?».

Eran buenas preguntas, preguntas que yo no dejaba de hacerme. Y aunque la mayoría de los argumentos concluían diciendo que el valor del arte descansa en la pintura en sí misma, y que las grandes marcas y los nombres célebres no eran más que «el velo de nuestra sociedad consumista conducida por el ego», no tenía más que echar un vistazo al meteórico ascenso del valor de la obra de Isaac después de *4D*, para darte cuenta de cómo funcionaba el mundo.

Estaba durmiendo tan profundamente que tardé un rato en entender que estaba sonando el teléfono. El reloj de la radio decía que eran las 3:24 a. m. Palpé el teléfono a tientas.

—¡Asesina! —me gritó una voz de mujer.

—¿Eh?

—Le has matado. Le has matado. ¡Si no fuera por ti estaría vivo! —estalló en un gran llanto.

Sacudí la cabeza tratando de aclarar mis pensamientos.

—Creo que se ha equivocado de número.

Más llanto, mucho más profundo, mucho más doloroso.

—Escuche, señora —dije—. Lo siento mucho pero yo no he matado a nadie, así que le ruego que cuelgue y vuelva a marcar. O, mejor todavía, busque a alguien que pueda ayudarla. ¿Está sola? ¿Puedo llamar a alguien por usted?

—Tú y tu maldito ego —consiguió escupir entre hipidos—. Si no hubieras, si no hubieras ido allí, denunciando, denunciando, si hubieras dejado las cosas estar, él todavía, él...

—¿Quién es? —pregunté dando un respingo en la cama.

Un gemido. Una espera que me congeló hasta los tuétanos.

—¿Martha? —pregunté con la esperanza de estar equivocada aunque sabía que no lo estaba.

La esposa de Isaac.

Una larga inspiración de aire, un sollozo, un hipido.

—Ha muerto, Claire.

—¿Isaac? —susurré.

El llanto comenzó de nuevo.

—No —dije, y sonó a lamento—. No, no, por favor no.

—Se ha pegado un tiro. —La voz de Martha sonó de repente con total claridad y dureza—. Pero no se ha suicidado. Para nada. Y vas a tener que saber que tú eres la responsable, que tú eres la que ha acabado con su vida.

—¿Acabar con su vida? —repetí, enferma por sus palabras—. No, no, yo no hice eso. Yo jamás haría algo así...

—Puedes negarlo todo lo que quieras, pero eso no cambia los hechos —espetó, y colgó el teléfono.

Dejé caer el teléfono sobre la cama, estaba entumecida, muerta de frío, temblando como si tuviera una fiebre altísima. Me enrollé en la manta, intenté pasear por el estudio, pero las rodillas no me sostenían. Me desplomé sobre el suelo, enroscada en posición fetal, como una piedra. Y de piedra. Isaac estaba muerto. Y con él se había llevado todo su talento. Si yo no hubiera..., si tan solo no hubiera..., si yo no hubiera... Pero yo sí...

EL FUNERAL TUVO LUGAR en la Trinity Church de Copley Square, y fue un auténtico escenario de multitud. Las furgonetas de los medios de comunicación y reporteros de agencias de noticias pululaban por la plaza frente a la iglesia, los que pasaban por allí estiraban el pescuezo comiéndose con los ojos aquel espectáculo. Rik vino conmigo, y menos mal que lo hizo. Cuando Martha Cullion me dio la espalda en respuesta a mis condolencias, él estaba allí para apoyarme. Cuando todos los profesores de la escuela del museo evitaron mirarme a los ojos, él estaba allí para cogerme de la mano. Y cuando me sentí incapaz de enfrentarme a la visión del cadáver de Isaac, Rik me llevó a casa.

Martha le contó a la prensa que me culpaba de la muerte de Isaac. Que mi «pretenciosa denuncia» fue un intento de castigarle por haber vuelto con ella. Intelectualmente, sabía que yo no había causado su muerte, pero había una gran distancia entre lo que mi cabeza decía y lo que mi corazón sentía, y el sentimiento de culpabilidad me invadía las entrañas.

Ignoré las llamadas de los medios pidiéndome declaraciones. Aunque mis amigos me rogaban que contara mi parte de la historia, yo me sentía demasiado responsable como para defenderme a mí misma. No dormía ni comía, no trabajaba, y no salía de mi estudio. Rik intentó convencerme de que empaquetara mis óleos y pinturas y me fuera a la casa de campo de sus padres en Connecticut para terminar mi trabajo de final de grado. Yo no quería ir a ninguna parte —me había vuelto adicta a las telenovelas y los magazines televisivos de la mañana— pero mi abrumador deseo de acabar con todo lo relacionado con la escuela de arte del museo me empujó a aceptar su proposición.

Volví a Boston con las dos primeras obras terminadas, pero ninguno de mis profesores se sintió impresionado.

—Derivativo —declaró Maya Myers, la catedrática de mi comité, y me di cuenta de que George Kelly y Dan Martin compartían una sonrisa de superioridad.

—¿Derivativo de qué? —pregunté.

—Vuelve a intentarlo, Claire —dijo Maya—. Revisa a tus primeros expresionistas. Estoy segura de que te darás cuenta de a qué me estoy refiriendo.

—¿Expresionistas? —pregunté mirando fijamente mis pinturas. ¿Marc Chagall? ¿Edvard Munch? ¿Distorsión de la realidad con efecto emocional? Ni por asomo. Estos eran retratos de vagabundos, uno de un hombre y otro de dos mujeres, ambos altamente representacionales. Eran emocionales, sí, esa era la intención. Pero no estaba curvando la realidad, sino que la realidad te miraba de frente, directamente a la cara.

Miré a George y Dan, esperando a que alguno de los dos la contradijera.

—Estoy de acuerdo con Maya —dijo Dan.

—Yo también —dijo George.

Recogí mis pinturas y me marché al apartamento de Rik. Coloqué los cuadros sobre la pared que había detrás de la mesa de su cocina.

—¿Tú dirías que esto es expresionista?

—Bueno... —dijo Rik mientras los escrutaba—. Crean emoción. Fuerte angustia. Así que supongo que en ese sentido, son expresionistas.

—¿A través de la distorsión?

—No podría decir eso.

—¿Son derivados?

—¿De quién?

—Eso es lo que Myers dice. Ella y sus dos monos de feria.

Rik pasó a escrutarme a mí.

—¿Y tú estás pensando estas cosas por lo de Isaac, tal vez?

—¿Y por qué otra cosa iba a ser?

—A lo mejor te está poniendo a prueba, empujándote hacia nuevas cumbres creativas.

—Ya, pero la primera vez que le presenté la idea, le encantó. Me dijo que me pusiera a trabajar en ello nada más ver los bocetos iniciales.

—Tienes que dejarlo estar, Osito. No todo lo que te pasa tiene que ver con Isaac.

Pero todo parecía tener que ver con Isaac. A pesar de los huracanes y el calor sofocante, del alboroto internacional y las elecciones presidenciales, los medios no dejaban el asunto, citando a los amigos y colegas de Isaac, hablando sobre el gran talento que tenía y la irreparable pérdida que el mundo había sufrido con su muerte. Al final acabé concediéndole una entrevista al *Globe*, explicando cómo había sucedido todo, que *4D* era mío, y que había ido al MoMA para arreglar las cosas. Pero parecía que nadie, excepto mi familia y unos pocos amigos estaba dispuesto a creerme. La historia de Martha era mucho más llamativa.

Así que cuando por fin salí de la casa de campo de los padres de Rik, volví a trabajar en mis pinturas «no expresionistas», y obtuve mi anhelado título del Museo de Bellas Artes de Boston, no me sorprendió mucho adentrarme en un mundo que fingía no ver a la Gran Farsante. Enviaba las diapositivas de mi trabajo a las galerías de arte, me presentaba a concursos, y recibía por toda respuesta un silencio glacial; o simplemente, no recibía respuesta alguna tras enviar mi currículum. Entonces me di cuenta de que Rik estaba muy equivocado. Todo tenía que ver con Isaac. Y en contradicción a la sabiduría popular, descubrí que, de hecho, existía en el mundo una cosa llamada mala reputación.

TREINTA Y SIETE

LA PRISIÓN DE NASHUA STREET SE PARECE MÁS A UN HOTEL de cinco estrellas o a un lujoso edificio de oficinas que a un correccional. Da a una expansión abierta del Charles River, con sus ventanas en ángulo y su imponente fachada rivalizando con la mayoría de palacios de justicia. Pero el interior, el desprecio de los guardias de seguridad mezclado con el olor a sudor, Lysol, y desesperanza, me recuerda demasiado a Beverly Arms.

Todo lo relacionado con el mundo carcelario puede llegar a ser altamente desmoralizante, pero lo de Nashua Street eleva a un nuevo nivel lo que hasta entonces yo conocía. Y no solo porque Beverly es una instalación juvenil y Nashua una prisión de máxima seguridad, sino porque ahora vengo en calidad de visitante en lugar de profesora, en calidad de suplicante en lugar de voluntaria. En todo caso, ser blanca, hablar inglés, no resultar hostil ni quejica, y llevar ropa más o menos apropiada juega a mi favor.

Los guardias de seguridad rechazan a un chico que lleva unos pantalones anchos de chándal, a una chica con una camiseta demasiado ajustada, y a un hombre que por toda identificación lleva únicamente un certificado de nacimiento; a una anciana que trata de explicar en inglés chapurreado que se ha tirado dos horas para llegar aquí, para que ahora le digan que no puede ver a su nieto porque ya ha consumido el cupo de tres visitas por semana. Ruegos, lágrimas, ofertas de favores, y niños que lloran por su padre. Da igual, no hay nada que hacer. Gritar e insultar, puñetazo en la pared incluido, tampoco cambia nada.

Me interrogan, me cachean y me conducen a una habitación del tamaño de un aseo, y no sé si es angustia o alivio lo que siento. La salita es claustrofóbica y sofocante, hay un taburete de metal pegado a la pared, y es ahí donde me siento, frente a un panel de cristal vacío con un círculo de pequeños agujeros en la parte de abajo.

Frente a mí, al otro lado del cristal veo un taburete de metal similar al mío y una puerta cerrada. El hedor a calcetines sucios invade mis fosas nasales, y el ácido sabor de la bilis se instala en mi garganta. Estoy sufriendo por Aiden. La idea de tenerle aquí encerrado me rompe las costillas. No he podido hablar con él desde que le arrestaron.

Por lo visto, Patel sabía más de lo que Aiden pensaba. O eso, o el FBI hacía su trabajo mejor de lo que creíamos y consiguió desenmascarar a los intermediarios que se suponía que debían proteger a Aiden. De acuerdo a los cargos, está acusado por vender mercancía robada, transportar

mercancía robada, y conspirar para cometer fraude. El portavoz del FBI dijo que los cargos por gran robo todavía estaban pendientes.

Me centro en el murmullo de voces a uno y otro lado de mí, aunque no puedo entender nada de lo que están diciendo. Los guardias de seguridad gritan nombres y números. Escucho su nombre, cierro los ojos, trato de respirar con normalidad. Es como si llevara horas esperándole, aunque no tengo ni idea de cuánto tiempo ha pasado, el reloj marca las 6:15, y las agujas no se han movido desde que he entrado. Mi reloj está en la taquilla. Solo están permitidas las joyas de alerta médica y anillos de boda.

La puerta que hay al otro lado del cristal se abre por fin, y Aiden entra en la sala. A primera vista no tiene tan mal aspecto: lleva un mono ancho, un poco arrugado, pero va bastante limpio y afeitado, y camina erguido. Cuando se sienta frente a mí, veo que está más blanco que un fantasma. Se han grabado unas líneas en sus ojos inyectados en sangre, con unas bolsas azul oscuro colgándole debajo.

—Hola —digo con voz alta y aguda, forzando una sonrisa.

—Tienes que marcharte, cariño. Ahora —dice él acercándose a los agujeros.

Coloco mi mano en el cristal.

—¿Cómo estás? ¿Te han dicho algo? ¿Cuándo sales de...?

—Lo digo en serio, Claire —dice—. Fuera de la ciudad. Lejos. Y no vuelvas aquí. Es demasiado peligroso.

—Aiden, solo quiero que sepas que puedes contar conmigo. Estamos en esto juntos. Dejemos las peleas para cuando salgas de aquí, ¿vale?

—No voy a salir. Es lo que me han dicho. Riesgo de fuga. —Hace una mueca—. El robo del Gardner.

—Pero las cosas se pueden arreglar, ¿no? ¿Qué dice tu abogado? ¿Está presentando mociones o lo que quiera que sea que hagan los abogados? Puedo buscarte otro abogado si quieres.

—Tienes que quedarte fuera de esto. Tú no has hecho nada malo, y tenemos que procurar que siga siendo así. Cuanto menos contacto tengas conmigo y con este lío, mejor.

—Pero si no he hecho nada malo, si no estoy en peligro, razón de más para hacer todo lo que pueda por sacarte de aquí lo antes posible.

—No me estás escuchando: no voy a salir. No van a darme la libertad bajo fianza.

—Pero...

Levanta las manos como si quisiera detener mis palabras con ellas.

—Pero nada. Creen que...

—¿Qué pasa? —pregunto. Lleva el dedo índice envuelto en una férula de metal asegurada con cinta adhesiva.

—Nada. —Baja la mano.

—Por favor, Claire. Créeme, algunas cosas es mejor dejarlas como están.

—Te han herido —digo.

—No es nada —repite.

—Cuéntamelo.

—Te lo advertí —duda, suspira, y dice—: No me dio tiempo a pagarle a los vendedores.

—¿Qué vendedores? ¿De qué pago me estás hablando? —Pero nada más hacer las preguntas, me doy cuenta de que ya sé las respuestas—. ¿El dinero de Patel? ¿Los que te dieron *Baño*?

—Quieren su dinero, y lo quieren ya.

—¿Y qué tiene que ver tu dedo con eso?

—Es una amenaza.

—¿Qué clase de amenaza?

Las ojeras que cuelgan de sus ojos se oscurecen.

—Es lo que le pasará a mi dedo si no les doy el dinero.

—¿Van a rompértelo?

—Ya está roto.

—No entiendo.

Levanta el dedo índice derecha y hace el gesto de cortarlo por la base con la mano izquierda.

—Me lo cortarán.

Se me hace un nudo en el estómago y, por un momento, creo que voy a vomitar.

—Eso es una locura —protesto—. Nadie haría eso.

Él se dedica a mirar, la mirada de acero, la mandíbula apretada.

—Pero estás en la cárcel. ¿Cómo van a llegar hasta ti...?

—Los mismos que me han hecho esto —dice mostrándome el dedo de nuevo.

—¿Dónde está el dinero? Dímelo y yo se lo llevaré.

—No.

—No soy ninguna niña. No necesito que me protejas. Eres tú quien necesita protección y quiero ayudarte. ¿Me estás diciendo que estás dispuesto a perder tú, tu...? —No puedo ni articular palabra.

—Ya lo he perdido.

Contemplo sus dos manos descansando sobre la pequeña repisa y el estrecho receptáculo de la sala empieza a dar vueltas.

—¿De qué estás hablando? —Mi voz va elevándose a cada palabra.

—Claire —dice afiladamente—. Por favor, no hagas esto.

—Es que estoy tan preocupada y asustada por ti —digo estallando en un mar de lágrimas.

Las facciones de su rostro se suavizan.

—Si prometes irte de aquí nada más terminar y no entrar en pánico, te lo explicaré todo.

Cierro los ojos e inspiro profundamente, sin saber muy bien si quiero oír la explicación.

—Vale.

—La única manera de acceder a la caja fuerte de la galería es mediante la huella digital de mi dedo índice derecho.

Me toma un instante procesar lo que está diciendo, y cuando lo hago, me enfermo solo de pensarlo. Ahogo la bilis subiendo por mi garganta.

—Me lo has prometido —dice Aiden—. Nada de entrar en pánico. Ahora vete.

—Pero, pero —susurro, sin querer resignarme a dejarlo a solas con esto—. ¿Qué hay de tus amigos? ¿Clientes? ¿No hay nadie que pueda hacerte un préstamo?

—Ya lo he intentado —dice—. Ahora mismo soy una especie de *persona non grata*.

—¿Tu colección de arte? Podrías vender...

Sacude la cabeza y me doy cuenta de que preferiría perder un dedo antes que desprenderse de una sola pieza de su colección.

—Necesitas salir bajo fianza —digo—. Si pudieras salir de aquí, aunque solo fuera por un

día, una hora, entonces... —Mi mente da vueltas en busca de una solución, pero estoy en blanco.

—Por favor —dice, con una tristeza tan grande que puedo sentirla en mi interior—. Vete.

Solo puedo hacer una cosa: encontrar la pintura original. Eso probaría que el *Baño* de Aiden es una falsificación. Y entonces, al menos durante un tiempo, no podrían aplicarle ninguno de los cargos: ni transporte de mercancía ni venta de mercancía robada, ni fraude, ni conexión alguna con el robo. Su abogado podría sacarlo en libertad bajo fianza. Incluso un breve espacio de tiempo sería suficiente para salvarle el dedo.

—Aiden, Aiden. —Mi voz se fractura—. Lo siento, lo siento mucho. Nunca te lo he dicho antes, debí hacerlo, pero no lo hice. Resulta que la pintura que me trajiste no es lo que crees que era. Yo sabía...

—Por tu madre, por tu amigo Rik, por lo que sea, Claire —interrumpe, demasiado preocupado por mí como para escucharme—. No puedo involucrarte en esto también a ti. —Aprieta la palma de su mano izquierda contra el cristal que nos separa, justo como la primera noche que hicimos el amor—. Te quiero.

Se me escapa un sollozo por los labios.

—Yo también te quiero —logro susurrarle, y al decirlo, sé que es verdad.

—Kristi y Chantal se ocuparán de la exposición.

—No es por la exposición. Lo sabes. Es por ti. Aquí. Es por lo que podría pasarte...

—Mi hermosa Claire. —Aiden se levanta y abre su puerta, girándose para regalarme una sonrisa rota antes de marcharse—. Necesitaré el dinero de la venta de tus fabulosas pinturas para el fondo de mi defensa, así que sal de aquí, y cómete el mundo.

SANDRA STONEHAM me invita a pasar a su apartamento y me quedo un rato en la entrada examinando *Amelia*. No hay duda de que Virgil Rendell tenía habilidades técnicas suficientes como para falsificar *Después del baño* de Degas, pero ¿por qué lo haría? ¿Puedo robar el original y reemplazarlo por el suyo? ¿Chantajeó a Belle obligándola a renunciar a la verdadera pintura sustituyéndola por una falsificación? ¿Se perdió o destruyó la original y Belle le contrató para pintar una copia? Pero los cómo y porqués son intrascendentes a la luz de la situación actual de Aiden.

—¿Conocía tu tía a Virgil Rendell? —pregunto mientras intento determinar la dirección de sus pinceladas.

—Creí que andabas buscando pintores famosos —dice frunciendo el ceño.

—Sí, ando en esas, pero este Rendell de aquí es buenísimo. Cada vez que miro esta pintura siento una enorme curiosidad, tanta que estoy considerando incluirlo en mi libro.

—Que yo sepa no —dice Sandra propinándome una mirada extraña.

Dirijo mis ojos osados a las puertas de caoba que conducen al salón, esperando que esta vez sí me invite a entrar a echar un vistazo a su colección de arte clásico. Pero si se ha dado cuenta de mi curiosa intención, ha decidido ignorarla, porque me conduce hacia el lado opuesto del pasillo.

—He encontrado algunas cajas nuevas en el ático —dice cuando alcanzamos la sala de estar—. Acabo de empezar a rebuscar y ya me lo estoy pasando bien. He encontrado todo tipo de cosas adorables que había olvidado que estaban ahí. He decidido que, mientras todavía esté en plenas facultades mentales, voy a hacer un catálogo de todas y cada una de ellas. —Señala los objetos

esparcidos por la mesa de café: un pastillero con una bailarina pequeñita sobre la tapa rota, una muñeca de porcelana, un puñado de monedas viejas, una gavilla de fotos, recortes amarillentos de periódico—. Son piezas importantes de la historia.

—Parece un proyecto de los que merecen la pena —digo, aunque a primera vista, no veo nada digno de ser considerado importante para la historia. Ni para mí.

—Pero, desafortunadamente —continúa—, no he encontrado ni un solo objeto de la tía Belle. —Aprieta los labios—. El museo tiene control absoluto sobre todo lo que le perteneció en vida. Cada cuadro, cada objeto de arte, cada traje, e incluso las poquitas cartas que se conservan.

—¿Por las condiciones de su testamento?

—Por la *interpretación* que hizo el museo de las condiciones de su testamento —corrige Sandra.

—Qué injusto para la familia —simpatizo.

Me recompensa con una sonrisa.

—Como dicen los jóvenes, «ya te digo».

Llevo la mirada de la mesa de café a la media docena de cajas de cartón que descansan sobre el suelo. No estoy segura de qué estoy buscando, pero lo que sí sé es que no voy a encontrarlo en un pastillero roto.

—Todavía no las he abierto todas, pero parece que la mayoría están llenas de papeles. Documentos y memorandos, cosas así. Como te dije por teléfono, creo que todo es del siglo XX, y la mayoría eran de mi madre. Las mujeres de mi familia han sido siempre las encargadas de administrar y conservar los legados. Algo que deberían hacer siempre todas las familias, y no los museos.

—Ya te digo —sonríe—. Principios de siglo XX podría valerme.

—Como sabes, la tía Belle vivió hasta el año 1924, así que, con suerte, a lo mejor te encuentras con algo que a mí se me haya pasado —dice Sandra, pero su tono deja entrever que lo duda mucho—. Bueno, todas tuyas. Estaré en el otro lado del apartamento pagando facturas, así que pégame un grito si necesitas algo.

A medida que ella se encamina a la parte trasera del apartamento, yo me siento en el suelo y alcanzo la primera caja. Saco una pila de recortes de periódico, pero al cogerlos se rompen entre mis dedos como finas hojas de cristal y vuelven a caer en el interior de la caja, virutas de polvo ilegibles y papel amarillo.

Desde el arresto de Aiden, no he podido dormir más de una hora seguida; no puedo quitarme de la cabeza la imagen de su dedo roto. Empujo las virutas de papel de periódico hasta el fondo para ver qué más hay dentro. Solo tengo un par de horas, tengo que estar en Markel G en breve. Todas mis pinturas han sido enmarcadas y entregadas, y Kristi necesita que vaya a inspeccionarlas antes de colgarlas. Un objeto en movimiento.

Hurgo en la caja. Cartas de amor escritas durante la I Guerra Mundial, fotos de niños presumiblemente fallecidos desde hace tiempo, flores secas, boletines y formularios rellenos con caligrafía perfectamente redonda, menús de restaurantes populares en la década de los treinta. Una delicada mantilla, apolillada y tal vez roída por un ratón, y que en otros tiempos, cuando todavía conservaba su orgullosa blancura, debió ser la posesión más preciada de su dueña. Aprieto los dedos contra el material grisáceo y roído, reconfortándome ante la menudencia, la insignificancia de la existencia individual.

Paso a la siguiente caja. Esta está llena de ropita de bebé y muñecas rígidas de aspecto escalofriante, y no muy divertido. Resulta difícil imaginar que alguien haya podido jugar con estas cosas. Una tiene una cara pintada que recuerda a la Malvada Bruja del Oeste. La tercera caja parece mucho más prometedora. Todo lo que contiene parece muy antiguo. Cuentas de la casa desde 1894 hasta 1898, una foto de familia, cada uno de ellos enfundado en los horribles atuendos decimonónicos, a cuál de ellos con gesto más adusto y reprimido. Ni rastro de Belle.

Entonces encuentro un cuaderno con las iniciales «VR» en la esquina superior derecha. Cuesta leerlo con todos esos garabatos rascados, algunos tienen fecha mientras que otros no. Un diario. La primera fecha semilegible se remonta a 1884 o 1885, mientras que la última es del año 1889. Empiezo a pasar las páginas como loca, esperando encontrar un nombre. Es obvio que el autor es un hombre joven locamente enamorado de una chica llamada Amelia, la cual posa sentada para un retrato que él está pintando. Tiene que pertenecer a Virgil Rendell. Mi corazón comienza a vibrar. La época coincide, y también el hecho de que el autor-escritor del diario también es pintor. ¿Pero por qué estaría su diario en el ático de la familia Gardner?

Dejo de pasar las páginas en cuanto veo una mención a Belle, o a la señora Jack, que es como se refiere a ella. Por lo que puedo leer entre líneas, no tiene palabras muy halagadoras para ella. «La señora Jack es la mujer con la cabeza más cuadrículada que he conocido en mi vida». «Amelia no lo tolerará y yo tampoco». «Es su tía, no su madre». «Solo porque es rica y conoce a la gente adecuada no tenemos que caer de rodillas ante sus pies y hacer todo lo que nos diga». Hay muchos más garabatos. Ciertamente, estas letras no estaban destinadas a ser leídas por nadie más. Eran algo íntimo, algo que solo debía leer su dueño. En cada una de las páginas más o menos legibles, destaca la frase: «Sumner Prescott es un esnob y Amelia jamás aceptará casarse con él». Y hacia el final: «Menuda hipócrita la tal Belle Gardner, fingiendo renegar de la sociedad bostoniana, pero imponiendo su creencia en la superioridad de su propia “clase” en detrimento de la felicidad de su sobrina. No pienso volver a poner un pie en Green Hill ni en su horripilante y sobrecargada casa de Beacon Street. Ni pienso volver a tener nada que ver con la señora Jack».

Tanta información corroborando mi teoría de que Belle le contrató para pintar la falsificación. Miro el reloj. Ya son más de las tres. Kristi ha empezado a limitar los horarios de la galería para evitar a la prensa, e insistió mucho en que fuera a comprobar los cuadros hoy. Dudo, luego vuelvo a meter el diario de Virgil en la caja y llamo a Sandra para decirle que tengo que irme.

—Todavía no he acabado con esta caja —le digo cuando entra—. Pero llego tarde a una reunión en el centro... —Dejo la frase a medias esperando a que me ofrezca llevármela conmigo.

—Mañana por la tarde estaré en casa cocinando para el día de Acción de Gracias —dice—. Si quieres pasarte y terminar de revisarla, por mí estupendo.

Acepto su oferta y me voy pitando a coger la línea verde. Mientras espero muerta de frío a que llegue el tranvía, vuelvo a leer en voz alta las palabras de Rendell dentro de mi cabeza: *Ni pienso volver a tener nada que ver con la señora Jack.*

Lo que está claro es que Amelia se casó con Prescott y no con Rendell, presumiblemente debido a la influencia de su rica y poderosa tía, quien pensaba que el linaje familiar de Virgil no era lo suficientemente bueno para su familia. Eso sí que le daría un giro shakesperiano a la historia, que Rendell buscara venganza. ¿Qué mejor manera de destruir a Isabella Stewart Gardner que con una falsificación?

Del puño y letra de

ISABELLA STEWART GARDNER

Enero de 1898
París, Francia

Mi queridísima Amelia:

Tan pronto como recibas esta carta, llévatela a algún lugar privado y léela únicamente cuando estés segura de que estás totalmente sola. Luego, cuando hayas terminado debes quemarla y asegurarte de que las cenizas también sean destruidas. Esto puede sonar un poco histérico, pero cuando la leas lo entenderás. No debería poner estos pensamientos sobre el papel, pero tengo que hablarlo con alguien, y necesito desesperadamente que me guíes en este asunto.

Me he metido en un berenjenal. Oh, Amelia, ¡he sido tan idiota! ¿Recuerdas cuando te conté mis aventuras con el señor Degas en su estudio y te dije que si volviera a nacer haría lo mismo? Bueno, pues estaba equivocada. Muy equivocada. ¡Si tan solo pudiera borrar lo que sucedió!

Justo antes de irnos para Londres el pasado octubre, recibí un cable de Edgar diciéndome que había oído que estaríamos fuera durante el invierno. Me dijo que tenía que ir a visitarle porque tenía una sorpresa para mí. Hice algunos cambios en nuestro itinerario y conseguí que estuviéramos en París por Navidad. Nada más llegar, mandé aviso a Edgar.

A la tarde siguiente, llegó sin anunciarse a nuestro hotel. Tu tío Jack estaba casualmente en la logia masónica con tu suegro, quien asumo que sabes que está pasando unos días de vacaciones en París. ¡Qué hombre tan elegante! Cada día me siento más profundamente agradecida por que tú y tus hijos seáis unos Prescott. Me aterra pensar dónde habrías podido acabar si no te hubieras casado con Sumner. Pero vayamos al grano.

El carruaje de Edgar nos aguardaba fuera del hotel, y me llevó a su estudio.

—¿Qué sorpresa crees que tengo guardada para ti, mi querida señora Gardner? —me preguntó mientras íbamos paseando por los anchos bulevares.

Yo pensaba que se estaría refiriendo a un cuadro, por supuesto, pero no quería decepcionarle ni que se sintiera insultado si no era el caso.

—¿Otra bata?

Edgar chasqueó los labios y ordenó al cochero que acelerara la marcha.

—A lo mejor —dijo—. Ya me temía yo que acertarías.

Pero por su mirada traviesa supe que no había acertado.

No puedo explicarte lo emocionada que estaba. Sabía que tenía que ser una pintura para mi museo pero no sabía en qué estilo lo habría pintado, ni si sería un regalo, o si tendría que pagar por él. Ya me conoces.

Cuando entró en su estudio, vi un enorme lienzo sobre un caballete en medio de la estancia. Estaba cubierto con una sábana. Me apreté el pecho con la mano para controlar los latidos de mi corazón. De verdad te digo, Amelia, que creía que se me iba a salir del pecho, así de fuerte me latía. Edgar me contemplaba con el rostro inflamado de placer.

—Enséñamelo —le rogué, como un niño en la mañana de Navidad—. Por favor.

—Cálmate, mi querida niña —dijo apuntando hacia el sofá—. ¿Quieres que llame a la doncella para que nos sirva un té?

—No —dije sin importarme lo imperdonablemente ruda que pudiera estar pareciendo—. Quiero ver mi, *tu*, pintura.

Edgar estalló en carcajadas.

—Si tan solo fueras un hombre con ese espíritu... ¡Imagina todas las cosas que harías!

—Debo recordarle, *señor*, que estoy en proceso de cumplir muchas de esas cosas —dije cruzándome de brazos y mirándole fijamente—. Muchas de las cuales, por cierto, no veo que esté haciendo ningún hombre.

—Tienes toda la razón, mi querida Belle —dijo—. Te pido disculpas a ti y a *toutes les femmes*.

Me hizo una reverencia y, seguidamente, arrancó la sábana del lienzo con una floritura.

Lo primero que capté fue el brillo de sus colores. Azules, verdes y corales estallando por la habitación como si estuvieran vivos. ¡La profundidad de valores, la saturación de la pintura! ¡Qué pinceladas! ¡Un *tour de force*! Este hombre es un genio, y yo no podría estar más satisfecha conmigo misma por haberle hecho volver al estilo clásico de sus inicios.

—Mi quinto y último *Después del baño* —dijo orgullosamente—. ¿Te gusta?

Parpadeé y me centré en la composición. Representaba tres desnudos secándose con una toalla, no era un objeto inusual en la obra de Edgar. Pero este trabajo era mucho más superior que el resto de su obra reciente, lleno de capas traslúcidas de colores brillantes superpuestos, expresando lo inexpresable, con una luminosidad que solo puedo achacar al dedo de Dios. Tenía tantas ganas de tocarlo que tuve que apretar los puños y hacer un esfuerzo para mantener mis brazos en su sitio.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Te gusta?

Aparté mis ojos de la pintura y le miré.

—¿Gustarme? —Respiré—. Esa tu obra maestra.

—¿Entonces lo aceptas? ¿Cómo regalo para tu museo?

Y aunque eso era lo que yo había estado esperando, por lo que yo había estado rezando todo el tiempo, me quedé sin palabras.

El rostro de Edgar se nubló con preocupación. ¿Realmente creía que iba a decir que no?

—¡Por supuesto! —exclamé—. Por supuesto que lo acepto. Cuidaré de él. Lo colgaré en uno

de los lugares más prominentes del museo.

—¿Solo en uno de los más prominentes? —bromeó.

—¡El más prominente! ¡Absolutamente! —prometí.

—¿Entonces champán mejor que té? —sonrió—. ¿Para brindar por tu nueva adquisición?

Nos acomodamos en el sofá y la doncella trajo champán y unos pastelitos de lo más deliciosos. Yo estaba sumida en un delirio de alegría y me fui animando cada vez más con el champán, tanto que ya no miraba la pintura. Edgar y yo bebíamos y charlábamos alegremente sobre mis planes de construcción de Fenway Court y los rumores de París.

Solo después de acabar la botella miré la pintura con más atención. Y, ¡oh, Amelia, parece que solo había visto hasta ese momento lo que había querido ver, no lo que había estado delante de mis ojos todo el tiempo! Me avergüenza decírtelo, pero uno de los desnudos ¡era yo!

No hay duda, y todo el mundo lo sabrá. ¿Recuerdas cómo se puso tu tío Jack con el retrato que John Sargent me hizo en el que aparezco con ese escote en forma de corazón? Se enfadó muchísimo porque según él enseñaba demasiado, y me prohibió mostrarlo al público mientras él estuviera vivo. ¡Y estaba completamente vestida!

¿Qué hago? Edgar lo hizo expresamente para mi museo. Y no puedo insultarle no exponiendo un regalo así. ¡Pero no puedo exponerlo! Ni puedo negarme. Este *Después del baño* es su auténtica obra maestra, ¡y me la ha dado a mí! Es mía y debe seguir siendo mía, y recibir semejante tesoro, sin coste alguno... No puedo dejarlo pasar. Nunca.

Así que, mi querida Amelia, ahora ves por qué tienes que quemar esta carta. Por favor, hazlo inmediatamente y mándame un cable tan pronto como puedas dándome tu opinión. Estoy desesperada por oír tu consejo. Tenemos que tramar un plan.

Tu desesperada e idiota,
tía Belle

TREINTA Y NUEVE

TRES MONTONES DE LIENZOS ENVUELTOS EN PLÁSTICO de burbujas descansan sobre una mesa de trabajo en la trastienda de Markel G. Mis veinte pinturas. Acabadas de enmarcar. A Kristi le gusta tener a sus patitos alineados en fila con tiempo de sobra, aunque no podemos empezar a instalarlas hasta dos días antes de la exposición, que es cuando acaba la que hay ahora mismo.

Toco el plástico de burbujas y me acuerdo de la tarde en la que Aiden y yo desenvolvimos *Baño*. Es una pena que no pueda estar aquí. Una tristeza profunda se asienta en el centro de mi pecho. Los colores brillantes destacan a través de las burbujas semiopacas, de la misma manera que lo hacía la pintura de Degas, pero la emoción que sentí aquel día no es la misma. Es muy doloroso estar aquí sin Aiden, siguiendo adelante con la exposición como si nada hubiera pasado. Y como si las cosas no fueran a ponerse todavía más feas.

Chantal está fuera con un cliente, lo cual viene siendo habitual desde el arresto de Aiden, y Kristi va a regresar a ayudarme a desenvolver las pinturas tan pronto como deje de hablar por teléfono. Hacemos como si Aiden estuviera en una reunión o tomando el almuerzo, como si se hubiera ido un momento. Evitamos mencionar su nombre.

En circunstancias normales, ya habría desenvuelto las pinturas, las hubiera alineado contra la pared, y hubiera levantado unas cuantas para ver cómo encajarlas. En lugar de eso, estoy sentada en una silla de patas enclenques con un solo brazo pensando en cómo pudo Virgil Rendell chantajear a Belle. Si estoy en lo cierto, su familia es la que debe tener el original de *Después del baño* y a lo mejor ni saben que es un Degas auténtico. Eso si tiene familia.

Me suena el teléfono.

—¿Cómo estás, Osito? —pregunta Rik.

—Bien —digo, pero las palabras me salen a jirones.

—Sabes que estoy aquí para lo que necesites ¿verdad?

Se me cierra la garganta y, por un momento, no puedo articular palabra.

—Lo sé —susurro finalmente. ¿Estaría ahí para mí si supiera el papel que he jugado en el debacle de Aiden?

Se abre un agujero de vacío en la línea telefónica, y luego Rik pregunta con falsa alegría:

—¿Ya tienes el vestido?

Sé que está tratando de ser amable, de distraerme, pero esa es la última cosa en la que me apetece pensar.

—El otro día me di una vuelta por la calle Newbury. —¿Y?

—No vi nada.

—¿Pero te probaste algo?

No quiero ni pensar en tener que afrontar el día de la reinstalación sin Aiden. Será como tener un agujero a mi lado.

—Todavía hay tiempo.

—Unos cuatro días, sin incluir Acción de Gracias.

—Iré a ver algo en cuanto salga de aquí.

—Si quieres esperarme hasta las ocho, te acompaño.

No quiero que me acompañe. Estará todo el rato hablando de los invitados ricos y famosos, de la comida que preparará el célebre chef de turno, de Yo-Yo Ma tocando el chelo, de los tulipanes holandeses y todas esas cosas. Lo mismo que han estado haciendo los medios de comunicación toda la semana. No hay una sola mención al día de la reinstalación que no haga referencia a Aiden, y yo ya pienso bastante en él, y en lo estúpidos que hemos sido los dos.

—No, gracias —digo—. Estoy en Markel G ahora mismo así que aprovecharé para ir ya que estoy por aquí.

—¿Has visto a Aiden?

—Ya hablaremos luego —digo bajando el tono de voz.

Rik vacila:

—¿Qué tal un corte de pelo *sexy* a juego con el nuevo vestido? —pregunta en otro esfuerzo errado por levantarme el ánimo—. Al final no te pudiste ir a Canyon Ranch, así que ¿y si me dejas llevarte al nuevo Salón Amaud? Si quieres llamar la atención de la prensa en tu exposición no hay nada mejor que un fantástico corte de pelo para hacerte destacar.

Mis ojos se llenan de lágrimas, algo que últimamente me pasa mucho. Es solo una exposición de arte, y como Isaac dijo una vez: *Ni que estuviéramos curando el cáncer*.

—Mira, Rik, la verdad es que ahora mismo tengo un montón de cosas en la cabeza y...

Kristi entra en ese momento dándome la excusa perfecta.

—He de dejarte —le digo—. Tengo una reunión.

—La limusina pasará a buscarte sobre las siete el sábado —dice Rik, y cuelgo.

Kristi coge un par de tijeras, desliza una a través de la mesa en dirección a mí y dice:

—Vamos a ver lo que la magia de Templeton ha hecho con estos cachorrillos.

Y, de hecho, casi no puedo creer que estas extraordinarias pinturas sean mías; tal y como decía Rik, y al igual que un buen corte de pelo, un buen enmarcado marca la diferencia. Por un instante, mis preocupaciones se desvanecen, y una alegría pura me sobrepasa. Yo creé esto. Y esto. Mis bebés van a salir al escenario muy orgullosos, explotando de vida y belleza, titulándose en el mundo, con un futuro incierto pero lleno de promesas.

ESTOY EN EL SUELO de la sala de estar de Sandra con la última de las cajas. Llevo casi una hora aquí pero sin suerte. Ya no encuentro nada ni de Belle ni de Amelia en el diario de Rendell, ni nada más que le perteneciera. Pero he encontrado unas cuantas fotos de Sandra de cuando era

joven. Es una de esas raras mujeres que mejoran con la edad.

La pasada noche estuve navegando en internet buscando información sobre Rendell, pero aparte de lo que ya había encontrado no había mucho más. No se sabe si estaba casado o tuvo hijos, nada sobre su carrera como pintor salvo su faceta como falsificador, y que acabó suicidándose. Sé que las posibilidades de encontrar algo que le perteneciera son remotas, pero más remotas son las oportunidades que tiene Aiden, y debo intentarlo.

—¿Algo interesante? —pregunta Sandra al otro lado del mostrador de la cocina donde se encuentra cortando hortalizas para la sopa de Acción de Gracias.

Sacudo la cabeza.

—Creo que necesito información sólida de al menos cinco artistas para escribir la propuesta del libro. Y solo tengo tres, tal vez cuatro. Contaba con encontrar otro más aquí.

La sonrisa de Sandra es cálida y comprensiva.

—¿Quiénes son tus otros tres o cuatro? —pregunta.

—Como te comenté el otro día, Whistler, Singer Sargent, y Ralph Curtís. He encontrado algo de información sobre Dennis Miller Bunker y tu tía, pero no mucha. Y nada sobre su relación personal con Smith, Cram, o Martin Mower.

—A lo mejor puedes rellenar la propuesta con un poco de material de *marketing* —sugiere Sandra—. Si tiene aspecto de vender, el editor estará más que satisfecho con un índice de contenidos anotados y tres capítulos fuertes.

—Hablas como si fueras una mujer que hubiera escrito una propuesta de libro.

—Cuando tengas mi edad —dice Sandra— habrás hecho de todo al menos una vez en la vida.

Cojo la última caja. Cada objeto, carpeta, pila de cartas lacradas es de la época comprendida entre 1930 y 1940. Al principio, sentía más curiosidad sobre el contenido de cada caja, pero ahora no me podían importar menos las flores secas de cortejo de alguna chica desconocida que, probablemente, acabó casándose con algún vejestorio hace más de cincuenta años. Saco cada objeto de la caja y lo tiro sobre la alfombra, pero me siento culpable y temo que Sandra pueda pensar que no estoy siendo del todo respetuosa con su historia familiar, y decido colocarlos con más delicadeza, pero Sandra está tan absorta en cortar hortalizas que no parece darse cuenta de mi presencia.

Y entonces veo algo que parece un cuaderno de dibujo. Me recuerdo a mí misma que todo lo que hay en esta caja es posterior a la época de Rendell, así que no hay razón para albergar expectativas de encontrar otra cosa entre los recuerdos familiares de Sandra. Pero aun así... saco el libro, limpio el polvo de la portada; hay una pequeña «VR» escrita en la esquina superior, justo como en el diario que encontré el otro día. Lo aprieto entre mis manos, miro de reojo a Sandra, que está cortando cebolla a lo Julia Child, con la misma energía, y lo abro.

El primer cuarto del libro está lleno de paisajes; la siguiente docena de páginas o así, contienen bocetos de un retrato de una señora madura y cuatro jóvenes, probablemente sus hijas. Luego hay desnudos. Los primeros están finamente dibujados, voluptuosos y bellos. Pero conforme voy pasando las páginas los cuerpos se vuelven más recios y ásperos.

El cuaderno se abre con dos borradores composicionales encarándose el uno al otro a doble página. Una gota de sudor surge del nacimiento de mi pelo como si fuera un cuerpo autónomo, precipitándose vertiginosamente por mi cara. Parpadeo sin dar crédito. Pero cada vez que abro los ojos sigue ahí.

En el dibujo de la página derecha, Simone y la robusta Françoise están sentadas cada una a un lado de Jacqueline, quien está de pie, tal y como aparecen en el *Después del baño* de Aiden y *Baño II*. Pero en la página izquierda, una delicada no Françoise permanece de pie junto a Jacqueline con una encorvada Simone a los pies de Jacqueline, justo como en el cuaderno de dibujo de Degas. Me quedo en blanco, y la habitación empieza a darme vueltas.

SIENTO COMO SI ME ESTUVIERA despertando de un sueño, oigo el siseo de la cebolla friéndose en el aceite caliente, inhalo el afilado y dulce aroma, pero todavía no puedo afrontar la situación. Contemplo el cuaderno abierto sobre mi regazo, perpleja, confusa, sin saber que paso debo dar a continuación. El chunk chunk del cuchillo de Sandra sigue cortando. Más siseo. Tal vez apio. Coloco los objetos esparcidos por la alfombra en la caja pero sin soltar el cuaderno de dibujo. Los dos dibujos parecen confirmar mi teoría de que hubo un *Después del baño* original y que Virgil Rendell pintó la falsificación que Aiden me trajo, pero no puedo estar segura hasta compararlos con los bocetos composicionales de Degas.

Mi cerebro empieza a maquinarse con la idea de llevarme el libro de Rendell. Sandra nunca sabría si me lo guardé en la mochila, y la idea empieza a cautivarme. Pero a pesar de mis aventuras por el lado salvaje y mis omisiones a Aiden, no puedo hacerlo.

—Aquí no hay nada, como tú pensabas —digo con voz trémula poniéndome en pie.

—Oh, Claire. —Sandra sigue cortando vegetales pero me mira con tristeza—. Lo siento.

—No pasa nada. Así es como funciona el proceso de documentación histórica. A lo mejor todo este asunto de la propuesta del libro no es la mejor de las ideas.

—Si la exposición en Markel G es un éxito, lo último en lo que estarás pensando es en escribir un libro —dice tratando de levantarme el ánimo, pero luego frunce el ceño—. Qué pena. Un hombre tan joven y atractivo. ¿Afectará todo lo que ha pasado a tu exposición?

—Todo está yendo según lo previsto. Tiene unas asistentes con mucho talento haciendo un trabajo increíble. Lo creas o no, desde que estalló todo esto, el tráfico de visitantes de la galería se ha duplicado, tal vez triplicado. Y las ventas también. —Trato de sonar alegre, pero creo que no estoy engañando a Sandra.

—Haz caso a una anciana que sabe lo que se dice, si esto no sale como quieres, ya vendrá otra cosa. La vida es así —dice mirándome con los ojos inflados de simpatía.

—Aquí hay algunos bocetos interesantes —digo levantando el libro de Rendell—. No llevan nombre ni nada, pero son muy bonitos.

Adereza la sopa con algo de orégano fresco. La prueba, le echa un poco más.

—¿Te importaría que me lo llevara? Un día o dos, solo para estudiar los dibujos en detalle.

—No sé... —dice entrecerrando los ojos mirando el cuaderno.

—Lo cuidaré bien, lo prometo —suplico esperando que su compasión se traduzca en consentimiento.

Ella vacila, y luego se encoge de hombros:

—Claro. A lo mejor te alivia la decepción.

—Genial. Gracias —digo poniendo el libro en la mochila y marchándome antes de que cambie de idea.

Voy en el metro en dirección a Copley Square aguantándome las ganas de abrir la mochila,

apretándola fuertemente contra mi pecho. Quiero esperar hasta llegar al estudio, hasta tener los bocetos composicionales de Degas frente a mí. Los bocetos de no Françoise. De su posición alterada en el arreglo de la pintura. De su cuerpo alterado. Contemplo a través de la ventana del vagón el tráfico enmarañado de la avenida Huntington y trato de no pensar en lo que acaso tengo, o no tengo, aquí. Y si podría ayudar a Aiden.

Nada más llegar a casa, empiezo a revolver entre mis libros en busca de *Edgar Degas: bocetos y dibujos, 1875-1900*. Ya entre mis manos localizo rápidamente los dibujos que estoy buscando. Luego abro los dos bocetos de Rendell. Coloco los libros el uno junto al otro en el suelo y elevo la vista hacia el techo. No sé si seré capaz de soportar la idea de que haya sido yo quien haya inventado las semejanzas.

Bajo la mirada hacia los bocetos composicionales de Degas. Son casi idénticos a los de la página izquierda del libro de Rendell: Jaqueline, Simone y no Françoise. No Françoise es pequeña, refinada y de cintura estrecha. No Françoise está de pie y no sentada, cambiando la posición de la simetría de *Baño* al balance asimétrico preferido por Degas.

Vuelvo a mirar. Y otra vez más. Parece que no hay ninguna duda.

Tengo entre las manos mi propia piedra de Roseta. Y la de Aiden.

CUARENTA

— **T**E DIJE QUE NO VOLVIERAS POR AQUÍ —DICE AIDEN sin poder reprimir una tímida sonrisa.

Me atrevo a mirarle las manos y veo que todavía tiene diez dedos, aunque aún lleva la férula en el índice.

—¿Cuánto tiempo tienes?

Me sigue la mirada y su sonrisa desaparece.

—Una semana, tal vez dos —dice con voz monótona y plana—. Por eso tienes que irte cuanto antes.

Una semana.

—Hay algo que tengo que decirte. —Estoy sentada en una salita del tamaño de un aseo diferente a la de la otra vez. Lo sé porque en la puerta pone 22A en lugar de 35 A; por lo demás, el calor sofocante, el reloj roto, y la sensación claustrofóbica de tener las paredes encogiéndose son exactamente iguales—. Bien, eso es bueno, más que bueno —digo—. He encontrado la prueba de que la pintura que trajiste a mi estudio era falsa.

—No, no lo era. Yo sé perfectamente de dónde vino. Además, fue autenticada.

—Y *Baño II* también.

—Es imposible —dice apretando la mandíbula.

—Los borradores composicionales de Degas de *Después del baño* no coinciden con la pintura que tú me trajiste.

—¿Y qué? ¿Cuántas de tus obras terminadas coinciden con tus dibujos iniciales? Los artistas pueden cambiar de opinión. El arte cambia durante el proceso de creación. Tú lo sabes.

—Tengo los bocetos de un conocido falsificador —digo eligiendo las palabras cuidadosamente—. Un conjunto de dibujos que coinciden con los bocetos composicionales de Degas y otro que coincide con la pintura final.

—¿Qué falsificador?

—Virgil Rendell.

—Nunca he oído hablar de él.

—Conocía a Isabella Gardner. Aparentemente estaba fuera de su círculo pero por lo visto tenían un asuntillo en común...

—Claire, ahora no es momento de volverse loca.

—Creo que Rendell robó el cuadro original o pudo chantajear a Belle y llevar a cabo algún tipo de truculenta venganza contra ella, forzándola a colgar su falsificación en el museo, sustituyendo el Degas original. Si ese fuera el caso, su familia es la que tiene que tenerlo. Así que si puedo encontrarlo, probaré que tu pintura era una copia, y que la que le incautaron a Patel era una copia de una copia. Justo lo que Patel dice.

—La pintura que yo te traje no era una copia de nada —dice Aiden agarrándose al borde de la repisa; tiene los nudillos blancos—. Estuvo colgando en las paredes del Gardner durante casi cien años.

—Si encuentro la auténtica, demostraré que tu *Baño* era una falsificación —digo tratando de mantener un tono de voz comedido.

—Cosa que no es cierta.

Prosigo mi charla como si no le hubiera oído.

—Y si eso es cierto, los cargos contra ti serán irrelevantes. Si la pintura de Patel resulta ser una falsificación y asumen que los ladrones robaron un Degas real, ya no hay ni transporte ni venta de mercancía robada. Ya no hay fraude. Ya no hay conexión con el robo. Y tu abogado...

Él inspira profundamente, me doy cuenta de que está tratando de calmarse a sí mismo.

—Incluso si todo eso fuera cierto, que no lo es, si esa es la pintura que robaron aquella noche, nada de esto cambia las cosas.

—Aiden, no me estás escuchando. No tiene que ser cierto. Solo tiene que ser una posibilidad legal. Un argumento que tu abogado pueda usar para que te dejen salir bajo fianza, al menos durante un tiempo.

Ambos nos quedamos mirando su mano derecha descansando sobre el regazo.

—¿Por qué estás tan segura de que no es un Degas? ¿Es que hay otra pintura? —pregunta.

Ahora sí me está escuchando.

—Sabía casi desde el principio que era una falsificación.

—¿Lo sabías y no me lo dijiste? ¿Por qué ibas a guardarte una cosa...

—Mira, ahora tenemos que centrarnos en encontrar la pintura. Ya te lo explicaré todo luego. Créeme, por favor, y ahora que tengo los bocetos...

—Esto es una locura. No tiene ningún sentido. Ni siquiera sabemos si la maldita pintura existe. O si alguna vez hubo otra pintura. Y aunque exista, no tenemos ni idea de dónde puede estar.

A pesar de que Aiden me hace un catálogo de objeciones y dificultades, me doy cuenta de que ha cambiado al plural y de que la idea ha conseguido atrapar su atención.

—Tengo algunas pistas —digo—. Sobre Rendell. Sobre su vida, su familia. Su relación con Belle y su sobrina.

—No vale la pena el esfuerzo.

—¿Y qué tenemos que perder? —Me levanto y coloco la palma de mi mano contra el cristal—. Yo creo que tenemos mucho que ganar.

Coloca su mano contra la mía. La desesperación reuniéndose con la desesperación.

TRAS SALIR DE la PRISIÓN, cojo un taxi y llamo a Rik para ver si podemos vemos y tomamos algo

cuando salga del trabajo.

—No puedo —dice—. Estoy hasta arriba con lo de la reinstalación. A lo mejor luego me puedo pasar por el Jalee's sobre las nueve. O las diez.

—¿Y si voy para allá y te llevo un café? Tengo una pregunta rápida de trabajo que hacerte. Solo te robaré unos minutos.

—Capuchino doble grande con leche desnatada. Dos de azúcar.

El taxi me deja en el Starbucks de la esquina del Gardner. Cojo el café de Rik y camino hacia el museo. Cuando llego, veo que hay camiones aparcados por todas partes: personal de *catering*, empresas de construcción, electricistas, fontaneros, y hasta diseñadores de armarios. Trabajadores, algunos de ellos aporreando el teclado de sus portátiles, y otros cargando balas de cables o planchas de madera o ristras de sillas, deambulan de un lado para otro por todo el edificio. Le mando un mensaje a Rik y baja a encontrarse conmigo.

Me hace señales para que atravesase el vestíbulo y se acerca al alto mostrador de la taquilla.

—Esto es una locura. No tienen cabeza, ¿cómo se les ocurre intentar hacerlo todo en tan poco tiempo? —gruñe—. Este es el espectáculo del siglo, se necesitarían años para prepararlo, no unos pocos meses.

—Pero a ti te encanta —digo ofreciéndole el café.

—No puedo negarlo. —Rik se echa el azúcar en el café y pega un sorbo largo—. Voy a mil por hora. ¿Qué clase de pregunta de trabajo tenías que hacerme?

—¿Alguna vez oíste hablar de un falsificador llamado Virgil Rendell?

Una horda de electricistas entra en estampida por el vestíbulo y nos arrinconamos contra la pared para darles paso.

—El nombre me resulta familiar —dice Rik—. ¿Quién es?

—Era un pintor de finales de siglo XIX. Estaba enamorado de la sobrina de Belle, Amelia. Hizo un retrato impresionante de ella, lo vi en casa de Sandra Stoneham. La cuestión es que por lo visto el hombre no soportaba a Belle. Creo que fue porque la forzó a casarse con otro.

—¿Y me estás contando esto porque...?

—Su estilo pictórico es muy similar al de Degas y estaba pensando que a lo mejor llegaron a trabajar juntos en algún momento. —Tengo que parar de hablar porque están entrando dos altavoces gigantes en carretilla—. Esperaba que pudieras darme algo de información sobre él.

—¿Estás trabajando en eso del libro ahora? ¿No tienes bastante con un plato?

—Ahora mismo no estoy pintando nada. Estoy ansiosa con lo de la exposición y necesito distraerme en algo... Y con todo lo que le está pasando a Aiden...

—¿Cómo está?

—No muy bien.

—Lo siento, Osito —dice Rik tocándome la mejilla—. Cuando todo esto acabe podremos pasar algo de tiempo juntos.

—Solo necesito algo en lo que pensar.

—Disculpen, señor, señora —dice un hombre vestido con un traje poderoso y una voz igualmente poderosa—. Necesitamos asegurar esta zona. ¿Pueden identificarse? —Rik le enseña su tarjeta identificativa, pero cuando yo empiezo a rebuscar en mi mochila, el hombre me detiene diciendo—: Lo siento, señora, ahora mismo solo pueden estar aquí empleados del museo y personal contratado para la reinstalación.

—Lo siento —dice Rik acompañándome a la salida—, pero ahora no puedo ayudarte con esto. Después de la reinstalación lo vemos. Este lugar es una locura ahora mismo, y yo también. —Me mira fijamente—. Y creo que tú también estás un poco loquita.

Tenemos que bajar de la acera para permitir que cuatro fornidos tipos con cascos a juego pasen.

—Estos tipos de seguridad son lo peor —gruñe Rik—. Se tiran todo el día dando voces por el edificio y diciéndole a todo el mundo lo que tienen que hacer. Revisando cada armario, cada cajón. Preocupados por el rifirrafe de quiénes serán los invitados a la reinstalación. He oído que han encontrado lugares para instalar las cámaras de seguridad que ni te imaginas. —Me da un beso fugaz y se vuelve corriendo al museo.

Desencantada, aunque supongo que para nada sorprendida, le veo desaparecer. A pesar de que está oscureciendo y de que la temperatura está rondando los cuatro grados de media, me doy un paseo por el bullicioso campus del noroeste, con todos esos universitarios marchándose en masa rumbo a sus merecidas vacaciones de Acción de Gracias.

Dudo frente a la estación de Ruggles T del campus, y pienso en coger la línea naranja. Sería lo más rápido, y también la opción más cálida, pero necesito quemar energía. Dejo atrás la estación y subo las escaleras que dan al *parking* que se expande a modo de pasarela por la avenida Columbus. Esquivo los coches ruidosos, en su intento de escapar de la ciudad por vacaciones, y cruzo el South End.

Una semana. Tal vez dos, dijo Aiden. Bajo por la avenida Mass, pasando junto a los eructos de los autobuses y el ruido ensordecedor de los camiones, valorando mis opciones. Si Rendell es un cabo muerto, al menos por el momento, tal vez debería hurgar por el lado de Belle. Si mi teoría del chantaje es cierta, a lo mejor la obligó a esconder el original como parte del trato.

Revisando cada armario, cada cajón, había dicho Rik. *He oído que han encontrado lugares para instalar las cámaras de seguridad que ni te imaginas*. Y Sandra Stoneham se había quejado de que todo lo que alguna vez perteneció a Belle se encontraba en el museo.

LLAMÉ A RIK nada más llegar a casa.

—Lo sé, sé que estás superliado y que no debería molestarte, pero es que necesito que me hagas este favor. Estaré en deuda contigo toda la vida. Podrás pedirme lo que quieras. Durante el resto de tu vida.

El suspiro de Rik es largo y teatral.

—¿Qué pasa?

—Sabes que me gradué en Arte y Arquitectura, ¿verdad?

—Claire, por favor.

—Bueno, la cuestión es que estoy pensando en pintar una nueva serie temática de arquitectura museística.

—No te veo pintando museos, la verdad.

—No estoy hablando de los aspectos usuales de los museos, sino de cómo los retratan sus pequeños espacios y rincones. Los detalles que el arquitecto insertó en su momento y que la gente nunca percibe como estructuras aparte, dado su significado y personalidad únicos. —No es tan mala idea—. Ya sabes, el todo que se ve y el que no se ve, pero con un nuevo sujeto.

Edificaciones en lugar de gente, pero no solo como edificios, sino edificios que la gente viene a ver.

—¿Y el libro de Degas?

—Oh, sí, eso también. Voy a hacer las dos cosas.

—Claire, me estás empezando a preocupar un poquito. —Estoy bien. Estoy bien. Pero me estaba preguntando si tienes acceso a los planos originales, bueno, obviamente me refiero a las copias de los originales, del museo. Porque ¿qué otro museo es más arquitectónicamente interesante que el Gardner? ¿Qué museo tiene más personalidad?

Exasperado, accede a mandarme los planos por *email* a cambio de prometerle que no tendrá que verme ni oírme hasta el día de la reinstalación.

No recibo ese *email* hasta pasados dos días. He tenido que aguantarme para no llamarle para recordárselo. Los datos muestran que lo envió a las 3:42 a.m.

Siento enviarte tantos archivos adjuntos, pero por lo visto Belle estuvo cambiando las especificaciones todo el rato, lo cual requería nuevos planos y dibujos. Algunos llevan fecha. Otros no. No sabría decirte cuáles son los definitivos. Me imagino que volvió locos al arquitecto y los masones. ¿Por qué no me sorprende? Me recuerda a ti. XOXO.

Hago clic en el primer archivo adjunto. Cada dibujo es más difícil que el anterior de interpretar. La mayoría están pobremente escaneados. Muchos están dibujados con tanta floritura que resultan ilegibles. Y algunos, garabateados a lápiz, no son más que vagos manchurroneos. Los voy imprimiendo uno a uno, aumentando el contraste de la impresora, lo cual ayuda un poquito, pero no mucho. Menos mal que todas las horas que me tiré en la Universidad de Boston prácticamente tendida sobre un tablero de dibujo sirvieron para algo. Para alguien con el ojo sin entrenar sería imposible sacar nada en claro de estos planos.

Agarro la lupa y estudio la primera página. Es un dibujo del patio pero parece más preocupado por la decoración que por la disposición arquitectónica. Hay bosquejos de los estilobatos, el mosaico y varias columnas en los márgenes. Dejo la lupa sobremesa y lo coloco sobre el cristal de la ventana para verlo al trasluz. Hay un escondrijo fuera del camino. Lo suficientemente grande como para albergar una pintura de grandes dimensiones, pero lo bastante pequeño como para pasar desapercibido. A lo mejor incluso haciéndolo pasar por otra cosa.

Agarro de nuevo la lupa y resumo mi búsqueda. Dos horas más tarde acabo con un dolor de cabeza descomunal. Me levanto, me estiro, me tomo un par de paracetamoles. Pienso en ir al Jake's. Llevo una eternidad sin ir. Pero no puedo. La cháchara giraría en torno a Aiden, en torno a mi exposición, y en torno a los comentarios insensibles y descerebrados de Danielle. Demasiado Aiden, demasiada exposición, demasiada Danielle para mí.

Miro la tabla de horarios para Fenway Court. Tal y como sucede con Back Bay y South End, Fenway Court, que es como se llamó inicialmente el Museo Isabella Stewart Gardner, es todo un logro arquitectónico. Seguramente, el proceso de construcción no difirió mucho del de su *palazzo* veneciano, solo que en Venecia, los pilares se plantaron bajo el agua.

Veintisiete metros de relleno. Justo debajo del museo. ¿Podría existir un lugar más perfecto para construir una cámara secreta? Paso las páginas buscando los dibujos del sótano. Cuando doy con ellos sigo cada línea con el dedo. Nada.

Entonces me doy cuenta de que hay un pequeño croquis en la esquina del plano. «Subsótano», dicen las palabras escritas bajo un dibujo del espacio de una fracción del tamaño del sótano. Hay un espacio estrechito contra la pared este del subsótano, confrontado por una puerta casi tan pequeña como el interior. Un lugar lo bastante grande como para alojar una pintura; lo bastante aislado como para esconder un secreto.

CUARENTA Y UNO

A FUERA PARECE QUE LLEVARA TODA LA VIDA LLOVIENDO. Miro a través de la ventana, engalanada con mi vestido nuevo y un corte de pelo a la moda, contemplando las calles húmedas, esperando a Rik y la limusina del Gardner. Tiene que haber un modo razonable de sacar el tema, algo relacionado con el arte, con mi investigación, una explicación a la que agarrarme para pedirle a Rik que me deje acceder a esa habitación del subsótano sin ponerle en una situación difícil. Ya se me ocurrirá algo cuando estemos en el museo.

Dos largas limusinas blancas se deslizan sensualmente hacia mi edificio. Un chófer uniformado sale del vehículo con un paraguas para protegerme de la lluvia. Mientras bajo las escaleras con mis supertaconazos de aguja, me retrotraigo al día que fui al MoMA y me detuve frente a *4D*, leyendo la pequeña tarjetita con el nombre de Isaac. Pero esta vez será diferente. No me está tomando el pelo nadie. Y atribuirle el nombre de Degas a una de mis pinturas es como una especie de logro.

—¡Me encanta tu pelo! —exclama Rik nada más meter la cabeza en la limusina. Lo llevo cortado en una masa de capas marcadas, rizadas y voluminosas, con toques puntiagudos—. Déjame ver el vestido —exige.

Me deslizo en el amplio asiento y me abro el abrigo para mostrarle el modelo azul lapislázuli que encontré esta misma mañana en una tienda *vintage*; los jirones del dobladillo me golpean los muslos y las pantorrillas por varios sitios. Venía con una «encantadora chaquetilla de gala» de color lapislázuli, violeta y rojo oscuro, más grande que una blusa, y solo costaba cincuenta pavos.

—Me queda mejor cuando estoy de pie.

—Te queda jodidamente bien estando sentada.

El anciano que hay sentado junto a Rik no me quita los ojos de las piernas.

Me cierro el abrigo.

Rik me sirve una copa de champán y me presenta al resto de acompañantes. Sin mencionar específicamente el lugar, los pone al día sobre mi inminente exposición, y trato de mostrarme tan encantadora como Aiden habría querido. Pero mi falta de entusiasmo boicotea todos mis esfuerzos. Miro a través de la ventana mientras nos movemos silenciosamente a través de las calles empapadas, pensando en Aiden, vestido con el mono de la cárcel, cuando debería llevar puesto un esmoquin, y estar aquí, conmigo.

En el museo hay una cola de limusinas apostadas a la entrada, rodeadas por una marabunta de periodistas y fotógrafos, paraguas en mano, armados con sus micrófonos y sus cámaras. Una alfombra roja va desde la calle a la entrada, y cada vez que uno de los invitados desfila por ella, le sigue una corte de reporteros. Rik no estaba de broma. El Gardner ha tirado la casa por la ventana.

Me pasé un tiempo considerable estudiando los planes esta tarde, así que una vez dentro, me ubico fácilmente en la configuración del museo. El subsótano está dos plantas más abajo mirando hacia la parte delantera izquierda; la puerta está a medio camino del edificio, a la derecha.

Nos filtran por los claustros norte, este y oeste, con sus arcos venecianos enmarcando el patio. El jardín cerrado está lleno de flores fragantes, tan verdes y exuberantes que casi duele mirarlas en un día tan gris como este. Los camareros van desfilando con copas de champán de aquí para allá, y un cuarteto de cuerda toca en la esquina. Es precioso, aunque claro, hay demasiada gente como para ver una sola pintura en un lugar tan pequeño. La escalera que conduce a la Pequeña Galería está acordonada, y los invitados del claustro oeste ya están haciendo cola para subir.

—¿Saldrá bien con tanta gente de por medio? —pregunto a Rik.

El señala al centro del patio, donde se alza un pedestal con un cuadro cubierto por una tela de terciopelo. Trato de ahogar un jadeo. No está a más de unos pocos metros de mí, y ni siquiera me había dado cuenta. O a lo mejor no quería darme cuenta.

Rik comprueba la hora en su reloj.

—La directora descubrirá *Después del baño* en un par de minutos, dirá unas cuantas palabras, y luego lo llevará escaleras arriba hasta la Pequeña Galería.

—¿Y nosotros la seguimos como al Flautista de Hamelín?

—No, esperamos. —Frunce el ceño—. Cuando hayan colgado la pintura en su sitio vamos subiendo por pequeños grupos para contemplar a nuestra pequeña de vuelta al lugar donde pertenece. Luego en la cena proyectarán un vídeo en el que podremos ver cómo la han colgado.

Me muerdo el labio. Voy a tener que hacer como que no la he visto en veinte años.

—No parece muy emocionada. Pensé que *Después del baño* era una de tus favoritas. Tu ídolo es Degas. Que estarías entusiasmada... —La arruga del entrecejo se hace más profunda—. Oh, cállate ya, Rik —se amonesta a sí mismo—. Eres un idiota. Perdóname, Osito, no sé en qué estoy pensando. Aiden también iba a estar aquí hoy...

—No, no. Estoy bien. Y sí que estoy entusiasmada por estar aquí. —Respiro profundamente unas cuantas veces.

—Siento mucho que tengas que estar pasando por esto. Sé que es un mal momento para ti —dice pasándome el brazo por los hombros.

—Estoy bien, en serio —le aseguro, y miro alrededor buscando algo con lo que distraernos. Pero antes de que pueda hacerlo, las luces parpadean y el cuarteto deja de tocar. La estancia se queda en silencio.

Alana Ward, la directora del museo, desfila por uno de los caminos del patio por los que a ningún mortal se le permite andar. Lleva un vestido de *cocktail* con un corte realmente bonito, pero lleva la chaqueta abotonada muy arriba y los zapatos son demasiado bajos. Resulta interesante, una mujer que ha dedicado su vida al arte, tan desinteresada por su propio aspecto. Pero de acuerdo con Rik, está haciendo un trabajazo por el museo y lucha por aquello en lo que cree —lo cual no siempre se traduce en un ambiente laboral libre de estrés.

Alana se sitúa junto a la pintura.

—Quiero darles las gracias a todos por venir esta noche a celebrar este glorioso momento en la vida del Museo Isabella Stewart Gardner.

Un fuerte aplauso y algunos silbidos, esto último un poco sorprendente viniendo de este tipo de gente. Pero Alana tiene pinta de estar más contenta que unas pascuas. Tras unos pocos minutos de predecible palabrería sobre el regreso del retoño perdido y lo feliz que Belle estaría, Alana hace una pausa dramática. El museo se queda en silencio.

Mi corazón empieza a latir con fuerza, como imagino que le está pasando a los corazones de todos los que están aquí esta noche, viviendo este momento, aunque por motivos bien diferentes.

—Ahí está —susurra Rik innecesariamente. Tiene los ojos abiertos como platos por la emoción.

—¿Tú todavía no lo habías visto? —pregunto sorprendida.

—A duras penas lo ha visto nadie. —Aplaude.

Alana retira el terciopelo.

La cámara se inunda con un prolongado jadeo, seguido por un sonoro aplauso y más silbidos, aullidos de lobo. Mantengo la vista fija en el suelo.

—Oh —dice Rik apretándose la mano contra el pecho y las largas pestañas salpicadas por las lágrimas.

Alana se enjuga los ojos con un pañuelo, y me doy cuenta de que soy la única que no está llorando. Todo el mundo cree que la obra maestra de Belle le ha sido devuelta, y están profundamente conmocionados ante la visión de la bienquerida obra de arte durante tanto tiempo perdida.

Un rugido gutural que suena a «no» se escapa de mis labios.

—¡Claire! —Rik me agarra y me dejo caer entre sus brazos—. ¿Qué es lo que...?

—Estoy bien —digo rápidamente, tratando de soltarme—. Es por la pintura. Está tan alucinante. Yo la dibujé, la pinté, cuando era niña...

—Supongo que *es* una de tus pinturas favoritas —dice Rik señalando el banco de granito—. Vamos a sentarnos. Te traeré algo de agua.

Lucho por recuperar la compostura pero me resulta difícil hacerlo con toda esta gente a mi alrededor.

—De veras, estoy bien. No es necesario.

Pero no acepta un no por respuesta. Cuando me deja en el banco y se va a por el agua, me giro huyendo de la visión de la pintura. Afortunadamente, el agua consigue reavivarme un poco.

—No sé, colega —digo—. Creo que tendrías que haberte buscado otra cita con la que acudir al baile.

—¿Te encuentras mal?

—No, solo un poco mareada, con un poco de angustia.

Presiona la parte anterior de su muñeca contra mi frente.

—No tienes fiebre —dice. Me mira durante un rato—. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste una noche entera?

—Hace bastante, pero...

—Y probablemente tampoco has comido mucho hoy —me sermonea—. ¿Y cuántas copas de champán llevas ya?

Sonríó tímidamente.

—Creo que será mejor que coja un taxi a casa.

—No voy a dejar que te pierdas la reinstalación de tu pintura favorita —dice Rik dando un respingo—. Quédate aquí bebiendo agua. Voy a buscar a Alana para que nos ponga en el primer grupo. Así no tendrás que esperar.

—De verdad —digo a voces mientras le veo marchar—. No tienes por qué hacerlo. —Pero no me escucha.

Pienso en escaparme y coger un taxi antes de que Rik regrese. Puedo llamarle para disculparme cuando llegue a casa. Sería creíble. Ya le he dicho que no me encontraba bien. Pero antes de que pueda poner en marcha mi plan, ya lo tengo delante.

—Ya tienes mejor cara. —Extiende los brazos para ayudarme a levantarme—. Vamos, señora Roth, estamos dentro.

Le dejo guiarme entre la multitud.

—La verdad es —dice— que esta es la excusa perfecta para ser los primeros. La cosa iba a tardar horas. Así que gracias por ponerte enferma. —Se frota las manos.

A medio camino hacia la segunda planta, la fila se detiene. Miro tras de nosotros; la cola se alarga hasta el claustro español.

Sobre la planta baja, cada nivel del museo es esencialmente un círculo rodeado por el patio. Arcos abiertos aportando vistas de los jardines desde casi cualquier lugar, así como vistas de las galerías opuestas; las escaleras del ala oeste y cada galería fluyendo hacia la siguiente hasta volver a alcanzar las escaleras. Desde donde estamos nosotros, embutidos entre la multitud, no hay forma de bajar, solo de subir.

Rik alarga el cuello para echar un vistazo al gentío que nos precede.

—Calculo que nos queda una media hora.

Eso me da treinta minutos para calmarme o treinta minutos para morirme de pánico.

—Hay peores sitios en los que quedarse atascado —digo—. Al menos aquí hay muchas cosas que ver.

—Veo que ya te encuentras mejor —dice Rik dándome un abrazo.

Echo un vistazo a la multitud burbujeante con sus joyas y sus finos atuendos de gala, muy contentos y pagados de sí mismos por el gran momento que están viviendo. Me inunda una ola de soledad y aislamiento y, una vez más, deseo que Aiden estuviera aquí a mi lado.

Dirijo mi atención al arte. Desafortunadamente, nunca me ha chiflado el Alto Renacimiento. Ni la decoración que llena la galería. Hay un bello Pesellino, *Los triunfos de del amor, la castidad, y la muerte*, pero cuanto más lo estudio, más demoníaco me parece el diablo. *El escriba sentado* de Bellini es soberbio, pero el turco tiene un aspecto tan severo y decente, que solo con mirarlo me hace sentir culpable. Casi todas las otras pinturas a mi alrededor son religiosas, pías, moralizantes... ¡Ay del pecador!

—¿Qué estará pensando Belle ahora mismo? —le pregunto a Rik.

Rik chasquea los labios, visiblemente sorprendido ante mi pregunta.

—¿Desde cuándo crees en el más allá?

—Debe ser por todo el ambiente religioso de estos cuadros.

—Supongo que es difícil no imaginársela viéndonos aquí abajo, en el museo, manteniendo un contacto constante, asegurándose de que todo se hace como ella quiso. Pero si te digo la verdad,

creo que estaría todavía tan cabreada por lo del robo, que la devolución de una de las obras solo conseguiría enfadarla todavía más por la ausencia de las restantes.

Especialmente cuando sepa que la pintura pródiga es falsa. Me cojo de la mano de Rik conforme cruzamos el Salón Rafael.

—Solo una galería más y ya casi estamos.

El Salón Rafael es más grande y deslumbrante que el Salón Italiano, lo cual es un alivio. Aunque también está lleno de arte religioso. Hasta el brillante *Retrato del conde Tommaso Inghirami* de Rafael lo retrata con las habituales ropas rojas eclesiásticas. Y aunque Inghirami está mirando hacia arriba —evidentemente con la intención de camuflar un defecto de estrabismo— siento que el conde me está mirando con desdén. Al igual que las vírgenes y el niño, el arcángel Gabriel, y la paloma representando al Espíritu Santo de *Anunciación*.

Mientras avanzamos a través del Salón Rafael y nos vamos aproximando a mi *Rano II*, contemplo mi obra favorita de la galería, la *Tragedia de Lucrecia* de Botticelli, intentando distraerme, creyendo que con esta obra estoy a salvo porque está inspirada en una leyenda precristiana. Pero olvidaba que la historia va de una virtuosa esposa violada bajo amenaza de muerte. Como consecuencia de un suceso tan horrible, Lucrecia se siente tan culpable y avergonzada sobre lo que ella percibe como un comportamiento del todo inmoral, que se apuñala hasta la muerte, al no poder vivir con semejante depravación por el resto de su vida.

La Pequeña Galería es bastante estrecha, con un pasillo de techos altos conectando las galerías del lado norte del patio con las del lado este y sur, más que con la sala en sí. Cruzamos el umbral que nos conduce al interior del sobrecalentado espacio. El olor a perfume caro mezclado con sudor es empalagoso. Al igual que los rumores en sordina de admiración que dan vueltas a mi alrededor haciéndome sentir en una noria. No puedo mirar.

Rik me agarra de los hombros.

—Oh, Claire, mírala. Mírala. ¿Has visto algo más impresionante?

Mis ojos descansan sobre la pintura.

—Oh —exclamo, pero sin elogio. No sé qué otra cosa decir. No es el mío. Yo no hice esto. Nadie engañó a los expertos. Y después de todos mis lamentos y toda mi carga, no sé qué sentir.

—Sin palabras... —dice Rik.

Es el Degas original, el auténtico. Las capas densas de colores vibrantes. Los verdes, azules y corales palpitantes. La piel de las mujeres tan pálida y luminiscente. Françoise, con su pelo rojizo y su nariz afilada. Jacqueline, alta y bella. Simone, introvertida y fina. Pero ¿cómo ha llegado hasta aquí? Me aproximo un poco más.

Me doy cuenta de que estoy equivocada inmediatamente. Es que es la primera vez que veo *Baño II* en un marco, siempre lo había visto desnudo. A primera vista —colgado en el lugar que yo recordaba de mi infancia, bordeado con esas pesadas y familiares hojas doradas— no lo había reconocido. Pero Françoise sigue sin ser la de Degas, y el craquelado de la esquina inferior izquierda, que yo tanto temía que me hubiera quedado demasiado profundo, es definitivamente mío. Y aunque no puedo verlo, sé que el pequeño puntito verde está ahí detrás.

Esta pintura colgará para siempre —mi pintura, una doble farsante, una falsificación de una falsificación— mientras que la auténtica obra maestra de Degas acumula moho en el subsótano y Aiden pierde su dedo. Me giro hacia Rik.

—Tenemos que hablar. Ahora mismo.

CUARENTA Y DOS

CREO QUE NUNCA HE TENIDO UNA CONVERSACIÓN CON Rik en la que yo haya hablando tanto sin que él me interrumpiera ni una sola vez. Estamos en su despacho, con la puerta cerrada a cal y canto, el murmullo de la fiesta acompañado por sonidos discernibles: Beethoven, risas, tintineo de cubiertos. El espacio es estrecho, húmedo y frío, y mi silla es dura e incómoda. Los codos de Rik descansan sobre la mesa, las manos sobre la boca, apretándose la nariz con los índices, la vista fija en mí.

Cuando me quedo sin palabras, continúa mirándome como si yo todavía estuviera hablando.

—¿Y bien? —El alivio que sentía al descargar todo lo que llevaba dentro se convierte en duda ante su denso silencio—. Di algo.

Sacude la cabeza como si hubiera estado buceando en el océano y recién hubiera emergido a la superficie.

—¿De verdad?

—Te lo juro.

Se cruza de brazos.

—¿Y si te dijera que no me creo ni una sola palabra?

—Yo tampoco me creería a mí misma.

—¿Pero es verdad?

Asiento.

—¿Todo?

—Tal vez me he dejado algunas cosas en el tintero.

—Ni siquiera sé por dónde empezar a procesar todo esto —dice, y hace una pausa—. Así que esto significa que Markel sabe dónde están las otras pinturas.

—Él solo fue el intermediario de esta obra. No tuvo nada que ver con el robo original. Y seguramente la gente que se lo proporcionó tampoco.

—¿Y tú estás segura porque...?

—Está en peligro. —Aprieto las manos—. Los vendedores le están amenazando. Su integridad física corre peligro.

—Pero si está en la cárcel —argumenta Rik.

—Tienen una mano muy larga.

Rik se levanta, mira alrededor, sorprendido al ver que no hay ningún lugar a donde pueda ir, y vuelve a sentarse.

—¿Y estás segura de que la pintura que tenemos ahí abajo es la que tú pintaste?

—Reconozco el craquelado.

—No me creo nada de esto.

—Se cierra el círculo —digo irónicamente.

Se queda mirando un rato el vacío, luego focaliza su atención en mí.

—¿Y de repente has decidido contarme todo esto porque...?

—Necesito ir al subsótano. Tengo que ver si está allí. Si hay un Degas auténtico escondido en este lugar, si es aquí donde se encuentra la que podría ser su mayor obra de arte de todos los tiempos. El mundo podría tener su verdadera obra maestra escondida en el sótano de este mismo museo.

Entrecierra los ojos como si ese gesto le ayudara a comprender.

—Y lo que es más importante —suplico—, si encontramos el original, sacarán a Aiden bajo fianza. —Trago saliva—. Al menos eso bastaría para salvar su dedo.

—¿Su dedo?

Trato de ser fuerte, y miro a Rik fijamente a los ojos.

—Necesitan la huella de su dedo índice para acceder a la caja fuerte de la galería. Es allí donde está el dinero.

—Oh —grita Rik completamente afligido—. No, oh, Claire... No.

Cierro los ojos y asiento.

—¿Pero y si la pintura no está ahí abajo? —pregunta.

—Entonces habrá que intentarlo desde un ángulo diferente.

—¿Y si está? ¿Cómo vas a explicarle a la gente que sabías que estaba allí? —Su rostro se baña de preocupación—. ¿Y si deciden que tú estabas implicada en el robo y te arrestan?

—Rik, piénsalo. ¿Por qué iban a detenerme? ¿Por copiar una copia? Es de lo que yo vivo.

Rik se queda pensando durante unos instantes.

—Ni siquiera sabía que había un subsótano. —Sus palabras son lentas y reflexivas—. ¿Cómo voy a saber por dónde entrar?

—Está en los planos. —Por fin veo un hilo por el que tirar de la madeja de Rik—. No puede ser tan difícil.

Él abre un cajón del escritorio, lo cierra, lo abre una vez más, lo cierra.

—¿De verdad crees que puede haber un Degas original ahí abajo?

—Puede ser —digo—. ¿Y no te parece que sería la leche que lo encontramos? —Una sonrisa picara cruza su rostro.

—Desde luego que sí. —Abre las imágenes de los planos en su ordenador, localiza el sótano, y subraya los contornos del subsótano con el dedo.

Junto las manos y aguardo.

—No sé, Claire —dice finalmente—. Fisgonear por las entrañas del museo sin permiso... Eso si los de seguridad nos dejan llegar hasta allí.

—¿No tienes confianza con ninguno de los guardias?

—Sí... —Sus dedos vuelan sobre el teclado—. Aquí hay algunos documentos que indican que Belle trajo consigo un lienzo al óleo de Degas desde París en el año 1898, y —dice mientras

desliza la pantalla hacia abajo—. *Después del baño* está catalogado en el Certificado de Incorporación de la Colección en 1900, así que debe ser el mismo.

Permanezco en silencio mientras el clic de sus dedos sobre el teclado invade el ambiente, y Rik me confirma lo que yo ya sabía.

—También aparece destacado en la invitación que Belle mandó en 1903 para la gala de inauguración de Fenway Court, y no se movió desde entonces. Hasta que lo robaron. —Rik se recuesta sobre el respaldo de su silla—. Lo siento, Osito, pero a Belle nunca habrían podido tomarle el pelo con una falsificación. Ni a ella ni a Bernard Berenson.

—Pero mi teoría es que Belle *sí* se trajo un Degas auténtico a casa —argumento—. Fue después de traerse el original cuando Virgil Rendell pudo empezar a chantajearla para que colgara su falsificación como si fuera el original, en cuyo caso el auténtico Degas tendría que estar ahí abajo. O eso o lo robó él, y entonces lo tendría su familia. Todo lo que sé es que los bocetos de Degas y Rendell demuestran que hubo dos pinturas.

—No me parece suficiente razón...

—¿Suficiente razón para qué? —exijo—. ¿Para sacar una obra falsa de la Pequeña Galería? ¿Para encontrar el Degas original? ¿Para salvar a Aiden?

—Claire...

—Vale, Rik —digo poniéndome en pie—. Mira, siento haberte metido en todo esto, de veras que lo siento, pero estoy en una situación desesperada.

—¿Dónde vas? —Su voz rezuma preocupación.

—A contárselo todo a Alana. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Alguien tiene que ir ahí abajo a echar un vistazo.

Se levanta de un salto y me agarra por los hombros.

—No puedes hacer eso. La volverás majara. Todavía no es el momento. Al menos hasta que sepamos con seguridad si la pintura original está aquí.

—A Aiden no le queda mucho tiempo. Yo no puedo...

—Reúnete conmigo mañana a primera hora —dice.

Le envuelvo en un abrazo.

—Gracias —susurro.

Él me besa la frente y me dice:

—Ahora volvamos a la fiesta y hagamos como que nos lo estamos pasando bien.

ESTOY FRENTE AL GARDNER, contemplando a Rik, paraguas en mano, cruzando la calle. Hace mucho frío, el aire fresco te corta la cara, y una gélida llovizna contribuye a aumentar la miseria. Yo estoy sudando dentro del chubasquero.

—¿Lista? —pregunta mientras me invita a pasar por la puerta de servicio.

—Lista para encontrarlo. Pero muerta de miedo si no lo hacemos.

—Eso lo resume todo. —Caminamos hacia el guardarropa, con las suelas de nuestros zapatos húmedos chirriando contra el suelo de piedra. Rik coge una linterna de la parte posterior del mostrador, la agita, y grita en tono teatral:

—¡Vamos allá!

Yo me río pero me sale un ronquido.

Tomamos el ascensor hacia el sótano, y empezamos a bajar de nivel. Rik me explica que solo hay un pequeño almacén, que el sótano alberga principalmente equipamiento mecánico: electricidad, calor, aire acondicionado, y el nuevo sistema de seguridad que instalaron tras el atraco. Está pobremente iluminado, sombrío, y me alegro de que Rik haya tenido la idea de traerse la linterna. El aire tiene ese olor a moho subterráneo, frío y húmedo.

Oigo pasitos correteando y espero que sean patitas de ratones, y no las alargadas patas de una rata. Me acerco un paso más hacia Rik. Las paredes son de ladrillo, irregulares y caóticas. Obviamente, son los ladrillos originales, y aunque el suelo es de hormigón, también es irregular, y está vetado de grietas lo suficientemente grandes como para tropezar. Rik va abriendo el camino, alumbrando con la linterna.

Compruebo los planos.

—Por aquí —digo apuntando a la pared sur. No había indicación de una entrada al subsótano desde este nivel en los planos, cosa que al principio me puso nerviosa, y que ahora me está poniendo *muy nerviosa*. Pero entonces veo que sí hay algo.

Nos agachamos al borde de una abertura de no más de un metro y medio cuadrado. Rik alumbraba hacia el espacio más amplio que hay debajo. El suelo está sucio, y en lugar de ladrillo, hay cantos rodados toscamente tallados formando tres de las paredes. Parece una ocurrencia tardía. Una construcción chabacana hecha a última hora y con muchas prisas. Una escalera destartada conduce hacia el interior.

—¿Puedes ver algo? —pregunto a Rik—. ¿Ves alguna puerta?

—No sabría decirte desde aquí.

Desciendo por la escalera.

—Alúmbrame y tírame la linterna cuando esté abajo, y luego te alumbro yo desde ahí.

Me deslizo por la escalera y doy un salto hasta el suelo. Rik me sigue rápidamente. Está oscuro e, incluso con la linterna, nos lleva un tiempo orientarnos. El espacio es más pequeño de lo que parecía en los planos, tal vez de seis por nueve metros, con un techo de menos de dos metros. Pero es difícil tener una lectura real porque está lleno de basura. Ostensiblemente, un siglo de basura, apilada y polvorienta, embutida por doquier, ocupando cualquier espacio libre: muebles, archivadores, cuadernos de contabilidad, libros.

Ambos estornudamos y nos giramos hacia el lugar donde las puertas frontales de la pequeña cámara deberían estar. Rik levanta la linterna. Pero incluso con todos los escombros, se nos hace inmediatamente evidente que ahí no hay ninguna puerta. La luz refleja sobre un sólido muro de hormigón.

—Mierda —dice Rik.

Me quedo eclipsada por un profundo sentimiento de decepción. Me arrodillo e inspecciono el borde del muro examinando cada irregularidad de la roca. Hay un montón de huecos. Cuando encuentro uno grande, Rik apunta con la linterna hacia el espacio más allá del muro.

Me giro intentando ver lo que hay dentro sin bloquear el paso de la luz. Allí, tal vez a unos treinta o sesenta centímetros, hay un juego de puertas dobles.

—¡Ahí están! —grito sin terminar de creerme lo que estoy viendo.

—¿Qué? —Rik pega el ojo en otro agujero de hormigón—. ¿Qué es lo que hay ahí?

Me tiemblan las manos al tomarle el relevo con la linterna y dejarle mirar.

—La madre del cordero —dice girándose hacia mí por un instante y volviendo después

rápidamente a mirar por el agujero—. Tienes razón. Tienes razón. Las puertas. Tienen que estar escondiendo...

De repente, hay una explosión de luz desde arriba. Alzo la mirada, pero estoy cegada por el resplandor.

—¡Hey! —retumba una voz ronca por los muros—. ¡Alto ahí!

Me quedo helada, levanto las manos.

—Soy Richard Gramont —vocifera Rik—. Soy uno de los curadores asistentes. —Se gira hacia mí—. Ya puedes bajar las manos.

—¡No! ¡Mantenedlas en alto los dos!

—Son solo los guardias de seguridad del museo —me susurra Rik sacándose la tarjeta de identificación del bolsillo—. Trabajo aquí. No pasa nada.

—No me importa dónde cojones trabajas. Policía de Boston. Y ahora subid por esa escalera lentamente y con las manos donde yo pueda verlas. Las damas primero.

CUARENTA Y TRES

UN POLICÍA ME AGARRA DEL BRAZO, MIENTRAS QUE EL otro lleva a Rik de forma similar, y un tercero —la voz que nos hablaba desde arriba—, nos mira suspicazmente. Son tres policías de Boston, y acudieron al saltar la nueva alarma instalada a propósito de la reinstalación.

—Llama a Alana Ward —dice Rik—. Es la directora, probablemente ahora mismo está en su despacho de arriba, ella responderá por nosotros.

—¿Qué coño hacíais aquí abajo?

—Esta es mi amiga, Claire Roth —explica Rik—. Está haciendo una investigación para un libro sobre Isabella Gardner y su círculo de amigos. Le dijeron que había materiales aquí abajo que podían servirle de ayuda. Así que vinimos a echar un vistazo. Hay que ver lo rápido que piensa Rik.

El policía está mucho menos impresionado que yo.

—¿Investigando un domingo por la mañana tan temprano? —recela, y seguidamente llama a Alana, quien le dice que nos lleve a su despacho.

Mientras los policías nos conducen a través del sótano, de vuelta a la planta principal, Rik me echa una de esas miradas que lo dicen todo sin hablar: «No digas nada».

Nos dirigimos a la escalera del segundo piso, y admiro la majestuosidad del patio en toda su quietud, ese no sé qué del Gardner que siempre me molesta, y que aun así lo hace tan excepcional, tan inigualable. En el descansillo de la segunda planta, contemplo el Salón del Alto Renacimiento, el Salón Rafael. Desde aquí no se ve la Pequeña Galería, pero puedo visualizar *Baño II* colgando de su pared, sentirla, como un fantasma flotando por el aire. Me recorre un escalofrío. *Después del baño* de Degas es lo que debería estar colgando de esa pared. No una imitación de una imitación.

El primer policía abre el cordón de la cuarta planta, nos abre paso, lo cierra tras él, y nos conduce hacia el despacho de Alana. Ella sale de detrás de su escritorio y dice:

—Yo me encargo, agentes.

Los policías no se mueven.

—De veras —añade—. Me gustaría hablar con ellos a solas.

—Estaremos ahí fuera, justo al otro lado de la puerta, por si nos necesita, señora.

Cuando los policías nos dejan, ella nos pide que tomemos asiento en las dos sillas que hay frente a su escritorio y mira directamente a Rik.

—¿Qué demonios está pasando?

—Lo siento, Alana —dice Rik—. No es para tanto. Claire es una amiga de la escuela del museo, y está trabajando en un libro sobre Belle y sus relaciones personales con diferentes artistas. Solo estábamos buscando material que pudiera ayudarla en su investigación.

—¿Un domingo por la mañana a las ocho?

—Tú también estás aquí —dice Rik con sonrisa irónica.

—¿En el sótano?

—Hay una habitación ahí abajo llena de cosas. Un montón de carpetas y libros. No creí que fuéramos a...

—No estás autorizado —apostilla, y se gira hacia mí—. ¿Qué artistas son esos?

—Bueno, los obvios, por supuesto. Whistler, Singer Sargent y Ralph Curtís. Pero también estoy interesada en otros artistas más oscuros con los que tuvo relación como Smith, Carm, Martin Mower, y Virgil Rendell.

Rik me mira sorprendido, y Alana le observa detenidamente.

—Esta es una grave violación de las normas, Rik —dice—. No puedes...

—No es culpa suya.

—Por supuesto que lo es —espetea.

—Él no quería hacerlo pero yo hablé con él...

—Me preguntó si podía ayudarla a encontrar material —interrumpe Rik—, pero yo le sugerí que mirásemos en el sótano.

—¿Y por qué se te ocurrió algo así? —pregunta Alana—. Y lo más importante, ¿qué formas son esas de colarse a hurtadillas por el museo?

—No estábamos colándonos. O por lo menos yo no creí que estuviéramos haciéndolo. Solo estábamos, ya sabes, haciendo algo con toda la naturalidad del mundo.

Mientras escucho a Rik esforzándose por responder a las preguntas de Alana, los pros y los contras del siguiente paso a seguir parpadean por mi mente pidiéndome que lo haga bien por una vez en la vida, por lo menos antes de morir. Y aunque no me entusiasma mucho la analogía, digo:

—Le dije que pensaba que el original de Degas estaba ahí abajo.

—¿Qué?

—Claire —dice Rik—. Tú no...

—La obra que colgasteis la otra noche es una falsificación. Creo que la auténtica, la que Edgar Degas pintó, está en el sótano.

—Eso es absurdo —dice Alana con desdén—. Fue autenticada por un equipo internacional de expertos. Certificada como la obra de Degas por algunos de los más renombrados expertos en su campo.

—Lo sé —digo—. Pero están equivocados.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Trago saliva.

—Porque lo pinté yo.

Alana mira a Rik.

—Sé que suena raro —dice removiéndose en el asiento—. Pero Claire trabaja para

Reproducciones.com. Es copista de Degas certificada, y...

—¿Una copista de Degas certificada? —explota Alana. ¿Qué coño es eso? ¿Me estás diciendo que tengo que creerme que una «copista de Degas certificada» le ha tomado el pelo a nuestros expertos? ¿Se supone que tengo que creerme que ella pintó esa obra maestra?

Antes de que Rik pueda responder, interfiere:

—Hay un largo historial de expertos de arte que ven lo que quieren ver. Lo que esperan ver.

Alana frunce el ceño.

—Claire Roth... Claire Roth... —Chasquea con los dedos—. Cullion. La Gran Farsante. ¿Se trata de otra de tus estratagemas publicitarias? —Se pone en pie antes de darme opción a responder—. Ya he oído bastante. A partir de ahora se encargará la policía.

—¡No! —salta Rik—. Por favor, Alana, escúchala. A lo mejor, tan solo a lo mejor, tiene algo que contarte que deberías saber.

Ella le mira, luego me mira a mí. Y después se sienta.

—Tienes cinco minutos.

Le cuento lo que hago, en qué trabajo, y que soy experta en Degas.

—Así que una tarde recibí una llamada de Aiden Markel. Nos reunimos aunque hacía años que no hablábamos. Me dijo que si estaba interesada tenía un trabajito al estilo Repro para mí. Yo no trabajo en exclusiva para los de Repro, ni tengo ninguna cláusula de competencia desleal con ellos, así que acepté la propuesta.

Alana aguarda, Rik se mira las manos.

—Me dijo que la galería tenía un cliente en la India —prosigo—. Un tipo que había visto una reproducción de alta calidad de *Después del baño* que un amigo de Aiden tenía. El hombre quería otra exactamente igual de buena.

—¿Y por qué no le pidió a quien quiera que pintara la primera que le hiciera otra? —pregunta Alana. Una pregunta muy legítima.

—El pintor murió —digo rápidamente, deseando que Aiden y yo hubiéramos pasado más tiempo trabajando nuestra historia para no dejar agujeros.

Alana está petrificada.

Me aclaro la garganta.

—Aiden dijo que había oído que yo era la mejor, la única lo bastante buena como para complacer a su cliente, y que quería contratarme para hacer la reproducción. Dijo que me traería la pintura de su amigo para usarla como modelo.

—No hay nada ilegal ni en contra de la ética en copiar una pintura —dice Rik—. Es...

—Estoy hablando con la señora Roth —ladra Alana—. Ya te escucharé a ti luego.

Rik se frota la frente con la palma de la mano pero no dice nada más.

—Así que —continúo— al día siguiente apareció con dos pinturas. Una era de Ernest Meissonier de finales del siglo XIX. Y la otra era la que probablemente era «la mejor copia jamás hecha» del último *Después del baño* de Degas.

—¿Lo era? —pregunta Alana.

—Era muy buena, pero era una copia.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque yo hago copias para vivir.

—¿Así que la obra de Meissonier era para que rascases la pintura y pudieras usarla de lienzo

para tu falsificación? ¿Y sabías cómo hacer todo eso porque eres una «copista certificada»?

—Llevo años trabajando para Repro, he hecho los cursos, he investigado un montón. Me basé en técnicas bien conocidas. —Miro a Rik, cuyos ojos están abiertos como platos—. Usé mis apuntes, mi experiencia, mis manuales y tutoriales sobre falsificación.

Los labios de Alana están tensos.

—¿Me estás diciendo que creaste el *Después del baño* que tenemos colgando abajo siguiendo las instrucciones de un libro de pintar por números?

—Pues en cierto sentido, sí —admito—. Y con la ayuda de un mega horno industrial y un poco de formaldehído fenol.

Alana entrecierra los ojos.

—¿Se trata de una broma?

—Más quisiera.

—A ver si me aclaro —dice—. ¿Aiden Markel se pone en contacto contigo así de repente, salido de la nada, y tú lo ves todo tan normal? ¿No te hiciste ninguna pregunta? ¿No te cuestionaste sus motivos?

—Se trataba de Aiden Markel, de Marke G —interrumpe Rik—. ¿Quién se...?

Alana lo silencia con una mirada feroz.

—Yo me figuré que el cliente era muy rico —digo—. Y tras estudiar la pintura supe desde el primer momento que se trataba de una copia, así que ¿por qué iba a sospechar nada?

—¿Me estás diciendo que hasta que no viniste a la reinstalación no te diste cuenta de lo que estaba pasando? —pregunta Alana. La miro fijamente a los ojos.

—No estoy muy segura de lo que está pasando.

—Espera aquí —ordena Alana, y luego se gira hacia Rik—. Tú ven conmigo.

UNA HORA DESPUÉS, Alana vuelve seguida por un hombre de espalda ancha, chaqueta y corbata. Tiene la cabeza demasiado pequeña para su cuerpo, cosa que debería darle un aspecto un poco cómico, pero las facciones severas de su rostro borran este efecto.

Me pongo en pie con el estómago revuelto. Que me ahorquen si no es un policía. Y de alto rango.

—Agente Lyons, FBI —me dice Alana, girándose después hacia el agente—. Esta es Claire Roth.

—Hola. —Le tiendo la mano. Esto es peor que un policía.

El agente estrecha mi mano con sorprendente suavidad, pero su rostro permanece tan frío como el acero. No dice nada, tan solo asiente bruscamente.

Alana se sienta en su escritorio, y Lyons toma el asiento de Rik.

—Explícale al agente Lyons lo que acabas de contarme a mí —ordena.

Tras hacerlo, Lyons me pregunta con una voz cargada de incredulidad:

—¿Y usted creyó al señor Markel cuando le dijo que la pintura que le había traído era una copia? ¿Nunca se le ocurrió pensar que podía tratarse de la que fue robada en el atraco?

—Si es que se notaba a simple vista que no era un Degas auténtico, así que no, jamás se me ocurrió plantearme algo así.

—¿Piensas que fue algo inocente?

—No. Es que yo todavía estoy segura de que no fue pintada por Degas, y sé que Aiden también tenía esa certeza.

—¿Y usted cómo puede estar tan segura de lo que él pensaba?

—Porque es lo que me dijo, y el hombre conoce su negocio. Y además, es Aiden Markel.

—Pues ya ves a dónde lo ha llevado —dice el agente garabateando en su libreta de notas, frunciendo el ceño, volviendo a garabatear.

Le miro cautelosamente.

—Creo que debería llamar a mi abogado.

Lyons y Alana comparten mirada.

—¿Por qué? —pregunta él con mirada perpleja—. Usted solo está reportando un incidente. No tenemos ni idea de si se ha quebrantado la ley aquí. Ni de si usted está implicada en algún tipo de actividad criminal.

Al no obtener respuesta por mi parte, el lenguaje corporal del agente cambia al modo «tipo guay»: codos apoyados sobre las rodillas, torso inclinado hacia mí, sonrisa en la cara.

—Así que —dice—, señora Roth, usted cree que Isabella Stewart Gardner fue chantajeadá por este —comprueba sus notas—, este Virgil Rendell. ¿Para que colgase *su* pintura en lugar de la de Degas? ¿Y que luego ella escondió la auténtica?

—Es una teoría. Pudo suceder por muchas otras razones. Lo importante aquí es que la pintura que colgaron la otra noche es la copia que yo hice. La copia de la copia de Aiden Markel.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Reconozco el craquelado.

El agente mira a Alana enarcando una ceja.

—Es la forma en la que la pintura se agrieta a través del tiempo. —Me fulmina con la mirada—. Una forma de determinar la edad del cuadro.

—Sé lo que significa —dice Lyons, y siento por la forma en la que lo dice que es un tipo más abierto de mente de lo que parece.

—Como le comenté antes, no es la primera vez que la señora Roth hace este tipo de denuncias —dice Alana—. Su credibilidad está en entredicho.

—Ah, lo del *4D* de Cullion —me sonrío—. Pero aquello tampoco quedó del todo claro. Usted tuvo el apoyo de varios miembros del MoMA, ¿no es cierto?

—Exacto. De muchos miembros del MoMA, de hecho. —Soy del todo consciente de que están jugando al poli bueno y al poli malo—. Sé que la pintura que hay ahí abajo es mía porque estaba preocupada por una zona oscura en concreto, y no borré bien la tinta antes de sellarla. Lo veía muy exagerado para mi gusto. Y anoche cuando lo vi, ahí estaba.

—¿Está segura de eso? —pregunta Lyons.

—Puse un punto verde en la parte posterior de la esquina derecha de la pintura. En el bastidor. Compruébelo usted mismo.

—Eso no significa nada —argumenta Alana—. Un punto al azar podría venir de cualquier cosa. Podría haberlo visto anoche, o conocer su existencia por haber estado implicada en el robo.

—Eso es ridí...

El agente se inclina hacia mí.

—Basta, yo todavía sigo sin entender cómo sabes que el tal Virgil Rendell falsificó la pintura.

—No lo sé, pero lo que sí sé es que fue un falsificador, y que vi su cuaderno de dibujo. Y fue

allí donde vi los bocetos del original y de la copia.

—Ahora sí que estoy confuso.

—Tengo un libro de dibujos de Degas con los bocetos composicionales preliminares de *Después del baño*. Uno de los dibujos de Rendell coincide con los preliminares de Degas y el otro coincide con la pintura que estaba en el Gardner.

—¿Y no pudo Rendell haber visto los mismos bocetos? ¿Haber jugado con ellos? —pregunta Lyons.

—No lo creo. Eran contemporáneos, pero Degas estaba en Europa y Rendell en Boston. Y dudo mucho que llegaran a conocerse nunca. Mi teoría es que Rendell vio el original cuando Belle se lo trajo aquí y antes de que lo colgaran en el museo. Y fue entonces, por el motivo que fuera, cuando lo falsificó y dieron el cambiazó.

—¿Cómo sabe qué aspecto tiene el original?

—Se parece a los bocetos preliminares de Degas.

—¿Y el que hay ahí abajo no se parece?

—No. Una de las mujeres es diferente, la configuración es diferente, y si lo examina en detalle, no se parece a un Degas.

—Los bocetos preliminares no tienen por qué coincidir con la pintura final —interrumpe Alana—. Es un Degas. Yo misma lo he examinado en detalle. Y también lo ha hecho un gran número de expertos en autenticación. Gente con entrenamiento y credenciales, no con una certificación de una de esas empresas de copias que pululan por internet.

—Así que —me dice Lyons—, ¿tú sabías que era una falsificación cuando nadie más lo sabía?

—Tan solo hacía falta una combinación apropiada de conocimientos y habilidades para detectarlo. Pero si le soy sincera, creo que fui la primera y la única en mirar de verdad.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, si aceptamos la idea de que Isabella Gardner colgó la falsificación de Rendell, incluso bajo coerción, entonces la pintura nunca habría sido oficialmente autenticada. Todo el mundo habría asumido que se trataba de una obra de Degas y jamás se puso en duda. Y como su testamento dice que no podía cambiarse nada en el museo, la pintura tampoco salió nunca en préstamo de aquí, porque si eso hubiera sucedido, habrían detectado la duplicidad.

—¿Pudo pasar algo así? —pregunta Lyons a Alana.

—Es absurdo.

—¿Pero es posible?

Alana se cruza de brazos.

—Cualquier cosa es posible.

Él se gira hacia mí.

—¿Y no se habría dado cuenta Degas de que no era la suya? ¿Nunca visitó el museo? ¿Ni una foto?

—Degas solo vino al país una vez —explico—, a Nueva Orleans, y fue bastante antes de que abrieran el museo. Las comunicaciones no eran como hoy en día y mucho menos los medios de transporte. No había teléfonos ni aviones. Así que no, no creo que volviera a ver la pintura después de vendérsela a Belle.

El rostro del agente se envuelve en una expresión pensativa.

—Así que nadie, excepto usted, con un graduado de tres años, *miró realmente* una pintura que

cuelga de uno de los mejores museos de los últimos cien años. Nadie se dio cuenta de que no era un Degas. Impresionante. Muy impresionante.

Le observo fijamente.

—Recuérdeme, ¿cómo lo hizo? —pregunta con falso respeto—. ¿Cuáles fueron las pistas?

Vuelvo a explicarle lo de las pinceladas, los bocetos compositivos, la simetría, la cámara secreta del sótano.

—Todo empezó a encajar. Y cuando reconocí mi pintura la otra noche en la reinstalación, bueno... —Me encojo de hombros.

Lyons silba.

—Excelente trabajo de detective, señora Roth. ¿Alguna vez ha considerado meterse al FBI?

Alana se ríe.

Me dan ganas de pegarles un puñetazo en la cara a los dos, pero digo:

—Yo no tengo necesidad de venir aquí a contarle a usted esto. Podría haber guardado silencio. Y todo el mundo se habría ido a casa tan feliz. Si lo hago es porque quiero encontrar la verdad y, con suerte, conseguir que la obra maestra del Gardner regrese al lugar donde le corresponde, no para que me traten como a una niña idiota.

—Tú no has venido aquí a contar nada —me recuerda Alana—. La policía de Boston te ha pillado colándote en las instalaciones de acceso restringido.

Lyons me observa detenidamente, y luego dice:

—Si la he entendido correctamente, entonces la obra que robaron en el atraco era la falsificación de Rendell, y esa es la misma que el señor Markel le llevó a usted.

—No, no, eso no es lo que he dicho. —Le lanzo una mirada hostil para dejarle claro que conozco sus trucos y no voy a caer fácilmente en ellos—. La que Aiden me trajo era una copia, una copia de la falsificación de Rendell. O también podría ser la copia de la copia de alguien, supongo. La verdad es que no lo sé. ¿Cómo iba a saberlo?

—Pero esa es la cuestión, ¿verdad? —señala a Alana.

—¿Por casualidad no tendrá usted esos famosos cuadernos de dibujo?

—Los tengo en mi estudio —digo, furiosa conmigo misma por caer en su trampa.

—¿Y también los ha conseguido haciendo gala de sus finas artes detectivescas?

Mi primera reacción es decirle que se joda, pero en lugar de eso, digo:

—Pues sí, agente Lyons, eso fue lo que hice.

Me veo recompensada por un rápido parpadeo de diversión antes de que le pregunte a Alana:

—¿Usted tiene los planos?

Ella me mira antes de girarse hacia el ordenador y empezar a teclear.

—A lo mejor, cuando los encuentre —dice Lyons—, la señora Roth puede indicarnos dónde se encuentra la cámara secreta.

Me levanto y me desplazo hacia el lado del ordenador de Alana.

—¿Has dicho el sótano? —pregunta Alana sin mirarme.

—Subsótano.

—Ni siquiera sabía que había uno —susurra ella mientras busca por la página derecha—. Aquí —dice, y se levanta apartando la silla—. Enséñanoslo.

—Encontramos un muro de hormigón que no está en los planos —explico al tiempo que señalo el dibujo con el dedo—. Justo aquí. Delante de estas puertas dobles, que están ahí, detrás del

muro.

—¿Y ahí es donde usted piensa que está el Degas? —pregunta Lyons.

—Si no está ahí —digo—, tiene que estar en algún lugar, y tenemos que encontrarlo.

—Eso es ridículo —ladra Alana—. No tenemos que encontrar nada. El *Después del baño* de Degas está colgando ahí abajo, en la Pequeña Galería.

Lyons me dice que los disculpe por un momento. Alana me pide que espere sentada en el escritorio de su secretaria que hay fuera de su despacho, y eso es lo que hago.

Tras cerrar la puerta del despacho, me levanto y pego la oreja en la pared, pero sus voces son demasiado bajas como para entender nada. Salen a los pocos minutos, y Alana me ordena que no me mueva. Pienso en Aiden, obligado a permanecer en una celda a merced de las órdenes implacables de cualquiera.

Me distraigo mirando una de las fotografías en sepia que cuelgan de la pared. Hay una foto de Belle vistiendo un horrendo sombrero negro y subiendo por unas escaleras durante la construcción de Fenway Court. Una cosilla enjuta, bastante sencilla sin sus joyas y sus sofisticados vestidos, y claramente disgustada con lo que está viendo. ¿Cómo llegó esta mujer a tener a todos esos hombres a sus pies? ¿A amasar todo ese poder? Todo lo concerniente a Belle Gardner es tan improbable como contradictorio, y yo solo espero estar en el camino correcto.

¿TIENES EL HORNO todavía en tu estudio? —pregunta Alana caminando hacia mí con el agente Lyons pegado a sus tacones.

Parpadeo ante lo que parece un *non sequitur*, y luego lo entiendo todo: han encontrado el punto verde.

—Sí, todavía tengo el horno.

—¿Y a pesar de lo que pasó con el MoMA, todavía quiere denunciar que la pintura que hay ahí abajo es suya? —pregunta Lyons.

—La pintura del MoMA es mía y la que hay ahí abajo también.

—Eso no es exactamente lo que dijo el MoMA —murmura Alana.

—Miren, agente Lyons, señora Ward, ahora mismo puede que no esté segura de muchas cosas, pero sí sé qué obras son mías. Siento decepcionarles. Siento decepcionar al museo. Siento decepcionar a todo el mundo. Siento haber creado todo este gran alboroto. Pero creí que llegados a este punto, preferirían ustedes saber la verdad.

—Ese es el plan —dice Alana—. Tres de nosotros nos plantaremos en tu estudio mañana a las ocho de la mañana. Te llevaremos un lienzo antiguo y repetirás todo el proceso.

—Vale. Sin problema. Puedo...

—No te estoy pidiendo permiso, Claire.

Me miro las manos.

—Voy a traer a un nutrido grupo de expertos a Boston para empezar un segundo proceso de autenticación —continúa Alana—, y pedir los químicos y equipamientos necesarios para llevar a cabo el proceso de forma rápida e *in situ*. Será caro y consumirá tiempo. Y si cuando todo esto acabe, descubrimos que se trata de un bulo, te pediremos daños y perjuicios, incluyendo la pérdida de fondos debido a la imposibilidad de mostrar *Después del baño* al público durante el proceso.

—No es un...

—Y si resulta que la pintura es una falsificación —interrumpe el agente Lyons—, y que tú eres la autora de la misma, mis colegas y yo tendremos que sentarnos a hablar largo y tendido contigo, de forma oficial.

CUARENTA Y CUATRO

TAL Y COMO PROMETIÓ, ALANA SE PLANTA EN MI APARTAMENTO a las ocho y media de la mañana con dos ejemplares: un hombre mayor y una mujer joven con aspecto de estar todavía en el instituto. Ambos llevan gafas y sacan sendos ordenadores portátiles de sus maletines. El de él está rayado y aporreado, el de ella luce prístino y caro. El responde al nombre de señor Jones y ella al de señora Smith. Cuando me da la risa, ellos se dedican simplemente a mirarme seriamente. Esto va a ser divertido.

Yo tampoco es que sea la alegría de la huerta esta mañana. Ayer, después de marcharme del Gardner, me fui directamente a Nashua Street para poner al día a Aiden y asegurarme de que estaba bien. Pero no me dejaron pasar. Me dijeron que ya había agotado su cupo de visitantes al día. Más tarde, recibí un mensaje de Kristi: «Markel me pidió que te dijera que solo queda una semana».

No hace falta decir que me pasé la noche en vela, paseando, dándome golpes de pecho, y hablando por teléfono con Rik. Le conté lo del ultimátum de Aiden, y él me dijo que Alana estaba furiosa con él pero que no pensaba que su trabajo corriera peligro. Bueno, al menos eso son buenas noticias. El resto eran todo malas noticias. Alana se ha propuesto probar que estoy equivocada, destruir mi carrera y mi vida, y hacer que me detengan. Y si eso no sale bien, entonces tendré que vérmelas con el agente Lyons.

Y aquí tengo el lienzo de treinta centímetros cuadrados, es una pintura al óleo de una cascada, y tengo que decir que bastante mala.

—Ponte a ello —dice con voz nítida y sin sentido—. Pinta un *Después del baño*. A ver de lo que eres capaz. Haz uso de esas técnicas que dices que has usado para producir tu famosa falsificación y...

—Copia —corrijo. Sé que debo mantener la calma, pero el paralelismo con el asunto *4D* me está poniendo al límite. Me digo a mí misma que esta vez la situación es distinta: en aquella ocasión el objeto tenía que ser reconocido como mío, y ahora el objeto debe ser reconocido como una falsificación mía. Pero bueno, la verdad es que eso tampoco me hace sentir mejor. Menuda sorpresa.

La apuesta sube, pero intento animarme pensando que tampoco estoy jugándome tanto como Han van Meegeren. Él tuvo que volver a pintar el falso Vermeer para demostrar que no había

vendido un tesoro nacional a los nazis, so pena de ser condenado a muerte. Joder, eso tampoco me hace sentir mejor.

—Explícanos todo lo que estás haciendo —ordena—, aunque creas que ya lo sabemos.

Asiento.

—¿Alguien quiere un café? ¿Té?

—Esto no es una visita de cortesía, Claire —me recuerda Alana—. Cuanto antes empieces, antes acabaremos.

Sin problema.

Paso a explicar el procedimiento. Smith y Jones permanecen tranquilos, salvo por algunas preguntas del todo respetuosas, mientras que Alana no puede evitar mostrar su irritación. Se encoge de hombros burlonamente ante mis comentarios, pone los ojos en blanco, murmura en voz baja. Hago todo lo posible por ignorarla, pero con cada respuesta mía, y cada reacción suya, me acuerdo de lo que está en juego.

Cuando llegamos a la tercera ronda de explicaciones sobre el proceso ya está oscureciendo.

—Ya está bien por hoy —dice Alana.

Nadie se opone.

—Me llevo esta pintura conmigo para asegurarme de que no se produce ninguna alteración durante mi ausencia. Volveremos mañana a primera hora.

—Claro —digo, demasiado cansada como para ofenderme ante su ostensible aversión a mi persona.

—Y —añade— necesitaré los bocetos de Degas y Rendell. El agente Lyons y yo queremos examinarlos.

Sé que estos bocetos corroboran mi hipótesis, pero aun así, se los cedo con recelo. Alana me los arrebata de las manos.

—Gracias —dice en tono impostadamente educado, dejando entrever que no siente ningún tipo de agradecimiento. Tampoco es que tenga que sentir nada.

Regresan a la mañana siguiente con la pintura, los teléfonos y los ordenadores portátiles. Anoche, Rik me dijo que tenía noticias frescas, oyó decir a un guardia de seguridad que tenía otro amigo guardia de seguridad que había entrado en el subsótano con Alana y Lyons. Al principio Alana se había mostrado en contra de la idea, pero Lyons le propuso traer un equipo de ultrasonido para determinar si podía haber una cámara secreta detrás de aquel muro de hormigón. El guardia dijo que le pareció oír a Alana murmurar: «Maldita puta».

Alana, Jones, Smith y yo nos ponemos en nuestro sitio. Yo me dedico a pintar y hornear. Ellos se dedican a observarme. Hoy es mucho menos interesante porque no estoy haciendo nada que no hayan visto ya. No tengo nada que explicarles, y tampoco tienen ninguna pregunta. Tras dos rondas más, la pintura ya empieza a tener buen aspecto. Incluso con tan solo cinco capas, los colores ya están creciendo en profundidad y luminiscencia; el brazo de Jacqueline sujetando la toalla resplandece. La miro con atención, pensando en mi propio trabajo, en mis ventanas. Kristi me mandó un mensaje ayer para recordarme que van a empezar a colgar los cuadros de mi exposición este martes. La noticia casi me parece trivial.

—¿Será en las fases finales cuando lo harás parecer antiguo? —pregunta Alana.

—Tiene que ser entintando.

—¿Puedes hacerlo ya?

—Claro —digo, más que feliz por poder complacerla—. Tan solo necesitamos que emerja el craquelado a través de la última capa para poder empezar a barnizar. Entonces será el momento.

—Hazlo —dice.

Al mirarla con más atención percibo las ojeras debajo de sus ojos, unas arrugas que no había visto antes, y siento una punzada de simpatía. También una puñalada de culpa. No he sido más que un grano en el culo para esta mujer que tan solo pretendía disfrutar su momento de gloria en el museo. Yo, impulsada por mi propia arrogancia, por querer corregir un error que para ella habría sido mejor no abordar. Pero ya es tarde para remordimientos. Especialmente cuando sé que hay más dolor por llegar a nuestras vidas.

Una vez el craquelado emerge, con la tinta india ya aplicada y seca, comienzo a limpiarla con un trapo enjabonado. Me observan, transfigurados, mientras limpio cada capa de barniz de la superficie, dejando una red de finas hebras de líneas de pintura sobre la pintura. Luego agrego un toque de marrón al barniz original, explicando que el tinte refleja el envejecimiento, y cubro todo el lienzo con una capa. Cuando acabo, sostengo el lienzo para que puedan inspeccionarlo atentamente.

Alana jadea.

LO PRIMERO QUE HAGO a la mañana siguiente es llamar a Kristi.

—Ya soy toda tuya.

—Genial —dice, aunque puedo percibir el disgusto en su voz.

—Siento haberlo estropeado. ¿Crees que sería posible volver a concertar las entrevistas? —Media docena de entrevistas tuvieron que ser canceladas porque yo estaba ocupada pintando para los del Gardner. Le dije a Kristi que me había surgido una emergencia familiar, una vieja excusa, sí, lo sé, pero todavía creíble, y de las que te garantizan que no habrá preguntas al respecto.

—Eso espero, que podamos volver a concertar algunas, por lo menos.

No me gustan mucho todos estos juegucitos de la publicidad, pero ahora mismo la distracción que me ofrecen es más que bienvenida. No tengo nada más que hacer mientras aguardo a que el Gardner encuentre a la familia de Virgil Rendell. Y por lo visto ese asunto no va por muy buen camino.

—¿Qué me he perdido?

—A los reporteros de arte del *Globe*, el *Phoenix*, y el *Boston Magazine* —dice sin poder ocultar su malhumor—. *Newbury Street Gallerie, Metro*.

—¿Tienes los nombres y sus números? Los llamaré para quedar con ellos.

—No les gusta tratar directamente con el arista. Veré si puedo hacer que alguno de ellos se pase por la galería cuando estés aquí. Hoy tienes entrevistas de radio todo el día. ¿Te llegó la lista que te mandé por correo electrónico?

—Claro. —La verdad es que no he tenido tiempo ni de mirar el correo electrónico últimamente—. Lo tengo todo bajo control.

—¿Tienes las tardes libres?

—Para ti lo que sea.

—Bien. Estas cosas significan más de lo que puedas imaginar —duda—. ¿Tu asunto familiar...? ¿Lo has podido arreglar? ¿Va todo bien?

—Superbien —le aseguro—. Pero ya sabes cómo son estos dramas familiares. Jamás se acaban.

Kristi se echa a reír, lo cual debe significar que, de algún modo, ya me ha perdonado.

—A mí me lo vas a decir... —y lo dice en serio.

Nada más colgar el teléfono, compruebo mi bandeja de correo electrónico y voy deslizándome por la interminable lista de mensajes sin abrir. Debe haber diez como mínimo de Markel G. Los voy abriendo de uno en uno. Cuando localizo la lista de entrevistas, emito un rugido. Cuatro entrevistas. La primera de ellas en una hora. Me voy corriendo a la ducha.

Al terminar de secarme el pelo, agradezco mentalmente a Aiden por haberme obligado a comprar esta ropa para las entrevistas. Me enfundo el atuendo y me dirijo a la puerta. Justo en ese momento suena el móvil. Descuelgo mientras voy bajando las escaleras.

—Tienen un aparato de ultrasonido, o algo sónico, o un sonar o yo qué sé qué en el sótano —dice Rik.

—¿Crees que he convencido a Alana? ¿O que los autenticadores han llegado a la conclusión de que *Baño II* es una falsificación? Ese equipo tiene que ser caro.

—No creo... —vacila.

—¿Qué es lo que sabes? —No me gusta como suena eso.

—Nada —dice rápidamente—. Estoy perdido. De veras, no tengo ni idea de lo que está pasando. Estoy fuera de la onda. Todo lo que puedo decirte es que espero que encuentren lo que están buscando.

—Yo también —digo mientras paro un taxi con la mano.

—¿Qué estás haciendo?

—Tengo cuatro entrevistas de radio en las próximas siete horas.

—Deja el teléfono en modo vibración. Volveré a llamarte en cuanto sepa algo.

—Eres un príncipe.

—Y yo pensando que era una reina —dice, riendo, antes de colgar.

Las entrevistas se me dan mejor de lo que esperaba. Creo que es porque estoy distraída, esperando a que el teléfono empiece a vibrar, preocupada por lo que estará pasando en el Gardner, por lo que le estará pasando a Aiden, en lugar de preocuparme por lo que estoy diciendo. Además, mis temores por que los entrevistadores fueran a sacarme el tema del *4D* o de Aiden eran infundados. Todas las preguntas han sido banales o benignas: nadie ha mencionado *4D*, y tan solo uno ha hecho mención de pasada a los «problemas» de Aiden.

Cojo la línea roja de vuelta a casa desde Cambridge. Compruebo mi teléfono por millonésima vez. Han pasado dos minutos desde la última vez que miré, pero nada ha cambiado: Rik sigue sin llamar, y eso no es buena señal.

Me agarro de la barra superior, embutida entre cuerpos extraños, sofocada por el calor y los olores desagradables que emiten. Mi único consuelo consiste en saber que estando tan apretujada es imposible que pueda caerme al suelo. El vagón está hasta los topes y hace un calor infernal, con todo el mundo enfundado en sus ropas de invierno, obligados a sufrir una última indignidad más después de un largo día de trabajo. Incluida yo.

A medida que el tren va deslizándose hacia el exterior, dejando atrás la negra oscuridad, y emergiendo sobre el puente Longfellow, la ciudad renace a la vida, completamente formada. Brillantes torres de vidrio inundan el cielo con sus luces interiores; el exterior del edificio State

House reluce con destellos dorados. Los peatones, con sus brillantes abrigos de colores, pueblan las aceras, y los coches que desfilan por Storrow Drive parpadean entre los árboles desnudos. Incluso con todo a punto de desmoronarse, esta vista, este pulso, esta energía de la ciudad me infunde una bocanada de alegría haciendo que fluya por todo mi cuerpo.

A lo mejor Rik no llama porque están rompiendo el muro de hormigón en este preciso momento. A lo mejor ya han entrado en la cámara secreta y han encontrado la pintura. Tal vez liberen a Aiden, y todavía tenga los dedos intactos. Y no solo en libertad bajo fianza, sino para siempre. Tal vez todo suceda a tiempo para mi exposición. A lo mejor mi exposición cosecha un éxito impresionante, y Aiden y yo lo celebremos haciendo un viaje muy caro a París. O tal vez me esté volviendo jodidamente loca.

RIK NO LLAMA hasta las nueve, más o menos, y para entonces yo ya he dado por imposible la misión de encontrar a la familia de Rendell —ni en la página web de los mormones tienen información al respecto— y me he dormido en el sofá. Me sobresalto al escuchar el teléfono.

—No tengo nada para ti, Osito —dice—. El FBI no deja bajar a nadie del Gardner, ni siquiera a los guardias.

—¿Nadie sabe qué está pasando ahí abajo?

—Los que lo saben no sueltan prenda. Pero estoy seguro de que mañana sabremos algo. Te mantendré informada. Descuida.

Me dejo caer en la cama y busco consuelo en la negrura que entra a través de las ventanas sin cortinas, pero todo lo que veo es mi propio reflejo confuso.

Tras otra noche de sueño escaso, amezco con la luz blanca y acuosa de una mañana de diciembre irradiando en los bordes de los travesaños. Todavía es demasiado pronto para ir a Markel G, así que deambulo por el estudio tomando más tazas de café de las que debiera. Por mucho que lo intento, no puedo centrarme en las noticias, ni en el correo electrónico, ni en la misión de búsqueda de familiares de Rendell, ni en la repetición de un capítulo de *Seinfeld*. No puedo pintar. No puedo llamar a nadie. La ausencia de Aiden duele.

Cuando finalmente subo las escaleras de Markel G, veo que ya han retirado los cuadros de la exposición anterior; las paredes están vacías, los paneles esperando a ser rellenados. La puerta está abierta, pero la galería permanecerá cerrada a todos los efectos y propósitos durante todo el día de hoy y mañana, para trabajar en la instalación de mi obra.

Tanto Chantal como Kristi están aquí ya, apoyando las pinturas contra las paredes, subiéndolas más arriba o más abajo, calculando el sitio ideal para cada una de mis ventanas. Llevan ropa cómoda pero siguen luciendo un *look* de lo más llamativo. Kristi lleva unas botas UGG de las normalitas, pero ha agregado a su vestuario un vistoso broche en la parte superior izquierda y lleva un par de pantalones cortos de color amarillo chillón y medias a juego. Chantal también calza unas UGG, pero más exclusivas, con estampados de diamante, medias de malla rojas, y algo asimétrico de punto, con pinta de poncho o algo parecido a un vestido. Yo llevo un mono salpicado de pintura. Pero yo puedo ir como quiera. Soy la artista. Faltaría más.

Me saludan cálidamente y, una vez que todas las pinturas están alineadas, nos situamos en medio del espacio de la galería para examinarlas.

—Estamos de acuerdo en que *Nighttime T* va en el escaparate, ¿verdad? —pregunta Kristi.

Me retrotraigo a la primera vez que Aiden vio esta pintura. Cuán impresionado se quedó al verla, cómo me aseguró que esa sería la que pondría en el ventanal de la entrada. También recuerdo en lo dulce y encantador que se mostró aquella tarde. Pienso en cómo me rodeó con sus brazos cálidos aquella misma noche. Quiero que salga de allí. Quiero que esté aquí.

Asumo que Kristi y Chantal sienten lo mismo, pero hacen como que Aiden está a la vuelta de la esquina, evitan el tema, y yo les sigo la corriente, y en lugar de mencionar que aquella fue la primera reacción de Aiden al ver *Nighttime T*, me limito a decir:

—Me parece bien.

—A mí también —coincide Chantal.

—Una menos. —Kristi coge la pintura y la apoya contra la pared que da a la acera.

Volvemos a centrarnos en las diecinueve pinturas restantes, y me sorprende a mí misma preguntando:

—¿Podemos colgarla ya?

Se quedan mirándome como dos pasmarotes.

—Me refiero a *Nighttime T*. Para hacerme una idea, no sé, ver cómo queda —digo con cierto embarazo—. Ya sabéis, para ver qué tal queda... No sea que no quede bien.

Tienen cinco años menos que yo y me sonríen como si la niña fuera yo.

—Claro —dice Kristi cogiendo un martillo y una escalera—. Buena idea.

Cuando terminamos de colgar *Nighttime T*, no puedo esconder la emoción que siento al contemplarla. Qué alucinante. Kristi camina hacia la puerta para observarla como lo haría el visitante al entrar por la puerta. Chantal va hacia la esquina más cercana y comprueba la vista desde allí.

Yo voy fuera y la miro desde la acera, abrazándome a mí misma, sintiendo frío y calor al mismo tiempo. La verdad es que *Nighttime T* tiene incluso mejor aspecto a esta distancia. Yo hice esto, y la gente reconocerá que tengo un cuerpo de trabajo propio. No seré conocida como la mujer que fingió haber pintado *4D*, ni nada de eso, ni la que copió a Degas. Seré Claire Roth, yo, artista, pintora por mérito propio.

Chantal baja por las escaleras y me pasa el abrigo. Yo me lo pongo, más que agradecida por el gesto. Ella estudia la pintura.

—Es cautivante —dice—. Tan llamativa. —Me abraza—. Sé que no es así como hubieras querido que fuera, Claire —añade, rompiendo el acuerdo tácito de silencio—, pero tu trabajo se sostiene por sí solo. Y es un gran trabajo. Deberías estar orgullosa. Markel lo estaría. Lo está.

Las lágrimas corren por mis mejillas, y yo me afano por enjugármelas con la manga del abrigo.

—Lo siento —digo—. Es que estoy tan contenta. Y tan triste. —Últimamente lloro por cualquier cosa.

—Llora, cariño, llora. —Chantal me pasa el brazo por el hombro—. Vamos, afuera las telarañas. Tenemos una exposición que montar.

Durante las próximas horas, las tres estamos completamente inmersas en nuestra visión colectiva de la exposición. Organizamos grupos de pinturas. Las desplazamos por el suelo. Las colgamos. Las retiramos. Las volvemos a organizar. ¿Algunas más altas que otras? ¿Todas a la misma altura? ¿Alrededor? ¿Organizadas por tema o color? Cambia la iluminación. Cambia las pinturas. Sube las escaleras y agáchate al suelo. De lejos. De cerca. Es física, emocional e intelectualmente agotador. Por primera vez en mucho tiempo no pienso en nada más.

Me suena el móvil y descuelgo llevándomelo a la oreja en un acto reflejo, sin darme cuenta de lo que estoy haciendo.

—Buenas y malas noticias —dice Rik—. El ultrasonido ha encontrado una cámara que coincide con la que tú indicaste en los planos. Y parece que hay algo dentro.

—¿Pero?

—Pero debido a que el espacio es demasiado pequeño y está lleno de basura, no hay forma de meter un equipo tan grande ahí abajo, así que tendrán que derribar la pared, y eso llevará más tiempo...

—¿Cuánto tiempo? —pregunto.

—No se sabe todavía. Podría ser cuestión de días. O de semanas.

Aiden no tiene tanto tiempo.

CUARENTA Y CINCO

SON APENAS LAS TRES CUANDO SALGO DE LA GALERÍA PERO las sombras ya son profundas, y la primera nevada importante del invierno parece estar sobre nosotros. Están pronosticando quince centímetros de nieve, y que este principio de diciembre no es un buen augurio para el resto de la estación. Mi parka de esquí está perdida en algún lugar de la parte trasera de mi armario, pero debido a mi estado de negación, me niego a buscarla. A medida que los finos copos de nieve laceran mis mejillas, pienso que ha llegado el momento de encarar la realidad invernal. Aunque a lo mejor mañana hace un poco más de calor y no tengo que enfrentarme al invierno ni buscar ninguna parka.

A pesar del tiempo, me detengo antes de doblar la esquina desde East Berkeley en dirección Harrison. No sé muy bien lo que pudo incitar la actividad del subsótano, pero entre el grito de asombro de Alana y el equipo de ultrasonido, es más que en breve reciba una «visita oficial» del agente Lyons. Rezo al Dios que sé que no está escuchando para que no sea así, reanudo la marcha y me adentro en la avenida Harrison. No veo a Lyons por ningún lado, pero hay una patrulla de la policía de Boston estacionada frente a mi edificio. Tal vez Dios sí está escuchando, es mujer, y tiene sentido del humor.

Camino lentamente en dirección a mi bloque, con el corazón latiéndome en los oídos. Siento como si tuviera el estómago en la garganta, literalmente, y trato de consolarme con el hecho de que por lo menos las luces azules de los coches policiales no están parpadeando, y tampoco veo a ninguno apostado frente a la puerta con una pistola. Cuando estoy a tan solo unos pasos de ellos, dos agentes, un hombre y una mujer, salen con aspecto tranquilo a recibirme. Sin gestos amenazantes, sin armas, sin trajes paramilitares. Tan solo me contemplan impasiblemente.

La mujer da un paso hacia delante.

—¿Claire Roth? —pregunta.

Me veo incapaz de hablar, así que me dedico a asentir.

—Soy la detective Farrell, del departamento de policía de Boston. —Como si nos estuviéramos conociendo en una fiesta de cócteles—. Y este es el agente Rodríguez.

Miro a uno y a otro, todavía incapaz de articular palabra, y ahora encima me doy cuenta de que tampoco puedo asentir. Es como si las partes de mi cuerpo hubieran dejado de estar conectadas entre sí. Tengo la vaga sensación de que no estoy respirando.

Trato de mantenerme firme, pero no estoy segura de haberme movido.

—Claire Roth —dice el agente Rodríguez—. De la avenida Harrison número 173, cuarta planta, Boston, Massachusetts, tenemos una orden de arresto. —Me muestra un atajo de papeles antes de sacarse las esposas.

Empiezo a temblar.

Farrell sacude la cabeza.

—No hace falta, Rod. No va a irse a ninguna parte. —Se gira hacia mí—. ¿Verdad que no?

—No —logro susurrar. Es la primera palabra que pronuncio.

EL CUARTEL DE POLICÍA está a unos cuantos kilómetros de distancia, en una sección diferente de la ciudad, pero apenas recuerdo el trayecto, solo que el oficial Rodríguez iba conduciendo, que la detective Farrell iba en el asiento del copiloto, y que yo estaba sentada sola en la parte de atrás. No había manijas en las puertas.

La detective y yo estamos en un pequeño cubículo, uno de los muchos que hay alineados a lo largo de una pared hecha de un largo bloque de cemento. De acuerdo con el cartel de la puerta, estoy en la sala de procesamiento. Siendo procesada. Por cometer un crimen. Un delito.

Todavía me tiembla el cuerpo, pero no tanto como antes, y aunque siento que me falta aire en los pulmones, parece que estoy respirando. Hasta soy capaz de dar mi nombre y mi dirección. La detective Farrell me lee mis derechos.

—Quiero llamar a mi abogado —le digo inmediatamente. He visto las suficientes series policíacas como para saber que eso es justo lo que tengo que hacer—. ¿Puedo llamar a mi abogado? —añado. Ser amable siempre ayuda. Ni que decir tiene que no tengo abogado. El único abogado criminal que conozco es mi amigo Mike Dannow del Jake's, el abogado-artista. No tengo ni idea de si es bueno, pero ahora mismo soy una indigente.

Farrell me pasa un teléfono móvil y me deja a solas en el cubículo, que está abierto a la sala.

—¿Claire? —demanda Mike cuando su asistente me pasa la llamada—. ¿Qué pasa?

—Me han arrestado —digo en voz baja—. No sabía a quién más llamar.

—¿Por qué?

—Por un montón de cosas —dudo sin querer expresarlas en voz alta—. Por falsificación, conspiración para cometer un fraude, transporte y venta de mercancía robada. Creo... Creo que a lo mejor también por más cosas. Allanamiento.

—Vale —dice Mike—. Mantén la calma. Respira profundamente. Es importante que no pierdas el control.

Trato de respirar profundamente pero lo único que consigo es sollozar.

—¿En qué estación estás?

—En el cuartel general —consigo decir—. Creo que van a encerrarme. Yo...

—Escúchame, Claire —dice con una voz tan nítida y profesional que no sé si estoy hablando con el mismo tipo con el que quedo a tomar cervezas en el Jake's—. Lo primero de todo: no digas nada. A nadie. Solo tu nombre y tu dirección. Nada más. Da igual lo que te digan, no están siendo amables, no intentan ayudarte, y no son tus amigos. No hablarás con nadie, y eso significa con nadie, excepto con tu abogado. Dilo.

—Yo, ahm..., no hablaré sin ti.

—Ahora di: por consejo de mi abogado, no diré nada a menos que él esté presente.

Lo repito dos veces hasta que se queda totalmente satisfecho.

—Estaré ahí en una hora.

—Por favor, no tardes —le ruego. Pero ya ha colgado.

La detective Farrell se tira todo el rato haciéndome pasar por el protocolo de procesamiento: fotos policiales, huellas dactilares, una revisión del expediente policial, confiscación de mi mochila, cacheo corporal —que afortunadamente no implicaba ninguna cavidad de mi cuerpo—, y cosas de esas. Durante todo ese tiempo, me acribilla a preguntas que me niego a contestar. Su fachada de policía buena se va desmoronando al ver que yo sigo en mis trece. Al final, sucede algo horrible: me mete en una celda. Esto no puede estar pasando. No puedo estar encerrada. Tengo que encontrar la pintura. Por Aiden.

Es un calabozo, según me explica, pero a mí lo único que me importa es que tiene rejas, barras de metal que van desde el suelo hasta el techo, separándome de la sala de procesamiento, de la libertad. Una unidad de plástico moldeado ocupa la mayor parte de la celda, formando la base de un catre a lo largo de la pared, seguido por un lavabo-inodoro. No hay bordes afilados. Si me siento al fondo del catre de cara al lavabo, evito ver las rejas, y evito ver lo que no hay: una manivela para abrir la puerta.

Me recuerdo a mí misma que copiar una pintura no es ningún delito, y que de ningún modo copiar una copia puede considerarse una falsificación. Tampoco me pueden acusar de transportar o vender mercancía robada. Mike me sacará de aquí. Vendrá y lo aclarará todo. Luego nos iremos a casa. Si no fuera por el cargo de conspiración para cometer un fraude, hasta yo me lo creería.

RESULTA QUE MIKE es muy conocido y apreciado en el cuartel general de policía, una situación poco común para un abogado criminalista defensor. Y además tiene muchos contactos en el juzgado. En menos de una hora, ha convencido a todo el que tenía que convencer de que deben ponerme en libertad B.P. —bajo palabra— porque no tenía antecedentes, poseía un trabajo estable, había vivido en Massachusetts toda mi vida, y mi puesta en libertad no suponía ninguna amenaza para la comunidad.

Saca el coche del *parking* de la estación, y nos dirigimos al South End. Estoy tan feliz por haber recuperado mi libertad, que a duras penas puedo concentrarme en lo que está diciendo.

—Gracias —repito una y otra vez—. Gracias por todo. Me has salvado la vida.

—Claire, no me estás escuchando. Mañana a primera hora es la lectura de cargos, tenemos mucho que hacer.

Conozco a Mike desde hace años, pero está claro que nunca llegué a conocerle del todo. Debido a la inseguridad que tiene como artista, y su complejo por ser bajito, tengo que admitir que yo siempre había dado por sentado que era un tipo igual de inseguro en todos los aspectos de su vida. Pero ahora estoy viendo a un hombre seguro de sí mismo, claramente más que competente, en su papel de abogado. Supongo que tendría que haberme dado cuenta de esto antes, porque vive a la vuelta de la esquina de mi casa.

—... Y después de la lectura de cargos seguramente habrá una audiencia de causa probable, que no va de si eres culpable o no, sino de evaluar si hay pruebas lo suficientemente consistentes como para ir a juicio. —Mike me lanza una mirada—. Claire —dice bruscamente—. No voy a

poder ayudarte si no colaboras.

—Audiencia de causa probable —digo para demostrarle mi colaboración—. No va de si eres culpable.

—¿Y qué va a pasar en la lectura de cargos?

Me encojo de hombros y sonrío tímidamente.

—Mañana —dice con tono extremadamente paciente—, a las nueve y media, en el juzgado municipal de Boston. El juez lee los cargos, tú te declaras inocente, el juez confirma tu libertad bajo palabra, y fija una fecha para la causa probable.

—Y en una hora estaremos fuera. —Finalmente recuerdo que es una de las cosas que me ha mencionado.

Mike ríe.

—Estoy en un lío, ¿verdad? —pregunto—. Pero copiar una pintura no es ningún crimen ¿no?

—Copiar una pintura no es un crimen en sí mismo. Es lo que haces con la copia después lo que importa. O lo que tú y otra persona planeáis hacer después. El conocimiento. La intención.

—Aiden me contrató para copiar una copia. Yo la pinté en un lienzo antiguo que me dio, basándome en una copia de alta calidad de *Después del baño* que pertenecía a un amigo suyo, que fue la que él me proporcionó. Cuando acabé, me pagó y se llevó los dos lienzos.

Mike levanta una mano del volante.

—Eso es todo lo que necesito saber por ahora.

—Pero tienes que entender que...

—Yo decidiré lo que tengo que entender —interrumpe Mike.

Eso también lo he aprendido de las series policiacas, que los abogados siempre creen en la inocencia de sus clientes.

—Soy inocente —le digo—, no tengo nada que ver con lo que pasó después de que se llevaran la pintura. No tengo ni idea...

—Hablaremos de los detalles después de la lectura de cargos —dice Mike ya llegando a mi edificio—. Mañana no argumentaré nada contra los cargos presentados, así que tendremos unos cuantos días para ocuparnos de eso. Será en la audiencia de causa probable donde tendremos que cuestionar la consistencia de las pruebas y tratar de convencer al juez de que la causa no se mantiene. Así que eso es para lo que tendremos que prepararnos.

—¿Entonces no hay pruebas consistentes? —Intento agarrarme al clavo ardiendo de una buena noticia, por mínima que sea—. ¿Qué retirarán los cargos antes de llegar a más?

Aparca el coche y se gira hacia mí.

—No he dicho eso —dice con voz severa—. Lo que he dicho es que no sabremos nada hasta el día de la causa probable.

—Oh —digo desinflada.

—Pero nunca se sabe —añade—. Cada causa es diferente, y francamente, por lo que yo he visto hasta ahora, las pruebas que tienen son débiles. —Levanta una mano cuando ve que mi rostro se ilumina con un rayo de esperanza—. Pero eso no significa que no tengan más pruebas. Tenemos que ir y ver lo que hay. Serán unos cuantos días. Ahora ve...

—¿Unos cuántos días? —interrumpo—. No tenemos unos cuantos días.

—... duerme bien y trata de no preocuparte —prosigue haciendo oídos sordos—. Nos vemos en el vestíbulo del palacio de justicia a las ocho y media. Antes de pasar el detector de metales.

—No sé cómo darte las gracias. —Me inclino hacia él pasándole la mano por el hombro—. Eres... Eres... Bueno, eres el mejor.

—Juzgado municipal de Boston. Sede Gubernamental. Calle New Chardon número 24.

—Lo pillo —digo saliendo del coche. Me giro hacia él para decirle—: ¿Crees que los medios ya estarán al tanto?

—Los arrestos y las lecturas de cargo son información pública —dice Mike—. Todo lo que rodea el atraco del Gardner es material apetitoso.

CUANDO ME LEVANTO por la mañana no enciendo la televisión ni entro a internet, como suelo hacer normalmente. *Los arrestos y las lecturas de cargo son información pública*. No estoy lista para enfrentarme a ello. Siempre he sido de esa clase de personas que necesitan saberlo todo, que querrían saber si tienes un gen chungo por ahí, o incluso el día de mi muerte, si fuera posible. Pero aquí estoy, sentada, en un apagón de noticias virtual de mi propia cosecha, haciendo como que no quiero saber nada al respecto, es que no está pasando.

Me pongo una taza de café y compruebo que el móvil está cargado por si Mike llama. Voy por la segunda taza cuando suena. Apenas son las siete, no tiene que ser nada bueno. Cuando veo que es Kristi, se confirman mis temores.

—Han cerrado Markel G —dice sin más preámbulo.

No tengo que preguntar «quién» ha sido.

—¿Claire? ¿Estás ahí?

—Sí, sí —grazno—. ¿Y se puede saber por qué?

—Le han puesto un candado a la puerta. El FBI. Algo sobre malversación de fondos.

Cierro los ojos para luchar contra el dolor.

—¿Estás bien? —Hace una pausa—. ¿Después de lo que..., ahm..., después de lo que pasó ayer?

Así que la noticia ha corrido como la pólvora. Todo el mundo lo sabe, no estoy sorprendida, solo horrorizada.

—Pues llevándolo como puedo.

—Si hay algo que yo, nosotras, podamos hacer, dímelo. Chantal y yo nos sentimos muy mal. Y esto, bueno, ya sabes, no es justo.

—Gracias, Kristi. Lo aprecio mucho. —Las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas—. Estamos en contacto.

Nada más colgar el teléfono, vuelve a sonar. Mike. Ya está en su despacho.

—Hey —digo con toda la falsa alegría que soy capaz de reunir.

—Voy a pasar a recogerte —dice—. Estaré frente a tu casa a las ocho.

—No hace falta que vengas —digo, pensando en lo amable que es—. Gracias, pero puedo coger el metro. No hay problema.

—Es por la prensa. No quiero que vayas por ahí andando sola.

Me lleva un momento procesarlo.

—¿Claire?

—Estaré en la acera.

Mientras me visto, me recuerdo a mí misma que no estoy en la cárcel, encerrada en una celda,

y que Aiden todavía tiene algunos días. Mike dijo que acabaríamos con todo esto en una hora. Todavía tengo todo el día por delante.

Al salir a la acera, parpadeo ante el deslumbrante resplandor de la mañana; hay diez centímetros de nieve cubriendo el suelo. Parece mentira que ayer estuviera caminando en mitad de una tormenta de nieve de lo más gris y miserable. El cielo está raso, totalmente azul, y los rayos del sol se reflejan en cada superficie. Hoy todo parece estar más en calma, mucho más bonito, menos oscuro que ayer. Pero también hace un frío terrible. Tantos cambios en tan poco tiempo. Entrecierro los ojos ante el brillo y me ajusto el cuello para protegerme del viento. Pienso en la alegría que sentí al ver *Nighttime T* en la ventana del Markel G, y que eso también fue ayer.

El pitido de un claxon me saca de mi ensoñación. Es Mike, por supuesto, y la expresión de su rostro es desalentadora.

—¿Qué saben? —pregunto nada más subir al coche.

No me pregunta por qué no estoy al día de las noticias, tan solo me mira con una expresión de conocida simpatía.

—Bueno, obviamente, saben lo de tu arresto y la lectura de cargos. Mientras estábamos en el cuartel general, el Gardner anunció que su *Después del baño* es una falsificación. Y luego, por la tarde, todos los medios empezaron a decir que Markel G había sido cerrada por los federales.

Una falsificación oficial. Motivo de más para que el Gardner presione para encontrar la pintura. Un rayo de esperanza. Pero más razones para que Lyons sospeche de mí.

—¿Es verdad? —pregunta Mike—. ¿Lo de la galería?

Solo puedo asentir.

—Lo siento, Claire. —Me pone una mano en la rodilla—. Menudo palo.

Agacho la mirada.

—Y hay algo más...

Cierro los ojos.

—¿Qué?

—No es nada malo, solo la juez. Nos ha tocado Zwerdling. En público la llaman la bruja. Y en privado una cosa que rima con bruja.

—¿Y eso es muy malo? Creí que habías dicho que la lectura de cargos era pan comido.

—Lo es. Siempre y cuando el fiscal no pida que revisen tu libertad bajo palabra.

Se me cae el estómago a los pies.

—¿Pueden volver a mandarme a la cárcel?

—Casi nunca pasa.

Escruto su rostro. Quiero creerle, quiero creerle desesperadamente, pero no sé si me está diciendo la verdad o si me está diciendo la verdad que yo necesito oír.

—El principal problema ahora es cómo entrar en el juzgado —dice Mike poniéndose en marcha—. No va a ser bonito, por eso quería ir contigo. Tenemos que entrar por las escaleras principales, y habrá policías abriéndonos paso, pero los reporteros se tirarán sobre ti, y empezarán a gritar y hacerte todo tipo de preguntas, poniéndonos el micrófono en la cara, haciéndonos fotografías... ¿Crees que podrás soportarlo?

—Ya he pasado por esto antes, ¿recuerdas? —digo con más bravura de la que en realidad siento.

—Ya te digo yo que no —dice él apartando los ojos de la carretera.

—Puedo con ello —digo alzando el mentón.

Mike me mira detenidamente y decide dejarlo pasar.

—Una de mis asociadas nos estará esperando allí. Emma. Emma Yales. Ella se pondrá a un lado de ti, y yo al otro. Te estaremos flanqueando. Tú mirarás al frente, evitarás todo tipo de contacto visual, y caminarás sin pararte. No digas ni una sola palabra a nadie. A nadie. Da igual lo que te digan. Y da igual lo cabreada que estés. ¿Vale?

—Vale.

Mierda.

—Emma y yo nos ocuparemos de cualquier cosa que pueda surgir. Pero lo más normal es que no pase nada.

—¿Por qué están montando tanto escándalo con todo esto? —pregunto con la esperanza de que me diga que tampoco están montando tanto escándalo—. Parece un poco exagerado, ¿no?

—Diciembre es un mes flojo para las noticias. —Es su respuesta—. Y por suerte o por desgracia, tú eres una hermosa mujer con un pasado.

CUARENTA Y SEIS

E STAMOS SENTADOS EN EL COCHE DE MIKE, EN EL APARCAMIENTO trasero del palacio de justicia, con la calefacción a tope. Hemos llegado pronto y estamos esperando a que llegue Emma para protegerme el flanco izquierdo cuando atravesemos la tormenta mediática.

—Como te he dicho antes —explica Mike—, la lectura de cargos es un procedimiento. Un paso preliminar. Es como sacar cita con el médico antes de acudir a consulta para que te examine.

—¿Así que no tengo que quitarme la ropa hasta la causa probable? —pregunto.

Mike se echa a reír.

—Más o menos eso. Nunca he oído nada igual antes, pero sí —me sonrío—. Me alegra que tu sentido del humor todavía siga intacto. Eso es bueno.

Un golpe en la ventanilla.

Mike sale del coche.

—Emma —saluda sonriendo y estrechándole la mano.

Le sigo y me la presenta. Emma tiene cara de tía dura, con un aura en plan «por encima de mi cadáver» emanando de todos y cada uno de los poros de su piel. Me alegra tenerla en mi bando.

Caminamos en silencio bordeando el edificio. Al doblar la esquina yo me detengo en seco. Mike y Emma me agarran por los brazos tratando de hacerme seguir adelante. Yo no cedo.

—Vamos, Claire —dice Mike—. Cuanto antes mejor.

—Te estaremos guardando las espaldas —dice Emma apretándome el brazo.

Pero mis pies están pegados al suelo. Hay docenas de periodistas, fotógrafos, cámaras, alineados a ambos lados de la escalera, apostados tras los cordones de seguridad que los polis han colocado estratégicamente. La calle está preñada de camionetas con logotipos y antenas. *Ya te digo yo que no*, dijo Mike cuando yo le conté que ya había pasado antes por esto. Y no estaba de broma.

—Respira profundo tres veces —dice Mike—. Y adelante.

Hago lo que dice, y casi sin darme cuenta ya estoy subiendo las escaleras; Mike y Emma sacan los codos sin miedo a usarlos. A pesar de la luz brillante del sol, los *flashes* de las cámaras logran deslumbrarme. Un mar de voces vocifera sin cesar.

—¿Dónde está el resto de las pinturas?

—¿Quién está detrás del robo?

—¿Están las pinturas en un lugar seguro? ¿Ha sido destruida alguna de ellas?

—¿Qué se siente al haber pintado algo tan bueno como para timar al Gardner?

—¿Significa esto que no es una farsante?

Tropiezo en un escalón, pero Mike y Emma me sujetan.

—Sigue moviéndote, Claire —murmura Mike—. Ya casi hemos llegado.

Pero no es verdad. Apenas hemos hecho un cuarto del camino.

—¿Dónde está el original? ¿Lo tiene Aiden?

—¿Qué hay de Whitey Bulger? ¿Ha hablado con él desde su arresto?

Si no fuera porque estoy acojonada me estaría riendo de esa pregunta. ¿Pero cuántas conexiones se cree esta gente que tengo?

—Claire —grita una mujer con voz extremadamente amigable—. ¿Qué cree que van a encontrar en el sótano del Gardner?

Me giro hacia ella.

—El original de Degas.

Me enchufa el micrófono.

—¿Quién lo puso ahí?

Mike tira de mí antes de que pueda responder.

—Te dije que no contaras nada —ruge entre dientes.

—Pero eso es lo que va a ayudarnos —argumento—. Encontrar el original es la única forma de salir de este embrollo.

—Lo que nos va a ayudar a salir de este embrollo es que cierres la puta boca.

Me quedo boquiabierta por la forma en la que me ha hablado, diciéndome que cierre la puta boca. El Mike del Jake's que yo conozco jamás habría levantado la voz, jamás habría usado la palabra que empieza por *p*, y nunca se habría puesto así de grosero. Agacho la mirada y sigo andando.

Finalmente llegamos a la puerta principal, y Mike señala hacia el detector de metales que hay a cierta distancia a la izquierda.

—Nos vemos en el otro lado —dice como si le estuviera hablando a un niño que le hubiera sacado de quicio, cosa que, supongo, es una descripción bastante apta.

—Lo siento —digo al pasar el control—. Sé que lo he hecho mal.

Pero Mike no me sonríe ni me perdona tal y como yo esperaba que hiciera. En lugar de eso me mira seriamente y dice:

—Tienes que entender que ya no somos amigos. O no podemos serlo en las presentes circunstancias. Yo soy el abogado y tú eres el cliente, la defendida es como te llamaremos en este palacio de justicia, y es importante que hagas todo, y cuando digo todo me refiero a *todo*, lo que yo te diga. Si no te gusta mi consejo, deberías buscarte otro abogado.

—SEÑORA ROTH —dice la juez Zwerdling con gesto severo, mirándome por encima de sus gafas de lectura—. Ha sido acusada de cuatro crímenes contra el Estado. Voy a proceder a la lectura de cada uno de ellos, y usted responderá declarándose culpable o inocente. ¿Está claro?

Miro de reojo al fiscal sentado en su escritorio, y luego a Mike que se haya junto a mí. Mike

asiente.

—Falsificación —entona.

Mike me dijo que dijera únicamente «inocente», nada más ni nada menos, mantener el contacto visual, y pensar en lo inocente que soy. Estaba segura de poder hacerlo, pero ahora no puedo dejar de mirar mis manos trémulas, ni de sudar a chorros.

Tengo la boca seca, creo que no puedo hablar. Seguro que parezco superculpable.

—Falsificación. —Esta vez en voz más alta, más dura.

—Inocente —digo, pero mi voz parece un susurro.

—Hable más alto, señora Roth.

Me llevo las manos detrás de la espalda en un intento por calmarme.

—Inocente.

—Transporte de mercancía robada.

—Inocente —digo cuadrándome de hombros ante ella.

—Bien. Mucho mejor —dice Mike inclinándose hacia mí.

—Venta de mercancía robada.

—Inocente —digo con más fuerza conforme los cargos se van volviendo más absurdos.

—Conspiración para cometer fraude.

Hago todo lo posible por mantener el contacto visual, por mostrarle que no tengo miedo de la acusación.

—Inocente.

La juez Zwerdling me mira, para luego centrar la vista en los papeles que tiene delante. Lee algunos expedientes, frunce el ceño. Se gira hacia el fiscal, que anda revolviendo expedientes sobre la mesa.

—Señor Oden, si hay algo que quiera añadir.

—Sí, su señoría. —Oden se acerca con un manojo de papeles en la mano derecha. Es un hombre bastante joven, pero las entradas le llegan hasta detrás de las orejas, tiene la cara flácida y pálida. Parece un pez. Me disgusta desde el minuto uno—. El gobierno cree que la señora Roth es un peligro para el Estado y que existe un gran riesgo de fuga —dice—. Presentamos una moción para revocar la libertad bajo palabra y establecer una fianza de cien mil dólares.

Agarro el brazo de Mike.

—¿Cárcel, volver? —Es todo lo que puedo decir.

—Calma —susurra, pero las miradas que Emma y él se intercambian no tienen nada de calmadas.

—¿Pero cien mil dólares? —le susurro al oído—. Yo no tengo cien mil dólares.

—¿En qué basa su moción, señor Oden?

—La señora Roth ha admitido haber pintado una falsificación de una pintura de valor incalculable de Edgar Degas que fue robada del Museo Gardner en 1990. Es una falsificación tan buena que los expertos creen que, por fuerza, tuvo que copiarla del Degas original que se llevaron en el atraco. Eso la pone en contacto directo con los ladrones, convirtiéndola en un peligro y con un alto riesgo de fuga.

No puedo creer lo que estoy oyendo. Mi peor pesadilla. Lo peor de lo peor.

—¿Puedo hablar, señoría? —pregunta Mike. Cuando la juez le da permiso, dice—: No hay base alguna para afirmar que la señora Roth tenga el Degas robado bajo su custodia. No solo no

hay evidencia para situarlo en su posesión, sino que cualquiera en su sano juicio sería capaz de atestiguar que este factor es absurdo. Nadie ha visto esa pintura en los últimos veinte años.

—¿Tiene alguna prueba de su denuncia, señor Oden?

—Existe otra preocupación, su señoría. La pintura que la señora Roth ha admitido que falsificó fue encontrada en manos de Ashok Patel, un hombre sospechoso de traficar con obras de arte robadas. Sabemos que es un hecho que la pintura estaba en su posesión y que terminó en manos de él. Así que se deduce que ella también está implicada en el tráfico criminal. También es bastante interesante que su propia obra de arte vaya a ser expuesta en la galería Markel G, propiedad de Aiden Markel, quien casualmente ha sido arrestado por venderle precisamente esa misma pintura a Patel. Las coincidencias aquí son tan grandes como los beneficios obtenidos por tales crímenes, y su acceso a una gran cantidad de dinero en efectivo es definitivamente un factor de riesgo.

—Una vez más —dice Mike—, no hay ninguna evidencia de que la señora Roth esté implicada con ladrones y traficantes de arte. La lógica está cogida por los pelos y es errónea. No hay evidencia de que el señor Markel sea culpable del crimen por el que se le ha acusado, y por supuesto no hay ninguna evidencia de que la señora Roth estuviera implicada en sus negocios. ¿Es que acaso cada artista representado por la agencia Markel G tendría que estar encerrado en la cárcel? Es una completa fantasía...

—No estoy muy segura de lo que usted está dando a entender —interrumpe Zwerdling—. Ha admitido haber pintado la falsificación, la misma que fue confiscada por el FBI poco después de haberla terminado. Debe haber algún tipo de conexión aquí.

—Pero es que la señora Roth nunca ha admitido haber pintado una falsificación —corrige Mike—. Lo que ella ha admitido es que pintó una copia de una copia. Hay una gran diferencia entre una cosa y la otra, y esa diferencia es la que deja al señor Oden sin argumentos.

—Continúe —dice la juez.

—El único motivo por el que la pintura fue confiscada en primer lugar —continúa Mike—, es porque las autoridades asumieron que se trataba de un Degas auténtico, la obra maestra que fue robada. Pero ahora se ha determinado que no es una obra maestra, que no la pintó Degas, y que no fue robada. De haber sabido que se trataba de una copia pintada por Claire Roth, jamás habría sido confiscada, y los hombres que hoy están en la cárcel acusados de posesión, tráfico y venta no habrían sido arrestados. Y tampoco la señora Roth.

—Incluso si lo que el señor Dannow dice es cierto —objeta Oden—, que no lo es, el Estado sospecha que en este caso podríamos estar ante un crimen mucho más serio, el multimillonario atraco al Gardner, y necesitamos estar seguros de que se conserva cualquier prueba perteneciente al segundo caso.

—Yo no soy un abogado constitucionalista, señoría —dice Mike—, pero a mí me suena a un argumento bastante inconstitucional.

—No, señor Dannow —coincide la juez—, usted no es un abogado constitucionalista. Emma me coge de la muñeca.

—No es tan malo como parece —susurra. Pero yo no estoy tan segura.

Zwerdling vuelve a estudiar los papeles que tiene delante.

—Señor Oden, ¿está el informe policial completo?

—Hasta la fecha sí, señoría. Pero hay que reunir más evidencias, por supuesto.

Frunce el ceño ante el informe, después levanta la mirada y nos mira volviendo a arrugar el entrecejo.

—¿Es todo lo que tiene, señor Oden? ¿La suma total de todas sus evidencias hasta la fecha?

—Sí, señoría, hasta el día de hoy.

Me inclino hacia Emma, cerrando los ojos.

—Moción denegada —dice la juez finalmente—. La señora Roth permanecerá en libertad bajo palabra.

Antes siquiera de poder reaccionar, Mike dice:

—Señoría, ¿puedo pedir una moción oral de desestimación?

La juez Zwerdling enarca una ceja.

—¿De todos los cargos, señor Dannow?

—Sí. Ahora que ya ha oído el caso presentado por el señor Oden, hago una moción de desestimación basándome en la falta de pruebas.

—Interesante jugada —susurra Emma.

—¿Y cuáles son esas pruebas que faltan? —pregunta Zwerdling.

Mike se aclara la voz.

—De acuerdo al informe de la detención, no hay pruebas de que la señora Roth tuviera contacto con ninguna mercancía robada, ni hay pruebas de que tuviera contacto con ningún criminal conocido, ni tampoco hay pruebas de que transportara estas mercancías, que por otra parte no tenía, ni hay pruebas de que le hubiera vendido a alguien una mercancía que, como hemos dicho, no poseía. Y sí, es cierto que ha admitido haber pintado la pintura que fue confiscada por el FBI, pero la última vez que eché un vistazo a la ley, no era ningún crimen copiar una pintura. De hecho, es lo que la señora Roth hace para vivir como empleada de Reproducciones.com. Por lo tanto —prosigue Mike—, el Estado no tiene ninguna prueba de falsificación, venta, o transporte de mercancía robada. Y además, no tiene ninguna prueba de la implicación de la señora Roth en ninguna conspiración para cometer fraude. Ashok Patel, Aiden Markel, y mi cliente, sostienen la misma historia: la señora Roth estaba copiando una copia. Y eso no va en contra de la ley.

—Señoría —argumenta el señor Oden—, el hecho de que tres personas se encuentren ahora mismo bajo arresto atestiguando la misma mentira, no significa que debemos liberarlos.

—Ya he oído bastante —dice Zwerdling—, no he visto un informe policial de arresto más insustancial en todos los años que llevo en el estrado. —Da un carpetazo al informe policial—. Esto es una completa incompetencia policial, o como yo sospecho, un poco de teatro político.

Miro a Mike y a Emma. Miran al frente, totalmente impasibles.

—¿Dónde está el solomillo, señor Oden? —No puede evitar reírse ante la falta de argumentos del señor Oden—. Puede que sea usted demasiado joven para pillar la referencia, pero estoy segura de que pillas el significado.

—Su señoría, yo...

—No se moleste, señor Oden.

—Sí, su señoría.

La juez se gira hacia mí.

—No estoy en posición de comprender completamente la situación ni de saber si usted es culpable o inocente de este y los otros cargos. Pero sí estoy en posición de reconocer que la evidencia que el Estado ha amasado contra usted es insustancial.

Mike me aprieta la mano. ¿Lo he entendido bien? ¿Está pasando lo que parece que está pasando? No quiero creérmelo mucho, pero parece que por fin voy a tener un respiro.

La juez arruga el gesto ante Mike y Oden.

—Señor Oden, vaya a buscar esas «pruebas» y evidencias que me ha prometido, o le veo con el culo en el suelo de la pista de baile. Y usted, señor Dammow, debería ser más listo, y saber mejor que nadie que no me gustan este tipo de bailecitos en mi sala. —Relaja un poco el gesto torcido cuando me mira a mí—. Lo siento, señora Roth, pero no puedo desestimar nada en una lectura de cargos. —Da un golpe de martillo—. Moción denegada. La defendida permanecerá libre bajo palabra. La audiencia de causa probable tendrá lugar el lunes a las ocho de la mañana.

CUARENTA Y SIETE

EN LUGAR DE ACEPTAR EL OFRECIMIENTO DE MIKE DE LLEVARME a casa o de coger el metro, decido volver andando desde el palacio de justicia. Necesito algo de tiempo y espacio, y también de aire fresco, para procesar todo lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas. Markel G ha sido cerrada. Mi exposición ha sido cancelada. *Baño II* ha sido declarada como falsificación. Miro el reloj. Ayer a esta misma hora me encontraba en la acera de la galería admirando *Nighttime T* en el escaparate. Seis horas después, estaba sentada en una celda, y ahora, camino libremente. Bueno, o casi libre.

La vida tiene sus altibajos. Alzo la mirada hacia el cielo despejado de color cobalto, respiro dolorosamente el aire afilado, sonrío a la gente que veo pasar. Una ocurrencia ciertamente extraña en Boston. La juez —Mike dijo que seguro que se había tomado un Zoloft antes de entrar en la sala — tuvo la amabilidad de dejarnos abandonar el palacio de justicia por la puerta trasera para darles esquinazo a los medios, que probablemente todavía estaban apostados en las escaleras de la entrada. Me río a carcajada limpia imaginándoles allí, mientras cruzo las monstruosas instalaciones de ladrillo que hay frente a la Sede Gubernamental.

Ya de camino a Downtown Crossing, planifico los próximos pasos que debo seguir. Ir a ver a Aiden, averiguar lo que sabe. Llamar a Rik, averiguar lo que sabe. Llamar a Sandra Stoneham, averiguar si conoce el segundo nombre de Virgil Rendell, a ver si así puedo localizar a su familia materna. Encontrar la forma de entrar en el sótano del Gardner para evaluar su progreso y averiguar si Aiden tiene alguna oportunidad.

Le doy un dólar a una mujer sentada frente a un escaparate que anda sacudiendo una taza de Dunkin' Donuts. Saludo con la mano a un bebé que gorjea.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! —gorjea desde su carricoche.

Rasco la cabeza a un *cocker spaniel* que me mueve la cola y tira de la cadena con fuerza para obtener una caricia más. No soy tonta. Las cosas van mal, pero podría haber sido peor, y si no disfruto de esta pequeña victoria, acabaré ahogándome en un pozo. Si hay algo que he aprendido es que en la vida las cosas pueden cambiar en cuestión de un nanosegundo, y no quiero arrepentirme de no haber disfrutado el momento.

Me suena el teléfono, como si el destino quisiera ponerme a prueba y comprobar que lo que estoy pensando es cierto. Es el agente Lyons, quiere venir y hablar conmigo.

—Lo siento —digo—. No puedo hablar si no es en presencia de mi abogado.

—No será necesario. —La voz de Lyon suena cálida y amistosa—. No tengo ninguna razón para detenerla. Francamente, creo que la policía de Boston, atizada por su amiga Alana, se ha pasado un poquito de la raya. Solo quería ponerla al día sobre el caso y apelar a esa prodigiosa cabecita suya para preguntarle unas cosas sobre el cuaderno de dibujo de Virgil Rendell y todo este tema de la pintura del sótano.

Dudo durante unos instantes. Suena bastante inocente, pero me acuerdo de lo enfadado que Mike se puso cuando hablé con aquella periodista en los escalones del palacio de justicia.

—No hablaré si no es en presencia de mi abogado.

—Ah —dice—, veo que está usted *abogatizada* perdida, ¿no?

—No soy idiota.

Lyons chasquea con la boca.

—No, desde luego que no, pero es usted una artista con un talento impresionante. —Al ver que no respondo, continúa hablando—. Esta mañana me he pasado por Markel G. No sé mucho de arte, pero la pintura del escaparate me dejó prendado. Tan poderosa. Unos colores increíbles.

Me gusta el cumplido, no lo niego, y también me gusta saber que *Nighttime T* sigue todavía en el escaparate, pero le digo, emulando un tono tan insulso como puedo:

—Hacerme la pelota no le va a llevar a ninguna parte.

Vuelve a chasquear.

—¿Prefería darme el nombre y número de teléfono de su abogado, para que pueda llamarle y concertar una cita con usted? ¿Digamos esta tarde?

LA OFICINA DE MIKE está en el trigésimo cuarto piso y da al puerto. Al entrar y ver esas vistas, me doy cuenta de que no hemos discutido el tema de sus honorarios, y visto lo visto, no creo que pueda permitírmelo. Especialmente ahora que me he quedado sin la exposición. Pero Lyons no se despega de mí. No es momento de sacar ese tema delante de un agente del FBI.

Tras unos minutos de charla y café, Mike se aclara la garganta y dice:

—Para entendernos, agente Lyons, tal y como le dije por teléfono, en la lectura de cargos contra la señora Roth que ha tenido lugar esta mañana, la juez advirtió al fiscal que no tenía pruebas suficientes para ir a juicio, quedando implícito así mismo que no había pruebas suficientes, tampoco, para su arresto.

Lyons levanta las manos a modo de defensa.

—Nuestro interés no es otro que el de encontrar las pinturas perdidas y meter a los ladrones entre rejas —me sonrío—, no acosar a una joven que trata de ganarse la vida. Estoy aquí porque necesito su ayuda, no porque la considere una sospechosa.

El rostro de Mike es inescrutable.

—¿Y de qué forma puede ayudarle, exactamente?

Lyons abre su maletín y saca mi copia de *Edgar Degas: bocetos y dibujos, 1875-1900* y el cuaderno de dibujo de Virgil Rendell. Los deja sobre la mesa que hay entre nuestras sillas, y golpea con el dedo la portada.

—Solo necesito que me aclare lo que estos dibujos nos están mostrando realmente. Pero primero, si lo desea, le diré en qué punto de la investigación nos encontramos.

No se molesta en saber si lo deseamos o no, tan solo se dedica a seguir hablando.

—Definitivamente hay algún tipo de armario o cámara secreta detrás del muro del subsótano. Y el ultrasonido confirma que hay algo dentro. Pero podría ser cualquier cosa, incluyendo los propios escombros de la construcción.

—O una pintura —digo.

—Es posible, pero hasta que no entremos, podría tratarse de cualquier cosa. Y, por desgracia, como el área es tan angosta, nos va a llevar un tiempo considerable.

—¿Más de unos días? —pregunto, pensando en el mensaje de texto de Kristi: *Markel me pidió que te dijera que solo queda una semana*. Y eso fue hace cinco días.

—¿Por qué tanto tiempo? —pregunta Mike.

La pared es bastante gruesa y compacta, y tenemos que usar herramientas de mano. Hay varios puntos que considerar, los portes, la carga, el hecho de que se trata de un edificio histórico, los métodos de construcción antiguos, etc. No queremos cargarnos nada. Y por si fuera poco, el lugar está lleno de basura y resulta que un curador tiene que revisar cada uno de los objetos de ese vertedero antes de que nosotros pongamos un solo dedo encima y podamos moverlo. Podría ser mañana, o podría ser dentro de una semana.

—¿Permiten visitas? —pregunto.

—¿En el museo? —Lyons parece confuso ante mi pregunta.

—Prometo que no estorbaré.

—Es un auténtico follón. Un montón de polvo, y ya hay demasiada gente ahí abajo.

—Me conformaría con poder observar desde el sótano, y si tienen alguna duda o pregunta, estaré allí para poder responderlas.

El agente piensa sobre ello.

—Supongo que podría ser de ayuda.

—¿Mañana? —pregunto.

Lyons parece encantado con la idea. Me tiende una tarjeta.

—Pero llámame antes de ir para asegurarme de que todo está en orden.

—Genial —digo—. Gracias, así lo haré.

—Agente Lyons —dice Mike—. Hay algo que no me ha quedado claro. ¿Cómo se supone que encontrar esa pintura en particular va a ayudarnos a localizar las que fueron robadas en el atraco?

—Es una pista —dice—. Podría conducirnos a algo. O podría no conducirnos a ninguna parte.

Mike le lanza una mirada abrasadora.

—Parece un gran gasto de energía para una pista tan irrelevante.

—Bienvenido a mi mundo —sonríe Lyons.

Mike mide al agente Lyons una vez más, con gesto suspicaz.

—¿Puedo ver el cuaderno de dibujo? —pregunta finalmente.

Lyons se lo pasa, pero me dice:

—Hemos ordenado a los abogados de Markel que entregue la pintura que le trajo a usted para que la copiase. —Me mira atentamente, como esperando ver mi reacción—. La tendremos en nuestro poder en una semana.

—¿Y qué es lo que esa pintura demostrará? —pregunta Mike, antes de que yo pueda tener tiempo a decidir si el hecho de que el FBI vaya a tener en su poder el cuadro de Virgil Rendell jugará a nuestro favor o en nuestra contra.

—Lo primero que haremos será comprobar su autenticidad —dice Lyons, y luego se gira hacia mí—. Y ese es uno de los motivos por los que necesito su ayuda, señora Roth. Me gustaría ir paso a paso. ¿Podría explicarme qué proceso usó para determinar que usted no estaba copiando el original?

Miro a Mike. Habíamos acordado por teléfono que solo podía repetir lo que ya le había dicho a Lyons y Alana, con los mismos términos y palabras, a ser posible, para no caer en contradicciones. Mike me hace un gesto de asentimiento con la cabeza y trato de recordar lo que les dije la primera vez.

Tan pronto como empiezo a explicarle lo de la copia que Aiden me trajo, Lyon me interrumpe:

—Antes dijo que nunca llegó a pensar que pudiera tratarse de una pintura robada, pero en algún momento debió pasárselo por la cabeza. —Golpea con el dedo la tapa del cuaderno de dibujo que hay sobre el escritorio de Mike—. De otro modo, ¿por qué se tomó usted la molestia de empezar a investigar sobre posibles falsificadores de la obra?

—A medida que iba trabajando en mi copia, metiéndome en materia, estudiando cada detalle, empecé a preguntarme por qué los elementos composicionales de esta obra no eran consistentes con los del resto de la obra de Degas —digo tratando de sonar lo más desinteresada y casual posible—. Eso me llevó a husmear en los bocetos de Degas y, en última instancia, en los de Virgil Rendell. No tenía nada que ver con si era la pintura del Gardner o no. Eso era irrelevante.

—¿Entonces —pregunta Lyons— aunque la pintura que usted tenía era idéntica a la que había visto tantas veces en el Gardner, jamás se le ocurrió pensar que podría ser exactamente la misma? Me resulta difícil creer que con todas esas habilidades de investigación que usted tiene no se le llegara a pasar la idea por la cabeza.

—Le recuerdo, agente Lyons —intercede Mike suavemente—, que mi cliente le está ayudando, a petición suya, y que no está obligada a responder a ninguna de sus preguntas.

—Por supuesto —dice Lyons en un tono de voz igualmente suavizado—. Y aprecio mucho su colaboración. —Vuelve a sonreírme, y luego mira a Mike—. ¿Cree que ella podría explicarme cómo logró averiguar todo lo que sabe?

Mike me hace un gesto de asentimiento.

—Lo primero que hice fue buscar los bocetos composicionales de *Después del baño* de Degas. —Señalo el libro que hay sobre el escritorio de Mike—. Ahí encontré algo, pero no había ninguno que se pareciera al de la pintura que yo tenía.

—Porque era una copia, no la pintura original.

—Sí, una copia. Eso es. Pero era una copia basada en una pintura que yo estaba empezando a creer que Degas no había pintado. —Mi voz se eleva a pesar de mis esfuerzos por mantener la calma.

—¿Y a ninguna de las miles, tal vez millones, de personas que lo han visto durante tantos años se les ocurrió pensar eso mismo? —señala Lyons.

—Ya se lo dije: la gente ve lo que quiere ver. Incluso los expertos.

—Pero usted no.

—Suficiente —dice Mike poniéndose en pie—. Mi cliente no está acusada de nada, no ha hecho nada, y no permitiré que la acose a preguntas de este tipo. Hemos acabado.

—¿Qué está usted insinuando? ¿Que era el auténtico Degas? ¿Que me lo estoy inventando todo? ¿Por qué iba a...?

Mike me da unas palmaditas fuertes sobre la espalda.

—Es que es muy raro —dice Lyons—. Que pudiera llegar a esa conclusión simplemente a partir de la copia de una pintura. Por muy buena que fuera.

Mike presiona un botón de su teléfono.

—Mi asistente le mostrará la salida —dice.

El agente coge los libros de la mesa de Mike, nos da las gracias por nuestro tiempo y se marcha.

Cuando cierra la puerta tras de sí, me preparo para recibir el broncazo de Mike. Pero cuando levanto la mirada, me lo encuentro apostado frente a la ventana, contemplando el puerto.

—¿De qué iba todo esto? —pregunto—. ¿Crees que tiene algo contra nosotros?

—No sé si «tiene algo». —Le da la espalda a la ventana—. Pero me suena a que el agente Lyons cree que Markel no te trajo una copia, y que tú pintaste tu copia a partir del original. Por lo tanto, vosotros dos sabéis dónde está ese original, y quién se lo dio a Markel.

CUARENTA Y OCHO

RIK LLAMA A LAS OCHO DE LA MAÑANA.
—¿Has visto el *Globe*? —pregunta.
Siento una punzada en el pecho.

—Ahora mismo estoy huyendo de las noticias.

—Claire, no seas niña. Es bueno. O por lo menos, es irónico.

—Nunca he sido muy fan de la ironía.

—Llámame cuando lo hayas leído.

Bajo las escaleras hasta el minúsculo vestíbulo, si es que puede llamarse vestíbulo a ese cubículo chapado en metal con un par de docenas de buzones. Siempre hay periódicos de más tirados por el suelo durante el fin de semana, cuando los artistas que tienen suficiente dinero para vivir en un lugar distinto al del estudio, no vienen a trabajar. Cojo un *Globe* del suelo embarrado, maldigo la suciedad del invierno, y repaso los titulares. Irán. Afganistán. Otra matanza en Dorchester. Una niñita valiente que venció al cáncer. ¿De qué está hablando Rik? Paso la página. Y ahí, justo debajo del pliegue, está el titular: BOMBARDEAN AL FBI DEMANDANDO QUE ABRAN MARKEL G PARA LA EXPOSICIÓN DE ROTH.

Subo las escaleras leyendo el artículo. Lo termino en el sofá. Vuelvo a leerlo. Es la sublimación de mis sueños. Y la manifestación de mis peores pesadillas. Evidentemente, los peticionarios argumentan que cuando Markel G lanzó el material promocional con el detalle de las obras y los precios, la galería asumió el compromiso legal de venderlas, cosa que el FBI está impidiendo. Todos los coleccionistas entrevistados aseguran que su único interés son mis ventanas, que se enamoraron de mi trabajo cuando Aiden lo anunció, y que la infamia sobre *4D* y *Después del baño* es irrelevante.

Pero a quién pretenden engañar. A mí no. El último párrafo del artículo señala que a pesar de los comentarios que lo desmienten, parece que todo el mundo quiere «poseer una pintura de la mujer que ha sido capaz de engañar a los expertos de arte más prestigiosos y timar a uno, tal vez dos, de los mayores museos del mundo».

Llamo a Rik.

—Creen que eres fabulosa —grita antes de que pueda decir hola—. Que tus ventanas son fabulosas. Que...

—Crean que mi notoriedad es fabulosa.

—No es solo eso. Sabes que no. Y además están dando por sentado que tú pintaste *4D*. Los medios nunca se habían...

—Yo no sé nada, y no quiero hablar de ello. Lyons me ha dicho que puedo ir al subsótano esta misma mañana.

—¿De verdad? —dice Rik—. ¿Y por qué iba a decirte eso?

—Porque yo se lo he pedido. Me dijo que ya estáis empezando a tirar el muro de hormigón.

—¿Cuándo hablaste con él?

Dudo unos instantes antes de contestar.

—Ayer por la tarde. En el despacho de Mike.

—¿Qué es lo que quería?

—Ponernos al día y pedirme ayuda para interpretar los bocetos de Rendell.

Rik se queda en silencio un momento, y luego se aclara la voz.

—No empieces.

—Vale, vale. Hay que pensar en positivo. Eso es bueno. Te llamaré más tarde.

Cojo la tarjeta que el agente Lyons me dio. AGENTE ESPECIAL JONATHAN LYONS, DIVISIÓN DE BOSTON, AGENCIA FEDERAL DE INVESTIGACIÓN. Pienso en la teoría de Mike, que Lyons cree que Aiden me trajo la pintura original, y que la idea de pasar tiempo con él no es muy inteligente. Pero luego pienso en lo fantástico que sería estar ahí cuando rompan el muro y abran esas puertas dobles. Ser parte del descubrimiento histórico del auténtico *Después del baño* de Degas. Saber desde el primer momento que Aiden se salvará. Marco el número de Lyons.

EL POLVO es espeso y una auténtica amenaza para la nariz. Arriba, un guardia me ha proporcionado un casco, auriculares de protección, y una mascarilla, antes de dejarme bajar con Lyons. Al principio he pensado que todo esto era un poco exagerado, pero ahora me alegro de tener estos tres elementos conmigo. Hay reflectores colgando a la entrada del subsótano, y dos hombres trabajando con martillos neumáticos. Pero en lugar de estar taladrando el suelo, los están usando en posición horizontal, horadando dos inmensos agujeros en el muro. Son más grandes de lo que yo esperaba, teniendo en cuenta la estimación que Lyons me había dado sobre el tiempo que iban a tardar en llegar a la cámara.

El agente Lyons me hace señales para que le siga hacia una esquina donde hay menos escándalo y no se te rompe la mandíbula con tanta vibración.

—Vamos a tirar el muro antes de lo que esperábamos —grita.

—¿Qué? —digo retirándome un auricular de la oreja.

—Los curadores ya se han llevado toda la basura, y hemos traído herramientas nuevas. Son más pequeñas y diez veces más potentes. Estamos cortando el hormigón como si fuera de mantequilla.

Solo pillo unas palabras, pero capto el significado. Eso creo.

—Puede que hoy llegemos a la cámara —me grita al oído.

—¿Hoy? —Me apoyo contra un póster polvoriento. Se abre una ventana de esperanza para Aiden.

—Vamos a pedir la comida aquí, la cena si hace falta —grita—. ¿Usted querrá pavo o ternera?

Siete horas más tarde, se ven las puertas dobles a través de uno de los agujeros. Ya son pasadas las seis, ha cesado el ruido de los martillos neumáticos, y los trabajadores se han ido. Lyons y yo estamos en el subsótano viendo a un conserje limpiar los últimos escombros que hay a la entrada de las puertas. Aquí estamos Alana —quien no se ha dignado a hablarme ni mirarme en todo el día—, una mujer con una videocámara y dos agentes del FBI. Todos estamos observando la escena con atención. El silencio es desafiante.

Ha sido una tarde larga, yo estoy sudando en esta habitación fría, deseando que esta tortura se acabe. Como todo el mundo, supongo. Estamos tan cansados... Pero nadie quiere irse.

El conserje golpea el candado que amarra las puertas con un martillo. No se rompe. Coge un cincel y empieza a quitarle el óxido immobilizando el candado. Por un instante, vuelvo a la tarde en la que Aiden y yo usamos martillos y cinceles para abrir su caja. La caja de Pandora.

El conserje todavía tarda un rato. Alana pasea por el pequeño espacio y le pregunta si necesita ayuda, o mejores herramientas. Él dice que tiene todo lo que necesita, que es una mano. Sigue paseando, y vuelve a preguntarle. La misma respuesta.

Finalmente, a golpe de martillo y cincel, logra abrir el candado. Lyons y los otros agentes se cuelan en el interior a través del agujero; entre los tres juntos consiguen abrir las puertas.

Se hace un silencio conforme se plantan frente a la puerta abierta, las espaldas y cabezas bloqueándonos la vista.

—¿Qué? —grita Alana—. ¿Está ahí?

Yo trato de hablar, pero no puedo.

Los hombres intercambian miradas, antes de separarse y moverse hacia los extremos de la cámara.

Ahora es nuestro turno de quedarnos mudos. Aparte de algunas piedras y montones de polvo, la cámara está vacía.

CUARENTA Y NUEVE

LA PASADA NOCHE, CUANDO NOS ÍBAMOS DEL MUSEO, Lyons me informó de que ahora sí que estaba oficialmente en el punto de mira en el asunto del atraco del Gardner, asegurando que yo había tratado de desviar la atención sobre mi culpabilidad con aquella escaramuza de la pintura oculta. Mike me lo confirmó cuando me llamó para decirme que el agente Lyons requería mi presencia en su despacho a las cuatro de esta tarde. También me recordó que teníamos la audiencia de causa probable el lunes a las ocho de la mañana. Como si pudiera olvidarme de algo así.

La he cagado. Le he fallado a Aiden. He hundido los pies todavía más en la mierda, y he decepcionado a un montón de gente que esperaba lo mejor de mí. Sin mencionar el disgusto que los amantes del arte se han llevado al quedarse, una vez más, sin el *Después del baño* de Degas.

Aiden no se molesta en esconder el placer que siente al verme, ni me dice que me marche. Me escruta el rostro ansiosamente.

Nuestras miradas se encuentran y sé que lo que estamos a punto de perder es más grande de lo que nosotros dos pensábamos.

—Lo... Lo siento —susurro.

El cierra los ojos.

—¿No encontraste ninguna conexión con el falsificador? ¿Ninguna pista sobre el paradero de la pintura original?

Yo solo puedo sacudir la cabeza, porque si hablo, sé que voy a romper a llorar. Y eso es lo último que él necesita ahora.

—No iba a devolverlo —dice antes de que yo le cuente los detalles del fiasco.

Es un *non sequitur* total.

—¿Devolver el qué?

—¿Recuerdas lo que te dije de los coleccionistas? ¿De lo obsesionados que están? ¿De cómo su deseo de posesión traspasa toda razón?

Me retrotraigo a unas palabras demasiado similares que le escuché decir una vez a Sandra Stoneham y, por un instante, pienso que se está refiriendo a ella. Pero eso no tiene ningún sentido. Entonces me doy cuenta de que está hablando de él.

—¿Baño?

—Cuando los vendedores me pidieron que hiciera de intermediario, yo asumí que se trataba de la original. Como lo asumieron ellos, estoy seguro. Y sucedió justo como te lo conté el primer día, dije que no, pero luego empecé a pensar en ella, a añorarla sin haberla tenido, a anhelarla. La quería para mí más que cualquier otra cosa del mundo que haya querido en mi vida. *Después del baño* de Degas. En mi propia colección. El culmen.

—¿El culmen? —repito, intentando seguirle.

—Al principio, no sabía cómo hacerlo. —Se mira la mano derecha, juega con la cinta adhesiva de la férula—. No son el tipo de hombres a los que quieres jugársela.

Lucho por entender qué está tratando de decirme.

—¿Y ese, ese fue el motivo por el que acudiste a mí? —Sacudo la cabeza como si con ello estuviera negando mis propias palabras—. ¿Cómo Ely Sakhai? ¿El doble falsificador?

—Leí el artículo del *Globe* sobre Reproducciones.com. Ese que iba sobre tu pintura y sobre ti, que eras una experta en Degas y todas esas cosas.

—Nunca te gustaron mis ventanas. —Mi voz está bañada en *shock*.

Pensé que después de la llamada de Mike de esta mañana, no podría haber nada peor.

—No, no, eso no es verdad. Yo ese día solo fui a echar un vistazo. Para ver si podía ser posible. Y entonces vi el Degas que habías pintado para Repro y tus increíbles ventanas, y me di cuenta de que eras más que capaz de hacerlo.

—Jamás pensaste en devolverlo al Gardner.

Evita mirarme.

—Estaba seguro de que si te contaba la verdad, no lo harías.

—Y no te equivocabas.

—Cuando empezamos a quedar más, y vi el impresionante trabajo que estabas haciendo, quise contarte la verdad. Pero luego empezamos a intimar, y nos lo estábamos pasando tan bien... —Se aclara la voz—. Tenía miedo de perderte, y que rechazaras hacer la exposición conmigo.

—¿Y qué pensabas que iba a pasar cuando me diera cuenta de que no devolvías la pintura al Gardner? ¿Qué habías planeado hacer? ¿Pegarme un tiro?

—¡Por supuesto que no! —exclama con gesto dolido.

Ahora lo entiendo todo, lo veo en su rostro cadavérico.

—Ibas a chantajearme... Porque pensabas que yo ya me había metido hasta el fondo en esto contigo... Aiden —le digo con un hilo de voz rota—, ¿cómo pudiste pensar algo así? Después de todo por lo que hemos...

—No pensaba que iba a enamorarme —dice con una capa de desesperación en su voz—. Eso nunca formó parte del plan, y cuando pasó, pensé que me perdonarías, o más bien albergué esa esperanza en mi interior. Pensé que a lo mejor, tal vez, podríamos disfrutar de ella juntos.

Siento como si tuviera un sacacorchos retorciéndome los intestinos, despidiendo furia y dolor hacia todas y cada una de las partes de mi cuerpo. Le miro con desesperanza.

—Claire, por favor, no me mires como sí...

—¿Me has estado mintiendo todo este tiempo?

Sus ojos brillan con un hilo ladino, como nunca antes los había visto brillar.

—Yo podría decir lo mismo de ti.

SALGO COMO ALMA que lleva el diablo de la cárcel, intentado interpretar las implicaciones que tiene la admisión de Aiden. No puedo creerlo. No puedo creer la locura de su motivación. Y tampoco puedo creer que jamás se me ocurriera cuestionarme la historia que me contó en su día. Es un hombre que está dispuesto a perder un dedo antes que vender una pintura de su colección. Yo lo sabía, sabía como era, y no lo adiviné.

Soy una idiota, y él es un pirado. Los dos nos merecemos lo que nos está pasando. A lo mejor hasta nos merecemos el uno al otro. Pero eso no va a pasar. Nunca, nunca, nunca. Estoy tan furiosa, con él y conmigo misma, que no puedo ni llorar. Todo era mentira. Sus mentiras. Mis mentiras. Nuestra soberbia y ambición. La locura del artista es equivalente a la locura del coleccionista.

Una vez que una obra de arte te toca el corazón, ya no puedes escapar, había dicho Sandra Stoneham. No podía tener más razón. Era como si estuviera hablando con la mente de Aiden. Alzo la mirada hacia la fachada de la prisión y cierro los ojos luchando contra una poderosa ola de dolor.

Y entonces abro los ojos, de repente. Sandra no tenía a Aiden en mente. Estaba hablando de ella.

COJO EL METRO en dirección Brookline. Toco el timbre y ella me abre la puerta en batín, con el pelo despeinado, y un aspecto mucho más delgado del habitual. Está claro que no esperaba visita.

—¡Claire! —exclama al tiempo que me invita a pasar ajetreadamente al interior del apartamento—. ¿Qué estás haciendo aquí tan temprano? ¿Va todo bien?

Miro el retrato de Amelia al pasar por la entrada, y me obligo a no mirar hacia las puertas dobles que conducen al salón, pero registro mentalmente el detalle de que están cerradas con llave.

—He venido a pedirte disculpas —digo—. La he fastidiado, te he mentado, y he tenido que desprenderme de algo que era tuyo.

—¿De qué demonios estás hablando?

—No estoy escribiendo un libro sobre Belle, y el FBI tiene el cuaderno de dibujo que me prestaste el otro día, no sé si podrás recuperarlo algún día.

Sandra se aprieta el cinturón del batín.

—¿Por qué me estás contando esto ahora?

—Porque creo que me van a detener esta misma tarde.

Ella se queda mirándome un rato, pero no está enfadada, como yo esperaba, sino que tiene gesto de curiosidad y simpatía.

—Bueno —dice finalmente—, pasa y vamos a hacernos un té bien calentito. A lo mejor puedo ayudarte. —Se dirige hacia la cocina.

Una parte de mí quiere seguirla, enterrarme en sus cálidos modos de abuela, creer lo que pienso que ya no puedo creer. Me encamino hacia las puertas dobles. Agarro la llave que las mantiene cerradas.

—¿Qué estás haciendo? —grita Sandra corriendo por el pasillo en dirección a mí—. ¡Aparta

de ahí! ¡Detente!

Pero por supuesto, no lo hago. Giro la llave y abro las puertas.

Lo primero que veo son corales, azules, y verdes chisporroteando desde la pintura que hay colgada sobre la chimenea. Entro y levanto los ojos hacia el óleo. De igual modo que supe que el *Baño* de Aiden no era real desde el primer momento en que lo vi, sé que este sí que lo es. Y por supuesto, lo reconozco.

Porque ahí está, colgando de esa pared, el *Después del baño* de Degas, con esa luz y esa vida que siempre hará que la falsificación de Rendell no le llegue ni a la suela de los zapatos. Y mientras que Simone y Jaqueline son idénticas a las mujeres de Rendell, Françoise no. Ella está sentada como lo estaba en los bocetos compositivos de Degas, representando la asimetría de la pintura. Pero lo más significativo de todo, es que no solo es no Françoise: es Belle. Y está desnuda.

Sandra empieza a sollozar detrás de mí. Miro alrededor del gran salón. Está completamente vacío a excepción de esta única pintura y de un solitario sillón situado frente a ella.

EPÍLOGO

SEIS MESES DESPUÉS

ERA JUSTO COMO HABÍA IMAGINADO: RISAS Y DESTELLOS brillantes de color, champán y el espeso aroma de perfume caro. Y también muchos besos en el aire. Aquí estoy, en Markel G, en la inauguración de mi primera exposición individual. Y digo primera porque me han pedido hacer dos más. Una en la Real Academia de Artes de Londres y otra en una academia de Tokio cuyo nombre no soy capaz de pronunciar. He pasado de ser una paria a ser una niña bonita en menos de un año. Un logro embriagador, pero uno que por lo menos me da un respiro.

La galería está llena y cinco de las pinturas tienen puntitos rojos junto a ellas. Las reseñas son fabulosas, los compradores hacen cola, los curadores no paran de adularme, y de repente parece como si realmente hubiera encontrado mi camino. Soy alguien digno de agasajar, alguien a quien mimar y a quien pedirle favores. Me lo creería si no fuera porque sé de dónde viene. Los medios siempre están comentando lo poco pretenciosa que soy, que se nota que tengo los pies en la tierra. Supongo que es una forma de verlo.

A medida que voy caminando entre el gentío, veo caras conocidas, otras desconocidas, y otras que reconozco que ahora me reconocen. Me arrastran en todas direcciones, me fotografían sin cesar, dejándome ciega con tanto *flash*.

El profesor Zimmern me besa en ambas mejillas.

—¿Qué ha sido lo más maravilloso de todo esto? ¿El espectáculo que se ha montado o la forma en la que se han desarrollado los acontecimientos? Sandra Stoneham. La conozco desde hace años. Quién lo hubiera imaginado —sonríe—. Supongo que tú.

Zimmern, por supuesto, se está refiriendo al regreso de *Después del baño* de Degas, que ahora mismo cuelga brillante y orgulloso en la Pequeña Galería, convocando a gente de todas partes del mundo e incrementando el umbral del tráfico de visitas del Gardner.

El museo planeó una gala de instalación, no de reinstalación, para el cumpleaños de Belle, el cuatro de abril, pero no pudieron colgar la pintura hasta junio.

Y no fue por Sandra Stoneham. Aquella mañana en el salón, me explicó que *Después del baño* era el único objeto que conservaba de su tía Belle, que sabía que estaba mal, pero que su madre y

su abuela le habían ordenado hacerlo.

—Y porque lo quería para mí —admitió—. Me siento aquí todo el tiempo, dejándome atrapar por ella, amando esa sensación de saber que es mía y de nadie más.

—¿Tu madre y tu abuela? —le pregunté.

—La abuela Amelia le prometió a la tía Belle que sacaría la pintura del sótano y la colgaría en la Pequeña Galería después de que ella muriese, pero como el director del museo era tan imbécil e insoportable, decidió quedársela. Es nuestro legado familiar secreto, el que heredó mi madre, y el que me legó a mí bajo la estipulación de no dárselo jamás al Gardner.

—¿Para castigar al museo o para esconder el desnudo de Belle?

—Un poco por las dos cosas —dijo Sandra con sonrisa nostálgica—. Pero supongo que todo eso ya se ha acabado.

Sandra renunció a la pintura voluntariamente, asegurando que en realidad se sentía aliviada y el Gardner no presentó cargos. Según el testamento de Belle, *Después del baño* pertenecía al museo, pero ni el equipo de directores ni el FBI tuvieron el estómago de acusar a una anciana de ochenta y dos años que, por otra parte, era la única descendiente viva de Isabella Stewart Gardner.

Irónicamente, fue ese el motivo por el que la instalación se retrasó. Hubo una batalla legal sobre si el *Después del baño* de Degas podía colgarse en el Gardner. De acuerdo a las especificaciones del testamento de Belle, no se podía tocar nada en el museo, ni cambiar ni quitar, y la falsificación de Virgil Rendell había estado ahí desde siempre. Por suerte, ganó el sentido común, y el Gardner subastará la versión de Virgil para reforzar la dotación del museo.

Karen Sinsheimer camina hacia mí.

—Claire, Claire, Claire —dice—, no puedes mantenerte alejada de los problemas, ¿eh?

—Supongo que no. —Me motiva su sonrisa aunque no me siento muy a gusto con ella. Esta noche me está pasando lo mismo con un montón de gente.

—Perdóname, Claire. Quería decírtelo personalmente, lo equivocada que estaba, el error que cometí al no tomarme tu denuncia sobre Isaac más...

Hago un gesto con la mano simulando que todo es agua pasada.

—No te preocupes. Me alegra que las cosas hayan salido bien.

Y vaya si han salido bien. Después de que el Gardner determinara que *Baño II* era obra mía, el MoMA ordenó reevaluar *4D*. Y esta vez, los expertos han dado en el clavo.

La pandilla del Jake's me rodea de repente. Parecen incluso más contentos y emocionados de lo que yo estoy, y no pueden negar que ya llevan más de una copa encima.

Mike me pasa el brazo por los hombros.

—Y creías que este día nunca iba a llegar.

—Ha venido Crystal —susurra Danielle—. La estamos ignorando.

Maureen levanta su copa de champán.

—Ya era hora de que me invitaras a una copa.

Pequeña me aprieta la cintura y empieza a llorar de la emoción.

Kristi me aparta de Pequeña.

—Acabo de hablar por teléfono con el curador de arte contemporáneo del Whitney. Están en una guerra de pujas contra un coleccionista de Bangkok, disputándose *Nighttime T*. —Prácticamente me pega un puñetazo en la espalda.

Rik viene hacia nosotras. Se ha pasado la tarde conmigo, ayudándome hasta el último minuto con la exposición. Ahora me coge de ambas manos y me regala una mirada profunda y penetrante. No tarda en parpadear para retener las lágrimas. Yo tengo que coger un pañuelo rápidamente para que las mías no me estropeen el maquillaje.

—Osito. —Es todo lo que Rik puede decir.

El descubrimiento del *Después del baño* de Degas ha llevado a todos los bellófilos a un estado de éxtasis frenético, cada uno de ellos ofreciendo distintas versiones de cómo pudieron desarrollarse los sucesos históricos. El debate más importante gira en torno a aquellos que creen que Belle y Degas tuvieron un apasionado romance —por lo visto hay bastantes rumores sobre sus conquistas extramaritales, aunque ninguna prueba específica de sus devaneos—, y aquellos otros que sostienen que jamás habría engañado a Jack ni habría posado desnuda nunca. Atribuyen el cuerpo de la pintura a la imaginación de Degas. Y nadie puede negar que si a Degas le sobraba algo era imaginación. Aun así, si Belle nunca tuvo ningún romance con Degas ni posó desnuda, ¿por qué escondió la pintura y contrató a Virgil Rendell para falsificarla?

Porque si hay una cosa que ahora sí sabemos es que Rendell fue el que la falsificó, pero no porque la robara ni para chantajear a Belle; de acuerdo con Sandra, fue la propia Belle la que no quiso mostrarla al público. La comparación entre la pintura que Aiden entregó al FBI, que fue la misma que trajo a mi estudio y el retrato de *Amelia* de Sandra, determinó que ambas obras fueron hechas por el mismo artista.

Había otro misterio envolviendo a Rendell que yo todavía no había podido desvelar: ¿por qué estaban su diario y su cuaderno de dibujo entre los recuerdos familiares de los Prescott-Stoneham? Cuando le pregunté a Sandra, me confesó otro secreto familiar: Virgil Rendell era su abuelo. Él y Amelia tuvieron una larga relación; Fanny, la madre de Sandra, era hija de ambos. Y sí, fue Belle, la matriarca, quien por culpa de sus prejuicios de clase, había obligado a los amantes a separarse en su juventud y había arrastrado a Amelia a un matrimonio infeliz.

Son las diez, y la fiesta está en el punto álgido, con más personas entrando de las que están saliendo. Todo me parece tan surrealista: las ventas, la atención, la gente saliendo desde todos los rincones raros de mi vida. Kimberly de Beverly Arms. El señor Santo, mi profesor en la escuela de arte. Shelley McRae, mi niñera de la infancia. El optometrista de la óptica de mi barrio. Hasta Helene, una prima tercera de Providence. Es tan extraño, que a veces me da la sensación de que no estoy aquí, de que solo soy una fachada, sonriendo la sonrisa, conversando la conversación, mientras que mi yo auténtico está fuera, en algún lugar, siendo la Claire de toda la vida.

Kristi y Chantal me arrastran a un rincón.

—El Whitney ha ganado la puja. Se quedan con *Nighttime T* —grita Kristi.

Ahora sí que estoy segura de que no soy la auténtica Claire, que he asumido la identidad de otro artista. El Whitney.

—Es verdad —dice Chantal aplaudiendo.

Kristi señala una silla, y yo me siento, impactada, mareada, sin poder creérmelo. Mira el reloj y le dice a Chantal:

—Mañana es domingo. Lo primero que voy a hacer a primera hora es contárselo a Markel. — Me mira con gesto de culpabilidad—. Lo siento, no era mi intención mencionarlo.

—No tienes por qué disculparte —digo, pero la verdad es que no me apetece mucho pensar en él.

Todavía está en la cárcel, sin posibilidad de salir bajo fianza, esperando un juicio que probablemente no empiece hasta dentro de otros seis meses, tal vez un año. No le he visto ni he hablado con él desde nuestra última conversación, y así es como debe seguir siendo. Sean cuales sean mis sentimientos por Aiden, separarme de él por completo es la dolorosa condena que debo aceptar.

El FBI permitió que la galería abriese el mes pasado, y como última concesión en agradecimiento a lo bien que Kristi y Chantal se habían portado conmigo, decidí mantener la exposición aquí. Rik dijo que debía hacerlo, que no tenía por qué permitir que un sentimiento de culpa mal llevado afectase a mi carrera. Pero estaba equivocado en lo de «mal llevado». Una mujer que hace un trato faustiano no está libre de culpa.

Encontrar *Después del baño* también salvó el dedo de Aiden. Le dejaron salir bajo fianza unos días, el tiempo suficiente para pagarle a los vendedores. Pero después de que la pintura que le entregó al FBI resultara ser la falsificación de Virgil Rendell, también resultó ser la que habían robado en el atraco del Gardner, así que le revocaron la libertad bajo fianza. Aiden es el único enlace que las autoridades tienen con los ladrones del Gardner, y aunque él sigue diciéndoles que no tiene ni idea de quién robó en el museo, ellos tienen la esperanza de que el miedo a permanecer en prisión acabe refrescándole la memoria. Y por lo que yo sé, puede que así sea.

Kristi deja caer la mano sobre mi hombro. Miro a mi alrededor, a toda esta gente, todos esos puntos rojos. Pienso en la vida que se abre ante mí, llena de promesas. Pero, la verdad, es que es imposible saber si esta recién hallada fortuna se debe a mi talento o a mi infamia en un mundo de celebridad instantánea. Si soy una gran artista o tan solo una gran falsificadora. Y pase lo que pase conmigo o con mi obra, o lo grandes que lleguen a ser las comisiones, o lo importantes que sean los museos, supongo que nunca lo sabré.

AGRADECIMIENTOS

En la categoría de los «sin cuya ayuda no habría sido posible», sobresale una persona: Jan Brogan, mi querido amigo, mi colega, mi mayor fan, mi mayor crítico. Gracias no es suficiente. Tampoco hay agradecimientos suficientes para los demás miembros de mi grupo de escritores, Linda Bames y Hallie Ephron, así como para mi familia, Dan, Robin, Scott, y Ben. Vuestro apoyo y motivación me alentaron en los momentos más difíciles.

Gracias a Jamie Elizabeth Crockett, Jane Little Forman, James Kennedy, Edwina Kluender, Kimberle Knover, Victoria Monroe, Roberta Paul, Rob Sinsheimer, y Carol Tovar por su experiencia profesional y paciencia. Gracias también a mis lectores Dan Fleishman, Scott Fleishman, Ronnie Fuchs, Gary Goshgarian, Vicki Knover, Sandra Shapiro, Alice Stone y Robin Zimmern. Gracias especiales a Amy Gash, mi inteligente editor, por su apoyo, y a mi agente Ann Collette, cuyos incansables esfuerzos y fe en mi trabajo han hecho que todo esto sea posible.

COMENTARIOS SOBRE LA INVESTIGACIÓN

Aunque *La falsificadora de arte* está basada en un extenso trabajo de investigación, incluyendo entrevistas con los autores, agentes, y curadores de arte, se trata de una obra de ficción. Todos los personajes, y la mayoría de lugares y situaciones recreados en la historia son fruto de mi imaginación: no existe ninguna galería Markel G, ni ningún bar como el Jake's, ni la institución de Beverly Arms ni la tienda de Al, y tampoco Reproducciones.com, ni existe el artículo de periódico del *Boston Globe* con el que comienza la novela. Sí que existen, y no lo voy a negar, un Museo Isabella Stewart Gardner —aunque no tiene subsótano—, un Museo de Bellas Artes, un Museo de Arte Moderno; también existe el Mandarin Oriental Hotel en Boston, el South End, y Newbury Street. He intentado describir estos lugares de la forma más fiel.

Las técnicas pictóricas que Claire usa tanto para la falsificación como para crear su propia obra son congruentes con las prácticas actuales, como lo son también las descripciones de las penurias que sufre un joven artista. Los falsificadores y tratantes que ella descubre en internet llegaron a existir de verdad. Me estoy refiriendo a John Myatt, Ely Sakhai y Han van Meegeren. También son ciertos los detalles específicos sobre los crímenes que cometieron, los métodos, las invenciones y los castigos que sufrieron. Pero Virgil Rendell es un personaje ficticio.

Los detalles relativos al robo que en 1990 tuvo lugar en las instalaciones del Museo Gardner son factuales —se trata del mayor atraco sin resolver de la historia—, a excepción de la inclusión del quinto *Después del baño* de Degas, que ni fue robado ni existe; es una amalgama inventada a partir de sus otras cuatro obras de la serie *Después del baño*. Tres dibujos de Degas, *Programa para una velada artística*, *La sortie du pelage*, y *Cortege aux environs de Florence*, desaparecieron para siempre aquella noche.

Las cartas que Belle Gardner le escribe a su sobrina Amelia, son una amalgama de realidad y ficción. Belle estuvo en los lugares citados y en las fechas señaladas, adquiriendo obras para su colección. Sus relaciones de John «Jack» Gardner, John Sargent, Henry James, James Whistler, y Bernard Berenson están basadas en hechos reales, aunque los eventos que describe, cenas de gala, fiestas, carreras de caballos en Longchamps, viajes, enfermedades, y todo eso, no lo son. Sí es cierto, que iba paseando dos cachorrillos de león por las calles de Boston, y que tuvo la

extravagancia de acudir a la ópera con una cinta del pelo del equipo de béisbol de Boston que decía OH YOU RED SOX. Su único hijo, Jackie, murió a los dos años, pero crio a los tres sobrinos de Jack Gardner tras el fallecimiento de sus padres, aunque uno de los sobrinos murió durante la infancia. Pero jamás hubo una sobrina llamada Amelia ni, obviamente, ninguna Sandra Stoneham.

Ni Claire ni yo fuimos capaces de encontrar ni un solo dato que nos pudiera llevar a pensar que Isabella Gardner y Edgar Degas se conocieron, aunque se movieron por los mismos círculos, los mismos lugares, a veces en la misma época. Por lo tanto, toda esa porción de la novela que especula con la posible relación entre Belle y Edgar es mera invención, así como todo lo derivado de ello. No obstante, las personalidades de ambos están basadas en hechos históricos y en las especulaciones de sus biógrafos, pero no podemos saber lo que pudo o no pudo pasar hace ciento cincuenta años.

NOTA DE LA AUTORA

Soy una escritora cobarde. Algunos escritores se sientan y empiezan a escribir una novela sin saber cómo terminará, confiando en que el proceso los irá llevando hacia un final satisfactorio. Yo no. No tengo el valor de empezar un libro hasta que no sé cómo va a acabar —y qué es lo que va a pasar en medio. Necesito un armazón que me permita pensar que mi idea puede transformarse en una novela de éxito. Algunos escritores necesitan un título que funcione; yo necesito un argumento que funcione. Ese es el motivo por el que me cuesta tanto pasar de ese primer atisbo de la idea al manuscrito completo.

La falsificadora de arte no es una excepción. La primera vez que me topé con la coleccionista de arte y fundadora del Museo Isabella Stewart Gardner, fue en 1983. Me enamoré perdidamente. Quería salir por ahí con ella, acompañarla a sacar a pasear a esos leones por las calles de Boston, comprar pinturas famosas, y hacer todas esas cosas llamativas que escandalizarían al más pintando. Lo malo es que esa mujer murió en 1924. Descarté hacer una novela sobre Belle porque me intimidaba —¿veis? Más cobardía— pero jamás pude olvidarla.

Luego, en 1990, volvió a saltar a la escena, o por lo menos, su nombre, a raíz de lo que pasó aquella noche en la que dos hombres disfrazados de policía entraron en el Museo Isabella Stewart Gardner de Boston, amordazaron a dos guardias de seguridad y robaron trece obras de arte, incluyendo *Tormenta en el mar de Galilea* de Rembrandt, *El concierto* de Vermeer, y otras obras de Degas y Manet. Y entonces pensé, ahora sí que puede que tenga un argumento que funcione.

Pero a pesar de la repercusión internacional del robo, de la variedad de sospechosos barajados —desde las cloacas de la mafia al Vaticano—, y de la falta de arrestos, no pude encontrar mi historia. ¿Pudo Belle tener algo que ver con el atraco a pesar de llevar setenta años muerta? ¿Cómo iba a escribir sobre un robo que todavía no había sido resuelto? ¿Y si antes de acabar la novela —o peor aún, justo después de acabarla— se resolvía el caso? Y como la escritora cobarde que soy, deseché la idea.

Diecinueve años después, el misterio del atraco del Gardner todavía seguía sin resolver, y el fantasma de Belle no dejaba de seducirme. Leí media docena de biografías y cientos de cartas, rastree información en internet. Pensaba que debía hacer algo como Irving Stone o Gore Vidal, autores cuyos libros adoro, y consideré la idea de hacer una biografía de ficción. Pero abarcar una figura tan inabarcable como Isabella Gardner me daba un miedo atroz —algunas cosas nunca

cambian—, así que, una vez más, descarté el reto de escribir sobre Belle.

Por aquella época empecé a tomar clases de arte, lo cual me llevó a realizar toda una serie de *tours* por galerías de arte y museos de la mano de varios artistas conocidos. Así que abrí los ojos a un nuevo mundo, no solo a la maravilla de lo que mis ojos estaban viendo, sino a los complejos mundos de la creación, colección, curación y venta de obras de arte. También desarrollé cierta fascinación en torno al mundo del robo y falsificación de obras de arte. Y entonces pensé que ya tenía lo que hacía falta para escribir ese libro de Belle que tanto miedo me había dado escribir. Así que escribí sinopsis, creé tablas de argumentos, desarrollé los bocetos de los personajes, cambié cosas, fui ampliando... Me estaba acercando, pero las piezas que debían encajar todavía no llegaban; faltaba algo: no veía el final.

Un día, ya planteándome abandonar la misión, encontré el eslabón perdido, y lo encontré en forma de pregunta: ¿qué haríamos con tal de perseguir nuestras emociones? Artistas desconocidos, artistas famosos, coleccionistas, intermediarios, propietarios de galerías... ¿Yo? ¿Belle?

Así amplié mi lista de personajes, incluyendo a una artista joven, alguien con serios problemas para realizarse en su carrera profesional, deseando hacer un trato faustiano, un trato con el diablo, y darles a cada uno de ellos una tentación a la que sus egos no pudieran resistirse, y a todo eso le añadí una mezcla de robo, falsificación, el atraco al Museo Gardner, y, por supuesto, a mi colega Belle. De repente, tal y como le sucedió a León Cobarde, quien se volvió valiente cuando tuvo su medalla, yo me volví valiente cuando tuve mi argumento. El resultado fue *La falsificadora de arte*.

GUÍA DE LECTURA

1. Al empezar la novela, Claire es una paria en el mundo del arte. ¿Ha sido injusta con ella la comunidad artística? ¿De qué forma podríamos decir que ella es responsable de esa situación de exilio, si es que lo es? ¿Comparte algún tipo de culpa por la muerte de Isaac Cullion?
2. *La falsificadora de arte* explora el lado oscuro de la naturaleza humana. Todos los personajes de la novela tienen un precio, una línea que están dispuestos a cruzar con tal de saciar sus propias ambiciones. ¿Crees que Claire hace lo incorrecto por los motivos correctos? ¿Que el fin justifica los medios? ¿Es una persona con convicciones morales? ¿E Isabella Stewart Gardner? ¿A qué serías capaz de comprometerte con tal de conseguir y preservar lo que más deseas?
3. B.A. Shapiro combina tres líneas argumentales en la novela, volando entre el pasado y el presente. Cada sección nos revela un secreto, nos desvela una mentira. ¿Cómo se unen las dos historias aportando mayor cohesión a los temas de la novela?
4. La novela está inspirada en un atraco que tuvo lugar en la vida real, en el que se robaron obras de Manet, Rembrandt, Vermeer y Degas. Pero ¿y si Rembrandt no hubiera pintado *Tormenta en Galilea*? ¿Y si lo hubiera hecho un artista desconocido? ¿Sería esa obra menos hermosa? ¿La haría menos digna de ser admirada? ¿Perdería su valor de repente? ¿Qué es lo que da valor a un objeto?
5. Se estima que alrededor del cuarenta por ciento de las obras de arte que se ponen a la venta anualmente son falsificaciones. Theodore Rousseau, un experto del Museo Metropolitano, dijo: «Solo podemos hablar de malas falsificaciones, las que han sido detectadas. Las buenas todavía están colgando de las paredes de los museos». Saber esto, ¿afecta al modo en el que vemos el arte? ¿Cómo podemos apreciar la diferencia entre lo auténtico de lo que no lo es?
6. La novela ahonda en la idea de que a veces solo vemos lo que queremos ver. Si a un experto le dicen que tal o cual pintura es una obra de arte, eso es lo que ve. Si un artista desea reconocimiento, se convence a sí mismo de que su pacto con el diablo es para bien. ¿Cómo llega la gente a obviar la verdad en pro de sus intereses?
7. El falsificador Han van Meegeren, cuyas técnicas son usadas por Claire para crear su propia falsificación, fue un pintor holandés frustrado. Un artista que sufrió el desprecio del público y que sufrió mucho al no obtener el ansiado reconocimiento que anhelaba. Timar a los tratantes de arte fue su forma de obligarlos a reconocer su genio. ¿En qué se parece y diferencia Claire de él?

8. Shapiro tiene un doctorado en Sociología y ha estudiado los comportamientos que se salen de la norma. ¿De qué forma crees que sus conocimientos la han ayudado a perfilar a sus personajes y las decisiones éticamente turbias que toman? ¿Hace que sus personajes resulten más o menos simpáticos por ello?
9. Boston tiene un papel destacado en la novela. ¿De qué manera usa la autora la ciudad para reflejar el estado de ánimo de Claire?
10. El arte más excepcional puede llevar a la gente a hacer cosas muy feas, y la novela sugiere que los motivos no siempre recaen sobre el dinero. ¿Por qué crees que la belleza y la originalidad pueden tener ese efecto sobre las personas?
11. ¿Qué nos dicen las reuniones entre Edgar Degas e Isabella Stewart sobre las relaciones entre un coleccionista y un artista?
12. Claire se enamora perdidamente de Aiden Markel, pero tiene secretos que no comparte con él. Él también le oculta cosas. ¿Puede sobrevivir una relación a semejante tipo de traición? ¿Crees que Aiden ama a Claire? ¿Por qué elige Claire a los hombres equivocados? ¿Crees que Aiden y Claire aman el arte más de lo que se aman el uno al otro?
13. Al final de la novela, los críticos alaban la obra de Claire. Los coleccionistas aplauden lo que han estado años ignorando. ¿Por qué de repente su obra es más valiosa? ¿Tiene éxito únicamente porque se ha vuelto famosa?
14. ¿Es una obra de arte como cualquier otro producto? ¿Qué es lo que nos sugiere la novela en relación a la intersección entre el arte y el comercio, entre talento y reputación?
15. A veces conseguir lo que quieres no es como esperabas. A nuestra sociedad le encanta crear famosos, encumbrarlos y destronarlos. ¿Puedes poner algún ejemplo? ¿Qué pasa cuando tus sueños se hacen realidad y no puedes sobrellevarlo, o crees que no te lo mereces? ¿Se merece Claire la fama obtenida al final del libro?



B. A. SHAPIRO ha escrito siete novelas y es autora superventas del New York Times. También ha escrito guiones y libros de no ficción. *The Art Forger* ha formado parte de varias listas de novelas superventas en Estados Unidos y ha ganado varios premios, entre ellos el New England Book Award for Fiction de 2013.